

**José Mauro de Vasconcelos**  
**Vamos a calentar el sol**

Traducción de Carlos Manzano



**Lectulandia**

Zezé, el simpático, inquieto y el subyugador protagonista de Mi planta de naranja-lima, esa obra inolvidable ya mundialmente célebre, reaparece en esta nueva novela de Vasconcelos, repleta de interesantísimas y apasionante aventuras.

Las últimas andanzas de su niñez y su entrada a la adolescencia son narradas con extraordinaria maestría por el autor, que refleja en estas páginas parte de su propia vida. El intenso lirismo de Vamos a calentar el sol, apoyado en una prosa bien ordenada y coherente, se alterna con un realista y hondo análisis psicológico del protagonista y de su entorno. José Mauro de Vasconcelos redescubre el camino de la infancia y reinventa el lenguaje y el pensamiento adecuados para interpretarla, para hacerse entender por los niños y comunicarse emocionalmente con los adultos.

**Lectulandia**

José Mauro de Vasconcelos

# **Vamos a calentar el sol**

ePub r1.0  
pepitogrillo 10.09.16

Título original: *Vamos Aquecer o Sol*

José Mauro de Vasconcelos, 1974

Traducción: Carlos Manzano

Diseño de cubierta: Elisa Mariela Rodríguez Morales

Editor digital: pepitogrillo

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para

Doña Antonietta Rudge

Ciccillo Matarazzo

Luizinho Bezerra

y

Wagner Felipe de Souza Weidebach, el «amigazo»

y

también

Joaquim Carlos de Mello

*Ce ne sont pas seulement les liens du sang  
qui forment la parenté, mais ceux du coeur  
et de l'intelligence.*

MONTESQUIEU

PRIMERA PARTE  
Maurice y yo

## 1. La metamorfosis

**D**e repente ya no había más obscuridad en mis ojos. Mi corazón de once años se agitó en el pecho atemorizado.

—Jesusito mío del corderito en los hombros, ¡ayúdame! La luz crecía cada vez más y, cuanto más lo hacía, el miedo aumentaba hasta tal punto que, si hubiera querido gritar, no lo habría conseguido.

Todo el mundo dormía plácidamente. Todos los cuartos cerrados respiraban el silencio.

Me senté en la cama con la espalda apoyada en la pared. Los ojos se me abrían hasta casi salirse de las órbitas.

Quería rezar, invocar a todos mis santos protectores, pero ni siquiera el nombre de Nuestra Señora de Lourdes salía de mis labios. Debía de ser el diablo, con el que tanto me amedrentaban, pero, si hubiera sido él, la luz no habría sido del color de la lámpara, sino de fuego y sangre, y habría habido, seguro, olor a azufre. Ni siquiera habría podido pedir socorro al hermano Feliciano, mi querido Fayolle. A esa hora, Fayolle debía de estar en el tercer sueño, roncando con bondad y paz, allí, en el colegio de los Maristas.

Sonó una voz suave y humilde.

—No te asustes, hijo mío. Solo he venido para ayudarte.

Mi corazón latía ya contra la pared y la voz me salió débil y asustada, como el primer canto de un gallito.

—¿Quién es usted? ¿Un alma del otro mundo?

—No, tontito.

Y una risa bondadosa resonó en el cuarto.

—Voy a hacer más luz, pero no te asustes, que nada malo te sucederá.

Dije un sí indeciso, pero cerré los ojos.

—Así no vale, amigo. Puedes abrirlos.

Me arriesgué con uno y después con el otro. Había invadido el cuarto una luz blanca, tan bonita, que creí haber muerto y encontrarme en el Paraíso, pero eso era imposible. En casa, todo el mundo decía que el Cielo no era para mí. Las personas como yo iban derechitas a las calderas del Infierno y a asarse en ellas.

—Mírame: soy feo, pero mis ojos solo inspiran confianza y bondad.

—¿Adónde?

—Aquí, al pie de la cama.

Fui acercándome al borde y me armé de valor para mirar. Lo que vi me dio pánico. Me quedé tan horrorizado, que un frío atravesó toda mi alma, como una cremallera. Volví temblando a la posición anterior.

—Así, no, hijo mío. Yo sé que soy muy feo, pero, si tienes tanto miedo, ahora mismo me voy sin ayudarte.

Su voz se transformó en una súplica, por lo que decidí contenerme, pero tardé



bastante en arrastrarme hacia él.

—¿Por qué tanto miedo?

—Pero ¿eres un sapo?

—Sí. ¿Y qué?

—Pero ¿no podrías ser otra cosa?

—¿Una cobra? ¿Un caimán?

—Yo lo preferiría, porque las cobras son bonitas y lisitas y los caimanes nadan tan elegantemente...

—Disculpa, pero yo solo soy un pobre y amistoso sapo cururú. Así, que, si esto te molesta, me marchó: paciencia. Ahora bien, te repito: es una pena.

Se quedó tan triste y emocionado, que poco faltó para que el sapo rayado rompiera a llorar. Aquello me conmovió, porque yo era tan débil, que, cuando veía a una persona llorar o sufrir, se me llenaban los ojos de lágrimas.

—Bueno, pero déjame respirar más fuerte; después podré sentarme incluso, pues estoy empezando a acostumbrarme a tenerte a mi lado.

La verdad es que las cosas empezaron a cambiar: tal vez por el manso brillo de sus ojos y la actitud apacible de su grotesco cuerpo. Aventuré una expresión de simpatía que salió con tartamudeo. Algo me aconsejaba tratarlo de usted.

—¿Cómo se llama usted?

Él sonrió. Estaba claro que le asombraba aquel tratamiento, pero es que no era corriente encontrarse con un sapo que hablara. Exigía respeto por mi parte.

Se rascó la cabeza y respondió:

—Adán.

—Adán... ¿qué?

—Simplemente Adán. No tengo apellido.

La debilidad volvió a vencerme por dentro. ¿Por qué demonios tenía que emocionarme hasta con un sapo?

—¿Quiere usar el mío? A mí no me importa. Mire qué bonito suena: Adán de Vasconcelos.

—Gracias, amigo. En cierto modo, voy a vivir tanto tiempo contigo, que participaré indirectamente de tu nombre.

¿Había yo oído bien lo que había dicho? ¿Vivir conmigo? ¡Dios del Cielo y Nuestra Señora de las Mangabas! Si mi madre adoptiva lo viera en mi cuarto, daría un grito tan grande, que se oiría hasta en la playa de Ponta Negra. Después llamaría a Isaura para que trajera una escoba y golpeará a Adán y lo mandará escaleras abajo y, como si no bastara todo eso, aún tendría que coger a Adán de las patitas y tirarlo desde la balaustrada de Petrópolis.

—Adivino todo lo que estás pensando, pero ese peligro no existe.

—Menos mal —dije y respiré aliviado.

—Y a ti, ¿cómo debo llamarte? ¿Zezé?

—No, por favor; Zezé ya no existe. Era un niño tonto de otro tiempo. Era un

nombre de chaval de la calle... Ahora soy muy distinto. Soy un niño educado, arregladito...

—Eres triste, sobre todo triste. Tal vez uno de los niños más tristes del mundo, ¿no?

—Ya lo sé.

—¿Te gustaría volver a ser Zezé?

—En la vida nada vuelve. En un sentido me gustaría, pero en otro no. Lo de cobrar tanto y pasar hambre...

Volví a aquel antiguo dolor que siempre se empeñaba en perseguirme. ¿Volver a ser Zezé, tener una planta de naranja lima, perder al Portuga de nuevo?...

—Reconócelo. ¿Es que no te gustaría? En aquel tiempo tenías algo que no sientes desde hace bastante, una cosita muy buena: la ternura.

Asentí, desalentado, con la cabeza.

—Pero no todo está perdido. Aún tienes la ternura de las cosas; si no, no estarías hablando conmigo.

Hizo una pausa y comentó con mucha seriedad:

—Mira, Zezé, yo estoy aquí para eso. He venido a ayudarte, a ayudarte a defenderte de todo en la vida, y dejarás de sufrir tanto por ser un niño muy solo... y estudiar piano.

¿Cómo había descubierto Adán que yo estudiaba piano? ¿Y que era uno de los mayores martirios de mi vida?

—Lo sé todo, Zezé. Por eso he venido. Voy a vivir en tu corazón y protegerlo. ¿No lo crees?

—Sí que lo creo. En tiempos tuve un pajarito dentro del pecho que cantaba conmigo las cosas más bonitas de la vida.

—¿Y qué fue de él?

—Voló. Se marchó.

—Entonces eso significa que tienes un hueco para albergarme.

No sabía qué pensar. No podía asegurar si estaba soñando o viviendo una locura. Él era flaquito y tenía el pecho achatado donde las costillas recordaban a un *reco-reco*. ¿Cómo iba a caber ahí un sapo tan gordo? De nuevo él adivinó mis pensamientos.

—En tu corazón yo me haré tan pequeñito, que ni siquiera vas a sentirme.

Al ver mi vacilación, explicó más:

—Mira, Zezé, si me aceptas, todo va a ser más fácil. Yo quiero enseñarte una vida nueva, defenderte de todo lo ruin y barrer esa maraña de tristeza que te persigue siempre. Descubrirás que, aun estando solo, no sufrirás tanto.

—¿Tan necesario es?

—Lo es para que en la vida no seas un hombre muy solo. Al vivir yo en tu corazón, se te abrirá un nuevo horizonte. En seguida notarás una metamorfosis en tu vida.

—¿Qué es una metamorfosis?

—Un cambio, una transformación.

—Entiendo.

La verdad es que sabía también que ya había perdido todo el miedo y la repugnancia al sapo cururú. Hasta parecía que era amigo mío desde hacía unos doscientos años.

—¿Y si acepto?

—Vas a aceptar.

—¿Y qué debería hacer?

—Tú, nada; yo, sí. Solo necesitarás tener mucho valor y decisión para permitir que yo penetre en tu pecho.

Sentí pavor, como si una chispa eléctrica me raspara los pies.

—¿Por la boca?

—No, bobo. Es que, además, no cabría.

—Entonces, ¿cómo?

—Cerrarás los ojos y yo me echaré sobre tu pecho e iré penetrando, penetrando...

—¿Y no duele?

—No duele nada. Yo haré bajar sobre tus ojos una gran somnolencia.

Luchaba contra mi miedo. Sentía ya en mi piel el frío helado de su viscosa barriga. Adán volvió a leer mis pensamientos.

—Dame la mano.

Obedecía con un sudor frío.

—Vas a notar que la mía también es suave.

Estaba ocurriendo un milagro. La mano de cururú había crecido hasta el tamaño de la mía y daba un calor amistoso y tierno.

—¿Lo ves?

Con los dedos examiné toda su palma. Me sentía perplejo.

—¿También usted estudia piano?

Se rio con ganas.

—¿Por qué?

—Porque no tiene ni un callo siquiera en la mano. Yo soy también así, no puedo subir a un árbol, magullarme los dedos, ni siquiera hacer sonar los nudillos: todo eso está prohibido para no arruinar mis estudios de piano.

Suspiré desalentado.

—¿Lo ves? Tú me necesitas.

—¿Y un día dejaré de estudiar piano?

—¿Tanto detestas la música?

—No es que no me guste. Lo que no me gusta es pasar la vida encima de las teclas, con un sinfín de ejercicios, de escalas que nunca acaban.

Entonces recordé una cosa.

—¿Sabe usted, señor Adán, que hasta me gusta tocar la escala cromática?

—Sí que lo sé, señor Zezé.

Entonces comprendí que nuestra amistad vedaba que lo tratara de señor y de usted.

Nos reímos a la vez.

—¿Me ayudarás a dejar de estudiar piano?

—A ver, Zezé. Eso no puedo garantizarlo. Tal vez encuentre un medio para que no sigas sufriendo mucho.

—Ya sería algo.

Él me miraba desde abajo con cierta insistencia. Miró el reloj de pulsera como para recordarme que pasaban las horas.

No titubearía más. Ya solo el hecho de no fastidiarme con el piano me hizo apresurarme a adoptar una decisión.

—¿Qué debo hacer?

—Ábrete la chaqueta del pijama y no tengas miedo.

—No lo tendré.

—Ahora debes ayudarme. Tira al suelo la punta de la sábana y atráeme hacia arriba.

Listo. Adán ya se encontraba muy cerca de mí. Con la cercanía de la luz, sus ojos cobraban un azul de cielo, cuando este se pone muy azul. Ya no me parecía tan feo y desagradable.

—Solo quiero que me digas la verdad. ¿Va a doler?

—Nada, pero es que nada.

—Pero ¿no vas a comer mi corazón?

—Sí que voy a hacerlo, pero va a ser tan dulce como si masticase una nube.

—¿Y si mi padre me mira un día por rayos X?

—Nadie lo descubrirá, porque con el tiempo yo voy a transformarme en un corazón de forma igual al que tenías antiguamente.

—Yo quiero verlo todo.

—¿No prefieres dormir?

—No. Voy a recostarme en la pared y quedar medio reclinado para presenciarlo.

—Entonces yo voy a hacer que tus oídos sientan una música muy bonita.

—¿Puedo elegir?

—Sí.

—Me gustaría oír la serenata de Schubert y la *Réverie* de Schumann.

—¿En el piano?

—Sí.

Adán pasó las manos por mi pelo y sonrió.

—¡Zezé! ¡Zezé! Reconoce que no detestas tanto el piano.

—A veces me parece bonito.

—¿Vamos?

—Vamos.

La música empezó a sonar, preciosa. Adán se echó sobre mi pecho y todo era tan

agradable como una brisa.

—Hasta luego.

Vi que juntaba la boca a mi pecho y empezaba a penetrar. Adán no mentía. Nada dolía y todo sucedía rápidamente. Poco después, solo se veían sus patitas desapareciendo en mi carne. Me pasé la mano por ese sitio y todo había quedado lisito. Entretanto, mi corazón latía ansioso. Esperé un poco y no pude resistirme.

—Adán, ¿estás ahí?

Entonces la voz llegaba más baja.

—Sí, Zezé.

—¿Ya has comido mi corazón?

—Estoy comiéndolo, pero no puedo hablar con la boca llena. Espera un poco.

Obedecí contando los dedos. Iba a ser estupendo. Nadie iba a poder adivinar que yo ya no tenía un corazón común, sino un sapo cururú tan amigo.

—¿Ya?

—Listo. Estaba muy rico. Ahora tienes que dormir y mañana será otro día.

Me desperecé, embargado de felicidad. Me eché las sábanas sobre el pecho y mi cururú, que latía acompasadamente y sin miedo alguno.

Una cosa me hizo sentarme de sopetón en la cama.

—¿Qué ha ocurrido, Zezé?

—Es que te has olvidado de apagar la luz. Eso es diferente.

—Yo te enseño. Hincha bien los mofletes y sopla.

Obedecí y todo volvió a estar oscuro en mi cuarto. El sueño estaba cerrándome los párpados, que me pesaban, y yo sonreía.

—Adán, ¿te has dormido ya?

—No, ¿por qué?

—Gracias por todo. Y puedes llamarme Zezé todo el tiempo. Incluso cuando me haga hombre un día. Puedes hacerlo, porque me gusta, ¿de acuerdo?

La respuesta llegó de muy lejos, ya casi no se oía.

—Duerme, hijo mío, duerme. Duerme, que la infancia es muy bonita.

## 2. Paul Louis Fayolle

Dadada llamó a la puerta de mi cuarto y, como no respondía, metió sus callosos dedos por la puerta y la abrió. Primero se asustó con mi gemido, pero no se lo tomó en serio.

—Date prisa, muchacho. Es la hora de ir al colegio. No irás a quedarte durmiendo todo el tiempo, ¿eh?

Como continuaban mis gemidos, se acercó a la cama y se extrañó de mi debilidad. Nunca había sido como los niños perezosos. Si tenía que levantarme, me apresuraba a hacerlo.

Dadada se acercó más a la cama y se asustó al verme los ojos congestionados. En seguida me pasó la mano por la frente y murmuró, preocupada:

—¡Válgame mi san Francisco de Canindé! ¡Este niño está ardiendo de fiebre!

Me cerró la chaqueta del pijama y me cubrió todo el cuerpo con las sábanas. Salió rápida a buscar socorro.

La somnolencia estaba apoderándose de nuevo de mis ojos. La debilidad llegó a ser tan grande, que ni siquiera sentía los brazos.

Mi madre venía quejándose desde la sala.

—Debe de estar preparando otra de las tuyas. Está buscando un motivo para no ir a la escuela y saltarse el estudio del piano de hoy.

Pero, cuando me pasó la mano por la frente, cambió de opinión. Se puso a achacárselo a todo.

—Son esas amígdalas. Ha dormido con la ventana entornada y con el frío de la madrugada ha atrapado la gripe. Era lo que faltaba.

Dadada estaba ya muy nerviosa y se puso de mi parte.

—¡Pobrecillo! Este chiquitín está enfermo: así tan quietito, tan calladito. Vamos a esperar a que el doctor vuelva de misa.

Cuando mi padre llegó de misa, no vaciló.

—Una neumonía... y de aúpa.

Entonces hubo una agitación terrible: farmacia, inyección, comprimidos...

—Si no mejora, habrá que ponerle ventosas.

Respondí con voz cansada:

—No hace falta nada. Esto va a pasar.

—¿Cómo sabes tú que va a pasar? Lo que deba pasar claro que pasará.

—Pero es que no es una neumonía.

Mi padre se llevó las manos a la cabeza.

—Y ahora esto. Se pasa uno la vida sobre los libros y viene un bobito a enseñar el padrenuestro al cura.

Estaba aterrado con lo de la ventosa.

—¿Qué es una ventosa?

—Es una cosa sencilla para hacer expectorar, una cosa que se va a mezclar con tu

sangre. ¡Basta! Tú no puedes entenderlo.

—¿Cómo se hace?

—Haciéndolo y no preguntes tanto, que se agrava la fiebre.

Le di pena y me explicó con más calma.

—Es sencillo. Se coloca en el pecho y en la espalda. Se puede hacer incluso con una taza de café y no tengas miedo, que no duele.

Sentí un desgarró por dentro. ¿Irían a hacer daño al cururú? Adán debía de estar oyéndolo todo y seguro que también sentiría miedo.

—¿Y esa jeringuilla que tarda horas en hervir?

Fue a quejarse y la jeringuilla apareció lista con la medicina dentro y la orden inmediata:

—Vuélvete y pon el culo en pompa.

Me volví. Otra queja:

—Este diablillo no tiene ni carne.

Mi madre lo recriminó.

—Deja de atosigarlo, hombre. Al fin y al cabo, acabas de volver de misa y de comulgar.

Me dieron ganas de reír. Es que él era así exactamente. Con todo se acaloraba y en seguida se le pasaba, pero, en vez de reír, solté un berrido que fue a rebotar contra los cocoteros de la vecindad.

—Listo, listo, ya ha pasado. Duele, desde luego, pero, si te hubiera dicho que dolía, habría sido peor.

El olor del éter con que me masajeara las nalgas me mareó un poco más.

Entonces mi padre se sentó en el borde de la cama y se quedó mirándome. Era tan raro que me prestara atención, tan raro mirar su piel colorada, la barba cerrada que le daba una tonalidad azulada, tan raro ver sus ojos casi negros y pequeños...

Le cogí la mano y, para sorpresa mía, no la retiró.

—No es neumonía.

—Entonces, ¿qué es?

—Ha sido el sapo cururú que se ha comido mi corazón y me he quedado así.

Puso ojos como platos y volvió a pasarme la mano por la frente.

—Vuelve a delirar.

Una voz muy finita y baja me cuchicheó. Era Adán.

—No seas bobo. ¿No ves que la gente mayor no entiende nada, que, aunque digas la mayor verdad del mundo, es inútil?

—Discúlpame, Adán.

Mi padre se asombró.

—Disculpar, ¿qué?

—No es nada, de verdad. Debo de estar soñando.

—Lo que te pasa es que deliras. Te pones a hablar de que un sapo cururú se tragó tu corazón y me llamas Adán.

Iba a levantarse. Mantuve casi sin hacer fuerza su mano sobre la sábana.

—¿Voy a morir?

—¡Qué bobada! Va a pasar en seguida. Si a mediodía no has mejorado, te aplico las ventosas.

—¿Y el colegio?

—Nada de moverte. Lo que debes hacer es estarte quietito. Nada de clase ni de piano, hasta que te cures; por lo menos una semana.

Salió y me quedé solo: solo, no, porque Adán dio muestras de su presencia.

—Zezé, Zezé, debes tener más cuidado; no puedes contar nuestro secreto a nadie.

—Si no lo cuento. Solo he intentado hacerlo porque me ha entrado miedo de que las ventosas te hicieran daño.

—De acuerdo, pero todo cuidado es poco.

Estaba entrándome sueño otra vez. Me habían traído café con leche, pero lo tomé entre náuseas. Era mejor quedarse quieto, como si no pasara nada.

—¡Adán!

—¿Qué hay? No te pongas a llamarme sin motivo. Ya has oído lo que ha dicho tu padre. Debes descansar: para que, cuando te pongas bueno, no olvides que vamos a comenzar una nueva vida juntos.

—Solo quiero decirte una cosa. Hay una persona a la que debo contárselo y que a ti va a gustarte mucho, cuando la conozcas. Es el hermano Feliciano, del colegio. Es muy bueno, muy amigo.

—¿Y lo entenderá?

—Sin duda. Entiende todo lo que yo hago.

—Entonces veremos. Ahora, guarda silencio.

—Solo una cosita más. ¿No podríamos arreglárnoslas para comunicar sin hablar?

—¿Con el pensamiento?

—Sí. Así no nos cansaríamos y nadie lo descubriría.

—Es una solución. Entonces piensa algo para ver si funciona.

Pensé: «Voy a pasar una semana sin estudiar piano y sin ir al colegio».

Adán se rio con tantas ganas, que hasta lo sentí en el pecho. Me respondió al instante, con el pensamiento.

—Briboncete. Ahora procura dormirte.

Cerré los ojos, satisfecho. Había funcionado. Nadie podría ya descubrir nuestro secreto. Todo iba cada vez mejor en nuestra amistad. Había encontrado a un amigo, iba a tener una semana de ocio y ansiaba saber cómo iría a mejorar mi vida.



Entré en el colegio y subí la escalerita muy decidido. La enfermedad había pasado del todo. Quería mostrar a Adán todos los sitios en los que transcurría mi vida.

—¿Has visto, Adán? En seguida vas a conocer al hermano Feliciano.



Entré en la sala de la dirección, cargado con la cartera llena de libros, que, por cierto, era muy pesada para un niño de mi estatura y delgado como yo.

Detrás del alto escritorio, vi la cabeza rojiza del hermano Feliciano. Seguro que estaba con la cabeza baja y escribiendo, siempre escribiendo, porque, como subdirector, se pasaba la vida escribiendo.

Me acerqué a él y esperé a que advirtiera mi presencia y, como tardaba, no pude resistirme.

—Paul Louis Fayolle.

Soltó todo como si lo hubiera impulsado una corriente eléctrica. Dejó las gafas bruscamente sobre la mesa. Su rostro se iluminó como si fuera un sol enorme.

—¡Chuch!

Yo añoraba su forma de llamarme: Chuch. No sabía lo que quería decir y nunca se lo había preguntado. Era un nombre, una invención, una muestra de gran ternura que el hermano Feliciano había creado para mí. Solo él me llamaba así.

Se quedó unos segundos mirándome contento y después abrió los brazos para abrazarme. Incluso cuando me senté a su lado en la silla, siguió mirándome, analizándome.

—Conque, ¿has vuelto, Chuch?

—Sí. Ya no soportaba más estar en casa.

Estaba feliz junto a alguien que nunca me haría daño ni dejaría que me maltrataran. Él había sido el primer hermano que había descubierto la soledad de mi alma, la tristeza del niño incomprendido cuyos ojos solo reflejaban tristeza y ausencia. Sabía de mi lucha de once años, la historia de un niño pobre entregado — para que lo criara— a un padrino rico y sin hijos: el cambio repentino de un niño de la calle —dueño del sol, la libertad y las travesuras— preso del vínculo con una familia nueva, irremediablemente perdido, postergado y olvidado. ¡Cuántas veces no se había interesado Fayolle por mis menores problemas! ¡Cuántas veces no me había enjugado las lágrimas, no me había consolado tras demostrarme que era imposible volver a mi calle tan lejana, a mi suburbio distante! Sí, él fue el primero en descubrirme y protegerme. Solo los otros hermanos sabían que se llamaba Paul Louis Fayolle. Yo había descubierto el secreto. Podía llamarlo Fayolle y tutearlo cuando estábamos solos. Delante de los otros niños, volvía a ser el hermano Feliciano y le hablaba de usted.

—Cuéntamelo todo. Estás más delgadito, Chuch.

Sonrió y, antes de que yo empezara, recordó una cosa.

—He telefonado mucho a tu casa para preguntar cómo te encontrabas de salud. ¿Lo has sabido?

Asentí con la cabeza.

—Estaba preocupado, hijo mío, pero ahora todo ha pasado y ya he dado la orden al refectorio de los hermanos; en el recreo de las dos, después de la clase de religión, vas a comer un trozo de tarta que dejaré yo todos los días. Solo debes hablar con

Manuel, que ya está avisado.

—Gracias.

Miró el reloj de pulsera y vio que daba tiempo.

—Sí que da tiempo, Fayolle. He venido en el coche de él y he llegado más temprano. Ha ido a pasar consulta al hospicio.

—Entonces cuéntame.

No tenía ganas de contar lo de mi enfermedad. El dolor había pasado y ya no había nada más de interés. El punto culminante era la existencia de Adán. No sabía cómo empezar.

—Prométeme que no te reirás de mí ni pensarás que estoy chalado.

Fayolle puso expresión muy seria para esperar. Le conté todo y me quedé mirándolo fijamente a los ojos. Temía descubrir alguna sombra de duda o de burla. En sus bondadosos ojos castaños y buenos nada había que lo demostrara. Me tranquilicé.

—Entonces, Chuch, ¿tienes un sapo cururú en forma de corazón?

Me quedé un poco perplejo. Hasta aquel momento no había pensado si el corazón tenía forma de sapo o lo contrario.

—Debo de tenerlo. Eso es bueno. Me va a ayudar mucho.

Pero decidí no contarle de momento que el sapo se llamaba Adán. Podía ser que a este no le gustara.

—Entonces, ¿me crees, Fayolle?

—Claro que te creo. En la vida se creen tantas cosas... Siempre es bueno esperar un momento propicio para el corazón.

Yo notaba que Fayolle se sentía algo confuso y no quería decepcionarme y de pronto me vino a la cabeza una idea disparatada de las que se me ocurrían constantemente.

—Yo creo que no es nada raro creer que se tiene un sapo en el corazón. Al menos yo vi lo que me sucedió a mí. ¿Acaso no creemos que la hostia contiene el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo?

Fayolle me miró con la mayor dulzura y sonrió.

—Pues entonces, Chuch, yo no descreo de nada de lo que has dicho. ¿Acaso no me contaste tú mismo una vez que, cuando eras un pequeñuelo, tenías un pajarito que te cantaba dentro del pecho?

—Sí.

—Pues entonces lo único que yo espero es que todo lo que tu sapo te enseñe sea bueno, que mantenga siempre virtuoso tu corazón.

Calló y se quedó un buen rato sonriendo y mirándome fijamente. Después miró el reloj de pulsera y me devolvió a la realidad.

—Ya es casi la hora, Chuch. Falta poco para que suene el timbre.

Me levanté. Fayolle añadió:

—Después hablamos más.

Me dirigí a la puerta. Me volví para decirle adiós con la mano y él daba vueltas a las gafas entre los dedos, en espera de que yo desapareciese por el pasillo.

Pensé en Adán.

—¿Qué tal? ¿Te ha gustado?

—Mucho. Ese es un amigo de verdad.

El sol iluminaba todo el pasillo y el cielo azul parecía recortarse en las paredes. ¿Sentiría ahora Adán la falta de la antigua libertad, del sol, de la lluvia, del canto de las cigarras, del ruido de los niños lanzando cometas, de la barahúnda de las peonzas girando sin parar en la calle?

—Ni pizca.

Me quedé asombrado y comenté:

—Eres estupendo, pero quiero ver si aguantarás ocho horas de clase aquí y tres de piano en casa.

—Zezé querido, cada persona del mundo tiene su destino. Cuando yo vine, ya sabía todo.

### 3. Maurice

— **E**s Joãozinho, se acabó la pereza. Vamos a la lucha.  
Ni siquiera necesitaba presentar Joãozinho a mi sapo cururú. Tal vez fuera la cosa que mejor conocía.

Abrí la cortina de la sala para que la luz del día y el sol maravilloso llenaran de vida todos sus rincones. Como siempre, me aparecía el desánimo para comenzar. Después entraba en calor y seguía adelante. Antes de abrir la tapa del piano, miré la cabeza de la negra: una negra de terracota procedente de París que regalaron a mi abuela cuando cumplió quince años. Según mi padre, un día yo heredaría aquella figura de turbante blanco y ojos tristes. La trataba con mucho respeto y le parecía que incluso a la negra Bárbara le gustaban mis interpretaciones musicales cuando todo salía bien, pero aquella vez le rogué:

—Sería mejor, doña Bárbara, que se bajara usted el turbante hasta los oídos, porque llevo una semana sin estudiar y tengo los dedos oxidados.

Entonces abrí la tapa de Joãozinho y retiré con calma el paño verde bordado con un motivo lleno de notas amarillas. Joãozinho enseñó todos sus dientes blanquísimos: todo su mundo de notas, sostenidos y bemoles. Yo nunca entendía por qué había sostenidos y bemoles. Con uno bastaba: o sostenido o bemol. Puesto que un *la* sostenido era un *si* bemol, ¿para qué tanta confusión? En realidad, el sostenido era mucho más simpático, porque parecía una bandada de pajaritos suspendidos en el aire. Me gustaba el olor, siempre nuevo, que mi piano guardaba en el alma. Nunca en la vida podría olvidarlo. Ya me disponía a aplicar los dedos en el piano, cuando un ancho rayo de sol fue a bailar sobre el rostro de la negra Bárbara. ¡Qué bello se volvía el sol cuando estabas sano! En aquella hora, allí, muy lejos, Totoca estaría yendo a la escuela Martins Júnior, junto con toda la chiquillería. Las cigarras debían de estar cantando al verano en los espinos. Godóia estaría barriendo la sala, ordenando el cuarto, preparando la cocina, y yo allí, encerrado en un cuarto y viendo solo un hilo de sol. Ya se me estaban llenando los ojos de lágrimas, cuando oí la voz de Adán.

—Olvídalo, Zezé, con eso no ganas nada. Dentro de poco, irás olvidando y olvidando y, cuando te quieras acordar, estará todo tan distante, que ni siquiera sufrirás.

Volví a la realidad. Primero pasé los dedos lentamente por las teclas. Me gustaba Joãozinho. Él no tenía culpa de nada. Nunca me regañaba, si me equivocaba. Siempre me obedecía. Si él fallaba, era culpa mía.

Un golpe con el pie en el techo indicaba que a mi madre le extrañaba mi demora. Dos eran para reanudar todo de nuevo. Tres eran alarma general. Si no me concentraba, ella bajaba para comprobar por qué. Al comienzo, pocas veces aparecían los tres. Me convencí de que era mejor hacerlo todo bien, porque así pasaba más deprisa y no habría «temporal».

Y así era la vida: antes del café, media hora de piano; después del café, otros

veinte minutos hasta que llegara la hora de salir para el colegio; en la hora del almuerzo: cuarenta minutos antes de comer y volver al colegio. Hacía los deberes casi siempre en la hora de estudio y volvía a casa a las cinco y media: un baño, ropa limpia y un poco más de piano hasta la cena. Cenaba y tenía media hora para jugar, pero ¿con quién? No tenía amigos. Allí, en casa, a nadie le gustaba que apareciera con un amigo. Hasta me ponía nervioso por el miedo de que así fuese. Hacía fiestas al perrito Tulu, que estaba muy magullado porque lo había pillado un coche. El animalito me adoraba. Generalmente, me sentaba en el peldaño de la escalera del fondo, que daba a la Capitanía de los Puertos. Podíamos ver el río Potengi antes de que anocheciera: los barcos deslizándose lentos, mientras los restos del sol iluminaban con su oro las velas hinchadas y blancas. Ahora sería mejor, porque nos quedaríamos los tres soñando: Tulu, Adán y yo.

—Un día vamos a huir en un barco para alta mar, ¿eh, Adán?

—¡Desde luego que sí!

Tulu, al oír mi voz, agitaba la cola.

—Yo te llevo a ti, Tulu. Podemos llevar a este pobrecito, ¿verdad, Adán?

—Ya lo creo que sí.

Aquella era la media hora más rápida del mundo. Llegaba la voz de mi madre.

—Vamos, que ya has jugado mucho. Ya es la hora.

Entraba, me lavaba las manos, mientras miraba mis dedos finos como si los odiara. Me dirigía a la sala y abría la tapa de Joãozinho.

Todas las veces en que lo hacía, releía su marca. Era un piano Ronish. Las primeras notas sonaban con irritación y se quedaban refunfuñando Ronish-Ronish-Ronish. Después me perdía en el mundo de Coupé Czerny y vengas escalas y ejercicios hasta la hora de dormir.

Los domingos, para aprovechar el tiempo en que no iba a las clases, estudiaba casi toda la mañana: primero, las lecciones; después, un poco de piano, para variar. Raros eran los domingos en que mi padre decidía ir a la playa. Allí, sí: un mundo de encantamiento se hacía realidad. Ya nadaba como un pececito y hasta en eso aparecía mi condena.

—No puede negar que tiene sangre de indio: que es un pinagé.

Yo no hacía caso, debía aprovechar los veinte minutos de baño de mar, porque la playa era un cúmulo de observaciones: «No tomes demasiado el sol, no te demores mucho y cuidado con la garganta. Como te dé dolor de garganta, vas a estudiar el piano aunque tengas cuarenta grados de fiebre».

Después del almuerzo, me pedían la libreta de calificaciones. Todo estaba en regla: buenas notas. Pasaban al examen mayor: «¿Has confesado y comulgado?». Sí. Repasaban los días de la semana para ver si no debía nada, si no había hecho alguna travesura. Ya podía irme.

Me vestía muy arregladito para la sesión de las dos. En el momento de salir, me llovían las órdenes. «Ponte el sombrero de cuero. Tienes quince minutos para llegar a

casa después de salir del cine». Si me retrasaba cinco minutos, ya los tenía en el portal esperándome. «Ve al cine Carlos Gomes. Echan una película de Jackie Cooper: *Las peripecias de Skippy*. Después tienes que contarme el resumen de la película».

Salí desorientado. Daba tiempo para pasar por el cine Royal y ver los carteles. Por fortuna, habían abandonado la idea de los buenos días. Ya había perdido dos cines los domingos porque me negaba a dar los buenos días o las buenas noches. Claro, que tenía mis razones. No eran mis padres. Me habían llevado allí cuando era más pequeño y no podía elegir. Todo —pero lo que se dice todo— era motivo para castigarme. Siempre me hacían sentir que no era hijo suyo. Peor aún, yo lo justificaba todo amargamente: me lo hacen porque no soy su hijo. Querían volverme perfecto, pero no sé para qué.

Caminaba casi indiferente.

—¿Sabes, Adán, lo que me hizo? No, tú aún no vivías ni pensabas conmigo. Pues bien, ya has visto que soy el más pequeño y mejor alumno de mi grupo, ¿verdad?

Adán asentía y me escuchaba atento.

—Bueno, pues, cuando comenzó el curso y entré en primero de bachillerato, me puse muy contento y orgulloso. Me dieron una lista inacabable de libros y cuadernos. Todo ello sumaba veinticinco mil *réis*. Fui corriendo al consultorio de mi padre para enseñarle la lista y pedirle el dinero. ¿Sabías tú que el primer curso es el que tiene más asignaturas, Adán?

—A ver, Zezé, yo de estudios no entiendo lo que se dice nada. Solo tengo la práctica de la vida.

—Me disculpas, ¿verdad?

—Sí, pero continúa.

—Subí la escalera del consultorio y me quedé sentadito esperando a que se desocupara y abriese la puerta. No tardó mucho, pero yo estaba tan afligido, que me pareció una semana. Abrió y me hizo una seña para que esperara. Fue a atender el teléfono y anotar una consulta. Me llamó. Me hizo sentarme y abrió la factura de los libros. Lo sumó todo despacio, se quitó las gafas y me miró sin simpatía.

—Tú no vales el precio de estos libros. Bueno, en casa te daré el dinero.

Adán se impacientó. Quería saber el final, pero yo me detuve, porque tenía los ojos llenos de lágrimas, como un bobo, en plena calle.

—¿Y qué hiciste, Zezé?

Seguía tragándome la emoción hecha pedazos...

—Habla, Zezé, no te pongas así. Yo estoy aquí para ayudarte. ¿Qué te ocurrió, Zezé?

—Pues, que me morí. Salí de allí con la lista en la mano y era como si todos los libros pesaran como monedas enormes. Entonces me vino aquel pensamiento: «Si yo fuera su hijo, no me hablaría así».

—No te disgustes, Zezé. Vamos a olvidarlo todo. Vamos al cine. Tienes dos horas de libertad.

Me paré a mirar los carteles: *El soltero inocente*, con Maurice Chevalier y Helen Twelvetrees, una tentación. Nunca había visto a aquel artista con sombrero de paja. El precio era el mismo. La de Skippy ya la había visto mi amigo de clase Tarcísio Medeiros en una sesión nocturna. Hasta me había contado el argumento y podía repetirlo en casa. Sin embargo... la indecisión me paralizaba las piernas, pero Adán salió en mi ayuda.

—Entra, Zezé.

—Pero ¿y si lo descubren?

—¿Por qué habrían de descubrirlo?

No me decidía. Lo sensato era que Adán me aconsejara lo contrario. Posiblemente estuviera irritado por la historia que le había contado y quisiese darme una compensación.

Compré la entrada con la mayor naturalidad. A nadie le importaba si la película era o no apropiada para niños. Si no lo era, no deberían echarla en la sesión de tarde. Me fui a un rincón muy escondido, me quité el sombrero y esperé a que comenzara. Por suerte, no vimos a ningún conocido.



Por la noche, en la cena, contra lo que era habitual, nadie me preguntó nada del cine. Estaban convencidos de que yo no desobedecería, no me arriesgaría a perder un mes de cine, si no cumplía las órdenes recibidas.

Aquella noche, antes de dormir fui hasta Joãozinho sin que nadie me dijera nada. Estudié con el mayor placer. Tocaba con los dedos del sueño. Estaba tan encantado, que mi madre se extrañó.

—Ya te has pasado de la hora. ¿Qué te ocurre hoy? Vamos, ven. Mañana continúas.

Notaba que ella estaba muy satisfecha, pero no tanto como yo. Me puse el pijama y fui a lavarme los dientes. Decidí incluso economizar en mis oraciones. En lugar del tercio habitual del rosario, recé solo tres avemarías. Por una noche no importaba: rezábamos tanto en el colegio, que se nos hacían callos en la boca. Lo que yo quería era conversar con Adán: con él y con mi almohada, que también era cómplice de todo mi soñar.

—¿Crees que se me aparecerá el diablo porque no he rezado el tercio del rosario?

—Déjate de bobadas, Zezé. El diablo no existe. Nunca ha existido. Son las personas las que inventan esas historias para asustar a los demás.

—Pero es lo único de lo que tengo miedo.

—Pero ¿por qué? Estando yo contigo no debes tener miedo de nada: ni de almas ni de brujas ni de tontería alguna.

—Eso es porque tú eres valiente. Yo no puedo olvidar las clases de religión. Meten el diablo en todo. Solo Fayolle dice cosas diferentes.

—Pues entonces créelo a él, que es mejor.

Estaba recordando una cosa.

—Ya viste al padre Monte, ¿verdad?

—¿Aquel delgadito y con gafas?

—Sí: el confesor del colegio. Pues no sabes lo bueno que es confesarse con él. Parece que no escucha lo que dices. Te pone tres avemarías y te perdona: un santo.

Hice una pausa.

—¿Y qué?

—Pues que una vez fui a confesarme y no sabía que el padre Monte había ido a Recife, donde se quedó dos semanas, conque, cuando entré en el confesionario, noté la diferencia. Era un padre grandote, con la nariz que le goteaba y orejas de soplillo. El maldito me preguntó unas cosas, que me quedé helado. No quiero ni recordarlas. Me puso muy mala cara y me impuso tres tercios de rosario de penitencia.

—Pero ¿qué pecado tan grande podía tener un niño como tú?

—Pues mira, Adán: pecado, pecado, pues como los que tienen todos los niños. Solo, que debería haber recordado cuántas veces lo había hecho. Me puse tan nervioso, que ni siquiera lo recordé. Todo eso no habría importado, si la semana siguiente no hubiese habido de nuevo confesión. ¿Sabes lo que dijo?

—No.

—Aquella vez me preguntó con aquella voz gangosa: «Entonces, ¿esta vez sí que has contado?». Hasta me quedé sin habla, porque el catecismo garantizaba que, cuando el padre sale del confesionario, lo olvida todo. Estaba asombrado. Por poco no salí corriendo de la iglesia sin acabar la confesión, pero aguanté firme. Tenía que comulgar el domingo para no perder la oportunidad de ir a la playa o al cine. Recuperé la voz y lo conté todo. Al final, el padre estaba furioso. Decía que ni siquiera había intentado mejorar, que un niño así estaba condenado al Infierno. ¿Y si me alcanzaba un tiro y moría en pecado mortal? Iría derecho al Infierno. Satanás estaría esperándome con un tridente gigantesco para arrojarme a las brasas eternas. Me quedé atontado, aterrorizado, y, al final, me impuso tres rosarios de penitencia. ¿Sabes lo que es eso, Adán? Nueve tercios y tendría que rezarlos en un día para poder comulgar el día siguiente.

—¿Y después?

—Después regresó, por suerte, el padre Monte y todo volvió a ser como antes: a pagar baratitos los pecados. Pero la verdad es que pasé noches horribles. Me quedaba dormido con la luz encendida y, ante cualquier ruido que se oyese, temblaba de pies a cabeza pensando que era Satanás agitando el tridente.

—De hoy en adelante no volverás a sentir nada así. Yo estoy aquí.

—Exacto.

Descansé los brazos en la almohada y suspiré.

—¿Qué ocurre ahora, Zezé?

—Nada. Es que estaba loco por venir a la cama y hablar de otro asunto y hemos



acabado perdiendo un tiempo enorme y no hemos tocado lo que interesaba. Y ahora debo dormir para levantarme a las seis.

—Entonces, si es un asunto extenso, vamos a dejarlo para mañana. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Solté un largo bostezo.

—¡Adán!

—Dime.

—Desde que viniste a vivir conmigo, me está pareciendo mejor la vida.

—¿Y no es bueno eso?

—Sí que lo es, pero muchas veces me quedo pensando.

—¿En qué?

—No vas a morirte, ¿verdad?

—No, yo no muero. Nunca muero.

Los ojos empezaban a cerrárame.

—¿Te marcharás algún día?

—Eso puede ser, pero solo cuando esté convencido de que no irás a necesitarme más. ¿Nos dormimos?

—Solo otra preguntita más. ¿Te ha gustado?

—¿El qué? ¿La historia del padre?

—No. Me refiero al cine. Él.

—¿El artista? ¿Ese Maurice Chevalier?

—Claro. Sé que se pronuncia «Morís» y la erre final de Chevalier no suena.

—Ya sabes que yo no entiendo de estudios y menos aún de francés.

—Eso no importa. Solo quería enseñártelo. ¿Sabes una cosa, Adán?

—A ver, ¿qué?

—He descubierto una maravilla. No voy a hablar de ello, sería demasiada felicidad.

—Cuenta, hombre.

—¿Podrá pasar a ser mi padre?

Adán dio un salto dentro de mi pecho y mandó a paseo el sueño.

—¿Padre?

—Sí, padre: mi padre.

Él estaba tan asombrado, que, cuando consiguió hablar, su voz rebosaba prudencia.

—Mira, Zezé, tú ya tuviste un padre. Después, como me has contado, te buscaste otro, que era un portugués. Después te entregaron en adopción a este padre. ¿Qué más quieres?

—De todos esos, solo el portugués parecía padre, pero murió muy pronto y yo ni siquiera tenía seis años. Ahora me gustaría un padre tan elegantemente vestido como Maurice, un padre alegre con el que parece que en la vida todo es bonito.

—En resumen, un padre de sueño.

—¿Me ayudas?

—Ayudarte, ¿en qué?

—¿No decías que querías verme feliz? ¿Que has venido a vivir conmigo para crear un mundo de esperanzas y otras cosas? Pues bien, ahí está. Es el momento de ayudarme: a tener un padre de sueño. ¿Entiendes?

—Sé muy bien lo que dices, pero para un sapo esa historia es muy extraña.

—¿Tú nunca tuviste un padre?

—Sí que lo tuve, sí, pero los sapos somos diferentes. Nacemos en una porción de huevecitos unidos en una tira. Cuando llega el momento, nos convertimos en unos pececitos negros con un rabito y pasamos la vida nadando de acá para allá en bandadas. Después crecemos y el rabito se cae. Salimos del agua y nos vamos cada cual por su lado, hasta que nos hacemos grandes y vivimos comiendo mosquitos y bichitos o bien obedecemos a una voz superior, como me ocurrió a mí, al venir hasta ti.

En aquel momento mi propio sueño ya se había esfumado.

—¿Nunca te has encontrado a un hermano tuyo?

—Sí, pero solo de paso. Se iba a vivir a las selvas de Goiás. Quería vivir cerca de un río grande. Si no me equivoco, un gran río llamado Araguaia. Parecíamos extraños. Le deseé buen viaje y él partió. Pero vamos a dormir. Apaga la luz. Si no, dentro de poco alguien vendrá a ver qué pasa y la regañina va a ser tremenda.

—De acuerdo.

Apagué la luz y acomodé la almohada. Hablé por última vez aquella noche:

—Pero tú vas a ayudarme, ¿verdad, Adán?

—Duerme, Zezé. Qué cosas tienes...

## 4. Risa de gallina

Iba sofocado, casi corriendo ladera arriba, a Junqueira Aires. Necesitaba ver a Tarcísio Medeiros, el único amigo que yo tenía. Nos sentábamos en el mismo pupitre. Tarcísio nunca me perdonó una cosa que yo había hecho: una traición, según él. Era de carácter tranquilo y siempre hablaba con calma. Un día, en la clase de religión, el hermano vino con la mano llena de figuritas de santos. Era para premiar a los que se habían portado bien. Paseó su mirada examinadora por toda la clase. Después preguntó con cierta insistencia:

—¿Quién fue el que asistió a todas las clases sin hablar?

Primero se levantaron los que de verdad se habían portado bien; después, los dudosos: los que tanto podían haber hablado como no. ¿Pues no se levantó el falso de Tarcísio con toda seriedad y fue a recoger su premio? Volvió todo orgulloso con la figurita en la mano y me sonrió con expresión victoriosa.

El diablo se revolvió dentro de mí. Adán me instigó: «Ve tú también, Zezé».

Me levanté y toda la clase se rio. Sabían que yo hablaba mucho y vivía inventando travesuras. No hice caso. Me dirigí, muy colorado, a la mesa y extendí la mano. El santo, obedeciendo a la indecisión del hermano, se quedó oscilando en el espacio. Me miró con curiosidad. Su voz era casi una sentencia.

—¿Tú no has hablado, Vasconcelos?

Asentí con la cabeza.

—¿Estás diciendo la verdad?

—Sí, señor.

—Mira que puedo no creerte.

Me vino de repente la inspiración.

—Pues, si Tarcísio, que es mi vecino, lo ha obtenido, ¿por qué no yo? Si él no ha hablado, ¿con quién iba a hablar yo?

Hubo una carcajada general. Hasta el hermano se tapó la boca con la mano para que no se viera su risa. El santo descendió y volví, más colorado, a mi sitio, consciente de mi desvergüenza y mi ingenio.

Tarcísio estuvo de morros dos días seguidos, pero luego trajo una pieza de la fruta llamada «carambola» y la metió en mi cartera sin que yo lo viese. En el recreo hablamos como si nada hubiera ocurrido.

En aquel momento yo llegaba corriendo como un loco, con el corazón afligido. Hasta Adán estaba preocupado. «Ya ves, Zezé: serás muy feliz, si no acaban enterándose en tu casa». Pensé para Adán: «¿Qué quieres que haga? El asunto se ha sabido y se ha extendido».

Tarcísio me esperaba en el banco en el que habíamos quedado. Me senté jadeando y me abaniqué con la mano. Mi cara parecía un tomate. Ni siquiera nos dimos las buenas tardes y Tarcísio se apresuró a decirme:

—He oído decir que el hermano Manuel te va a coger por banda hoy.

—Ya lo sé.

—Pero ¿no fuiste tú quien inventó la risa de gallina?

—¡Yo qué sé!

—¡Cómo que no sabes! Tienes que saberlo.

—En cierto modo, sí que fui yo.

Guardamos silencio y en mis oídos, al aumentar el miedo, me parecía sentir un coro de voces que soltaban una risa de gallina. Se extendió por el colegio. Cualquier fallo que ocurriera provocaba la risa de gallina. Reconozco que al principio fue divertido, pero después adquirió tales proporciones, que se convirtió en una catástrofe. Era en el comedor, en el recreo. Hasta el día en que João Baleia fue a arrodillarse en la misa, rompió el banco y estalló la risa con estruendo. ¡Dios del Cielo! Dentro de la iglesia y en pleno mes de mayo. Aparecía en cualquier sitio, incluso en los dormitorios en los que el silencio era ley. Si una cama crujía, ahí surgía en tono de falsete y se armaba todo el pitote. Los hermanos se reunieron para adoptar una providencia. Aquello no era correcto en un colegio fino, de alumnos de buena familia, y empezaron a investigar para descubrir al autor de la invención. No tardaron mucho. «¡Fue Vasconcelos!». Muchos hermanos se quedaron asombrados. Les costaba creer que yo, el menor de la clase, un chavalín flaco y menudo... Hasta tuve miedo de hablar de ello al hermano Feliciano, porque seguro que nada podría hacer por mí.

Me puse de pie de un brinco.

—¿Sabes una cosa, Tarcísio? No me voy a molestar por eso.

Mi actitud le asombró. Generalmente, yo era tan prudente y medroso...

—¿Cómo es eso? No te reconozco.

—Pues así es. Ahora mi vida va a cambiar. Dentro de poco voy a hacer mi independencia o muerte.

Puso unos ojos como platos.

—Tanto, que no voy a hablar más de eso y he decidido decirte ahora mismo que ayer fui a ver, a escondidas, aquella película: *El soltero inocente*.

—¡Tú estás loco!

—No lo estoy y la película no tiene nada de extraordinario: solo un montón de besos y abrazos y nada más.

—¿Te dejaron en tu casa?

—Ni me dejaron ni se enteraron. De ahora en adelante voy a cambiar.

—Pero ¿quién anda metiéndote esas cosas en la cabeza, Zé?

Casi solté el secreto, pero Adán me dio un codazo por dentro y me contuve.

—Nadie. Ahora vamos al colegio. Lo que deba suceder sucederá.

Entramos decididos. Todo el mundo me miraba con curiosidad. La noticia se había propagado con rapidez. Apenas había dado diez pasos, cuando una voz me detuvo:

—¡Vasconcelos!

Alcé la vista y vi a Arquímedes. Este era un alumno más adelantado, el que más mandaba en el colegio después de los hermanos. Era su brazo derecho, su hombre de confianza.

Había hasta cierta pena en los ojos de Arquímedes. Él, que por lo general era tan autoritario, me hablaba suavemente. Formábamos un auténtico cuadro bíblico: Goliat y David.

—Sígueme.

Obedecí. En aquel momento, Tarcísio ya se había esfumado. Me escoltó hasta una sala vacía.

—Siéntate.

Obedecí. Arquímedes se apoyó en un pupitre, cruzó los brazos y se me quedó mirando largamente. No parecía creer demasiado en mi culpa.

—Entonces, ¿qué, Vasconcelos?

—No sé nada.

—Muy bien.

Guardamos silencio y él se quedó dando vueltas entre los dedos a su correíta del reloj de pulsera. Esperamos en silencio más de diez minutos y, si hubiese sido como en el pasado, yo habría estado temblando y con ganas de vomitar, pero entonces era diferente. Adán estaba a mi lado e iba a apoyarme.

Se oyó la campana mayor, que ordenaba silencio total y, poco después, solo se oía el crujido de los botines que raspaban en el pavimento en dirección de las aulas e inmediatamente después el barullo de las oraciones.

—Ahora, vamos.

Me aferró el brazo para que no huyera.

—Por favor, Arquímedes, suéltame.

—¿Puedo confiar en ti, Vasconcelos?

—Te doy mi palabra de honor.

Me soltó, pero se pegó más a mí. Yo sabía adonde me llevaba: a la clase de segundo, la mayor y más numerosa. Entramos. El aula estaba abarrotada. Otros alumnos permanecían de pie, incluso por los pasillos.

Mientras Arquímedes y yo caminábamos por entre los pupitres, estalló una salva de aplausos ensordecedora. En el estrado, tras su mesa, me esperaba el hermano Manuel. Nunca su rostro de barba negra me había parecido tan amenazador. Nunca sus ojos negros habían fusilado tanto. Arquímedes me dejó frente a él y se retiró. Entonces un silencio de muerte congeló el ambiente.

—Cruza los brazos.

Obedecí sin prisa.

—Sube aquí, al estrado.

Obedecí, pero, al hacerlo, descruce los brazos.

Me llegó su voz más violenta.

—Le he dicho a usted que cruzara los brazos.

Obedecí encarándolo con orgullo.

—Baja la vista.

Me quedé mirando la punta de mis botines y mis pantalones, tan chiquitajos.

Entonces él rompió a hablar y, gracias a Dios, lo hizo rápido. Comentó lo de la risa. Habló de sus efectos «maléficos» y ordenó con una voz que hasta Satanás con el tridente habría obedecido: «Como se vea a alguien soltando la horrenda risa de gallina, será expulsado del colegio». Toda la turba asintió, porque con el hermano Manuel no se bromeaba. Hacía incluso más de lo que prometía.

Se volvió hacia mí.

—Y, para conmemorar tan gran reunión, para poner fin de una vez por todas a esa horrible risa de gallina, les ordeno que celebren, en coro y lo más alto posible, la despedida de esa cosa horrible: la mayor y la última risa de gallina para su autor, después de que yo cuente tres.

Contó y solo entonces pude calibrar la magnitud de la monstruosidad en que se volvía aquella risa con falsete. Duró tres minutos.

El hermano Manuel pidió silencio y, además, recomendó al retirarse: «No quiero oír nunca más un pío y mucho menos aún una risa de gallina».

—En cuanto a usted...

El dedazo crecía para mí.

—Queda castigado una semana a permanecer con los brazos cruzados durante toda la tarde. Puede retirarse.

Salí sin sentir los pies, pero mi orgullo me sostenía. Adán estaba admirado de mi valor.

Apareció Tarcísio y se puso de mi parte.

—Zé, te he guardado la cartera. Toma.

Íbamos caminando hacia nuestra clase. Yo llevaba la mirada clavada en el pavimento: como calibrando su calor. Tarcísio hablaba bajito.

—Cuando te has vuelto, el hermano Manuel se ha puesto a sonreír. No sé si estaba divertido o si se arrepentía de haber hecho aquello.

Pero la verdad verdadera es que nunca más se oyó hablar de la risa de gallina en el colegio.

—Llevo tu cartera al pupitre.

Yo no podía ni agradecerélo. Me dirigí al estrado, subí, crucé los brazos y me quedé como petrificado.



Cuando acabó el castigo, al sonar el timbre, estaba tan cansado, que me senté en el suelo. Hasta tenía la vista borrosa. Hasta podía desmayarme en aquella posición, pero no me acobardaría.

Tarcísio me había abierto la cartera y había sacado mi vaso. Fue a la fuente y me

trajo agua. Yo había pasado todo el tiempo sin ir al recreo y sin beber.

Después me dijo al oído:

—Cuando suene el timbre de la hora de estudio, ve a ver al hermano Feliciano, que quiere hablar contigo. Te espera en el refectorio de los hermanos. Yo me voy ahora. ¿Se enterarán en tu casa?

Me encogí de hombros, indiferente a todo.

—Mañana temprano nos encontramos en la plaza del Palacio.

Dije que sí con la cabeza.

Después de que sonara el timbre, fui, de nuevo cabizbajo, a ver a Fayolle. Estaba incluso pálido y preocupado.

—¡Pobre Chuch! Siéntate. Debes de estar muerto de cansancio, ¿verdad?

Me senté, pero no tenía valor para levantar la vista y mirarlo. Fayolle intentaba hacerme olvidar mi humillación.

—Te he guardado un poco de este pastel. Sé que te gusta. Es un brazo de gitano.

—Gracias, pero no quiero.

—¿Estás enfadado conmigo?

—Nunca.

Pero seguía sin levantar la vista. Entonces él hizo algo que me dolió por dentro. Con las puntas de los dedos, me levantó la barbilla. Lo hacía exactamente igual que mi portugués Manuel Valadares.

—Si no estás enfadado, come un trozo y bebe un poquito de guaraná.

Yo obedecía a regañadientes y muy lentamente.

—Mira, Chuch, yo no podía hacer nada por ti.

—Es que nadie podía.

—Pero necesito hablar en serio contigo. ¿Me crees?

—Claro, Fayolle.

—Tú no inventaste esa risa de gallina, ¿verdad?

—Sí y no.

—No creo que fueras capaz. Di quién te echó la culpa. Cuéntame la verdad. Así podré hablar con el hermano Manuel y reducir tu castigo.

—Puedes dudar, Fayolle, pero me echaron la culpa de eso. Te lo cuento todo. Era una broma que los niños de la escuela pública hacían allí, en Bangú, en Río. No fui yo quien la inventó, no. Solo, que, hablando con un grupo, cometí la tontería de contárselo. No esperaba que fuera a ocurrir lo que vino después. Me pidieron que repitiese la risa y lo hice varias veces. Les hizo gracia y ya sabes cómo son los niños. La llamaron risa de gallina y la cosa siguió en aumento. En seguida se extendió. Después todo el colegio...

—¡Oh! ¡Chuch! Entonces, tú no tienes tanta culpa. De todos modos, hablaré con el hermano Manuel. Al menos me parece que tendrás solo para una semana y voy a reducir el castigo, eso casi seguro, a una hora. Mañana te lo diré.

Me levanté y cogí la cartera.

—Solo lo has mordisqueado. No has comido nada.

—Después de todo eso, no tengo ganas de comer nada.

—¿Adónde vas?

—Tengo que ir a la hora de estudio para hacer los deberes hasta las cinco.

—¿Tienes ganas de ir?

—Me muero de vergüenza y humillación.

—Entonces vamos a hablar un poco más. Te dispenso de la hora de estudio.

¿Quieres?

—Sí, pero primero necesito ir al váter. Tengo la vejiga llena.

Me indicó la puerta.

—Ve al de los hermanos. Está más limpio.

Se quedó esperando a que volviera, pero, al llegar, noté que su gran aprensión se había disipado.

Me hizo sentarme delante de él.

—A ver, ¿cómo fue ayer domingo?

—Como siempre. Vine a misa, comulgué, hice los deberes y los de piano también, para variar.

Me costaba conversar. Una tristeza superior a mis fuerzas y que no se disipaba nunca me dolía en el pecho.

—Chuch, he estado pensando mucho sobre una conversación que tuvimos.

—¿Cuál de ellas? Hemos tenido tantas...

—Aquella en la que me contaste lo del sapo cururú que tienes en el corazón.

—Sí.

—Como amigo tuyo, te pediría incluso que no se la contaras a nadie.

—¿Tienes miedo de que me lleven al hospicio?

Él se rio bajito.

—No, no es por eso. Me refiero a la comparación que hiciste con la hostia.

¿Entiendes?

—Sí.

—Por la forma como lo hiciste, mucha gente podría pensar que es una herejía o incluso una blasfemia.

Me sorprendió.

—¿Tú también piensas eso, Fayolle?

—No, porque te conozco muy bien y sé que no tienes maldad en el corazón. Por eso he pensado mucho en ese asunto. Solo, que me gustaría que modificaras esa idea tuya.

—No acabo de entenderte.

—Es fácil. Cristo es la mayor esperanza de los hombres, ¿verdad?

—Sí.

—Tú no has dudado de la hostia consagrada, ¿verdad?

—Que Dios me perdone. Allí, en casa, está prohibido jurar por la hostia



consagrada.

—Pues entonces haz lo siguiente: piensa en que Cristo es la esperanza de los hombres y que tu sapo también es una esperanza, algo que Cristo te ha dado como una gracia.

Pensé unos instantes sobre aquello, que parecía tan difícil, pero no lo era. Si Fayolle hablaba así, debía de tener razón.

—Está bien. No voy a hablar más de eso y tampoco voy a hablar a nadie de Adán: solo a ti.

—Estupendo, estupendo. Ahora come otro trozo del pastel.

Una idea nueva, la de contar a Fayolle mis otros planes, estaba aguijoneándome el alma.

Él descubrió que una nube de alegría empezaba a barrer mi tristeza hacia Macaíba.

—No me estarás ocultando algo, ¿eh, Chuch?

—¿Cómo lo has adivinado?

—Lo he notado en tus ojos. ¿Qué ha sido?

Le supliqué emocionado:

—¿Vas a creerme?

—Siempre lo he hecho.

—Pues bien, ¿te gusta Maurice?

—Frunció la frente con expresión interrogativa, antes de preguntarme.

—¿Qué Maurice?

—Maurice Chevalier.

—¡Ah! ¿El artista francés?

—Exacto. Es que desobedecí. Adán estaba de acuerdo y, en vez de ir a ver la película para niños, fui a ver la suya: *El soltero inocente*.

—¡Huy, Chuch! No deberías haberlo hecho.

—¿Por qué? ¿Quién es Maurice Chevalier? Cuéntame todo lo que sabes sobre él.

—No sé mucho, solo que es un artista, un *chansonnier*, un artista del *vaudeville*.

—¿Qué es todo eso?

—*Chansonnier* es cantante y procede de *chanson*, ya sabes. *Vaudeville* es el teatro de variedades, con música y baile.

—Pero en la película no había mucho baile ni mucha música. Incluso cantó poco para mi gusto, pero no temas, que no me escandalizó nada, como dicen en casa.

—Aun así, no es una película para un niño de tu edad. ¿Te vio alguien en el cine?

—Me quedé escondido en un rincón oscuro.

Guardamos silencio un momento. Se rascaba la cabeza rojiza y de pelo muy corto. Dio un silbido sin música, como hacía siempre que estaba confuso.

—A fin de cuentas, Chuch, ¿por qué tanto interés por ese artista?

—¿Tú lo has visto actuar? No. Yo sí, pero es tan humano, tiene una sonrisa tan bondadosa... Tiene gracia.

Va siempre muy bien vestido. He decidido, junto con Adán, que va a ser mi padre.

—¡Dios mío, niño! Ya estás tú con una de tus imaginaciones.

Pero, al ver mi semblante serio y los ojos casi llorosos, cambió dulcemente sus expresiones. Fayolle volvía a descubrir en mí al niño solo de siempre.

—No te pongas así, Chuch. Cuéntame más.

—Solo eso, eso mismo.

Me cogió de las manos y me preguntó con seriedad:

—Pero ¿por qué quieres tener tantos padres? El tuyo es un hombre bueno que solo quiere tu felicidad, Chuch...

—Puede ser, pero yo quería un padre que me viera como una persona, que, cuando me diese un regalo, no me dijera que no lo merecía, que olvidara que soy hijo de una india, que...

Solté sus manos, postré la cabeza en la mesa y la oculté entre mis brazos. Estallé en sollozos y seguí hablando.

—Quería un padre que viniera a mi cuarto a darme las buenas noches, que me acariciara la cabeza, que, si al entrar en mi cuarto me veía destapado, me cubriera suavemente, que me besara la cara o la frente y me desease que durmiera bien.

Fayolle me tocó los brazos y esperó a que se me pasara el ataque.

—Entiendo, Chuch, entiendo.

Sacó un pañuelo de cuadros blancos y negros para que me limpiara las lágrimas. Lo peor era que aquel pañuelo se parecía al de Manuel Valadares.

—Vamos, vamos. Límpiame los ojos. Suénate la nariz. Has tenido un día muy malo. Todo ha concurrido para que sufrieras mucho, pero va a pasar. Mañana será un nuevo día.

Se levantó como si tuviera una gran idea.

—Mira, Chuch. ¿Puedes esperarme quince minutos? ¿Me prometes que no saldrás de aquí?

Resoplé para decir que sí.

—Vuelvo en seguida.

Salió. Tardó el tiempo prometido y volvió contento.

—Lo he conseguido. He hablado con el hermano Manuel. Te espera en el pasillo. Te va a perdonar el castigo. Ahora ve, Chuch. Ve con valentía.

Salí al pasillo y en su extremo el hermano Manuel me esperaba haciendo girar las borlas de su cinturón. Los pies empezaron a pesarme como plomo, pero debía ir. En aquel momento, Adán demostró una vez más que era amigo mío.

—Ve, Zezé, y pórtate bien.

El hermano Manuel había crecido doscientos metros y en aquel momento estaba a cinco pasos y con los brazos cruzados. Empecé a caminar todo tembloroso. No conseguía levantar la vista del pavimento.

—¡Vasconcelos!

Su voz se había transformado. No debía de ser el mismo hombre.

Entonces fue cuando más temblé: tanto, que se me saltaban las lágrimas. Al ver que me apoyaba en una ventana para no caerme, vino hacia mí. Se arrodilló junto a mí y me alzó la cara.

—¿Qué es esto, so llorón?

Se metió la mano en el bolsillo de la sotana y sacó un pañuelo también de cuadros blancos y negros, como el ajedrez, y me limpió los ojos sin preguntar nada. Y entonces fue cuando hizo aquella confesión.

—Tenía que hacerlo —dijo—. ¿Crees que me gustó? ¿Crees que no es duro decir todo lo que dije a una criaturita como tú?

Se levantó y me sostuvo en brazos.

—Ahora, se acabó. No se hable más de eso. El hermano Feliciano me lo ha contado todo y tú no tienes la menor culpa. ¿De acuerdo?

Me dejó en el suelo y sonrió en su rostro oscurecido por la negra barba.

—¿De acuerdo?

Me extendió la mano para que se la estrechara y yo obedecí.

—Ahora vete y olvídale todo.

Él mismo me cogió de los hombros y dio media vuelta a mi cuerpo. Me dio una palmadita, al tiempo que me empujaba.

—¡Loquillo!...

## 5. Soñar

**E**n casa, ya nada de lo que hacía yo extrañaba. Mi hermana era elogiada por todas las visitas que acudían. En cambio, yo lo detestaba. Me bastaba saber que había llegado alguien para desaparecer. Si por casualidad me encontraba fuera de la casa, me las arreglaba para entrar por la ventana de mi cuarto sin que me viesen. Detestaba tener que extender la mano, ofrecer una sonrisa o murmurar una palabra agradable a cualquier persona que no me cayera simpática. A nadie importaba ya que, terminados los ejercicios de piano, aunque me concedieran media hora libre antes de dormir, me dirigiese al mundo de mi cuarto.

Casi siempre me encontraba a Maurice sentado en aquel sillón grande que nadie quería porque estaba descolorido y con los muelles flojos. Otras veces aparecía cuando yo ya estaba acostado y acababa de rezar. Siempre llegaba con aquella expresión suya tan simpática, con una sonrisa ancha y mostrando el brillo de los ojos, que oscilaban entre el color ceniza y el azul.

—¿Qué tal, amiguito mío?

Se agachaba y me besaba en la cara y después me preguntaba por todo lo que había hecho o lo que había sucedido. Su ropa era bonita. La raya del pantalón estaba impecable y siempre traía un perfume fino que sentaba bien a la nariz.

Pero aquella noche estaba retrasándose mucho, cosa pésima, porque, como ya me había explicado, se levantaba muy temprano para ir a filmar en los estudios. Si llegaba tarde, permanecería menos tiempo conmigo.

—Estoy preocupado, Adán.

—Tonterías, Zezé. Espera un poco y ten más paciencia.

Le expliqué mis temores.

—Tal vez Maurice no tenga filmación mañana y pueda quedarse más tiempo contigo. ¿Acaso no ocurrió ya una vez?

—Tres veces.

—Entonces...

Guardé silencio y me puse a rezar a Nuestra Señora de Lourdes, a la que adoraba. Para mí, ella era la mayor de todas Nuestras Señoras. Yo le tenía tal respeto, que hasta subestimaba a las otras. Por ejemplo, siempre me parecía que Nuestra Señora de Fátima era una sirvienta de Nuestra Señora de Lourdes. Me concedería todo lo que le pedía.

Y Maurice llegó por sorpresa, como siempre. Entraba por cualquier rincón: raras veces por la puerta, para no hacer ruido y no llamar la atención de los de la casa. Era algo delicioso. Maurice había entrado en el cuarto bajando por el techo. No encontraba dificultad alguna para traspasar cualquier pared o incluso la ventana sin que estuviera abierta. Y no había forma de que me enseñara aquella magia.

—¿Qué tal?

—Ya casi estaba durmiéndome. Has tardado mucho, Maurice.

Junté mi cara a su mano.

—Las filmaciones han acabado más tarde y como mañana tengo día libre...

—Es lo que ha dicho Adán.

—Ese Adán es muy listo.

—Pues sí que lo es. ¿Hoy no has traído el sombrero de paja?

—Hacía frío allí. He tenido que ponerme una ropa de más abrigo, que desentona con el sombrero de paja.

Nunca me había explicado bien dónde era ese «allí» y me daba reparo preguntarle. Mi cara translucía una inquietud, lo que llamó la atención de Maurice.

—Y ahora, ¿qué ocurre?

—Una cosa. En estos días he pensado mucho.

—Pues entonces hablemos de ello. ¿No quedamos en que no habría secretos entre nosotros?

—Pero es que me da reparo preguntar.

Como se quedó mirándome con expresión inquisitiva, desembuché.

—Es que tengo miedo de que te ocurra algo a ti.

—¿Y por qué habría de ocurrirme?

Sentí más aflicción y pregunté a borbotones:

—No vas a morir, ¿verdad, Maurice?

Soltó una carcajada alegre.

—Pretendo retrasarlo mucho. Tengo muy buena salud y disposición.

Al ver que yo casi lloraba, cambió de expresión enteramente.

—Y ahora, ¿qué ocurre? ¿Cómo te llama ese hermano del colegio?

—Chuch.

—Entonces, Chuch, ¿qué ocurre ahora?

—Es que no me gusta que alguien me caiga bien. Cuando así ocurre, me da miedo de que se muera.

—¿Han muerto ya muchas personas a las que querías?

—Muchas, no. Solo un hombre, quien me enseñó que la vida nada valía sin ternura.

Le conté rápidamente la historia de Manuel Valadares, mi buen Portuga, a quien un tren llamado Mangaratiba se había llevado por delante.

Maurice me apretó la mano, muy conmovido.

—¿Qué edad tenías, Chuch?

—Entre cinco y seis años.

—Ya. La vida tiene esas maldades. No debería haberte sucedido tamaña tristeza con esa edad.

—Hablo de eso, Maurice, porque me caes muy bien y ha sido tan difícil encontrar a alguien como tú en la vida, que no sé...

—No te preocupes, no te preocupes. Todo va a seguir bien. No voy a morir y tú no vas a quedarte triste.

—También me gustaría hacerte una pregunta igual a la que ya he hecho a Adán: ¿te marcharás un día?

—¡Quién sabe! Me quedaré contigo hasta que ya no me necesites, hasta que note que ya eres un hombrecito que sabe valerse por sí mismo. ¿Te parece bien?

—Sí, pero eso va a tardar bastante.

—No sé. Tú eres un niño muy vivo.

Me quedé un poco más consolado. Sin embargo, a pesar de la presencia de Maurice, algo me dolía por dentro.

—¿Puedo hablarte de otra cosa triste?

—Bueno, pero solo una más y se acabó.

—Es cortita. Mira, Maurice, yo nunca supe adonde habían llevado a mi Portuga muerto. Nunca. Además, ¿qué puede hacer un niño de seis años? Poco después de su muerte, nos mudamos y luego volvimos a Bangú y, muy poco después, me entregaron a este padre mío adoptivo para que estudiara y pudiera ayudar a mi familia, hundida en la pobreza.

—Entonces debes olvidarte de todo lo pasado y estudiar mucho para ayudar a los tuyos.

Me dieron ganas de reír.

—¿A qué viene eso ahora?

—Porque muchas veces hablas como Adán. Parece incluso que os pusierais de acuerdo.

—Entonces nuestro amigo Adán es un muchacho sensato. Todas las personas tienen o van adquiriendo algo que está empezando a nacer en ti y que se llama simplemente sentido común. Ahora voy a quedarme solo un poquito más, porque ya es tarde: no para mí, sino para ti, que debes levantarte temprano.

—¿Tú tomas café en la cama, como lo hacías en la película?

—Siempre. Es muy agradable.

—Aquí, en el Brasil, estamos muy atrasados. No se acostumbra a hacer eso.

—Tampoco es que sea muy necesario. Cuando lo necesito, voy a la mesa, como cualquier persona.

Maurice recordó algo.

—Ayer ibas a contarme algo y te quedaste dormido antes de empezar: la historia de la guerra de los uniformes. ¿Recuerdas?

—La verdad es que fue una guerra tremenda, pero no sé si interesa demasiado. No tuvo un fin horrible como la risa de gallina.

—Entonces, ¿fue un conflicto en tu colegio?

—Sí, solo hubo esos dos. Cuando entré en el colegio el año pasado, el uniforme era abotonado hasta el cuello y no te puedes imaginar lo incómodo que resultaba, con el calor que hace siempre de día: quedábamos deshechos en aquellas clases calurosas, con el cuello empapado en sudor. Un día, en casa, fui a vestirme y delante del espejo abrí el uniforme y di la vuelta al cuello. Me dejé la camisa salida y el cuello del

uniforme abierto. Quedó precioso. Decidí llevarlo solo así en adelante, pero no todo salió como yo pensaba. Delante de la entrada del colegio, me encontré con el director, el hermano José. Maurice, ese hermano es francés como tú. Solo, que tiene unas cejas tan gruesas y tan unidas, que parecen el puente de Igapó. Cuando se enfada, esa masa oscura se levanta sobre su frente y parece la figura de un puerco espín.

—¿Qué novedades son esas, señor Vasconcelos?

La voz rugió.

—¡Arréglese la ropa!

Obedecí temblando y besé su peluda y sudada mano.

Cuando volvía a casa, me detuve en el banco del jardín de la catedral. Solté la cartera y me abrí el uniforme. ¡Qué gustazo! A mi amigo le extrañó.

—Pruébalo, Tarcísio. Sienta de maravilla.

—No. Si pasa un hermano por aquí, nos darán para el pelo.

—¡Qué va a pasar! A esta hora están rezando el breviario o algo parecido y, además, es que estamos fuera del colegio.

Aun así, Tarcísio no se decidió.

—Voy a probar en casa, en mi cuarto.

El diablo me inspiró una idea.

—Podríamos iniciar una guerra: la guerra del uniforme.

—¿Y acabar ganándonos una buena, como tú con la risa de gallina?

—Si tú no quieres, no importa. Voy a empezar yo y ya verás como cundirá.

En efecto, en todos los momentos posibles yo iba con el uniforme revolucionario. El atrevimiento llegó a tal punto, que en los recreos me abría el uniforme. Entraba en el aula y saltaba la voz:

—Vasconcelos, ¡compostura!

Obedecía, pero a la primera oportunidad volvía a insistir. Entonces se armó una buena. Se convirtió en una letanía, una tabarra. «Vasconcelos, compostura. Compostura, Vasconcelos. Vasconcelos, compostura. Compostura, Vasconcelos».

E iba agravándose.

—Vasconcelos, ¡castigado!

Me cerraba el uniforme y me quedaba contra la pared con los brazos cruzados.

Llegó la amenaza.

—Te va a perjudicar en las notas, Vasconcelos.

Me bajaban las notas, me ganaba una buena, incluso me amenazaban con telefonar a mi casa. Eso habría sido lo peor. Por fortuna, no cumplieron la amenaza.

Luché tanto en mi guerra, que en seguida dio fruto. Toda mala conducta cunde en seguida. No tardaron en aparecer imitadores. Fue una verdadera caza a los rebeldes. ¡Compostura! ¡Castigo! ¡Notas! ¡Y zas! En cuanto salíamos del colegio, empezaban a abrirse los uniformes.

En aquel momento estaba ante Fayolle.

—Chuch, no hagas eso. Ciérrate el uniforme.

Me daba pena de él y lo cerraba.

—Disculpa, Fayolle.

—Ahora tienes que venir conmigo a la sala de reunión de los hermanos. ¿Por qué haces eso, Chuch? Nunca he visto un insensato como tú, que diera tantos quebraderos de cabeza.

Seguí despacio los pasos de Fayolle. Entramos en el amplio recinto. Todos los hermanos del colegio estaban esperándome en silencio en torno a una mesa. Me ordenaron que me situara bien delante, pero no me exigieron que cruzase los brazos. Era horrible ser observado en silencio por todas aquellas miradas severas. El propio Fayolle se sentó al otro lado. Si apartaba la mirada del hermano Manuel, me topaba de lleno con los ojos del hermano Joaquim. Solo el hermano Flávio tenía una expresión simpática y disimulaba una sonrisa. Podía incluso pensar que, si seguía mirándolo fijamente y me reía, soltaría una sonora carcajada. ¿Quién iría a tomar la iniciativa de la acusación?

Una cosa resultaba evidente. Estaban pasándose en silencio la pelota de uno a otro. El hermano Luiz nunca tomaría esa iniciativa. El hermano Onézimo no se animaría, porque su portugués era muy enrevesado. El hermano João no quería ni mirar hacia mí, pues había sido él quien me había transmitido el gusto por el portugués y, además, se enorgullecía de ello. El hermano Estevão, conocido como Frankenstein por sus hombros, prefería, seguro, darme un tortazo y dejar el asunto así para ver si mejoraba, pero la iniciativa partió del propio hermano director. Sus inmensas cejas se movían despacio.

—Señor Vasconcelos.

¡Listo! Estábamos en el escenario los dos. Mi pelo rubiales, casi blanco, se empapaba en la frente sudada. Lo que salió de mi garganta no fue una voz, sino un remedo.

—Presente, hermano José.

Fayolle clavó la mirada en la mesa y ya debía de haber contado todas las manchas que había en ella. Tal vez estuviera rezando incluso por mí.

—Bien, señor Vasconcelos, va a darnos el placer de mostrarnos cómo lleva el uniforme, ¿verdad?

Me quedé indeciso, pero sus espesas cejas se alzaban, con lo que sus negros y brillantes ojos parecían una lechuza irritada.

—¿Por qué tarda tanto? Se envanece usted de llevarlo así, a todas horas, sin respetar la disciplina del colegio.

Mis dedos helados tardaban en acertar a desabrochar los botones del cuello. Me temblaba todo el cuerpo. Sin embargo, urgía obedecer. Por fin lo conseguí y poco después apareció liberado el cuello de la camisa.

—¿Fue usted quien inventó esa moda?

La voz no me salía. El hermano Manuel aventuró una suposición.

—No iré a decir ahora que no fue su autor. Lo de la risa de gallina quedó claro y



aceptamos su explicación. ¿Y ahora?

—Fui yo, hermano director. Yo solo.

—¿Y por qué?

—¿De qué serviría negarlo? Probaría suerte diciendo la verdad.

—Porque es un uniforme muy feo.

—¿Y qué más?

—Porque así no se siente tanto calor y no llega a faltarte el aire.

—¿Algo más?

—Resulta más bonito así.

—¿Alguna otra explicación?

—Con el uniforme abierto no me da tanto dolor de cabeza. Hay momentos en el aula en que, de prestar mucha atención y con el calor que hace, mi cabeza está a punto de estallar.

Guardé silencio, con los ojos llorosos.

La voz del hermano José se oyó tan suave, que me asusté.

—¿Sabe lo que le espera?

—Seguro que voy a quedar castigado para toda la vida. Voy a escribir mil líneas en las que diga que no debo llevar el uniforme así. Por último, van a telefonar a mi casa y perderé todos los permisos para ir al cine y a la playa.

Dicen que el corazón no duele, pero el mío dolía. Primero comenzó un hilillo de lágrimas. Después, cuando me desahugué, tuve una inundación en la cara.

—Y yo... yo prefiero morir. Romper el cristal de la vitrina de Química y coger una piedra venenosa. Así nadie se burlará más de mí.

—Bueno, bueno. Por esta vez no debe morir. En cuanto al castigo, hay que estudiarlo. Ahora retírese y vaya a sentarse en el despacho del hermano Feliciano y después lo llamaremos.

Obedecí. Caminaba como si hubiera adelgazado mucho y no pesara nada. Me quedé sentado contemplando el dibujo de las baldosas, sollozando aún débilmente y deseando que me tragara la tierra. Incluso perdí la noción del tiempo y no volví en mí hasta que la campana grande ordenó la reanudación de las clases.

Alcé la vista y vi que Fayolle se me acercaba despacio. Sus ojos expresaban una gran satisfacción. Aquella vez, cuando llegó cerca de mí, no sentí deseos de agarrar en broma las borlas de su cinto.

—¡Chuch!

No atendí a su llamada. Ni siquiera tenía ganas de mirarlo.

—Mira, Chuch, tengo una gran noticia para ti.

Seguro que había conseguido reducir mi castigo y no irían a telefonar a mi familia.

—Solo si me miras, te lo contaré. No sigas enfadado conmigo, porque por nada del mundo habría deseado que te sucediese todo este lío.

Levanté la vista para mirarlo. Su cara era de nuevo aquel sol iluminado de

bondad. En una mano tenía una regla de goma y se daba golpecitos en la palma de la otra.

—¿Tú me crees, Chuch?

—Siempre te creo. Si no te creyera a ti, ¿a qué otro creería en la vida?

—Entonces ven aquí.

Obedecí y me levantó la cara suavemente.

—Ha ocurrido un milagro, Chuch, un milagro que ni siquiera yo esperaba. ¿Sabes lo que ha sido? Has ganado la guerra.

—¿No van a castigarme, Fayolle?

—No, al contrario. Ha aumentado la admiración por ti, porque les ha parecido que eres muy inteligente. Han debatido mucho y han llegado a la conclusión de que tenías razón tú.

Si no hubiera sido un religioso, hasta le habría dado un beso en su bondadosa cara, como hacía en tiempos con mi Portuga.

—Ahora, solo te contaré el resto, lo que han decidido, si me respondes con sinceridad sobre algo que quiero saber.

Me hice una cruz en el pecho y juré.

—No hablarías en serio cuando dijiste... lo de aquel asunto del veneno, lo de que irías a robar en la sala de Química, ¿verdad?

—Mentí, Fayolle.

Él respiró más aliviado.

—Es que no necesitaba romper el cristal. Una vez, el hermano Amadeu estaba quitando el polvo a las piedras y yo lo ayudaba. Cuando se distrajo, robé un pedazo que llevo siempre conmigo. Muchas veces siento deseos de morir.

De nuevo los ojos intentaron traicionarme.

—Pero, Chuch, eres todavía un niño. Ni siquiera has cumplido los doce años. ¿Por qué piensas así?

—Porque soy un niño muy desgraciado. Soy un niño infeliz y todo el mundo se pasa la vida diciéndome que si no me merezco la comida que tomo, que si soy indio, que si soy un pinagé, que si nací para usar el azadón.

Entonces estallé en sollozos.

—Todo eso son tonterías. Tú no eres nada de eso. Lo que ocurre es que eres un niño muy estudioso, muy inteligente y muy vivo. ¿No dices que todo el mundo se asombra de que seas tan pequeñito y estés tan adelantado? ¿Has olvidado que vas a ser el único alumno que va a terminar el bachillerato con quince años? ¿Entonces? Conque no llores, Chuch. Las cosas van a mejorar con el paso del tiempo. Sé que serás un niño feliz como cualquier otro. ¿Es que no soy yo tu amigo? Pues bien, mucha gente en el mundo no tiene ni siquiera un amigo. ¿No te parece?

Mi tristeza chocaba con la bondad del hermano Feliciano y equilibraba mi sensatez.

—Así, sí. Toma.

Otra vez me ofrecía el pañuelo de cuadros blancos y negros.

—¿Ya estás mejor?

—Sí.

—Si te pidiera una cosa, ¿la harías? Pero una cosa de amigo a amigo, ¿eh? ¿Me lo prometes?

—Sí.

—Mira que me lo has prometido, ¿eh? Si cumples, voy a mandar a comprar caramelos con forma de figurita: esos caramelos holandeses que todos los niños coleccionan en un álbum. ¿No haces tú esa colección?

—No. Nunca tengo dinero para comprar. Cuando tengo ganas de tomar un helado que me hace daño a la garganta, gasto el dinero para el tranvía y vuelvo a casa andando.

Fayolle juntó las manos y las levantó.

—Un montón así.

Sonreí.

—No es necesario, Fayolle. Yo hago todo para ti sin necesidad de que me regales nada. ¿De qué se trata?

En su cara se manifestó una indecisión, como si temiera perder una partida.

—Déjame ver la piedra venenosa.

No repliqué. Me metí la mano en el bolsillo del uniforme y se oyó el sonido de tres canicas. Una de ellas era la del veneno. Me la puse en la palma de la mano y con la luz se vio más linda y azul.

—Puedes cogerla.

Fayolle le dio vueltas entre los dedos.

—Es bonita, ¿verdad?

—Es bonita, pero muy triste y sobre todo peligrosa.

Me miró hasta el fondo de los ojos: como nunca lo había hecho. Su voz me suplicó:

—¿Quieres darme esa piedra, Chuch?

—¿Para qué la quieres, Fayolle? Tú eres feliz. Llevas a Dios en el corazón. ¿No es eso lo que dices?

—Desde luego, pero no quiero que mi pequeñín Chuch muera o piense y haga tonterías. ¿Te imaginas lo preocupado que voy a estar sabiendo que llevas siempre eso en el bolsillo o imaginando el peligro que corres?

—De acuerdo, puedes quedarte con ella. Si quisiera morir, buscaría otra forma de hacerlo. No hay problema.

—Eso: así me gusta. A ti te queda mucho por vivir, hijo mío, y ese asunto del morir hay que dejarlo en las bondadosas manos de Dios.

Había ganado la partida.

—¿Y el resto, Fayolle?

—¿Qué resto, Chuch?

Con la emoción de nuestra charla, se había olvidado de todo. Se dio una palmada en la frente.

—¡Qué cabeza tengo, Dios mío!

Se rio contento.

—Resulta que ha ocurrido el milagro, como te he dicho. No solo no van a castigarte, sino que, además, han decidido permitir que lleves el uniforme como quieras. Estamos casi a finales de julio. Cualquier alumno podrá llevar el uniforme como mejor le parezca. Ya se ha decidido lo que se hará el año que viene. Habrá un nuevo uniforme. Has vencido, Chuch. Ahora vete. Puedes entrar con retraso en la clase y el hermano Amadeu no dirá nada. Ya lo hemos hablado.

Me puse de pie sin decidirme, al ver su felicidad.

—¿Ves, Chuch, como a veces la vida es bonita?

—Pues sí que lo es.

Me dirigí a la puerta de espaldas para no perderme nada de su alegría de aquel momento. Aún me detuve en la puerta a punto para oír su comentario: «*Coeur d'or!*».

Me volví hacia Maurice, que me miraba cariñosamente.

—He hablado de más, ¿verdad, Maurice?

—No. Ha sido interesante.

—Pues yo pensaba que había sido una conversación insípida.

—Ni hablar. ¿Sabes, muchachito mío, que eres una de las más raras sensibilidades que he conocido?

Aquello, dicho por Maurice, me hizo sentirme muy orgulloso.

Miró su reloj de pulsera.

—¡Qué bonito! ¿Es de oro?

—Todo: hasta la pulsera.

—Nunca he visto una cosa más bella en el mundo. La verdad es que no he visto muchos relojes en mi vida. Algún día, cuando crezca, tendré uno.

—Desde luego, pero ¿sabes lo que está diciendo el reloj? Que ya es hora de que los niños cierren los ojos para soñar.

—¿Tú sueñas mucho, Maurice?

—Pocas veces. Te vas haciendo hombre, vas caminando por la vida y las cosas van cambiando siempre.

—Pues yo sueño sin parar. Nada más apoyar la cabeza en la almohada y alisar el corazón, como me ha enseñado Adán, me quedo frito.

—¡Qué suerte! ¡Quién la tuviera! Entonces vamos a ver cómo te aprestas para soñar.

—Así.

Ablandé la almohada y recliné la cabeza en ella. Maurice me echó las sábanas sobre el pecho.

—Ahora, *Monpti*, voy a avisarte de una cosa para que no sufras mucho. ¿De acuerdo? Voy a pasar una semana sin poder aparecer, pero, en cuanto pueda, volveré.

Por tanto, hasta el próximo jueves.

Le cogí las manos entre las mías y él fue retirándolas despacio. Me pasó la mano por el pelo.

—Maurice, ¿qué es *Monpti*?

—La abreviación de *Mon petit*: «mi pequeñín».

—Comprendo.

Yo cerraba los ojos con fuerza para no verlo partir. Estaba llegando a ser mi padre más que nunca.

Maurice me besó en la cara y susurró:

—Buenas noches, Chuch. Sueña, hijito mío.

En mi cuarto se hizo la paz de la noche, la paz de la obscuridad. El sueño iba llegando tan fuerte, que apenas pude oír una vocecita allí, a lo lejos, muy amiga, muy amiga.

—Buenas noches, Zezé.

—Buenas noches, Adán.

## 6. Vamos a calentar el sol

— **B**ueno, Zezé, ¡deja ya eso, por el amor de Dios! Basta. Pronto vas a cumplir doce años y tienes que cambiar. Tanto llorar irrita a cualquiera. ¡Basta! Déjalo ya.

—Ya lo sé, Adán, pero ya ves cómo ocurren las cosas. Por más que me esfuerce, siempre acabo con los ojos húmedos.

—¿Entonces? ¿Acaso no eres un hombre?

—Sí que lo soy, pero tengo ganas de llorar y ya está.

Ya iba a enfurruñarme. Adán lo notó y cambió de táctica.

—Mira por la ventana, Zezé. El día está precioso: el cielo tan azul, las nubes como corderitos, todo tan parecido al día en que soltaste el pájaro de tu pecho.

Empecé a darme cuenta de que Adán tenía razón.

—Sobre todo el sol, Zezé: el sol de Dios, la flor más bella de Dios. El sol que calienta y hace germinar las semillas.

Recordé una poesía que habíamos leído en clase y que hablaba del sol que germinaba las semillas. Aquel Adán era un fenómeno.

—El sol que hace madurar todo, que da su color al mijo y transparenta las aguas del río. ¿Es que no es bellísimo, Zezé?

—Sí que lo es. No me gustan los días en que no hay sol. Me parece bonita la lluvia que llega y en seguida se va. Cuando dura mucho, acabas sintiéndote enmohecido.

—Si ese sol de Dios es tan bello, entonces imagínate el otro.

Me quedé pasmado.

—¿Qué otro sol, Adán? Solo conozco ese, que ya por sí solo es muy grande.

—Me refiero a otro mayor: el sol que nace en el corazón de cualquiera. El sol de nuestras esperanzas, el sol que calentamos en el pecho para calentar también nuestros sueños.

Me quedé maravillado.

—Adán, tú también eres poeta, ¿verdad?

—No. Solo, que he notado antes que tú la importancia de mi sol.

—¿Y el mío?

—El tuyo, Zezé, es un sol triste, un sol rodeado de lágrimas, en vez de lluvias, un sol que no ha descubierto todo su poder y su fuerza, que aún no ha embellecido todos sus momentos, un sol débil, bastante horrible.

—¿Y qué debo hacer?

—Poca cosa. Basta con querer. Necesitas abrir las ventanas del alma y dejar entrar la música de las cosas, la poesía de los momentos de ternura.

—¿Una música como la que toco?

—No exactamente. Tú haces música de dentro afuera. Es una música sin finalidad. Debes hacer que vaya adentro de tu alma. Eres tú quien debe bañarse en

música y no hacer una música fría para los demás.

—Seguía pasmado con todo lo que me decía Adán.

—Lo principal, Zezé, es que descubras que la vida es bella y el sol que calentamos en el pecho nos fue dado por Dios para aumentar todas esas bellezas.

—¿Quieres decir que, al llorar, empapo los rayos de mi sol?

—Claro. Y yo he venido aquí para no dejar que tu sol se enfríe. ¿De acuerdo?

Asentí.

—Entonces, estréchame la mano como un amigo, ¡y vamos a calentar el sol!

—¿Cómo puedo estrecharte la mano, si estás escondido en mi pecho?

—Piensa como las otras veces.

Cerré los ojos y pensé. Inmediatamente sentí que su mano calentita rozaba la palma de mi mano.



—Adán, ¿vamos a hablar?

—No es un buen momento, Zezé. Debes concentrarte en el estudio. Durante la subida de la ladera, cuando vayas al colegio, hablaremos.

—No hay problema. Puedo tocar esto hasta con los ojos cerrados, ¿quieres verlo?

—No, Zezé, por amor de Dios. Estoy oyendo pasos ahí arriba. Tu madre ya se ha despertado. Dentro de poco va a bajar.

—De acuerdo, si no quieres...

Volví a mis fusas y semifusas, corcheas y semicorcheas. Un muelle estalló por dentro de mi nostalgia.

¡Tuim! Tendría que esperar más de tres días a que Maurice volviera y de nada servía apresurar el corazón. Iba a llegar de noche...

Sonreí alegre. ¿Acaso Maurice no me había dado sorpresas dos veces? Una, aquel jueves en que yo estaba con el diablo en el cuerpo y abrí Joãozinho de mal humor. Lo que deseaba era dar puñetazos a todas las teclas, ver las cuerdas partirse y los martillitos volar por todos lados. Hasta la boca deseaba morder aquellos martillitos de fieltro allí dentro. Era uno de aquellos momentos en que no sabía cómo comenzar los ejercicios. No veía ni por asomo la posibilidad de calentar mi sol. Me senté en el taburete y sentí el alma con la lengua de fuera. Los dedos se encontraban duros como varillas de hierro. En eso que oí un «¡chis!» y me volví encantado.

—Hola, Chuch.

—¿Tú aquí a estas horas?

Maurice se había sentado en uno de los sillones del cuarto y se había llevado el dedo a los labios como pidiendo silencio.

Susurré muy bajito:

—¿Por qué has venido?

—He sentido que necesitabas que te animaran.

—La verdad es que hoy lo necesito.

—No tanto. Toca para mí, solo para mí.

Obedecí y todo se transformó. Quedé tan ensimismado, que ni siquiera oí a mi madre, quien había bajado para verme estudiar. Cuando hacía eso, era porque estaba muy satisfecha de mis progresos.

—Así me gusta: estudiando sin mala voluntad y con ahínco.

Sentí pánico de que fuera a sentarse en el regazo de Maurice. Por fortuna, eligió otra silla.

Otra vez Maurice se me apareció en plena puerta del aula, hizo una reverencia, se quitó el sombrero de paja y me saludó. Su alegre sonrisa era del tamaño del sol de su alma.

De repente, la figura de Maurice se transformó en otra muy distante: en aquella en que yo me imaginaba en la escuela pública y veía en mi ternura a mi Portuga diciéndome adiós. Iba a entristecerme cuando Adán me advirtió.

—Zezé, Zezé, ¡mira el sol!

Tenía razón. No podría volver a tener a mi Manuel Valadares: nunca, nunca. Un tren malvado lo había matado.

—Olvídalo, Zezé. Piensa en Maurice, que es mejor.

Y lo era, en efecto. Maurice no iba a morir nunca. Él mismo me lo había prometido. No había tren, aeroplano, navío, acorazado, coz de caballo... nada que pudiera hacerle daño.

Sin embargo, Maurice estaba lejos y yo había de esperar tres largos días a que volviese.

—Adán, ¿podemos hablar ahora?

—¿Y tu madre?

—Aún no viene y lo que estoy tocando está chupado.

—¿Qué es lo que tanto deseas decirme?

—¿Te gustó aquel hermano delgadito y alto que llegó?

—¿El hermano Ambrósio?

—Ese. ¿No te gustó la clase de literatura que dio?

—A decir verdad, Zezé, cuando vi que estabas tan entretenido e interesado, aproveché para echar una cabezadita.

—¡Qué crimen, Adán! Es excelente. Va a ser nuestro profesor el año que viene. Todo lo que dice es diferente y ha prometido hacernos trabajar con el caletre.

—¿Trabajar con qué?

—El caletre. Así lo ha dicho y lo ha explicado; si no te hubieras dormido, sabrías de qué se trataba. «Caletre» es lo mismo que cabeza.

—Entiendo.

—Pero no irás a decir que también te has dormido hoy en la hora de la misa, ¿eh?

—¡Ah! Ahí he estado muy despierto. Ha sido una de las cosas más gozosas que he oído.



—Y si hubieras visto...

—Ha sido como si lo estuviese viendo.

La escena estaba muy viva en mi memoria. En el tablerito de la pared estaba escrito el número 214, un cántico en loor de san José. Comenzábamos a cantar dirigidos por el vozarrón del hermano José y acompañados por el armonio del hermano Amadeu allí, en el coro de la iglesia.

Volad, volad, celeste mensajero,  
Id hasta José con fervor a recurrir  
Para que suavice el trance postrero  
Del Cristo que va a perecer...  
Del Cristo que va a perecer.

Después entraba otro versículo y volvíamos al estribillo.

Resulta que el hermano José se sumió en el mayor de los sueños. Hasta se le quedó la cabeza colgada. Nadie se atrevía a despertarlo, ni siquiera los otros hermanos.

Debía ocurrir con normalidad, pero no fue así. Cuando sonó la campanilla del Evangelio y todo el mundo había acabado ya y empezaba a arrodillarse, el hermano José se despertó asustado y emitió solo su vozarrón.

Volad, volad, celeste mensajero,  
Id hasta José con fervor a recurrir...

La que se armó. Unas carcajadas interminables. El hermano Ambrósio, por un lado, y el hermano Manuel, por otro, tuvieron que recorrer las hileras entre los pupitres para contener la hilaridad. Aun así, algunos alumnos se tronchaban. Yo me fui por la tangente, como decía el hermano Joaquim.

El hermano José se puso colorado como un tomate.

—¿Crees tú, Adán, que Fayolle se rio?

—Ni por asomo.

—¿Ni por dentro?

—Lo dudo. Ese hermano es un ángel.

—¿Con lo gordo que es? Nunca he visto un ángel así.

—Lo digo en sentido figurado.

—Estás usando palabras difíciles.

Me quedé un momento imaginando a Fayolle con alas muy grandes y doradas y con los brazos cruzados en el pecho y anunciando a la Virgen. No, no resultaba.

Aquella misma tarde fui a hablar con Fayolle. Quería saber algunas cosas, pero lo principal era si se había reído por dentro.

Cuando se lo pregunté, me miró con simpatía.

—¿A que también tú te reíste, Fayolle?

—¡Qué ocurrencia, Chuch!

—Pero ¿es que no tenía gracia?

—Sí. Lo reconozco.

—¿Ni siquiera por dentro te reíste?

—No podía, Chuch. Es un viejecito. Fue duro y humillante para él, ¿no te parece?

Tú eres aún muy niño para sentirlo.

No había duda de que Adán tenía razón, como siempre. Fayolle era un ángel. Miré insistentemente su figura e intenté imaginar unas alas grandes en su espalda.

—¿Por qué me observas tanto?

—No es nada, no. Fayolle, ¿sabes tú una cosa?

—¿Qué?

—¿Cómo vuelan los ángeles?

Sonrió.

—Ya estás tú con tus ideas.

—Lo digo en serio. Me gustaría saberlo. Solo vemos a los ángeles parados y con las alas cerradas, siempre de brazos cruzados, como quien acaba de volar y ya ha llegado. ¿Batirán las alas como las golondrinas y los gorriones?

Fayolle se rascó su rojizo y ensortijado pelo. ¡Qué pena que no lo llevara siempre así! En seguida venía un barbero y, ¡zas!, se lo rapaba al cero y solo dejaba un mechoncito en la frente.

—Mira, Chuch, a decir verdad, no lo sé y nunca lo había pensado siquiera. Debe de ser porque a los ángeles no les gusta que los vean volando o porque vuelan en la oscuridad y las personas no pueden verlos.

La explicación no me satisfacía demasiado, pero, al ver el esfuerzo que Fayolle hacía para darme una respuesta, decidí asentir.

—Y ahora, ¿qué?

—¿Puedo hablar contigo de hombre a hombre?

—Chuch, no me vengas con complicaciones.

—Es que he oído una cosa.

—¿Qué cosa?

—Sospecho de qué se trata, pero quiero cerciorarme.

—A ver, dime.

—Lo que voy a preguntarte ya lo he oído dos veces. Primero al hermano...

Le susurré al oído el nombre del hermano.

—Y después, cuando Maurice me contó una cosa que lo había enfadado mucho.

—¿Qué fue? Desembucha rápido.

—De acuerdo, pero tú me has dado permiso, ¿eh? ¿Qué quiere decir M? ¿E-M-E? Se llevó la mano a la boca para no soltar una carcajada.

—¿De verdad quieres saberlo, Chuch?

—Es bueno saber de todo.

—Pues bien, M es lo mismo que *Merde*.

—¿Igual que la nuestra, pero con E al final?

—Exactamente.

—¡Qué divertido!

—¿Qué ves de divertido en eso?

—En francés es precioso... Parece el nombre de una gatita con guantes. Ya lo sé.

—No puedes hablar de eso delante de todo el mundo, Chuch.

—No voy a hacerlo. Allí, en casa, cuando tomo café solo, veo por la ventana la pared y siempre aparecen dos gatas flaquitas. Una es *Miss Sônia*, en homenaje a una inglesa vieja que vive haciendo calceta. La otra es *Dilúvia*, en homenaje al Arca de Noé, adonde daría la vida por haber viajado yo. Ayer apareció otra gatita sin nombre. Anda tan despacito como si llevara guantes. Le voy a poner ese nombre.

Fayolle se reía a más no poder.

—Me gustas así, Chuch, un loquillo que inventa cosas, sin aquella tristeza antigua.

—Desde que llegó Adán, veo que un sol de alegría aparece siempre en mí.

—Eso está bien, pero dime, Chuch, ¿cómo sabes que son tres gatas?

Fayolle estaba pinchándome para que dijese una tontería.

—Muy sencillo. Dadada me dijo que solo las gatas tienen tres colores. Lo aprendió en el sertón.

—¿Lo ves? Otra más: vivir y aprender.

Uno de los pinchazos me arañó el pecho. La voz de Adán llegaba angustiada.

—Basta, Zezé. Deja de soñar. Tu madre acaba de bajar la escalera y viene hacia aquí.

¿Qué ocurriría entonces, Dios mío? Había estado estudiando muy formalito. Desde arriba no había emitido señal alarmante alguna...

—Para un momento.

Mis manos obedecieron y me volví hacia ella. Se había sentado en la silla de Maurice, cosa que me hacía sentirme mal.

—Ven a sentarte aquí delante.

Traía un papel doblado en la mano y en los ojos una tristeza como nunca le había visto.

Pasó al asunto directamente.

—¿Sabes que tu padre está enfermo y van a operarlo?

¿Cómo iba a saberlo? Siempre tenía buen color y estaba fuerte. Es verdad que de vez en cuando tenía fiebres raras. Le subía la temperatura a cuarenta grados y el día siguiente ya se encontraba como si nada bajo un aguacero.

Dije con la cabeza que no sabía nada.

—Pues van a operarlo. Vamos a pasar dos meses en Río para eso.

¿Por qué me contaba aquello, antes incluso de desayunar?

—¿Ves este papel?

Lo desdobló.

—Léelo. Es algo que *debería* interesarte.

En un papel con letra casi ilegible estaba escrito: «Vals número 10, 7.º Vals *opus* 64, n.º 2 y Nocturno *opus* 9, n.º 2, de Chopin».

—¿Sabes lo que es esto?

—Sí.

—Son encargos que doña Maria da Penha me ha hecho para que se los traiga de Río. Va a dar un recital con sus alumnos en el teatro Carlos Gomes y tú serás el primero en actuar. Ha dicho que, si te aplicaras más en los estudios, hasta podrías aprobar el examen para el cuarto curso del conservatorio.

Todo estaba envuelto en misterio.

—Cuando vayamos a Río, vas a estar interno en el colegio Santo Antonio.

Mi alma dio un salto mortal. ¡Qué bien!

—Y durante dos meses no habrá quien vigile tus estudios.

—¿Y cómo iba a poder? Estudiar con el barullo de aquel colegio, con niños hormigueando por todos lados y, además, con un piano sordo, ciego y bizco, desafinado y viejo, absurdo y polvoriento.

—Es inútil que digas nada. Sabes a lo que me refiero. Voy a hacerte una pregunta muy importante, que será muy importante para tu vida.

Me miró a la cara con ojos calmos, como si adivinara por adelantado mi respuesta.

—¿Quieres seguir estudiando piano? ¿Sí o no?

Adán me incitaba con insistencia: «Di que no, bobo. ¿Acaso no es lo que has estado esperando toda tu vida?».

—¿Sí o no?

La respuesta fue seca y dura, como si mis labios fueran de piedra.

—No.

Me cogió el papel de las manos.

—Muy bien. Tú has decidido. Seguirás estudiando hasta la próxima clase y devolverás esto a tu profesora. ¡Es una pena!

Entonces descargó la tormenta. No es que gritara ni que hablase con dureza. Parecía más bien hablar para sí misma.

—Cuando cierres este piano, nunca más podrás abrirlo, ¿entiendes? Nunca más, pero tampoco te daré nunca un lápiz o tinta para que hagas un dibujo o una pintura. Todo lo que se refiera a eso te estará prohibido. Solo lo que sea necesario para las lecciones del colegio. Iba a traerte un bonito estuche de acuarelas de Río, una porción de sellos para que comenzaras una colección, y tantas otras cosas más. Ahora no vas a tener nada de eso.

Se levantó con el papelito en la mano.

—Tú has decidido. Ahora cierra el piano y ve a tomar el café. No te retrases para

no llegar tarde al colegio.

Dio media vuelta y salió.

—¿Qué es lo que se ha quebrado dentro de mí, Adán?

—No lo sé, pero, si has tomado una decisión, no des marcha atrás. Ahora podrás subirte a los árboles, hacer ejercicio y otras cosas, ¿no es estupendo?

—Sí.

Lo decía sin demasiada convicción, pero de una cosa estaba seguro: no daría marcha atrás.

Fui extendiendo el paño verde sobre las teclas de Joãozinho con un cuidado que no había tenido antes. Miré su nombre, escrito en letras de oro: Ronish. Cerré la tapa y salí sin sentir mi cuerpo, como si en el alma me estuvieran acusando de traicionar a un amigo.

## 7. El adiós de Joãozinho

- **S**ólo me quedan tres días de estudio, Adán, y una clase para despedirme de la profesora, doña María da Penha.

—¿Lo sentirá?

—No creo. Le he dicho tantas veces que quería dejar de estudiar, me he quejado tanto, ha sido tanta mi mala voluntad, que se sentirá aliviada, seguro.

—De una cosa tienes que estar convencido: has dicho que lo dejabas y se acabó. Nada de dar marcha atrás o permitir que los demás influyan en tu decisión, porque es una oportunidad única, Zezé. Si no lo dejas ahora, no lo harás nunca. Serás un viejecito de pelo blanco, como Liszt, y morirás tocando el piano.

—No daré marcha atrás.

—Y estate seguro de que tu madre va a cumplir la promesa. Nunca volverás a poner los dedos en las teclas del piano.

—¿Te crees que lo deseo? Es como la misa. Estamos obligados a asistir a tantas misas, que, cuando yo crezca, ni siquiera pasaré cerca de una iglesia. Ahora bien, cuando te meten interno, no puedes escapar, quieras o no.

—¿Tampoco vas a rezar más?

—Eso es diferente. Rezar es hablar con Dios: una conversación agradable, prolija y lenta. Con Dios se puede rezar hasta tumbado, pues a Él le gusta. Ahora, Adán, voy a guardar silencio. Este ejercicio es de lo más difícil y tengo que prestar mucha atención a la mano izquierda.

Pero, acabado el ejercicio, ya estaba de cháchara con Adán.

—Hoy vuelve.

—¿Maurice?

—Claro, bobo. ¿Qué otro podría hacerlo? Estoy loco por que llegue esta noche.

Pero solté un suspiro inmenso.

—¿Qué ocurre, Zezé? ¿Es mayor la nostalgia ahora?

—Estaba pensando en la cena.

—Sí. Y tienes que ser formalito, civilizado y simpático.

—¿Cómo será, el escritor?

—Sé lo mismo que tú: que es portugués, vive en Río y está vendiendo un libro cuyo llamado *Polvo del diablo*.

—¿Será bueno?

—¿Ha leído alguien algo del libro?

—Creo que mi padre, pero lo han hecho desaparecer. Lo han escondido tanto, que no debe de ser un libro para niños. Cualquier miércoles, cuando no tengo clase, voy a rebuscar por todas partes y leerlo a escondidas.

—Tú estás loco, Zezé.

—Voy a hacer lo mismo que con los libros de medicina.

—¿Qué hay en los libros de medicina?

—Los del estante de más arriba. Aquel montón de libros. ¿Sabes que los estuve mirando, uno por uno, a escondidas?

—No.

—Un domingo, mientras mi padre estaba sentado junto a uno de los estantes hojeando unos libros. No sé por qué razón pasé cerca de él. Se quitó las gafas de la nariz y me llamó. Me miró muy severo y me habló con voz seria: «¿Ves estos libros?». Recorrió con el dedo índice todo el estante. «Pues bien, no quiero que ponga usted los dedos encima de ninguno de ellos, ¿me oye?». Asentí con la cabeza y me alejé intrigado. ¿Qué tendrían aquellos libros para que yo no pudiera verlos? Mira, Adán, yo nunca había reparado en ellos hasta entonces. Me quedé pensando y pensando y el diablo me iba incitando: «Ve allí, bobo, y míralos. Cualquier miércoles, cuando tu madre tenga una reunión de las Damas de la Caridad y te quedes solo con Dadada... Listo... Nadie se enterará».

—¿Y tú?

No tiene nada de gracia. El primer miércoles corrí a verlos. Pasé muchos miércoles haciéndolo. Ya sabes lo mucho que me gusta hacer algo prohibido, pero no valió demasiado la pena.

—Si no valió la pena, ¿por qué pasaste tantos miércoles espiando?

—Porque quería verlo todo punto por punto y detenidamente. Hay un montón de mujeres y hombres desnudos, pero todos con sarna, cortes, tumores, enrojecimientos, heridas, piernas quebradas, brazos torcidos: algo horrible.

—¿Y qué ganaste con ello?

—Nada. Hasta fue peor, porque, cuando aparecía en la mesa carne ensangrentada, medio cruda, incluso se me revolvía el estómago.

—¿Y qué descubriste?

—Nada. Los mayores a veces son muy bobos. Yo marcaba los lugares con toda claridad y procuraba no cambiar nada.

Pasaba las páginas de los libros y comenzaba otro estudio. Luego volvía a la conversación con mi sapo cururú.

—¿Sabes lo que descubrí ayer, Adán?

—¿Cómo voy a saberlo, si no me lo has contado?

—Es que, al no tener clase de piano, puedo volver muy temprano a casa. No tengo que hacer los deberes en la hora de estudio del colegio. Voy a estudiar en casita y voy a tener tiempo de jugar, pero lo que se dice jugar. Voy a subirme al mango, al zapotillo. Voy a robar guayabas al vecino. Cuando era pequeñito, me moría por robar guayabas. Era un as para eso. Y más aún: ahora mi padre me manda que pase por la casa de Cascudinho para pedirle libros prestados. El otro día, Cascudinho me preguntó si me gustaba leer y dijo que, en cuanto «pudiera», me prestaría unos libros de aventuras para que leyese a escondidas.

—¿Y cómo vas a hacerlo?

—Pues haciéndolo. Cuando venga a casa a estudiar, lo haré todo en la mesa del

comedor. ¿Has pasado la mano por debajo de la mesa?

—Claro que no. ¡Qué idea, Zezé!

—Es que la mesa es extensible. Tiene dos tablas más, por debajo, que forman como un estante. Allí puedo esconder cualquier cosa. Me pondré a leer sin parar.

Cuando oiga pasos en la escalera, cambiaré todo, pondré el libro debajo de la mesa y en su lugar colocaré el de estudio. Nadie lo sospechará nunca.

—La verdad es que es una buena idea, Zezé. Está bien pensado.

—Mira, Adán, ya que hablamos de esconder, yo descubrí el escondrijo de los misterios de esta casa.

—¿Qué es eso?

—Tú aún no vivías conmigo y no puedes saberlo. Cuando veía una revista con una página arrancada, yo siempre sospechaba. Debía de ser algo que un niño no podía ver. Tanto husmeé, que lo descubrí. En aquel estante giratorio hay un rincón en el que meten todo. Así descubrí la Venus de Milo, una mujerona gruesa sin los dos brazos y con todo esto a la vista.

Y me di un golpecito en el pecho para que entendiera.

—Allí descubro todo lo que no puedo ver.

Lancé un suspiro de alivio, porque el reloj estaba dando las siete y media. En seguida me mandarían al colegio. Tarcísio estaría esperándome en la plaza del Palacio, con su uniforme tan bonito, tan de moda: con pantalones de campana diferentes de los míos, ajustados y más cortos. No sé lo que le costaría a mi madre dejar que los míos estuvieran hechos como los de los otros niños. ¿Qué costaba que cualquier otra cosiese mis pantalones? Pero no, ¡qué maldad! Doña Beliza, la hermana de Ceição, creaba aquellos monstruos pasados de moda para que todo el mundo se riera de mí y me hiciese sufrir.



—Es un animal de la selva. Cuando ve a la gente, le entran ganas de irse a su cuarto.

Así disculpaba mi madre mi impaciencia. Además, es que aquella cena infernal no acababa nunca. Era una conversación insulsa, rebotante de toda clase de misterios. Solo hablaban de la novela, pero a trocitos, interrumpiendo en los momentos que debían de ser más interesantes.

Cuando conseguí dar las buenas noches a todos y sentí que la puerta de mi cuarto se cerraba a mi espalda, respiré feliz.

Allí estaba Maurice. Tenía sol por todas partes: en el pelo, en la sonrisa, en la preciosa corbata con lazo de pajarita.

Se levantó y me estrechó en sus brazos.

Yo lo abracé con tantas ganas, que me dijo:

—Cuidado, *Monpti*, que me vas a tirar contra la silla.

—¡Ah! Maurice, Maurice. ¡Cuánto te he echado de menos! Esta semana me ha



resultado interminable. Tengo tantas cosas, tantas novedades, que contarte.

—Déjame verte.

Obedecí y me aparté.

—Muy bien, muy bien. Con muy buen color, pero igual de delgadito y debilucho. Tenemos que ocuparnos de eso.

Volvió a su silla y yo me quedé delante de él, en la cama.

—Maurice, primero tengo que hacerte una pregunta sobre una cosa que está en un libro del que desde hace tres días se habla aquí, en mi casa, exclusivamente. El escritor ha cenado con nosotros y por eso he tardado tanto en llegar.

—A ver, ¿qué?

Solté la pregunta como si fuera una piedra.

—¿Qué es la cocaína?

Maurice puso ojos como platos.

—¿El qué?

—Pues eso, la cocaína. Ayer pregunté a Fayolle y él se enrolló muchísimo y me dijo que, cuando tuviera quince años, podría saberlo.

Maurice me alisó el mechón rubio.

—Bueno, yo no voy a ser tan riguroso. Tendrás que esperar menos: cuando tengas catorce años y medio, te lo contaré. Si lo descubres antes, no ganarás nada, porque no tiene la menor importancia, sobre todo comparado con tantas cosas interesantes que, según has dicho, tienes para contarme.

—Sí que tengo. Y tú, ¿has filmado mucho?

—Bastante.

—¿Escenas de amor?

Me apuntó con el índice con tanto encanto, que sonreí.

—¡*Monpti, Monpti!* He hecho muchas escenas en las que cantaba en un café y al aire libre. Es una película poco divertida que hago para cumplir el contrato y hasta que aparezca algo más interesante.

Me miró como siempre me gustaba que lo hiciera.

—Bueno, a ver: las novedades.

—Maurice, mis días están contados.

—No irás a decirme que vas a morirte de nuevo. Venga, Chuch, que ya superaste esa fase.

—No. Nadie va a morir. Es que voy a abandonar los estudios de piano y voy a ser de nuevo una persona.

Le conté todos los pormenores y él escuchaba muy atento. Cuando terminé, Maurice estaba bastante preocupado.

—Pero ¿te has quedado totalmente satisfecho con esa solución?

—Creo que sí, Maurice. Todo fue muy definitivo.

—Entonces hemos ganado la guerra con el primer enemigo.

Me asusté.

—¿Y hay otro?

—Otro tal vez más importante. Ven aquí.

Me senté en el brazo del sillón y él me atrajo hacia su pecho, con lo que mi cara quedó apoyada en su cabeza. Eso era lo que yo deseaba de un padre. Su mano me alzó la barbilla y noté que sus dedos eran suaves. Después estos se detuvieron en mi garganta. Su voz nunca había sonado tan cariñosa. Si yo hubiese seguido siendo un llorón, ya habría soltado la llantina, pero me contuve hasta el punto de sentir solo humedecidos los ojos.

—*Monpti*, tu enemigo mayor de todos está aquí.

—¿En la garganta?

—Sí. Es necesario quitarte lo antes posible esas amígdalas.

Gimoteé, bastante desesperado.

—Pero, Maurice, si es lo que más miedo me da después del diablo.

—Ya pasará. Además, tú eres valiente: un hombrecito que sabe vencer el miedo. ¿No me habías dicho que tenías horror a los sapos?

—Pues sí.

—Y resulta que tu mayor consejero es un sapo que vive en tu corazón.

Guardamos silencio y yo lo hacía para que no se acabara aquel cariño que nunca había tenido en la vida. Para conservarlo aunque solo hubiera sido media hora más, habría sido capaz de pasar por ciento cincuenta operaciones de amígdalas.

—Entonces, ¿qué, *Monpti*?

—¿Tú lo quieres de verdad, Maurice?

—Es por tu bien, hijito.

Su mano volvió a acariciarme el pelo, rubiales y fino.

—Además, es que no es bueno tener siempre la garganta inflamada. ¿No te gusta el helado?

—Me enloquece.

—Sin las amígdalas, podrás tomar helados enormes y a todas horas. Podrás pasar más tiempo en el agua del mar sin resfriarte. El pus que se forma en la garganta va bajando a los riñones y al estómago. Más adelante, padecerás siempre de esos órganos.

Dios del Cielo, ¡qué cosa más extraña! Maurice repetía las mismas palabras que me había dicho el médico. Solo, que él hablaba con tono más amistoso y menos amenazador.

—¿Eres amigo del doctor Raúl Fernandes?

—Nunca he oído hablar de él.

—¡Qué gracioso que hayas repetido las mismas palabras de él!

—Es algo que todo el mundo sabe. No hace falta ser médico ni amigo de médicos. ¿Qué me dices?

—Una vez intenté operarme de la garganta y fue un verdadero fracaso para mí.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Más de dos años.

—Bueno, entonces ya hace mucho. ¿Sabes por qué quiero que te operes, Chuch?

—Me lo imagino, pero ¿es que no quieres seguir llamándome *Monpti*? Me gusta más.

Maurice se rio.

—Dentro de poco, te llamaré nenito. Pues bien, *Monpti*, cuando te libres de esas malditas y sucias glándulas, verás comenzar una nueva fase de tu vida. Primero, vas a dar un estirón. Después te vas a poner fuerte y musculoso. Vas a tener el pecho fuerte de tanto nadar.

—¿Voy a poder romper la cara a una porción de niños que se burlan de mí, porque soy pequeño?

—Seguro. A todos ellos. ¿Qué me dices?

El miedo volvía a aniquilar mi decisión.

—Ahora no va a ser posible, porque «ellos» van a salir de viaje para Río dentro de ocho días.

—No eludas el asunto. Podemos esperar un poco más. Así irás reforzando tu valor, ¿eh?

—Si tú lo deseas, lo haré. Va a ser duro acostumbrarme a esa idea. A quien va a gustar mucho es a Fayolle.

—A todos nos va a gustar: a tu amigo Fayolle, a Adán y a mí...

—Maurice, ¿tú crees de verdad que yo puedo tener un sapo cururú en el corazón? Parece una idea bastante extraña, ¿no?

—¿Por qué no creerlo? La gente cree en tantas cosas en esta vida... Precisamente porque estás en una edad en la que todos los sueños son una realidad.

Levantó la mano para ver la hora. ¡Qué manía tienen las personas mayores de estar siempre mirando la hora! Y precisamente cuando estábamos tan a gusto.

Maurice adivinó mis pensamientos.

—Ya lo sé, *Monpti*, pero es que he tenido una semana durísima. ¿Comprendes?

Empecé a levantarme y él también. Me dirigí hacia la cama.

—¿Vas a dormir hoy con la ropa y los zapatos puestos?

Nos echamos a reír.

Me quité rápidamente los zapatos y empecé a despedirme. Él mismo sacó mi pijama de debajo de la almohada. Primero me puse los pantalones y después la chaqueta. Los dedos de Maurice empezaron a abrocharme la chaqueta y yo sentía un deseo enorme de no crecer nunca más, de tener a Maurice junto a mi corazón y de que mi pijama tuviera doscientos ochenta y dos mil botones.



Pasé el día dando vueltas a aquella idea en la cabeza. Recordaba todos los detalles de mi primera y fracasada operación de garganta. La había anunciado a todo el mundo:

colegio, vecinos. Armé un barullo de mil demonios. Era el mayor héroe del mundo por tener que operarme, pero, cuando llegó la hora y me pusieron algo así como una camisa de fuerza y apareció una aguja de este tamaño, di un berrido. Intentaron sujetarme. Vinieron enfermeros. El griterío continuaba tan alto, que debían de estar oyéndolo hasta en los barrios altos de Natal. Fue una tragedia: un «¡Válgame Dios!» y una vergüenza mayúscula por mi fracaso, al mirar consternado a las personas que se burlaban por doquier.

No tenía ganas de pensar en una conversación con Adán. Por la tarde, como era miércoles, me quedé estudiando en la mesa del comedor. Acaricié con los dedos el escondrijo de la mesa donde dejaría los libros, donde estos me ayudarían a soñar un poco más.

La conversación con Maurice me rondaba por los oídos. De repente recordé una cosa y me levanté.

Adán adivinó mi intención.

—Mira, Zezé, que tu madre te lo ha prohibido.

—Nadie va a enterarse. Dadada no se lo contará a nadie.

Hacía una semana que había abandonado los estudios y estaba manifestándose la primera nostalgia de Joãozinho. Entré en la sala y me acerqué a él cautelosamente. Levanté la tapa y aquel olor que nunca podía olvidar me invadió la nariz.

—Hola, Joãozinho.

Separé el taburete, me senté y distendí los dedos sobre el teclado. Empecé a tocar todas las músicas que me gustaban. Nada de ejercicios. Primero, la *Chanson triste* de Chaikovski; después, un nocturno; luego, *Réverie* de Schumann. Tocaba como nunca lo había hecho. Tocaba porque nadie me obligaba, porque estaba gustándome lo que hacía. Tocaba con el alma y el corazón y todo aquello me sentaba muy bien.

—¿Ves, Joãozinho? Así sí que me gusta.

Me extrañaba que la semana sin ejercicios no se notara en mis manos. Toqué otra pieza más y sentí una extraña tristeza que no esperaba, al menos tan pronto.

Cerré el piano y coloqué el paño de fieltro con mucho cariño.

Volví al estudio y de nuevo la conversación con Maurice se reavivaba.

Estaba seguro de que aquella vez no iría a fallar más.

Estaba atemorizado. Si fracasaba otra vez, podría enfadarse conmigo y no llamarme nunca más *Monpti* y, sin eso, yo prefería morir, pero morir de verdad.

Por la noche, como ya no estudiaba el piano, estaba en el portal con mi madre y mi hermana contemplando la calma vida de la ladera Junqueira Ayres. Pasó una profesora que daba clases en la Escuela Doméstica. Era una señora de cierta edad a la que costaba superar la abrupta pendiente. Se detuvo delante de nuestro grupo y nos saludó a todos. De pronto ocurrió algo atroz. Se dirigió a mi madre.

—Esta tarde me he quedado un buen rato parada junto a su portal. Había un ángel tocando el piano y era precioso.

Mi madre me dirigió una mirada muy penetrante y nada dijo.

Me quedé colorado y confuso.

Dos días después, cuando volvía del colegio, sentía algo que me desazonaba el alma, un malestar, un aviso, como decía la gente pobre.

—¿Qué te pasa, Zezé?

—No lo sé, Adán: algo que me entristece mucho.

Entramos en casa y dejé la cartera sobre la mesa del cuarto. Algo dirigía mis piernas a la sala de las visitas. Llegué a ella y caí sentado sobre el sillón de Maurice. En lugar de Joãozinho, había un vacío enorme. En adelante aquel salón iba a morir de silencio. Busqué, angustiado, a la señora Bárbara. Se encontraba sobre una mesita al lado, como si la hubieran destronado.

—No te preocupes, Bárbara. Cuando yo sea hombre y tú me pertenezcas para siempre, compraré un piano aún más bonito para ti.

La verdad es que mi alma se había vaciado enteramente. Me esforzaba para contener las lágrimas.

La voz de Adán habló bajito ahí dentro.

—Mira el sol, Zezé. Vamos a calentar el sol.

SEGUNDA PARTE  
La hora del diablo

## 1. La decisión aplazada

Ya no parecía que Joãozinho hubiera vivido tanto tiempo en aquel rincón del cuarto. Los muebles parecían haberse dilatado, haber crecido, y poco a poco fueron ocupando todo su sitio, pero la verdad es que sin él el cuarto había quedado completamente muerto y feo.

—Olvídalo, Zezé. No te culpes, porque tú no cometiste ningún crimen. Había de ser así.

—Ya lo sé, Adán, pero ya ves lo despacito que voy olvidándolo.

—¿Por qué no vuelves a leer el libro de Tarzán?

—En seguidita.

¡Ah! ¡Tarzán! Cascudinho me había descubierto un mundo nuevo que removía toda mi sangre india: el de Tarzán de los Monos, que vivía en la selva, volaba con las lianas y luchaba con los gorilas. Nadaba con los cocodrilos y los hipopótamos, mientras se movía montado a lomo de elefantes y acompañado de Sheeta, la pantera. Aquello sí que era un mundo.

Casi devoré *Las fieras de Tarzán*. Daban ganas de ser mayor en seguida para huir a la selva, hacerte un taparrabos de piel de gacela y meterte el cuchillo en el cinturón. Y todo sería muy fácil. ¿Acaso no era nieto de indios? ¿No tenía sangre de salvaje? En el Amazonas no había leones, como en África, pero los ríos amazónicos eran inmensos, todos, llenos de caimanes y tapires. No me cansaba de mirar el libro de ciencias naturales. Adoraba aquella asignatura, que, además, era la que impartía Fayolle. Cascudinho, para nosotros, pero Dr. Luiz da Cámara Cascudo para quienes acudían a visitarlo con grandes muestras de respeto y admiración, me miraba y parecía adivinar lo que yo necesitaba ver. Aun bajo mi apariencia débil, había descubierto el mundo de ansiedad y aventura que abrigaba mi alma. Para cuando acabara la serie de Tarzán, ya tenía preparada la serie de Scaramouche, a la que seguirían en seguida el «Gavilán del mar» y otros piratas maravillosos.

Regresaba a la mesa misteriosa, tamborileaba con los dedos un ritmo cualquiera, pero el deseo de reencontrar a Tarzán se había disipado.

—Zezé, ¿qué te ocurre hoy?

—Nada, Adán. Solo que algo me está estrangulando la garganta, un comienzo de tristeza que me da vueltas por dentro.

—¿Vuelves a tener dolor de garganta?

—No es eso, Adán. Hablo en el sentido figurado que tanto empleas tú y que siempre usa el hermano Ambrósio.

—Entonces, ¿qué?

También me abandonaba el deseo de conversar.

—Ya sé: estás preocupado porque vas a ir al colegio interno, ¿verdad? Eso va a estar muy bien, Zezé. Va a ser una libertad estupenda. Podrás jugar a la pelota y —quién sabe— hasta entrar en un equipo de Luiz de Mello.

—¡Qué va! El Itará solo acepta a quien juega bien y yo soy un maleta.

—Quién sabe si entrenándote un poco...

—Es inútil. Lo mío es nadar: eso sí. Cuando veo agua, parece que enloquezco.

Volví a guardar silencio.

—Ya lo sé, Zezé. Durante dos meses vas a estar sin ver a Maurice. Desde luego, no podrá visitarte.

Aquel asunto, del que no quería hablar ni conmigo mismo, me dolía un poco.

—Esta conversación duele.

—Por eso debes ir acostumbrándote.

—Ya lo sé. En el colegio no podrá venir a verme, hablar conmigo toda la noche, como hacemos siempre. La única solución es dormir y que se me aparezca en mis sueños cuando me sienta muy solo.

Di un gran suspiro.

—Pero no es lo de ir interno al colegio ni la ausencia de Maurice lo que está amargándome ahora.

—Entonces cuenta.

—Es por él. ¿No has notado que parece triste y preocupado? Ahora no canta en el baño: «Despierta, abre la ventana, Stella». Ha perdido la manía de quejarse de todo. Se queda en silencio, solo leyendo, perdido en el mundo de los libros y los periódicos.

—Es normal. Una operación es cosa seria.

—Sí.

Volví a mi mutismo.

—Bien, Zezé, respeto tus sentimientos. Si no quieres hablar ahora, no lo hagas. Te conozco demasiado para insistir.



La conversación continuó en el regazo de Maurice. Le hablé de mis preocupaciones.

—Reza, *Monpti*. Una operación es cosa seria, pero ¿no dices que es fuerte como un roble?

—Sí.

—Pues entonces se recuperará rápido. Cuando vuelvas, estará curado y la vida seguirá adelante.

—Aun así, estoy sintiendo algo diferente por él.

—¿No lo quieres?

—Un poco. Al fin y al cabo, no es un padre de verdad, pero es mi padre. No es un enemigo en absoluto. Yo sé que los niños no comprenden a veces lo que los mayores quieren, pero a su manera debe de desear lo mejor para mí.

—Eso me gusta. Esos pensamientos son muy bonitos.

Entonces me apartó y añadió:



—Siéntate un poco en la cama, que hoy hace un calor increíble.

Obedecí, pero sin apartarme mucho de él. Quería aprovechar los momentos, todos los momentos, sabiendo que íbamos a estar separados durante dos meses.

—¿Sabes lo que pasa, *Monpti*? Inconscientemente, lo quieres mucho y eso está bien.

—No lo quiero ni la mitad que a ti.

Maurice se rio.

—Sí que lo quieres y un día, cuando consigas ver las cosas como son, incluso lo querrás mucho.

—¿De verdad?

—Te lo garantizo. Un día te va a gustar como es, porque no se puede pedir a las personas más de lo que pueden dar.

—Igualito.

—¿Igualito a qué?

—El hermano Ambrósio dijo eso una vez con otras palabras y también que la felicidad está donde está y no donde queremos que esté. No es eso exactamente. No sé repetir sus palabras, porque el hermano Ambrósio habla muy bonito, ¿sabes? Un día me gustaría presentártelo, Maurice.

Lo decía sin mucho convencimiento. Los dos vivían en mundos opuestos y los dos estaban ocupadísimos.

—Maurice.

—¿Eh?

—¿Conoces a Johnny Weissmüller?

—No.

—¡Dios del Cielo! El artista que hace el papel de Tarzán en el cine.

—¡Ah, ya sé!

—En el cine Royal anuncian *Tarzán de los Monos*. Estoy impaciente por ir a verla.

Me sentía un poco decepcionado con Maurice.

—Yo pensaba que allí donde tú trabajas todo el mundo se conocía.

—¡Huy, querido! Allí es un mundo enorme, una ciudad inmensa. No es pequeña como Natal. Además, es que él está contratado por la Metro y yo soy de la Paramount, la que tiene una montaña con una corona de estrellitas.

—Yo sé todo eso. La Metro es la de ese fiero león.

—Pero, mira, de aquí a tres años están pensando en encargarme una película en la Metro.

Lo miré con desconfianza. ¿No estaría diciéndolo para consolarme? Maurice adivinó mis pensamientos.

—Lo digo en serio. Están pensando en una gran producción musical en la que me verás junto a Jeannette MacDonald. Ya hicimos una película juntos de mucho éxito: *El desfile del amor*.

—No la he visto. He oído comentarios aquí, en casa, pero ni siquiera me acerqué al cine. Si hubiese sabido que era tuya... pero compréndelo, era muy pequeño.

—¿Y qué eres ahora?

—Entonces era aún menor, pero continúa.

—Pues bien, si fuera a trabajar en la Metro, conocería a Tarzán.

—¡Qué felicidad!

—¿Por qué tanto entusiasmo ahora?

—Cuando yo crezca, quiero ser igualito a él, irme a la selva y vivir en ella. Como tengo sangre de indio, allí voy a sentirme muy bien. ¿Lo crees, Maurice?

—Por lo general, creo todo lo que dices, pero esta vez...

—¿Por qué no iba a poder hacerlo?

—Simplemente porque, para vivir en la selva, hay que tener mucha fuerza, además de otras cosas.

—¿Y no voy a poder yo tener todo eso?

—Podrías, si quisieras.

Me puse rojo como un tomate. Sabía adonde quería llegar Maurice.

—Ya sé, Maurice: te refieres a la operación de garganta. Ya he prometido hacerlo.

—Pero ¿cuándo?

—Ahora no va a ser posible. Ya sabes que voy a estar interno durante dos meses. Solo cuando ellos vuelvan de Río.

—Pero, hijo mío, eso no es un problema. Habla con tu amigo Fayolle y él lo resolverá todo.

Puse mala cara, pero entonces no fue Maurice quien me llamó la atención, sino Adán, que me amonestó.

—Mira, Zezé, tú sabes que tiene razón en lo que te dice. Alguna vez tienes que decidirte.

Maurice no decía nada, solo me miraba fijamente.

—De acuerdo. Voy a hablar con Fayolle.

—Así se hace, *Monpti*. Quiero verte fuerte, quemado por el sol, nadando como un pez, rompiendo la cara a todos esos niños que se burlan de ti. ¿No te parece?

—Ya lo creo que sí, pero tú vas a prometerme una cosa.

—Sí.

—El día de la operación me acompañarás, para animarme.

—Desde luego. Ese día, aunque tenga que pagar una multa, dejaré mi trabajo para estar a tu lado.

Miró el reloj.

Mi corazón dio un vuelco: *ploc-ploc*. Había llegado el momento que yo no deseaba por nada del mundo.

—*Monpti*, ven aquí.

Abrió los brazos y me estrechó.

—Tengo que irme.

—¿De verdad vamos a estar separados dos meses, Maurice?

—Es necesario, ¿no?

Me pasó los dedos por los ojos.

—No quiero lloros. Pasará en seguida y tú vas a ser muy feliz jugando con una infinidad de niños de tu edad.

—Tal vez, pero voy a sentir mucho tu ausencia.

—Guárdame en tu corazón, al lado de Adán. Acuérdate de mí de vez en cuando.

—Eso va a ser difícil.

Se asustó.

—¿Difícil acordarte de mí, *Monpti*?

—Sí, porque, para acordarse de alguien, primero hay que olvidarlo y eso yo no podría hacerlo nunca.

Se quedó alisándose el pelo y sin soltarme.

—Hoy no voy a ayudarte a acostarte.

—Es mejor. Me vuelvo hacia la pared y no te veré partir.

Sentí un vacío en el cuerpo, en el alma, cuando se fue alejando de mí y desapareció en la pared. Era como si el cuarto estuviese quedándose a oscuras lentamente.



Cuando conté a Fayolle mis resoluciones, se quedó perplejo.

—No entiendo bien, Chuch. Has decidido operarte de la garganta de buenas a primeras.

—He hablado mucho con Maurice y él me lo exige. Adán sigue machacando mi paciencia todo el tiempo con eso.

—¿Y qué debo hacer yo?

—Me acompañas al médico sin que nadie de mi casa se entere y encargas la operación.

El hermano Feliciano se rascó la cabeza, como hacía siempre que surgía un problema.

—Pero, Chuch, ¡yo no puedo hacer eso!

—Poder puedes. Maurice me ha garantizado que podías.

—Sí, desde luego. ¿Y mi responsabilidad?

—Nadie muere de eso. La operación de garganta es fácil. Después les daría una sorpresa cuando volvieran.

—Aun así, tengo que pensarlo.

—No puedes perder tiempo pensándolo, no. Tiene que ser ya. ¿Acaso no estás hablándome de eso también tú? ¿Hablándome de los helados y todo lo demás?

Ganó tiempo sacando el reloj del bolsillo y el pañuelo de cuadros blancos y negros para limpiarse el sudor de la frente.

—Vamos a hacer una cosa, Chuch.

—Sí.

—Haremos todo lo que quieras, pero cuando tus padres regresen del viaje.

—Así no tiene gracia.

—Sí que la tiene, porque haremos todo lo que hemos convenido. Mira: cuando lleguen, te aseguro que te quedarás aún tres días internado aquí; hasta que vuelvas a estar instalado en casa, miraré a ver cómo podría arreglarlo. Después, en ese período vas al médico y solicitas la operación.

—Sin que ellos se enteren.

—Secreto absoluto, pero una cosa: para que esta vez sea de verdad, debes darme tu palabra de honor.

—Te la doy ahora mismo.

—No hace falta que sea ahora. Cuando falte menos para el momento. Has entendido lo que quiero decir, ¿verdad, Chuch?

—Sí, lo he entendido todo. Tú no quieres que lo haga durante la ausencia de ellos, porque podría ocurrir algo...

—Exactamente.

—Entonces, muy bien, pero, cuando vaya a operarme, ellos no podrán enterarse.

—Te lo garantizo. ¿Y cuándo vendrás?

—Se embarcan dentro de dos días y, en cuanto partan, vengo con mis cosas. ¿Conseguiste aquello con el hermano Luiz?

—Sí, diablillo. Te quedarás con los mayores. El hermano Ambrósio no estaba muy de acuerdo con esa idea.

—El hermano Ambrósio es muy anticuado. ¿Te imaginas, Fayolle, que me quedara con esos mocosos?

Se rio.

—Ahora ve corriendo al aula, Chuch, que ya ha sonado el timbre.



Y fueron los dos meses más felices de mi vida hasta entonces. Jugué a la pelota, me arañé, luché, corrí y tomé el sol y mi garganta, milagrosamente, mereció un diez. No dio señales de vida ni una vez. Una tarde, el hermano Flávio, al verme tan colorado y alegre, comentó al hermano Manuel:

—Mira la cara de ese chaval: colorada como una manzana.

—Era lo que ese chiquillo necesitaba: jugar con otros niños de su edad, salir de la jaula.

Podía hacer de todo. Nadie me prohibía nada. Era responsable de lo que hacía.

En aquella época, mi familia aumentó un poco. Fayolle me daba dinero para ir al cine los domingos y festivos. Vi a Joan Crawford en una película titulada *Esta edad moderna*. Como Maurice estaba lejos, me pareció que ella podía ser mi hermana y, al

ser tan elegante, tan diferente de la hermana tan sosa que yo tenía, podría muy bien casarse con Johnny Weissmüller e iríamos a vivir en la selva todos sin peligro alguno.

Otra película notable: *La mujer pintada*, con un actor al que nunca había visto antes, Spencer Tracy. Era una película sobre un buscador de perlas en la que un artista brasileño hacía de nativo. Era Raul Roulien, pero a ese no lo quise de tío, no: solo a Spencer Tracy. Después me agenció dos hermanos: George Raft y Charles Boyer. Eran mucho mayores que yo. En cuanto llegaba el domingo, Fayolle me mandaba al cine. Dejaba que viera la película que me apeteciese. Comprendía que nada de aquello me haría daño. Cuando daban las cuatro, se hacía el encontradizo, daba una vuelta por la plaza André Albuquerque e iba a esperarme al final de ella.

Yo iba contándole todo lo que había visto en la película y a él le encantaba. Cuando le hablé de mi nueva familia, se echó a reír.

—Pero, Chuch, ¿no son demasiados?

—Pero ¿por qué? Siempre he tenido muchos hermanos, Fayolle.

Él volvía a entender mi soledad y a ver que me faltaban mis hermanos, que se habían quedado lejos.

—Solo hay una cosa que no entiendo. Esa nueva hermana tuya, ¿es hija de Maurice?

—Aún no había pensado en eso.

—¿Y es hermana de tus dos nuevos hermanos?

—Eso no tiene importancia, Fayolle.

—¿Cómo que no? ¿Y ese tío tuyo es hermano de Maurice?

—Muy bien podría serlo, porque también tiene un carácter excelente y es la bondad en persona. Ahora, que mis hermanos no se llevan bien. Charles y George son como Caín y Abel. Se odian. Cuando estoy con uno, no puedo estar con el otro. Ellos tampoco son hijos de Maurice ni sobrinos de Spencer Tracy.

Fayolle se sentaba unos instantes para descansar en el banco de la plaza y seguía riendo.

—Como me cuentes más, me voy a hacer un lío de mil demonios.

—Es complicado, pero no tanto.

—Dime una cosa, Chuch, ¿cuándo tienes tiempo de ver a todo ese mundo tuyo?

—Cuando me apetece, incluso en tu clase de ciencias naturales. Cojo el libro, llega una brisa por la ventana y todo se transforma. Ni siquiera parece que esté en el aula, en el colegio. Es tan bueno...

Él erguía su grueso cuerpo, me pasaba la mano por la cabeza y me elogiaba.

—De esta cabeza van a salir aún muchas cosas. Entretanto, sueña y sé feliz.

Apretaba el paso.

—Vamos, que tengo tarta y queso en el comedor. Quiero que te encuentren como mínimo menos delgadito.

Y yo vivía, jugaba y soñaba. Solo, que no quería pensar en Maurice, porque no había forma de que viniese al colegio. De mi familia de verdad ni siquiera me

acordaba: solo cuando Dadada venía a buscar mi ropa para lavar al colegio o a traerla planchada. Me daba noticias. Habían operado a mi padre. Estaba bien. Iban a completar los dos meses en Río para recuperarse. Otras veces era mi hermana incluso la que telefoneaba al colegio para que me dijese algo sobre la salud de mi padre.

El tiempo pasó volando. Mi padre regresó. Me quedé interno en el colegio una semana más y una hermosa mañana partí para el hospital. Tenía sudores fríos, como un helado de coco.

Fayolle me acompañó y permaneció en el consultorio. La operación de garganta no requería una sala especial. Fui aceptando todo, pero Adán me animaba por dentro y en la puerta Maurice, con una camisa deportiva de color azul claro, no cesaba de sonreír para animarme también.

## 2. El dolor de una injusticia

**F**ue quitarme aquellas pelotitas de la garganta y, ¡pum!, di un estirón. Mis pantalones, que eran conocidísimos como los más raquíuticos del colegio, por más que bajarán los dobladillos, me convirtieron en el mayor paleta de la ciudad y, como los antiguos palillos de mis brazos estaban volviéndose como troncos, no cesaba de usarlos.

—¡Cateto! ¡Palurdo! ¡Enchufado!

Bofetadas, puñetazos, bocas partidas y ojos a la virulé. Ya no volvía nunca a casa tragándome impertinencias. Empecé a adorar las clases de educación física. Me esforzaba en todo para crecer cada vez más y ponerme fuerte.

Hasta Maurice se asombraba.

—¿No te lo dije, *Monpti*?

Ya no usaba aquellas bromas antiguas conmigo. Bastaba que contara una historia que comenzase así: cuando yo era pequeño...

—Tú, *Monpti*, ¿podías ser aún más pequeño?

Ya no, en mi clase ya había superado incluso la altura de João Rocha, un hombretón, tal vez el mayor de mi clase y que en el fútbol era imbatible. Quien lo intentaba se caía.

Ahora bien, mi locura mayor era nadar: nadar, nadar, como Johnny Weissmüller cuando era aún más Tarzán. Algunas clases de la tarde, con la protección del hermano Feliciano, me las saltaba. Iba volando, sorteando las calles principales, eludiendo la del consultorio de mi padre, para dirigirme al Centro Náutico Potengi. Tenía la manía de llevar un bañador tan diminuto, que me cabía en la palma de la mano.

—Chuch, por el amor de Dios, ten cuidado.

Volvía cada día más victorioso.

—Chuch, todos los días, no. Debe ser cada tres días.

Estaba exultante con mi éxito.

—Mira, Fayolle, hoy he conseguido ir desde el Centro Náutico hasta el Sport y volver. Cualquiera día estará lo que se dice chupado para mí y lo haré sin cansarme.

Fayolle me escuchaba encantado.

—No sé, Chuch, si lo que hago es acertado, pero da gusto ver que ya no eres aquella criaturita triste y menudita. Todos los días tengo que hacer un acto de contrición por ti.

—¿Y no vale la pena?

—Sí, pero, desde que te vas a nadar y hasta que vuelves no paro de rezar. Mi corazón pasa todo el tiempo sobresaltado.

—No hay peligro, Fayolle. Muy pronto podré ir hasta el muelle de Tavares de Lira.

—Todo eso es estupendo, hijo mío, pero siéntate aquí, en esta silla, que vamos a tener una conversación muy seria.

Obedecí. ¿Qué sería? ¿Iría a delatarme alguien en casa?

—Yo sé todo lo que ocurre en el Centro.

Me reí.

—Ya veo, Fayolle: estás preocupado porque nos cambiamos de ropa unos delante de otros, nos mezclamos todos, hombres con niños.

—No, eso son bobadas. En eso no hay maldad. Al fin y al cabo, ya te estás haciendo un hombrecito.

Me henchí de orgullo.

—He hablado con los mayores que van allí a remar los domingos. Sé que hay muchachos mayores que van a nadar cerca de los barcos anclados, ¿verdad?

—Pues sí, pero son los grandes nadadores, como Jonas Honorio y Ebenezer. De momento eso es mucho para mí.

—Aun cuando nades mejor, tienes que prometerme que nunca lo harás cerca de los barcos.

—¿Por qué, Fayolle?

—Porque dicen que por allí está infestado de tiburones que proceden de la entrada del puerto, atraídos por los restos de comida que tiran del barco.

—Eso también es verdad.

—¡Pues por eso!

—Lo que sé es que hasta ahora a nadie ha atrapado un cazón.

—Pero puede haber un primero, ¿no? ¿Vas a hacerlo por mí, Chuch?

—Más adelante puedo prometértelo. Ahora no puedo nadar tanto.

Recordé un detalle.

—Fayolle, ¿te gusta la sandía?

Puso unos ojos como platos de asombro ante un asunto tan diferente.

—No demasiado. Después hago «así» muchas veces.

Sonreí. Aquel «así» quería decir «eructos».

—Pero ¿qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando?

—Sí que tiene que ver. El olor de la sandía es muy fuerte, ¿verdad?

—Fortísimo.

—Pues es un aviso que todos los nadadores del club conocen. Los cazones huelen a sandía y el primer niño que lo huele da un berrido: «¡Sandía!». No queda nadie por allí. Todo el mundo se va volando para la rampa y, si está más lejos, se sube en seguida a un bote anclado hasta que pase el olor.

Fayolle se llevó la mano al pecho. Se había puesto casi violáceo de la desesperación.

—Chuch, has sido tú el que me lo ha contado. Ahora ya no voy a tener ni un momento de paz.

Puse mi voz más cariñosa.

—No te asustes, Fayolle. No me va a suceder nada. Te prometo que no nadaré lejos y, cuando haga mis entrenamientos, iré siempre por el ladito de la ribera.



Lanzó un suspiro enorme y pareció apaciguarse con mi promesa.

—Está bien, pero me lo has prometido, ¿eh?

—Sí y es la palabra de un hombrecito. ¿No has dicho que ya lo soy?



Estábamos conversando largo y tendido y libremente. Pasábamos de un asunto a otro con la mayor facilidad.

—¿Te imaginas, Adán? ¿Tarzán luchando con King Kong? Sería algo fenomenal.

—Pero Tarzán sería pan comido para el gorilazo.

—Eso es lo que tú te crees. En *Tarzán de los Monos*, luchó contra un mono casi del mismo tamaño. Además, bastaba con que lanzara el grito de guerra y todos los elefantes corrían en su socorro: pan comido pero que con toda seguridad.

Entraba una brisita agradable en el comedor. La pila de libros estaba a mi lado. Ahora bien, ¿dónde estaba la voluntad? El viento quería llevarme lejos. Era el viento que yo llamaba Apache, el que surgía cuando Winnetou galopaba por las praderas y hacía ondear su gran melena negra. Entonces tenía la manía de Winnetou. Mi padre había comprado los tres libros y, después de que los leyera y los dejase en el estante, acabaron en mi escondrijo de la mesa. Siempre tenía uno de los tomos a mi disposición.

Yo sonreía ante los comentarios que mi madre hacía con las vecinas.

—Eso es lo bueno que tiene. No da guerra para estudiar. Trae notas excelentes. Solo un poco flojo en matemáticas.

La de matemáticas era una asignatura horrorosa. Solo mejoré mis notas porque fue Fayolle quien enseñó el álgebra en mi curso. Con él de profesor y al tener el álgebra más letras que números, me gustaba.

—¿Ves, Adán? Todo el mundo me respeta en el colegio. Nadie quiere meterse conmigo. ¿Tú también crees que me estoy haciendo un hombrecito?

—Sí y tan deprisa, que dentro de poco dejarás de necesitarme a mí y ya podré marcharme.

—Ya estás tú otra vez con esa tontería. Ya es la tercera vez que me hablas de eso.

—Nadie puede luchar contra lo inevitable.

—¡Pero bueno, Adán! Estamos felices de la vida, con todo el viento Apache a favor y tú te empeñas en hacer de aguafiestas.

Nos enfadábamos y mi pensamiento se centraba en el misterio de las cosas. La verdad es que ya había cumplido doce años. El tiempo pasaba. Mi segundo curso de bachillerato estaba ya casi por la mitad y mi vida mejoraba. Ya me dejaban pasar más tiempo en la playa y que invadiera el mundo del jardín. Allí conocía todos los árboles. Tenía un montón de cosas escondidas en el zapotillo. Y lo sensacional era escapar por la ventana de noche, caminar por el muro sin espantar las gallinas y trepar por las ramas del mango soltero. Grandes telas metálicas separaban los dos

gallineros. Primero las gallinas *leghorn*, con sus vestiditos impecablemente blancos. Eran todas Damas de las Camelias (me moría de ganas de leer ese libro). En la otra parte estaban las gallinas *Rhode Island Red*, todas muy elegantes con sus sayas de color rojo intenso y muy amplias y con una toquilla de encaje amarillenta en la cabeza. Sus saltos eran mayores. En todo lo que hacían había dignidad. Me tiraba horas en el muro contemplando su vida. Se bajaban con elegancia para comer. Parecía que comiesen brillantes en lugar de maíz. Se picoteaban, dejaban escapar un canto que no irritaba y su lengua era diferente, posiblemente inglés.

De aquel asunto pasaba a otro. En casa me dejaron que tuviese un amigo. Era un vecino de la casa de enfrente y tan preso como yo. Tenía fama de ser el niño más rico de la ciudad. Solo salía en automóvil y muchas veces yo lo acompañaba al colegio en aquel cochazo con bocina de voz de vaca. Su casa era inmensa y totalmente cerrada. Lo criaban unas tías que nunca abrieron las ventanas del frente por miedo al sol. El domingo, iba a misa en el cochazo y sentado en medio de las dos, que, para no perder tiempo, iban ya rezando a la salida del garaje. Una era muy alta y delgada; la otra, baja y rechoncha. Los cuellos de los vestidos les llegaban hasta lo alto del pescuezo y parecía que solo tuvieran un par de zapatos de charol negro, siempre brillantes.

Así, cada dos meses, dejaban que él bajase las escaleras y viniese a jugar conmigo, atiborrado de consejos y miedos.

—¿Viene hoy?

Adán adivinaba mis pensamientos.

—Debería venir.

—Zezé, ¿tú tienes miedo de ellas?

—¿De las tías? No. Una vez estuvieron hablando conmigo y, cuando se enteraron de que yo no había hecho la primera comunión hasta los diez años, se persignaron.

—¡Dios mío, chico! Las criaturas deben recibir al Niño Jesús con seis o siete años, cuando su pureza es mucho mayor.

—Así debe ser, pero allí donde yo vivía antes a nadie le importaba eso.

La más alta me miró con pena y preguntó, emocionada:

—¿Por qué? ¿Eran tus padres «capas verdes»?

La más baja se persignó al oír ese nombre. En el colegio, Fayolle me explicó que «capa verde» era lo mismo que protestante.

Adán interrumpió la conversación e insistió:

—Pero ¿viene hoy?

—Ya he dicho que debería venir. Seguro que a sus tías les parece que está haciéndose también un hombrecito.

«Hombrecito». Aquella palabra era una delicia para mí. Creo que para Adán también: tan hombrecito, que mi padre no quería que hablase con las criadas ni con Dadada siquiera. En aquella época ya no podía llamarla así. «Isaura —¿ves?—. Ese es su nombre: Isaura». Y seguía una observación mucho más fuerte. «No quiero verte en la cocina. La cocina no es un sitio para los niños».

—Adán, ¿por qué insistes en si viene o no?

—Porque hoy es el día de la ambulancia, ¿no?

Di un brinco.

—Pues es verdad.

Mi primo por parte de la familia adoptiva se había roto una pierna. Tenían que explorarlo con rayos X en el consultorio de mi padre. Habían conseguido una ambulancia y, como solo existía una en el hospital, se la cedieron para la noche. Vendría a las ocho a buscar a mi padre. Sin que supiera por qué, me habían invitado a ir con él. La verdad es que yo no estaba preocupado por su pierna. Lo que quería era viajar en la ambulancia. No hace falta decirlo. Desde hacía mucho me perseguía esa idea. Fue lo primero que conté al hermano Feliciano y lo primero que contaría a Maurice cuando llegara por la noche, una vez acabado todo.

—Da tiempo. Podemos jugar un poco en la acera. Servirán la cena más temprano, porque no le gusta trabajar con el estómago lleno. Está todo preparado.



Él se llamaba también Joãozinho: João Galvão de Medeiros. Iba siempre muy bien vestido. Sus pantalones eran de cachemira azul y la camisa de seda de color de paja. Habíamos cenado a la hora prevista y estábamos en un banco del jardín delante de nuestra casa jugando a apostar sobre los coches con palitos de cerillas viejas y quemadas. Sobre cada automóvil que subía por la ladera apostábamos si la matrícula tenía un nueve o no. Y el juego se alargaba, porque en Natal no había muchos coches y por la noche pasaban menos.

De vez en cuando, allí arriba, en su casa-castillo, las dos tías sacaban la cabeza por la ventana procurando taparse con una tela la garganta para no resfriarse. Se turnaban en aquel gesto. Cuando llegaba la hora, tocaban una campanilla aguda y Joãozinho se atusaba el pelo, la camisa y los pantalones, me apretaba la mano y se marchaba. El horario habitual no superaba las ocho y media.

En el portal de casa, Dadada (Dadada, no: Isaura) se quedaba mirando el mundo, tomando el fresco y contemplando nuestros juegos.

Se oyó un maullidito muy débil en el tablar del jardín y nos quedamos esperando otro, que sonó más fuerte.

—¡Vamos a ver!

Dimos un salto hasta el césped. Metí la mano y saqué un gatito recién nacido en la mano.

—Pobrecito, lo han abandonado. Si se queda aquí, lo pillarán un coche o un perro vagabundo despedazará este animalito.

Joãozinho acariciaba el gatito en mi mano.

—¿Es gato o gata?

—Vamos a ver: allí, cerca del poste, que hay más luz.

Di la vuelta al animalito.

—Peor aún: es una gatita.

—¿Cómo lo sabes?

Miré, asombrado, a Joãozinho. La verdad es que aquellas tías beatas le ocultaban todo.

—Es una gatita, ¿no lo ves? Las gatitas tienen una rajita y los gatos tienen una bolsita aquí.

—¿Puedo cogerla un poquito?

—Toma.

Le encantó tener el animalito entre los dedos. No dejaba de acariciarlo.

—¿Nunca has tenido un animal?

—No. ¿Y tú?

—Pues tengo ese perrillo, Tulu, que casi no lo es, porque está muy mal, todo remendado.

—Yo ni siquiera tengo eso.

—¿Ni siquiera un corral con gallinas?

—Nada.

Tuve una idea.

—¿Por qué no te llevas la gatita para ti? Tal como ha aparecido, debería llamarse Aparecida.

—Mis tías nunca me lo permitirían. Puedes estar seguro.

—Pero, si se queda aquí, morirá. Podrías llevártela a escondidas. Habla con el jardinero de tu casa. En aquel enorme jardín nadie la descubriría nunca.

—Sí que la descubrirían. Todas las mañanas, antes de ir a misa, rezan en el jardín hasta que llega la hora. Ya lo creo que la descubrirían. Allí no entra ni un sapo ni una babosa.

—¡Qué gente más malvada!

—No, no. Es que no están acostumbradas. Solo juego con animales cuando voy a la finca. Allí, sí.

Guardamos silencio pensando en cómo resolver el problema de la gatita.

—¿Por qué no la escondes en tu casa?

—Solo podría ser en el cuarto de la criada. ¿Vamos a ver?

Corrimos hasta Isaura.

—Niño, tira ese animal asqueroso afuera.

—No es asqueroso, no, Dadada. Es una gatita linda. Tenemos que esconderla hasta mañana. Mañana veremos lo que hacemos. ¿No quieres dejar la gatita en tu cuarto?

—¡Estás loco! Llenaría mi cuarto de pulgas.

Le imploré.

—¡Pobrecita! Va a morir. Déjala, Dadada. Solo hasta mañana.

Isaura se decidió.

—Solo puede ser en el cuarto de las maletas, allí al fondo. Hay un montón de maletas viejas y puede quedarse allí, pero depende de ella. Como se le ocurra maullar, está perdida.

—No, no maúlla. ¿No ves lo quietita que está? Si no siente frío, se portará bien.

—Vamos allá.

Nos habíamos olvidado de la hora. Lo que importaba era salvar a Aparecida de la desgracia.

Isaura fue a buscar una vela a la cocina y yo la acompañé con la gata pegada al pecho.

Joãozinho se quedó esperando en lo alto de la escalera y yo bajé también detrás de Isaura.

Ella abrió la puerta.

—Aquí hay una suciedad de mil demonios. No sé por qué no se hace un fuego con todas estas maletuchas viejas.

Se puso a buscar una menos asquerosa. A la luz de la trémula vela, se volvió un cuarto lleno de sombras y fantasmas.

—Se va a quedar en esta de aquí mismo. No estoy dispuesta a llenarme de más polvo y enredarme con telarañas.

En aquel momento ocurrió la mayor tragedia de mi vida. Me había olvidado de todo: de la ambulancia, de la hora y de los rayos X. Mi padre ya estaba listo media hora antes y decidió bajar a avisarme. Llegó al portal y no nos vio. Fue hasta el fondo de la casa y se encontró a Joãozinho esperando.

Se puso furioso y empezó a imaginar el resto.

—¿Dónde está?

Joãozinho temblaba, asustado por su tono de voz. Se limitó a señalar el cuarto por cuya ventana se veía la luz de la vela.

Yo presentí lo que ocurriría y salí con el corazón en un puño.

—Ven aquí, desobediente.

Subí la escalera con las rodillas entrechocándoseme. No tenía voz para decir palabra alguna.

Él me dio un empujón y caminé por delante de él. Nos detuvimos en el jardincito iluminado y su voz estaba tan cargada de ira como encendidos sus ojos.

—¡A ver, sinvergonzón! ¿Qué estabas haciendo en ese cuarto con la criada? Cacho inmoral. Sube ahora mismo. Ya no te llevo a ver los rayos X.

La sirena de la ambulancia sonó allí arriba, por la ladera. Parecía que estuviese aserrándome por la cintura.

Mi padre me volvió la espalda y yo me quedé paralizado, muerto de dolor y vergüenza.

Ni siquiera vi a Joãozinho escapar y subir la escalera de su casa sin aliento.

No podía siquiera moverme. Un nudo doloroso en la garganta me impedía llorar. En mis oídos se repetía una pregunta dolorosamente: ¿por qué todo aquello, Dios

mío? El viento que corría en el jardín volvía frío el sudor de mi cuerpo, que empapaba toda mi ropa.

Isaura subía por la escalera y vino hacia mí. Comprendía, indignada, toda la magnitud de mi tragedia. No le importaba lo que pudieran pensar sobre ella, pero consideraba un crimen, con su rudo modo de pensar, que hiciesen aquello a quien aún era un niño.

—Ve adentro, anda.

Me empujaba suavemente. Mis dientes castañeteaban como si estuviera masticando un fruto amargo y verde.

—Vamos, ven adentro. Mañana le explicaré todo a tu madre y ya pasará.

### 3. El corazón de un niño olvida, pero no perdona

Cuando llegó Maurice, me lancé casi desfallecido en sus brazos. Tenía los ojos enrojecidos, hinchados de tanto llorar.

—¿Qué ha ocurrido, hijo mío?

Tragándome las lágrimas y entre sollozos, fui contándole poco a poco toda la historia.

Maurice dejó que llorase más y después intentó calmarme.

—Ya pasará, *Monpti*.

—No pasará nunca, Maurice. Es un dolor tan grande como cuando era pequeño y ocurrió aquella historia en Navidad con mi padre. Siempre que llega la Navidad, sigo viendo sus ojos llorosos y su cara sin afeitar. No pasa nunca.

—Esperemos al tiempo, que hace olvidar todo. Ahora que estás más calmado, déjame sentarme, porque he pasado todo el día trabajando de pie.

Se sentó en el sillón viejo y me atrajo a su regazo.

—Así, como al comienzo.

Entre las lágrimas, yo estaba acordándome de una cosa.

—Soy un bobo, ¿verdad, Maurice?

—Nada de eso. Lo que eres y serás toda la vida es un niño: eso sí.

—Había quedado con Adán en que, como ya soy un hombrecito, iba a evitar...

—¿Crees que no lo he notado? Cuando llego, a veces intentas no besarme, ¿no es así?

Dije a regañadientes que sí con la cabeza.

—¿Y crees que eso es propio de un hombrecito?

Se rio y me pasó las manos por el pelo.

—Pues eso es una tontería. Al fin y al cabo, ¿qué tiene de malo que un hijo bese a su padre? Nada. Y has de saber que, si me elegiste como padre, aunque seas viejo y barbudo me besarás cuando llegue y cuando me marche.

El llanto quería pasar, pero mis miembros eran sacudidos por constantes estremecimientos.

—¿Qué ha sido de ese hijo mío que tanto hablaba del sol, de calentar el sol? Pues bien, en momentos así es cuando hay que probar las teorías.

—Va a ser difícil. Me parece que mi sol ha quedado totalmente helado.

—Ya te he dicho que mañana será otro día. Todo cambiará.

—¿Qué es esta vida, Maurice?

—¡Ah! Eso no lo sé. ¿Por qué me lo preguntas?

—Estaba solo pensando, pensando en que, cuando vine aquí, no sabía geografía. Pensaba que aquí era la América del Norte y que desde mi ventana vería todo el día a mis amigos *cowboys*: Buck Jones, Tom Mix y sobre todo Fred Thompson. Todo eso era una falsa ilusión. Si lo hubiera sabido, no habría venido.

Suspiré prolongadamente.

—Vine, sí, porque los niños no pueden decidir sobre sí mismos. Tienen que hacer todo lo que los mayores manden y yo era muy pequeñito.

—¿Has acabado?

—Sí.

—Has olvidado una cosa: yo. Yo no soy de «allí» y, sin embargo, ¿no vengo a verte todas las noches?

—Tú eres diferente.

—Convengámoslo en mi caso, pero ¿cuántas veces no vienen aquí Johnny Weissmüller o Tarzán a llamar a la puerta de tus sueños? ¿No es verdad?

—Sí.

—Entonces tienes un don maravilloso y quien puede tener ese don debe creer que se puede calentar el sol tantas veces como sea necesario. Y no quiero verte así, con esta postración. ¿Cómo voy a poder trabajar mañana, si te dejo así, sumido en una tristeza absoluta?

Guardó silencio un momento y siguió acariciándome el pelo. Mis cansados ojos empezaban a pesarme.

—Voy a quedarme aquí hasta que te duermas.

Con una facilidad inesperada, se levantó del sillón con mi flojo cuerpo y me depositó en la cama.

—No tengo que cambiarte la ropa, porque ya estás con el pijama.

Me acomodé temblando aún. Él se acercó y me habló.

—Aflójate el pijama. Debes acostumbrarte a hacerlo. Dormir con el estómago apretado puede darte pesadillas incluso.

Obedecí casi adormilado. Sentía que su mano sujetaba la mía. Eso era un padre: un padre que se quedaba contemplando mi sueño hasta sentir que la calma volvía a mi cuerpo.

Ya muy tarde, me desperté con la luz aún encendida. Maurice dormitaba en la silla. Abrió los ojos al sentir mi movimiento.

—¿Aún estás ahí, Maurice? Ya es tarde.

—Me he quedado un poco más para cerciorarme de que estabas bien y me ha entrado sueño.

Se levantó y se inclinó sobre la cama.

—Ahora me voy, *Monpti*.

Me cubrió el pecho con las sábanas.

—No te destapes más, porque la madrugada está muy fresca.

Volvió a acariciarme el pelo.

—Duerme bien, hijo mío, porque, a pesar de todo, la vida es muy bonita.



¡El dolor era algo insoportable! ¿Por qué no me daba un dolorazo enorme de una vez,



que pasara y se acabase?

Se lo conté todo rápidamente a Fayolle y entré en el aula con la nariz enrojecida como una batatita y los ojos hinchados.

Tarcísio me preguntó qué había ocurrido, pero no podía responder ni contar nada, porque los ojos volvían a llenárseme de lágrimas. El mundo había perdido todo el sentido humano. Todo me oprimía con tal brutalidad, que perdía la noción de las cosas. Solo pensaba en aquello que me consumía por dentro. El dolor reapareció más intenso y dejé caer la cabeza sobre el pupitre con el deseo de ocultarme, morir, desaparecer.

—¡Inmoral! ¡Indecente!

Toda la clase se quedó estupefacta ante aquello. El hermano Amadeu se acercó a preguntar qué me pasaba.

—Nadie lo sabe. No para de llorar. Está muriéndose de tanto llorar.

El hermano Amadeu salió corriendo de la clase y volvió con el hermano Feliciano y el hermano Leão. Me llevaron a la enfermería. Yo no tenía fuerzas para subir la escalera. Me llevaron en brazos.

Me tumbaron en una cama y me aflojaron el cinturón.

—Bebe esto, que te sentará bien.

Bebí un remedio bastante amargo y poco después se apoderó de mí una sensación de vacío. Mis manos iban perdiendo las fuerzas y mi cuerpo parecía estar calentándose con el sol del verano.

Solo se quedó Fayolle, mirándome con compasión.

—¡Fayolle!

—¿Qué te sucede, Chuch? Aquí estoy, pero quédate quietecito, que el remedio te va a curar.

Todo renacía abruptamente.

—Yo no estaba haciendo nada, Fayolle: nada malo.

—Ya lo sé, pero no llores, que te hace daño.

No conseguía dominarme y me brotaban lágrimas sin parar.

—Yo no estaba haciendo nada malo. Yo no soy indecente ni inmoral ni otras cosas que me llamó...

—Claro que no, Chuch. Todo el mundo lo sabe. Eres un niño imaginativo, un poco travieso, pero solo eso.

—No quiero volver a mi casa. No quiero volver a la hora de comer. No voy a mirarlo a la cara nunca más.

—Hoy almuerzas con nosotros. Voy a telefonar a tu casa para avisar de que hoy te quedas a comer con los hermanos. Diremos que es el cumpleaños de uno de nosotros. ¿Te parece bien?

—Sí, pero yo no quiero almorzar con nadie. No quiero saber nada más de nada. Quiero morir, desaparecer.

Acopié fuerzas y extendí la mano hacia él.

—¿Por qué no me la das, Fayolle? ¿Por qué no me devuelves mi piedrecita azul? ¿De qué sirve seguir viviendo? Vivir, ¿para qué?

—No, Chuch. No hables así. Esa piedra ya no existe. Es que me la diste y lo que se da no se quita.

Yo seguía llorando.

—Preferiría haber sido atrapado por un cazón en el río antes que haber oído todo lo que él me dijo.

Fayolle ya no sabía cómo consolarme. Se le fueron llenando los ojos de lágrimas. Se metió la mano en el bolsillo y sacó el pañuelo de cuadros blancos y negros y aquella vez no fue para auxiliarme a mí.



En aquel momento me encontraba a solas con el hermano Ambrósio. Yo lo había entendido cuando él había dicho en francés a Fayolle que nos dejara solos y este desapareció escaleras abajo.

Se sentó en la cama contigua y colocó sus largas manos sobre sus rodillas. Estaba tan serio, que ni siquiera tenía el tic nervioso que le hacía cerrar los ojos con fuerza.

—Siéntate en la misma posición que yo.

Me resultaba difícil, porque mi lasitud era tal, que el cuerpo casi no me obedecía, pero me senté.

—A ver, ¿qué te pasa?

Sus palabras seguían siendo duras e imperiosas.

—¿Vas a acabar con eso?

Miré espantado su flaco rostro de pómulos salientes.

—¿Se ha enterado de lo que me ha ocurrido?

—Sí. ¿Y qué? Por eso he venido: para ponerle fin. He venido aquí porque debes prepararte para volver a tu casa.

—No volveré nunca más allí. No quiero encontrarme con él ni mirarle de frente a la cara.

—De frente o de lado, vas a volver, como ya te he dicho y ahora mismo, a tu casa.

—¿Después de todo lo que oí?

—Exactamente. Después de todo lo que oíste y que, en realidad, no fue nada.

—¿Dice usted que nada? Nada. ¿Qué piensa usted que soy?

Me mordía los labios con rabia incipiente y los ojos pretendían traicionarme. Fue tal mi desesperación, que levanté la voz y me olvidé de todo.

—Usted nos enseña a ir a misa, comulgar, llevar a Dios, a Cristo y yo qué sé qué más en el corazón. Exactamente como lo hace él todo el día. Se da golpes de pecho en el momento de la elevación y nos enseña a decir: «Señor y Dios mío». ¿Y para qué? ¿De qué sirve? Darse golpes de pecho, atracarse con hostias y a la primera de cambio cometer una maldad de esas...

Con el nerviosismo, empecé a golpear con los pies en el suelo, como si deseara que todo se viniera abajo, que el mundo se hundiese en aquel preciso momento.

El hermano Ambrósio se levantó furioso. Gritó como yo.

—Eso, rompe el entarimado. ¿No quieres golpear la pared con la cabeza? ¡Es mucho más práctico!

Yo ya estaba sollozando y mi voz se volvió más baja.

—¿De qué sirve todo eso, hermano Ambrósio? ¿Dónde está el amor y la caridad? Por eso muchas veces voy a comulgar con rabia, porque, si no lo hiciera, me perdería la playa y el cine.

El hermano Ambrósio alzó la mano y me tapó la boca.

—¡Cállate! Cállate, te he dicho. Vas a oír lo que nadie tiene valor para decirte.

Poniendo sus manos en mis hombros, me obligó a sentarme. Se quedó con su cara a la altura de la mía.

—Eres un ingrato. ¿Quién eres tú para juzgar a los demás? ¿Acaso has pensado en la preocupación de ese hombre, quien tenía un caso complicado que tratar? No. Para ti no era nada. Solo una aventura, un paseo en ambulancia solo. Ponte en su lugar y piensa.

Se calmó un poco y continuó.

—¡Zeca ingrato! Un ingrato es lo que eres tú. Ese hombre te sacó de la calle, de la fábrica, de la pobreza, de la tuberculosis incluso. Ese hombre te dio un hogar, ropa, todo lo mejor. Te dio estudios que tus hermanos no tuvieron. Quiere hacer de ti un hombre culto y decente, un hombre que podrá mejorar la vida de sus hermanos y de sus padres. ¿Y tú? En la primera oportunidad, le muerdes la mano. ¿Has pensado en cuántas veces ese hombre te perdonó tus tonterías, tu mal comportamiento? ¿Y ahora vienes a acusarlo con esos lloriqueos? Mira, niño...

La voz le tembló incluso de emoción.

—Aun cuando haya cometido una injusticia. Mira bien: una injusticia. ¿Te imaginas el pesar que debe de haber tenido en su conciencia al saber que tal vez actuara precipitadamente? Tal vez por un momento de desesperación, de gran preocupación. Pues bien, Zeca, delante de mí no abrirás más la boca para acusar a tu padre, aunque tenga que amordazarte. ¿Entiendes?

Bajé la cabeza, mientras él se puso a caminar entre las camas de la enfermería.

Volvió a la carga.

—Y, si te he hablado así, ha sido porque me has obligado. No pienses que me da gusto actuar de este modo. Las cosas duras, las duras de verdad, hay que decirlas, pero para llegar a ese punto hay que ser un hombre, ¿comprendes? Hay que crecer, ser responsable.

La conmoción que me había causado estaba surtiendo efecto, pero la voz que salió no era la mía. Parecía proceder de una nevera inmensa.

—Está bien, hermano Ambrósio, ¿qué quiere usted que haga?

Me miró sorprendido, porque no esperaba tan pronto aquella actitud por mi parte.

—Así es mejor.

Volví a preguntar:

—¿Qué quiere usted que haga?

—Que vuelvas a tu casa, que se acabe todo esto, que des una oportunidad a tu padre, que todo esto desaparezca.

Mis ojos, ya secos, se clavaron en los suyos, tan incisivos.

—Así lo haré, puede estar seguro.

Su semblante se transformó. Incluso apareció una sonrisa en sus labios.

—Así se habla, Zeca.

—Pero no va a ser tan fácil como se cree usted.

—Al comienzo. Después, todo pasará. ¿No es *coeur d'or* como te llama el hermano Feliciano? Pues ese corazón de oro sabe perdonar.

—Todo en el hermano Feliciano es bondad y yo no soy bueno. Para él todo es bueno. Pues bien, hermano Ambrósio, yo voy a olvidar, a intentar olvidar, porque no creo en el perdón.

—¿Y cuál es la diferencia entre olvidar y perdonar?

—Es la de que, al perdonar, se olvida todo y solo olvidando muchas veces se vuelve a recordar.

Noté que él estaba perplejo con mi explicación. Hasta abandonó la actitud de replicarme.

Al ver que la tormenta había pasado, me dio la mano para levantarme.

—Mira, Zeca, tú no eres malo como pretendes.

—No quiero ser bueno ni malo.

—Lo malo de ti es que te estás volviendo un niño muy orgulloso.

—No quiero ser una tabla de lavar la ropa que todo el mundo azote.

Bajamos la escalera de la enfermería uno al lado del otro. Yo sentía que el hermano Ambrósio intentaba alejar la terrible tormenta de pocos minutos antes.

—Vas a ir a la clase a recoger tu cartera y yo te esperaré. Voy a acompañarte hasta el Jardín del Palacio.

—¿Para qué? He prometido que volvería a casa y volveré.

—Estoy seguro de eso, pero no quiero que te vayas disgustado conmigo.

—No estoy disgustado con usted. Usted me ha ayudado incluso. Me ha ayudado mucho.

—Mejor así, pero quiero hablar de una cosa contigo, una cosa que solo se puede hablar con mucha calma.

Cogí la cartera y salimos juntos. Las sombras de los grandes ficus benjamins estaban más alargadas en la arena, porque el sol empezaba ya a ocultarse.

En el corazón de la plaza, el hermano Ambrósio se volvió a hablarme. Su voz era más dolida y baja.

—Zeca, ¿era verdad eso que has dicho?

—¿Qué es lo que he dicho, hermano Ambrósio?

—Que vas a comulgar con rabia.

—No quería decir eso. Me ha salido en el momento en que estaba muy alterado.

—Pero, si ha salido, es porque debe de haber un fondo de verdad...

Levanté la vista tan desesperadamente hacia él, que nos detuvimos.

—¿Puedo decirle la verdad, hermano Ambrósio?

—Sí.

—Entonces vamos a sentarnos en aquel banco, porque me siento muy débil y abatido.

Pasamos un rato sin querer comenzar. Él esperaba que yo me decidiera. Como no rompía mi silencio, me preguntó:

—¿Qué edad tienes ahora, Zeca?

—Casi trece años.

—Es verdad: el alumno más joven de tu clase y también el mejor alumno de portugués y literatura.

Sonreí entre la indiferencia y el desánimo.

—Entonces, ¿qué?

—Voy a hablar, hermano Ambrósio. Estoy buscando la forma más fácil para comenzar.

Salió de un tirón.

—¿Sabe lo que le digo? Tengo la impresión de que nos enseñan la religión de forma totalmente equivocada. Me deja muy desorientado. Cuando hice la primera comunión, mi tía me preparaba para ella en casa. Decía que iba a ser el día más feliz de mi vida, que recibir a Jesús en el corazón era la mayor felicidad del mundo. Y yo no sentí nada de eso. Lo que sentí fue vanidad, porque era pequeño y las insignias de mi uniforme mostraban a los demás que ya estaba en el cuarto curso de primaria. Pensaba que todas las miradas se dirigían a mí. Cuando comulgué, con tantos cánticos y oraciones, lo que de verdad sentía era hambre. Me sentí decepcionado, porque la hostia no me aportó lo que me habían enseñado a esperar. Fue un día horrible: la fotografía en grupo, café, chocolate muy tarde. Hasta me sentía mareado del hambre y con vértigo. Después vinieron las fotografías. Era el día 7 de septiembre. Había desfile y marchamos, cansados, toda la tarde. A mi alma le faltaba algo.

Miré de soslayo y él miraba al suelo muy serio.

—Después fue pasando el tiempo y la comunión se convirtió casi en un deber, una exigencia de allí, de mi casa, una cosa tan importante para no perder la playa y el cine como las notas de la libreta de calificaciones, y tenía que ir, estaba casi obligado a ir. No era de rabia de lo que yo quería hablar, sino tal vez de desánimo.

—Eso es horrible.

—Es horrible, pero nadie entiende. Muchas veces se me quitan las ganas de confesar y tengo que ir. A veces dan ganas de rezar el acto de contrición y comulgar en pecado mortal.

El hermano Ambrósio tuvo un sobresalto.

—¿Has hecho ya eso, Zeca?

—No, aún no, pero siento que más adelante seré capaz de hacerlo.

—No, no hagas nunca eso. Es mejor no comulgar. La Eucaristía es la cosa más sagrada del mundo.

—¿Y debo mentir allí, en casa? No me gusta mentir, porque uno no puede engañarse a sí mismo.

El hermano Ambrósio estaba confuso con mi problema.

—Entonces tal vez sea mejor que mientas.

Ya no teníamos nada más que hablar.

—Tengo que irme, hermano Ambrósio.

Cogí la cartera. Le estreché la mano y eché a andar, desanimado, triste, medio muerto, mirando al suelo con los hombros caídos y sintiendo, cuanto más me alejaba, la mirada fija del hermano Ambrósio, que me seguía.

## 4. El cazón y la fracasada guerra de las galletas

La noche tibia dejaba entrar una brisita fresca por la ventana entornada. Aun así, yo sentía frío, tanto, que me envolvía en las sábanas y me las subía hasta la barbilla. No podía apagar la luz, con la esperanza de que Maurice, ya bastante retrasado, apareciera aún.

—Ha sido un día horrible, ¿verdad, Adán?

—¡Lo que se dice de perros! Ahora bien, tú has reaccionado muy bien.

—Peor ha sido a la hora de cenar. Parecía que estuviéramos comiendo en el cementerio. Un silencio que te helaba la sangre. La comida se negaba a pasar de la garganta. El tiempo parecía eterno. He pasado toda la cena con los ojos clavados en el plato y nunca me había dado cuenta de que el arroz tenía tanta cascarilla. Y así van a ser todos los días de ahora en adelante. Nunca levantaré la vista hacia él. En todo momento estaré esperando que mueva los labios y me llame de nuevo indecente, inmoral y otras cosas por el estilo.

—Pronto lo olvidarás.

—Ni olvido ni perdono, nunca. Ni siquiera cuando sea un viejecito con bastón en la mano y con la barbilla pegada a las rodillas olvidaré nunca. Tú no me conoces bastante, Adán.

Hablábamos bajito para que nadie viniera a molestarnos.

—Tú no olvidas ni perdonas. De acuerdo, pero ya hubo un caso en tu vida en que olvidaste y perdonaste.

Sentí curiosidad.

—Cuenta. ¿A qué te refieres?

—A tu Portuga, cuando hiciste «el murciélago» en su coche y te dio unos azotes. Volví hasta allí lejos con mi nostalgia y tardé un poco en regresar.

—Es que aquello fue diferente. ¿Por qué has recordado eso?

—Por nada.

Adán estaba intentando poner a prueba mis decisiones.

—Sí, fue diferente. Yo cometí una mala acción, una travesura. Ayer fue distinto. No estaba haciendo nada malo, ya lo sabes, y recibí un trato peor que el dado a un perro sin alma.

—Es mejor darte la razón, porque en la vida existen cosas que no se olvidan precisamente.

—Menos mal que estamos de acuerdo.

—No seas injusto, Zezé. Siempre estoy de acuerdo contigo y mi misión es la de ayudarte y aclararte.

—Ya lo sé: gracias, Adán.

Volvimos a quedarnos callados. El reloj de la sala estaba dando las diez y yo sabía que toda la casa estaba a oscuras. Todo el mundo se había recogido en sus habitaciones. Ninguno tenía nada que hablar o comentar.

—¡Adán!

—¿Eh?

—Estoy muerto de sueño y no voy a conseguir dormir.

—Estás pensando en la carta.

—Sí, pensando en Godóia, pobrecita. Lo peor es que no sé escribir una carta amistosa, para consolarla.

—Pídeselo al hermano Feliciano: que te ayude.

—Es una buena idea, pero ¿has visto que todo ha llegado al mismo tiempo?

—Son cosas de la vida. Intenta olvidar. Cierra los ojos. ¿Por qué no pruebas a rezar?

—¿Para qué? Hoy estoy un poco mal con Dios.

—¿De qué sirve? Saldrás perdiendo.

Era verdad. Adán tenía razón. Nadie podía pelear con Dios: ni siquiera Tarzán con todos los elefantes de África. Dios era algo demasiado enorme y que llevaba siempre la mejor parte. Además, había hecho muy bonita la vida, con los árboles, el cielo azul, con el mar inacabable y que vivía balanceándose en la red de las olas.

Mi corazón se angustió. «No hablaba en serio, ¿eh, Dios? Vivir sin ti en el corazón debe de ser muy duro».

Mis oídos estaban tan apáticos, que ni siquiera advertí la llegada de Maurice. Una palmadita en el hombro me hizo darme la vuelta en la cama. Ahí, junto a mí, la cara sonriente de Maurice y con ella una débil luz de mi sol renacía llena de esperanzas.

—Has tardado tanto, Maurice...

—Se han retrasado unas escenas y hemos acabado muy tarde.

Se sentó como de costumbre en el sillón viejo. Acarició su brazo bastante deshilachado e intentó disipar aquel ambiente de tristeza.

—¿Nunca me has dicho el nombre de esta butaca?

—¿De verdad nunca?

—Nunca.

—A nadie le gusta. Por eso está arrinconada en mi cuarto. Tiene un nombre horrible: Orozimba.

—Pues es un nombre muy simpático para una vieja señora gordota.

—Solo, que no tiene apellido. Ya que te parece bonito voy a bautizarla con tu apellido.

Maurice soltó una carcajada y comentó con su acento francés bastante pronunciado:

—¡Orozimba Chevalier! Pues, ¿sabes que no suena mal?

Cuando vio que me había calentado el sol, acercó a Orozimba más a la cama y me cogió las manos.

—Entonces, *Monpti*, ¿cómo van las cosas?

Le conté todo procurando evitar que se me llenaran los ojos de lágrimas de vez en cuando.



—Ha sido un día terrible, hijo mío. Tenemos que volver a creer en las personas, sobre todo en las personas mayores.

—Pero no ha sido eso todo, Maurice. He tenido una mala noticia de mi otra casa. ¿Te acuerdas de aquella hermana mía, Godóia? Pues bien, ha tenido un accidente de tráfico terrible. Ha quedado toda desfigurada. Ha perdido un ojo y ya le han hecho cuatro operaciones para arreglarle la cara. Al parecer, se rompió casi todos los dientes. ¿No es triste? Además, es que es la hermana que más me quería.

No respondió y siguió apretándome los dedos con más cariño.

—A pesar de todo, fue ella la que me ayudó a continuar.

—¿Continuar qué?

—Aquí. Voy a continuar. Voy a ir hasta el fin.

—Pues mira, durante todo el día he pensado mucho en eso. Temía que tomaras una decisión equivocada.

—En algunos momentos, llegué a dudar si podría, pero no. Voy a continuar. Pienso en la vida que llevan mis hermanos. Pienso en las palabras del hermano Ambrósio. Están ahí, levantándose de madrugada para trabajar en la ciudad y volviendo de noche para dormir y recomenzar todo el día siguiente. Van entrando uno tras otro en las fábricas. Van a crecer sin siquiera poder ir al dentista ni comprarse ropa ni zapatos mejores. Yo lo sé todo. Y desde allí, sin quejarse, piensan en mí contentos, porque ahora estoy libre de todo eso y un día podré ser médico incluso.

—Así me gusta, así me gusta, *Monpti*. Así se habla. Así actúa un hombrecito. Estoy orgulloso de ti.

—Me limito a repetir unas palabras que me lanzan a la cara siempre y otras que el hermano Ambrósio intentó decirme en aquel enfrentamiento, que no pronunció, pero yo entendí.

Maurice se llevó el reloj a la altura de los ojos.

—Lo siento, pero tengo que irme, hijo mío.

—Sí, lo comprendo. Solo quiero que me respondas una cosa.

—Respondo a todo lo que quieras.

—¿Has tenido también tú un día malo?

—Pésimo. Nada salía bien. Desanimaba mucho.

—¿Has acabado cansado?

—Aún sigo cansado.

Le sonreí.

—¿Por qué, *Monpti*?

—Nada. No es nada. Es que has conseguido encender la cerilla.

—¿Seguro?

—Sí. Has encendido y has calentado mi sol con esperanzas.

—Mejor así. Puedo marcharme contento.

Me pasó las manos, como le gustaba hacer, por el pelo.

—Entonces, ¿mañana será otro día?

—Posiblemente.

Me arregló la ropa de la cama.

—Ahora cierra los ojos y vuélvete para la pared como te gusta hacer siempre.

Obedecí.

—Buenas noches, *Monpti*, y duerme bien.

Salió suavemente, como si agitara el propio viento de la ternura que había recreado en mi cuarto. Todo estaba oscuro y calmo.

—¡Adán!

—¿Eh?

—¿Has oído?

—Todo.

—Eso es un padre. Ha tenido un día de mucho trabajo, ha acabado muy cansado, pero igual ha venido hasta aquí para ver cómo ha sido el día y darme las buenas noches. Eso es un padre.

—Eso creo yo también, pero vamos a dormir, que me estoy muriendo de sueño.

Notaba que Adán estaba también muy satisfecho con mis decisiones.



Cuando abrí la ventana del cuarto, vi que era «otro» día, pero extrañamente se asemejaba al anterior. Solo, que el corazón estaba más fuerte y decidido, sobre todo a que aquel día fuera igual a muchos que seguirían. Vestirme, sentarme a la mesa, responder con monosílabos y nunca levantar la vista hacia él.

Y así un día se unió a otros hasta acabar un mes y los próximos meses me encontrarían siempre con la misma disposición. Adán hasta me lo reprochaba.

—Bien que podrías pasarle el pan o la mantequilla cuando la pide.

—Ya no me lo pide. Se dirige a mi hermana o a mi madre.

En el colegio no había nadie más esquivo y mudo. Ni siquiera Tarcísio, que caminaba conmigo o se sentaba a mi lado en el banco del jardín, conseguía romper —o solo un poco— mi mutismo. Fayolle respetaba mi comportamiento, mientras esperaba con calma que pasara aquella fase mía de dolor.

A nadie, en casa, le importaban mis notas ni me preguntaban si había comulgado o no.

—¿No quieres ir a la playa con tu padre?

—Tengo dolor de cabeza y debo estudiar.

Rechazaba la playa porque, cuando quería, me escapaba de las aulas y me iba a nadar en el río Potengi.

Los domingos por la tarde, solían salir a dar una vuelta por la ciudad con el coche. Era la rutina de siempre. Un salto hasta el Tirol, una vuelta por la playa hasta Areia Preta y de vez en cuando una parada en casa de un amigo de la familia.

—No quiero salir. Voy a quedarme leyendo.

No insistían. Tanto podía hacer lo que decía como correr por los muros de los vecinos, sentarme en las ramas de los zapotillos o del mango. Las gallinas me miraban y les extrañaba que no les llevara más salvado mezclado o agua.

Sucedió que a mi primo se le agravó la pierna y fue a Recife para recibir un tratamiento especial. Mi padre tuvo que acompañarlo. Al regreso, me trajo un regalo. Me entregó en silencio un cinturón negro. Estuve dudando si cogerlo.

—Agradécelo.

—Gracias.

Me volví de espaldas con el cinturón quemándome en las manos. Lo metí en el cajón del armario y nunca lo usé.

De nuevo Adán me reprendió.

—Pero, bueno, Zezé, no hace falta exagerar tanto.

—Pero ¿no habías venido tú a enseñarme a tener personalidad? Pues de ahora en adelante voy a ser siempre así.

Era necesario que ocurriese alguna cosa para atenuar aquella situación, que yo mismo consideraba angustiada, y llegó cuando menos la esperaba.



El hermano Amadeu sonrió sin ganas ante mi aproximación. Ya se imaginaba lo que iba a pedirle.

—¿Puedo hoy, hermano Amadeu?

—Hoy, no.

—¿Por qué no?

—Quedamos en que solo te dejaría dos veces a la semana.

Pasó la página del cuaderno que estaba corrigiendo. Como yo seguía allí, movió la cabeza negativamente.

—Y yo que pensaba que usted era amigo mío.

—Precisamente por serlo, hoy no te lo permitiré.

—¿Qué diferencia hay? ¿Acaso no me sé siempre las lecciones? ¿Es que no soy el primero de la clase?

—Aun así, estás abusando de mi buena voluntad. ¿Te imaginas mi responsabilidad?

El diablo me presionaba con fuerza.

—No sería diferente de las otras veces en que me dejó.

Me miró por encima de las gafas con aquellos ojos muy claros, casi de color de mantequilla, y se mostró un poco preocupado. Reconocía la fuerza de mi argumento.

—Mire, hermano Amadeu: cada vez nado mejor. No hay peligro. Solo voy a entrenarme una horita y vuelvo.

Bajó la vista para seguir con su trabajo y no respondió. Yo insistí.

—Le aseguro que será solo hoy. Después volveré a nadar solo dos horas a la

semana, dos veces a la semana.

Sabía que estaba mintiendo, porque no iba a volver al cabo de una hora. Esperaría a que subiera la marea. Esta estaba baja y llena de extraños «navegantes» que desembocaban de los albañales y que la chiquillería llamaba «cristalitos» y no iba a dar tiempo hasta que subiera para volver al colegio. De allí lo lógico sería dirigirme directamente a casa.

Importunado con mi insistencia, aceptó.

—Vasconcelos, ¿prometes que será solo hoy?

—Lo juro.

—No hace falta jurar.

—¿Vas a hablar con el hermano Feliciano?

—Ya lo he hecho y todo depende de usted.

—De acuerdo, pero ten mucho cuidado allí.

En la hora de la llamada, él justificaría mi ausencia.

Le di las gracias y salí pitando.

Toda la chiquillería estaba sentada sobre los fardos de algodón del muelle esperando a que subiera la marea un poco más. Desde allí nadábamos hasta el club deportivo. Los valientes se lanzaban desde el muro. Yo soñaba, desde luego, con hacerlo, pero aún era pronto para semejante hazaña. Era una altura respetable.

—¿Vamos a hacer gimnasia con el Dr. Renato Vilman?

—Vamos.

Nos encantaba acompañar al doctor Renato en todo. Tenía un físico perfecto y nos enseñaba a coordinar los movimientos. Nos corregía los errores. Aquel hombre debía de tener una fuerza de mil demonios. Levantaba él solo la canoa y la llevaba hasta el río. Era como si cargara con un pedazo de papel.

Allí íbamos a ayudarlo, cargando con los remos. Nos lo agradecía.

—Cuando yo crezca, quiero ser como usted.

Él se reía con paciencia. Respondía con acento del sur.

—Entonces tendrás que comer muchas gachas.

Se entablaba la discusión con la gente menuda.

—Es más fuerte que Johnny Weissmüller.

—¡Qué va! Tarzán es más fuerte y más alto.

—En el cine todo el mundo parece fuerte.

—Pues entonces ve allí y a ver si lo pareces tú.

Cada cual se burlaba de otro, porque todos estaban haciendo un esfuerzo tremendo para aumentar las bolas de los músculos y ensanchar la delgadez del pecho.

En eso, que apareció Ebenezer. Era otro héroe nuestro. Cuando Ebenezer cogía un esquife, parecía un rey. Todos sus movimientos se volvían perfectos y la embarcación parecía obedecerlo incluso cuando hacía un movimiento con el cuello. ¡Y qué calma para nadar! Sabía todos los estilos.

Ebenezer llegó cerca de la rampa en la que estábamos sentados y sondeó la

marea.

—¿Vas a nadar, Ebenezer?

—Lo estoy pensando.

—La marea está bien, ¿verdad?

—Pronto estará mejor.

Nosotros no le quitábamos la vista de encima y él no dejaba de mirar el río allí, a lo lejos, con las riberas rebosantes de verde de mango.

De repente volvió la vista hacia nosotros.

—No me gusta nadar solo. ¿Hay aquí algún machote que quiera acompañarme?

—¿Adónde vas?

—Voy a nadar hasta el muelle del puerto, mientras la corriente tiene poca fuerza.

Después volveré con ella a favor hasta el muelle Tavares de Lira.

Nadie se animaba.

—Es muy lejos para nosotros.

—¿No queréis aprender?

Yo estaba loco por hacerlo, aunque luego sintiera el mayor cansancio.

—¿Vamos con él, Lelé?

—Es que nada muy deprisa, ni siquiera podemos llegar cerca de él.

Ebenezer se rio:

—Prometo nadar despacio. ¿Quién viene conmigo?

Lelé y yo nos levantamos.

Ebenezer saltó con estilo y se zambulló en las aguas del río. Así quedaba feo que desistiéramos. ¡Menuda rechifla iba a haber, seguro! Hicimos lo mismo y nos pusimos a su lado. Como había prometido, nadaba lentamente y nos esperaba. Nunca había estado yo tan en el medio de la corriente. Allí el agua estaba limpiita y transparente. Nadamos más. Entonces Ebenezer, para estimularnos, se adelantó bastante. Podíamos ver muy pequeñitas las sedes del Club Deportivo y del Centro Náutico. Había varios barcos anclados y más atrás la lancha de la Policía Marítima.

Fue Ebenezer quien dio la alarma.

—¡Sandía! ¡Sandía!

Mi corazón casi reventó en el pecho: sandía. Había un cazón cerca y el olor se acercaba más. Ebenezer ya había nadado hasta una lancha. Lelé se había vuelto y buscaba un barco más próximo al que subir. Solo yo nadaba como loco. Oía que Ebenezer me gritaba y no conseguía distinguir sus palabras.

Empecé a rezar por dentro: «Nuestra Señora de Lourdes, protegedme. Prometo que no desobedeceré más». Y el olor aumentaba en mi dirección. Parecía que estuviera sentado delante de una enorme raja de sandía. Sentía que mis miembros temblaban con cada brazada y el olor ya me perseguía. Intenté calmarme y conseguí oír la voz de Ebenezer que gritaba.

—Nada, rápido. Nada hacia la lancha de la policía. Nada.

La lancha nunca me había parecido tan grande. Nadé hacia ella. El corazón me

latía tan fuerte, que parecía que iba a estallarme el pecho. Ya estaba llegando. Miré desesperado sus altas bordas. Aunque consiguiera alcanzarlas, no tendría fuerzas para alzar mi cuerpo. No sé si fue la plegaria a Nuestra Señora o el miedo que me había asaltado ni tampoco cómo lo hice siquiera en aquel momento. Mis manos se aferraron a las bordas, alcé el cuerpo y me arrojé dentro de la embarcación. Quedé inclinado y mirando el agua del río con ganas de llorar y vomitar. El olor llegaba más fuerte aún y delante de mis ojos empavorecidos vi la lámina de la cola del cazón cortar el agua haciendo olitas. Había sido cosa de un instante. Aquella cola de color ceniza y plateada fue alejándose y desapareció.

Me tumbé en el fondo de la embarcación y empecé a temblar. No era miedo, sino horror. Intentaba respirar hondo, pero me sentía helado. Las rodillas se me entrechocaban.

Entonces se me planteó el problema del regreso. Había perdido todo el valor. Solo entonces Adán se manifestó ante mi desesperación.

—¡Caray, Zezé! Ha faltado poco.

Me irrité con él.

—En ese momento no te has manifestado.

—Estaba muerto de miedo y tú agitabas tanto el corazón, que casi vomito.

—Y ahora, ¿qué, Adán?

—Tenemos que volver.

—Pero, si se ha quedado rondando por ahí, con solo que me meta en el agua...

—Vamos a tranquilizarnos y a esperar. Mira a ver dónde están los otros.

Lelé se encontraba en la misma situación que yo. Solo, que había tenido tiempo de nadar hasta un barco más cercano al club. Ebenezer, de pie, miraba fijamente el agua y aspiraba el aire. Cuando pareció que ya no se sentía el olor a sandía, me gritó:

—Dentro de poco, podremos volver. Ha pasado el peligro.

Esperó unos buenos diez minutos, que me parecieron doscientas cincuenta horas. Se lanzó al agua y nadó hasta mi embarcación.

—Tírate, que yo nadaré a tu lado y despacio.

Dije que no con la cabeza.

—Ahora, no.

—Vamos, ármate de valor. Yo voy hasta el barco del otro muchacho. Vamos. Nadaremos los tres juntos.

—No voy. Voy a quedarme aquí hasta morir.

Si hubiera intentado nadar, no lo habría conseguido.

—Si no quieres ir, yo sí. No puedo quedarme toda la vida esperándote.

Aguardó un segundo y, al ver que no me decidía, nadó hacia el club, tras haber recogido a Lelé.

Vi a los dos desaparecer, desaparecer, llegar al club, subir la rampa y dirigirse hacia otra lancha de la policía.

Me senté en la cubierta y me puse a esperar un milagro. La tarde daba muestras

de aproximarse a esa hora en la que yo debería haber vuelto al colegio o a casa.

Y el tiempo no se detuvo. Llegó el viento de la noche y el sol empezó a declinar. Yo sentía frío y mi bañadorcito mojado aumentaba mi angustia.

—Y ahora, ¿qué, Adán? —Hablabla casi llorando—. Yo no voy a salir de aquí. El bicho puede estar cerca.

—Yo tampoco.

—He recordado algo que me ha puesto muy nervioso.

—¿Qué es?

—Si consiguiera orinar, me encontraría mejor.

—Entonces, ¿por qué no lo intentas?

—Estoy temblando tanto, que no puedo ponerme de pie.

—Hazlo en el barco mismo. Nadie sabrá quién ha sido y mañana el sol disipará el olor.

—Es verdad.

Comenzó a oscurecer y el miedo iba en aumento.

—Nuestra Señora de Lourdes, ¡ayudadme, por favor!

Las luces de los muelles estaban encendiéndose. En la ciudad estaría ocurriendo lo mismo.

—¿Y si cierran el club? Nos vamos a morir de frío esta noche.

—Todo eso es cierto, pero ¿te imaginas lo que va a ocurrir en tu casa, Zezé?

—No quiero ni pensar en eso ahora. Lo que quiero es salir de aquí.

Guardamos silencio y escuchamos.

—¿Oyes, Adán?

—Parece un ruidito de remos.

—Y eso es.

Procuré escuchar mejor.

—Y viene hacia aquí.

Apareció cerca una canoa. Era el Dr. Renato Vilman.

—¿Qué ha sido eso, muchacho?

Asió la borda de la lancha y paró la canoa.

Yo estaba tan emocionado, que no podía hablar.

—¿Casi te atrapa el cazón? Ahora ya ha pasado. He venido a buscarte. ¿Puedes pasar a la canoa?

—Las piernas me tiemblan tanto, que no sé si podré.

—Sí que podrás. Cálmate.

Su voz era de una bondad inmensa.

—Vamos.

Colgué las piernas fuera de la embarcación e intenté bajar el cuerpo por la parte delantera de la canoa.

—Puedes meter las piernas dentro del agua estiradas hacia delante. Ahora ya no hay peligro.

El agua estaba tibiecita y mi miedo iba disipándose poco a poco. En seguida los remos impelidos por sus fuertes brazos fueron conduciéndonos a la rampa del Centro Náutico Potengi.



Nada más acabar la cena, nos poníamos el pijama. Había un recreo de media hora y en seguida nos dirigíamos a la gran aula de estudio. Aproveché aquel tiempo para ir a la sala de Fayolle. Sabía que estaba esperándome impaciente.

Allí estaba. No leía ni corregía un cuaderno ni jugueteaba con la regla en la mano. Solo me esperaba y, cuando llegué, me ofreció esa sonrisa con la que los ojos desaparecían en su gruesa y enrojecida cara.

—*Mon cher frère Felicien Fayolle.*

Me apuntó al pecho con el dedo.

—Chuch, Chuch, un día me vas a parar el corazón.

Solté una risa al recordar el cazón.

—Eso, si no muero yo antes.

Me indicó la silla junto a él.

—Ahora siéntate y cuéntame todo. Quiero saberlo todo.

No negué los detalles dramáticos de la historia. Cuando acabé, él tenía un sudor frío.

—¿Te imaginas que el tiburón te hubiera atrapado?

—No quiero ni pensarlo. Cuando cierro los ojos, aún avisto aquella cola cortando el agua. ¿Cómo se llama, Fayolle?

Suspiró antes de responder.

—Aletas, Chuch.

Intentó arrugar la frente, ponerse serio. Como mínimo, el hermano director le habría exigido que me echara un sermón de muy señor mío.

—Prometiste que no nadarías lejos de la ribera, que no pondrías en peligro tu vida, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Y dónde está tu palabra?

—Es que nunca lo había hecho, Fayolle. Ebenezer se puso a desafiarnos.

—¿Y si llegas a morir, comido por el tiburón? ¿Te imaginas?

—No morí, ¿no? Si hubiera muerto, habrían hecho, naturalmente, como cuando aquel niño, Chico Dantas, murió en la laguna de Bonfim. Todo el mundo lloró. Celebraron funerales por él. Fue tan emocionante, que me entraron ganas de morir ahogado yo también para que los demás se acordaran de mí.

—No digas tonterías.

Ya había abandonado la pose de la regañina. Empezó a sonreír ante mi idea.

—¿Has tenido problemas por eso, Fayolle?



—Prefiero no hablar de eso, pero fue duro. Toda la culpa recayó en mí y en el pobre hermano Amadeu. No tiene importancia, ya ha pasado.

—¿Cómo se enteraron?

—¿Y cómo no iban a enterarse? No habías llegado a tu casa y ya era de noche: llamadas de teléfono por aquí y por allá. La ciudad es pequeña y la lengua ligera. Todo el mundo se entera en seguida de todo. «Imagínate que un tiburón se está comiendo a Vasconcelos».

—No fue un tiburón, sino un cazón.

—¿Y qué diferencia hay, Chuch?

—El tiburón es un poco mayor y me habría comido más deprisa.

Fayolle se rio.

—¿Y cómo fue lo tuyo?

—No me hables. Fue una angustia terrible. No sé ni cómo conseguí entrar en casa. Si no hubiera sido porque Adán me animó... Me dijeron tantas cosas, que perdí la cuenta. Solo me dejaron dormir en casa anoche. Ayer mismo hicieron mi maleta para que viniera aquí lo antes posible a quedarme como interno. Ha sido mejor así, ¿verdad, Fayolle? Aquella situación estaba volviéndose imposible. Por lo menos si me quedo interno hasta el fin de año, cuando volvamos a vernos, lo habremos olvidado todo...

—¿Te gusta vivir interno?

—Voy a contarte un secreto, Fayolle. En casa creen que es el peor castigo del mundo, pero para mí es el Paraíso en la Tierra, sobre todo tal como está la situación ahora.

—¿Sabes lo que me han exigido, Chuch?

—No.

—Muchas cosas, hijo mío: que en modo alguno te deje escapar a nadar en el río. ¿Y sabes lo que he hecho?

—Me lo imagino.

—He prometido que no te lo permitiría más. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Lo miré emocionado a los ojos.

—No huiré más. No quiero verte complicado por mi causa.

Se rio.

—Sabía que me lo prometerías y también sé que no desobedecerás.

Nos quedamos observándonos un momento.

—Y hay más, Chuch. No podrás salir los domingos ni para ir a tu casa.

—Muy bien. ¿Ni siquiera un cinito los domingos?

—Hemos de estudiarlo. Además, estaría bien que acabaras un poco con esas historias de cine.

Lo decía en broma, yo lo sabía.

—Tu familia es demasiado numerosa.

—En cuanto a eso, puedes estar tranquilo. He reducido un poco el grupo. Tenía

que dividirme con mucha gente. Me he quedado con Maurice, Tarzán y Joan Crawford.

Todo se había despejado. Fayolle seguía siendo el mismo de siempre. El final había sido feliz y para él, con aquella calma suya, lo mejor era olvidar aquel pésimo trago.

Sonó la campanilla.

—Es la hora de clase. Debes ir.

Me levanté.

Fayolle me pidió:

—Date la vuelta. Quiero verte.

Giré sobre mis pies y él sonrió.

—«*Que cet animal a grandi!*».

Quien rio aquella vez fui yo.

—¿Entiendes?

—¡Cómo ha crecido este animal!

Salí de la sala tan ligero y sereno, que no parecía ser el mismo niño amenazado por el cazón de la víspera.



Hasta a Adán le extrañó mi comportamiento. Sin embargo, para mí no había diferencia alguna. Desde pequeñito me llamaban hijo del diablo y decían que en Navidad nunca nacería para mí el Niño Jesús y sí el diablo en persona. Pues, si no nació, en aquel momento me acompañaba. Se había vuelto mi amigo íntimo y «maestro».

Cuando no imaginaba algo, el diablo me enseñaba. No podía estar quieto, con las manos quietas. Incluso los otros hermanos, los otros profesores, se quedaban mirándome en espera de una travesura.

Todo el mundo tenía una regla de goma negra. En cambio, la mía me hacía cosquillas. De tanto manosearla, descubrí que, si la raspaba contra la madera del pupitre hasta que se calentara bien, soltaba un olor espantoso. Resulta que el hermano Estevão vino a substituir al profesor de religión, que había caído enfermo, y me pareció que... en fin... El hermano Estevão tenía una narizota goteante y roja: apropiada para aquel olor. Fue pensarlo y hacerlo: rac-rac-rac. No hizo falta mucho rac-rac. Empezaron a salir los pañuelos de los bolsillos y los escupitajos a caer en el suelo sin cesar. El aula empezó a apestar y entró tos a la muchachada. Salieron en desbandada y abandonaron al hermano Estevão, al que se le pusieron los ojos rojos tras las gafas.

Vino derecho hacia mí por el pasillo del aula. No dijo nada. Solo me arrastró de la manga del uniforme y me dejó castigado junto a la pizarra. Con el calor de la tarde, el olor se había vuelto insoportable. Me dejó allí en el rincón y salió de la sala tras

cerrar todas las ventanas, para que yo me enterara bien del precio de una clase de religión inacabada.

Me volví tan travieso, que me colocaban a mí solo en un pupitre de la última fila. Abría mi estuche de dibujo y me quedaba observando su contenido. Clavaba la vista en la *gillette* vieja. Me daba pena. ¡Qué vida más absurda ser una hoja de afeitar usada! Solo servía para sacar punta al lápiz o cortarse los dedos. Cogí a la desdichada y abrí la tapa del pupitre. La metí en el huequecito y bajé de nuevo la tapa. Quedó bien sujeta. Le di un golpecito con el dedo y salió un sonido precioso. Lo hice una vez, dos, tres. Los otros empezaron a volverse para ver qué era aquello. Yo ponía la cara más inocente del mundo mirando la pizarra e interesadísimo en la clase. Las dos manos superpuestas ocultaban mi juguete. La clase se sosegaba y de nuevo el *zuim-zuim-zuim*. Entonces parecía ya una risa de granujilla. Paraba un instante y, cuando la clase reanudaba su ritmo, volvía a oírse el *zuim*. Entonces se fastidió el asunto. El hermano fue acercándose cada vez más a mí. Me miró muy serio y yo como un santito con las manos en su sitio.

—Señor Vasconcelos, ¿le gusta a usted el arpa?

—No, señor, ni el piano tampoco.

Me alargó la mano.

—¿Dónde está?

Era inútil negarlo. Cogí la *gillette* y se la entregué.

—Pero, hermano João, si solo era una *gillette*...

—Muy bien, pero va usted a acabar la clase junto a la pizarra, con los pies juntos y los brazos cruzados.

Cuando salí de allí, me cambiaron de pupitre y fui a parar junto a la ventana. ¡Qué pena no poder ver la calle! Tendría que subirme al pupitre. La hoja de la ventana atrajo mi atención. Tenía tres partes. En el intervalo del recreo probaría una idea genial. Y así fue. Colocaba la hoja medio doblada y empujaba el centro para delante. La ventana hacía un ruido divertidísimo. No podía usar mi descubrimiento en seguida, pero en la primera clase aburrida recurriría a él.

Ya ni contaba las veces en que tenía que ir junto a la pizarra y guardar la postura del castigo. Parecía que aquel rinconcito había pasado a ser de mi propiedad y el diablo iba convenciéndome para que me hiciera cada vez más amigo suyo. Tal vez fuese por eso por lo que el hermano Luiz, que tenía a su cargo la hora de estudio y el dormitorio de los mayores, me avisó de que quería hablar conmigo después de la merienda. Esta no pasaba de ser un tazón de mate y tres galletas durísimas, que, si te caían en un callo, te mataban.

—¿En el recreo o en clase, hermano Luiz?

—En cuanto entren todos en clase.

Dicho y obedecido. Allí estaba yo delante de su alta mesa.

—Aquí estoy, hermano. Me ha llamado usted.

Me miraba sonriendo, porque nunca se enfadaba y todo en la vida le parecía muy

divertido. No dejaba de ser enérgico, pero, si el asunto tenía gracia, se reía.

—¿Sabe por qué lo he llamado, Zeca?

—No tengo la menor idea.

—¡Ya lo creo que la tiene!

Entonces puse la habitual cara de inocencia.

—Si me lo dice usted, me enteraré.

—Voy directo al asunto. ¿Quién ha inventado la guerra de las galletas?

—¿Por qué habría de ser yo, hermano? Siempre cargo con la culpa de todas las faltas que se cometen.

—Voy a explicarme. Esa guerra apareció hace dos días, justo dos semanas después de que viniera usted de interno.

Puse expresión de asombro.

—¿No la había antes?

—En absoluto, estoy totalmente seguro, Zeca, y usted va a hacerme un favor.

Extendió la mano hacia abajo para reclamar mi «tesoro».

Pensé para mis adentros: «¡Qué pena!». Aquella guerra era estupenda, una guerra en la que no había aliados. Todos eran enemigos. A la hora de la merienda, todos los alumnos recibían tres galletas duras como piedras y nos las llevábamos al dormitorio en el bolsillo del pijama. El hermano Luiz apagaba la luz general y se quedaba andando sus buenos quince minutos hasta cerciorarse de que todo estaba en paz. Se dirigía en silencio como una sombra a su cuartito al fondo del dormitorio. Entonces estallaba la guerra. Todo el mundo entraba en la batalla. Era un ir y venir de galletas por doquier. Algunos se ponían de pie en la cama para tirar el petardo con más fuerza. Los zumbidos iban acompañados de risas ahogadas. La primera noche, en cuanto el hermano volvió a encender la luz, todo el mundo estaba ya acostado en su sitio. La segunda noche, seguía la cosa igual, cuando una galleta acertó a un cateto del interior apodado Chico Ventosa. Lanzó un solo alarido. Cuando encendieron la luz, la nariz de Chico Ventosa sangraba como una fuente. Tuvieron que atenderlo en la enfermería.

El hermano Luiz pasó, impasible. Observó la infinidad de galletas dispersas por el suelo del dormitorio. Volvió con Chico, ya tratado, apagó la luz y nada dijo.

En aquel momento estaba allí escrutándome, haciendo las cosas bien, como era habitual en él.

La mano reclamaba insistentemente.

—¿Me vas a dar o no lo que tienes en el bolsillo?

Metí la mano en el lugar indicado y, con gran pesar, saqué cinco petardos.

—¿Cinco, Vasconcelos? ¿Estás imitando el milagro de los panes y los peces?

—Yo solo recibí tres. Las otras las negocié, porque hay quienes no gustan de guerrear.

Colocó las galletas en fila sobre la mesa.

Me miró y sonrió con toda simpatía.

—Son duras como piedras, ¿no le parece, hermano?

—Desde luego, pero ¿qué quieres que haga el colegio? ¿Dar bizcochos a todos esos zopencos?

—Tiene razón.

—Puedes volver a tu sitio.

Me quedé pasmado.

—¿No va a hacer nada contra mí?

Se rio, bondadoso.

—No, ¿por qué, Zeca?

—No sé. Si otro hermano estuviera en su lugar, me arrancaba el cuero cabelludo o me cocinaba en grasa hirviendo.

—Pues yo no. Ha sido una idea muy graciosa y, cuando acosté a Chico Ventosa y me fui a mi cama, me reí con ganas. Puedes marcharte. Vamos a tener una pequeña conversación general.

Cuando me senté, dio unas palmadas y pidió atención.

—Señores, quería hablarles de algo terrible que está ocurriendo. No, no es sobre la guerra de las galletas. Es algo más serio y más impresionante.

Hizo una señal a un alumno y este se levantó.

—Señor Clovis, usted es del sertón, ¿verdad?

Clovis asintió.

Llamó a otro.

—Señor José Arnóbio, ¿de dónde es usted?

—Del sertón de Acari.

Paseó la mirada por la clase observando el asombro despertado por aquellas preguntas.

—Que levanten el brazo los que sean del sertón.

Casi todos eran de allí y levantaron los brazos.

—¿Alguno de ustedes ha oído hablar ya de la sequía?

¿Quién que fuera de aquella región podía ignorarla? Yo mismo había presenciado pocos meses antes a los *flagelados* invadir Vila Barreto y devorarlo todo, hasta los frutos verdes de los mangos, beber la fangosa agua de la laguna, como si fuera agua pura de lluvia, todos inmundos, andrajosos, piojosos y hediondos, en los puros huesos todos ellos y con garras sucias, en lugar de dedos.

Entonces el hermano Luiz fue presa de tal emoción, que sus ojos se mantuvieron llenos de lágrimas durante todo el tiempo en que habló.

Y habló sobre la sequía, sobre toda la desgraciada sequía que barría los sertones del Nordeste. Habló de cosas que nadie ignoraba. Habló del hambre que nosotros no conocíamos y de sed, cosas que nunca habíamos padecido en nuestra vida. Fuimos sintiéndonos totalmente compungidos.

Terminó cogiendo cariñosamente las galletas entre sus dedos.

—Esto que a ustedes los divierte serviría para matar el hambre de muchos de los

que huyen de la sequía, de muchos hambrientos que quienes son del sertón conocen muy bien.

Volvió a colocar las galletas en su lugar.

—El colegio no puede ofrecer cosas más finas que estas a ustedes y, si no quieren comer esas galletas, es, evidentemente, porque no tienen hambre. No voy a aplicar castigo alguno ni medida especial alguna. Solo les pido un favor. He mandado colocar una bolsa junto a la campanilla, a la entrada del comedor. Antes de que subamos, concederé cinco minutos para que quienes lo deseen metan las galletas en la bolsa. Lo repetiremos todas las noches. Esas galletas irán destinadas a los *flagelados*.

Hizo una pausa, emocionadísimo. Poco faltó para que se me saltaran las lágrimas a mí.

Su voz sonó de nuevo, tan bondadosa y tan calma, que nos abatía aún más.

—Solo quiero anunciar otra cosa, una sola más. Quien quiera continuar con la guerra, podrá hacerlo. No habrá prohibición alguna.

Iba a terminar.

—Por hoy, eso es todo.

Salió de la clase atravesando la filas de los pupitres con los ojos bajos y del mismo modo se internó por el pasillo y desapareció en la obscuridad del colegio.

## 5. Tarzán, el hijo de los tejados

Aunque apenas me sobraba tiempo para conversar con Adán o incluso esperar una imposible visita de Maurice, mi vida en el colegio interno me gustaba mucho. Si cumplía los horarios iguales para todos, nunca había problema alguno.

Y últimamente adoraba el horario de estudio por la noche. Era una lástima que solo durara dos horas. Y todo se debió a un rasgo de honradez y mucho atrevimiento.

El hermano Luiz, que se ocupaba de nuestro dormitorio, se jactaba de ser cearense por los cuatro costados, pese a no responder al tipo representativo de esa región. El de Ceará era su tema preferido de conversación. En el intervalo, antes de ir a la hora de estudio, me acerqué, como quien no quiere la cosa, a él. Su mano, dentro del bolsillo de la sotana, repasaba el rosario.

—¿Qué hay, Zeca?

—Nada, hermano.

—¿Alguna novedad?

—Hoy, no. Solo ganitas de hablar con usted. Para aclarar: aclarar, no, elucidar, como dice el hermano Ambrósio, cuando le apetece usar palabras difíciles.

El hermano Luiz ya estaba riéndose. También recelaba que yo estuviera preparando una de las mías.

—Pues sí, señor Waldemar.

—Calla la boca, Zeca.

El hermano Feliciano me había contado que, antes de recibir las órdenes, su nombre era Waldemar y, como no había nadie cerca, le hice esa broma.

La pregunta salió de sopetón.

—Si usted volviera a nacer, ¿preferiría ser paraibano o cearense?

—¡Vaya pregunta! De Ceará, desde luego. ¿Por qué?

—Pues yo, no. Si pudiera volver a nacer, no desearía ser carioca y sí cearense. Solo por una razón literaria.

El hermano Luiz se sintió interesado.

—¿Por la literatura?

—Exactamente. En el manual de preceptiva literaria hay unos pasajes maravillosos de José de Alencar que me enloquecen.

—Tendrías que leer sus novelas.

—¿Cuál prefiere usted? ¿*El guaraní*, *Las minas de plata* o *Iracema*?

—*Iracema* es un poema, pero me gusta más *El guaraní*.

—Solo un cearense podía escribir un libro así, ¿no le parece? Los cariocas tienen a un Machado de Assis y otros que no recuerdo.

—Hombre, Zeca. Machado de Assis es también excelente. Son dos estilos diferentes.

—Ya lo sé, pero Alencar escribe sobre la selva como nadie. La lástima es que...

—¿Qué?

—Me gustaría mucho tener la oportunidad de leer a Alencar.

—Pues es tan sencillo como que, en cuanto aparezca esa oportunidad, la aproveches.

—No me dejan tener esa oportunidad.

—Pero eso es un crimen. Si tienes esa curiosidad, cosa tan rara en los niños de hoy, deberían incluso aplaudirlo.

—Lamentablemente...

—¿En tu casa?

—Allí, en casa, está prohibidísimo, pero es igual...

—Oye, Zeca, ¿a qué viene esta conversación tan larga?

—Tal vez a una razón. Hermano Luiz, ¿no le parece a usted que yo soy un buen alumno? Nunca he dejado de ser el primero de la clase. Solo en matemáticas voy un poco flojo, pero no es por falta de estudio o, mejor dicho, de nada sirve estudiar, porque no me gustan. En lo demás, se puede mirar mi libreta de calificaciones.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que me gustaría hacer un homenaje a usted y a Ceará.

Él seguía sin descubrir mi intención, pero estaba asombrado.

—¿Qué historia de homenaje es esa, Zeca?

—La oportunidad que nadie me da podría proporcionármela usted. Lo que me ocurre, hermano, es que tengo precisamente esos tres libros y quería pedirle permiso para leerlos en el horario de estudio.

Lo había tomado por sorpresa. Se quedó pensando un poco y se pasó la mano por la boca, como gesto de defensa.

—No sé, no sé.

—Jolines, hermano Luiz, quiero ilustrarme y usted hace lo mismo que las otras personas.

Yo estaba embriagado con el brillante portugués que el hermano Ambrósio nos enseñaba.

Aun así, no se decidía.

—¿Y tus asignaturas?

—Puede usted comprobar mis notas: si ve que empeoro, puede privarme de esa «oportunidad».

—Hasta ahí, perfecto, pero ¿y si los otros alumnos quisieran seguir tu ejemplo?

—No lo descubrirán. Los libros están forrados con el mismo papel de los libros de texto.

—Has pensado en todo, ¿eh?

Se rio, lo que era casi una victoria.

—Es más: me cambiaré al último pupitre, muy lejos de los demás.

—Voy a darte una respuesta que es casi un sí. Sin embargo, debo hablar con el hermano Feliciano a ese respecto.

—No es necesario. Ya lo sabe. Le pedí los libros a él y me los consiguió.





Después de Alencar, fui devorando otras cosas. Engullía, masticaba, rumiaba todo lo que me caía en las manos. Cuando casi todo el mundo se dirigía al aula de mala gana, bostezando y quejándose de aquel tiempo inacabable, yo iba encantado.

De día, resultaba diferente. No sé lo que me pasaba, pero no podía quedarme abajo, con los otros. Vivía encaramado en todo aquello a lo que pudiera subirme. Me colgaba de las vigas, saltaba de un pilar a otro. Conocía todos los techos y tejados. No subía por la escalera del dormitorio. Daba la vuelta por el fondo del patio y me subía a una pared. Saltaba a una zona en la que los alumnos guardaban las maletas y llegaba antes que los otros.

Muchas veces me ganaba una reprimenda.

—Baja de ahí, Vasconcelos.

Obedecía, pero más adelante descubría un lugar al que podía subir de nuevo.

—¡Estás loco, muchacho! ¿Quieres caerte de ahí y romperte un brazo?

Mi manía era tal, que, junto con la otra, la de nadar, me pusieron un apodo: Tarzán.

Pero lo mejor era cuando huía de cualquier vigilancia y me lanzaba hacia el campanario. Atravesaba el coro de la iglesia y allí iba yo. La escalera estaba toda podrida. Había huecos de ocho o nueve escalones, pero ¿qué importaba eso a Tarzán de los Monos? No tardaba en llegar hasta la campana. Me sentaba con las piernas colgando fuera y me quedaba contemplando la vida. La campana se había acostumbrado a enmudecer desde hacía mucho tiempo. Yo había pensado incluso que en la primera oportunidad le ataría una cuerda gruesa y la lanzaría hasta abajo. Cuando fuera de noche, alguno de los alumnos mayores vendría a dar unas campanadas a media noche. Lo malo es que aún no había encontrado una cuerda resistente, pues, por lo demás, la campana era fácil de mover. Yo ya había probado suavemente y obedecía. ¡Qué maravilla! Todo el mundo durmiendo y la campana empezando a sonar sola. Jurarían que era un alma del otro mundo. El día siguiente, las beatas vendrían a traer velas a san Antonio y Garrafinha de Biusa se quedaría un día dentro de la iglesia para calmar su locura.

Si la llamaban por ese nombre, aquella viejecita se ponía furiosa. Ya había ocurrido que alguien la había llamado Garrafinha de Biusa dentro de la iglesia y había armado un escándalo. Se olvidaba de que estaba en un lugar sagrado y se acordaba de la madre del...

Volvía yo a ver el paisaje y a pensar en la campana, pero nunca podría hacer lo que había planeado, porque quien tirara de la campana huiría y dejaría la cuerda en el sitio y descubrirían quién la había colocado en el badajo y me ganaría una buena, como aquella vez en que, cuando era pequeñito e hice una cobra con una media para asustar a la gente en la calle, recibí una tunda tremenda y me dejaron el culo en tal estado, que no podía sentarme sin quejarme.

Desde aquella altura todo estaba precioso. Me sentía como un pájaro libre, como si estuviera a la altura de la torre grande de la iglesia parroquial, que se encontraba en la plaza de André Albuquerque. Tarcísio era amigo del hombre que dirigía con banderitas los barcos desde aquella torre. Me había prometido que un día subiríamos allí. Mi torre resultaba aún más importante, porque nadie conseguía subir por aquellos peldaños por miedo a que se desmoronara todo. Así las cosas, la torre era solo mía y de mis sueños. Incluso había ideado un plan que contaría a Tarcísio: para cuando quisiéramos irnos a la Legión Extranjera y hacernos amigos de Beau Geste y sus hermanos y necesitáramos cometer un crimen. No había sitio mejor. Tomaríamos éter de la farmacia del colegio. Empaparíamos el pañuelo con él y ahogaríamos al hermano director. Lo llevaríamos escalera arriba tirando de su grueso y pesado cuerpo con una cuerda y desde la cima lo empujaríamos. El cuerpo iría a estrellarse contra el suelo. Sería un beneficio estupendo para los otros alumnos, que obtendrían tres días de fiesta, y nosotros, una vez cometido el crimen, podríamos embarcar para África. ¿Dónde era exactamente? ¿En Marruecos o en el Senegal? Tenía que despejar esa duda preguntando a Fayolle.

A lo lejos, los barcos de vela navegaban por las aguas del Potengi. Barcazas pesadas movidas con grandes pértigas se arrastraban por los lugares más despejados y los barcos salineros arribaban al muelle de Tavares de Lira. Los que traían a pasajeros que hacían viajes de ensueño esperaban a que subiera la marea para poder salir al mar y desaparecer en el horizonte.

Varias veces me llevaron al despacho del director y recibí una reprimenda y anuncios de castigos. Me amenazaron con cerrar la puerta del campanario y yo me reí por dentro. La cerradura estaba tan vieja, que ya no funcionaba. Me privaban de mi tentación y yo los maldecía para mis adentros.

—¡Maldita gente vieja y malvada! ¿Qué tiene de malo que suba y me quede mirando tantas cosas bonitas? Si esos idiotas tienen miedo de una simple torrecita, ¿cómo van a poder llegar al cielo, que está tan alto?

Cuando lo olvidaban, allí volvía yo. Solo, que con el tiempo la prudencia me aconsejaba quedarme con las piernas ocultas dentro y a Moisés hasta le extrañaba cuando llevaba yo mucho tiempo sin aparecer. Moisés era el nombre de la campana, siempre muda. Entonces quien se moría de miedo era Adán. Él, que era tan decidido para ciertas cosas, se volvía un pusilánime de primera en ciertas ocasiones.

A veces sentía yo una gran nostalgia de la natación. El agua apacible hacía una falta enorme a mi cuerpo. Cuando estaba solo en el dormitorio y miraba aquella inmensidad silenciosa, proponía a Adán:

—Vamos a nadar.

Y agitaba los brazos como si estuviera nadando en el propio río Potengi. Iba y venía por el dormitorio soñando con las brazadas. Una vez en que no sabía que el hermano Luiz se encontraba en su cuarto, hice una zambullida muy agradable. Iba a hacer doscientos metros de estilo crol, cuando se abrió la puerta y me cogió in

fraganti. Se echó a reír con tantas ganas, que casi me avergonzó.

—¿Qué es eso, Tarzán?

—Nada. Estaba nadando un poco.

Se me acercó y vio todo el espíritu de aventura en mis facciones. Comprendió lo que me pasaba.

—¿Ya no vas a la playa los domingos, Zeca?

—No me dejan. Estoy castigado.

—Pero ¡cómo te gustaría! ¿Verdad?

Dije que sí con la cabeza, resignado.

—¿Ya quién no iba a gustarle?

—Vamos a arreglarlo. Al fin y al cabo, eres un buen muchacho: un poco loquillo, pero con buen corazón.



Empecé a meterme con las beatas. A todas horas en que iba a espiar en la iglesia, estaban allí. Parecían formar parte de la iglesia, de las velas, de los vía crucis, de las paredes, del armonio del hermano Amadeu, que había bajado del coro y tocaba en la propia iglesia. Las malditas no debían de hacer en la vida otra cosa que rezar. Tenían un rinconcito propio por el lado izquierdo y muy al fondo y en la misa lo retrasaban todo, porque hasta que llegaban al altar de la comunión perdían doscientos millones de minutos. Solo el padre Monte tenía aquella paciencia de santo. El caso es que, cuando un niño se magullaba un pie jugando al fútbol, no podía ponerse el zapato y, aunque llevara el otro calzado, dejaba de entrar en la iglesia, porque resultaba antiestético, como decía el hermano Ambrósio, y, para que quien tenía el pie magullado no se perdiese la misa diaria, asistía a misa en el coro. En cuanto yo me magullé un pie, descubrí una cosa: que el viejo entarimado del coro mostraba varios agujeros, por los que se veían las cabezas, cubiertas con mantillas, velos o pañuelos, de las beatas. Entre ver y actuar solo había un paso.

Cuando resultaba que era yo el único en el coro con el pie magullado, me lo pasaba bomba. Recogía sin hacer ruido todo lo que veía: trocitos de madera, descascarillado de las viejas paredes, que arrancaba aún más con las uñas, pedazos de escarabajos, alas de cucarachas, telarañas que enrollaba para que tuvieran más volumen, palitos de cerillas quemadas, etcétera.

Cuando llegaba el ofertorio y ellas se entregaban más a la piedad, me arrodillaba junto a los agujeros y dejaba caer la cosecha en su cabeza. Había un refunfuñar interminable. Todo el mundo se volvía a mirar al «beaterío», extrañado de ver a las viejas abanicándose, sacudiéndose los velos y las mantillas. En ese momento, yo ya me había vuelto a mi sitio muy lejos de la tentación. Lo hice tres días solo. Cuando me vio el pie envuelto en vendas, el hermano Luiz se rio.

—¿Puedo ir al coro, hermano?

—De ahora en adelante, no, Zeca.

—¿Quiere decir que estoy dispensado de la misa?

—En modo alguno. Vas a subir a la enfermería, abrir la ventana que da al interior de la iglesia y asistir desde allí a la misa todos los días hasta que te cures esa lesión.

Obedecí, resignado. Desde aquella ventana estaba por encima del altar de la comunión. Veía desde muy cerca todo lo que hacía el padre Monte. Veía a los hermanos que acompañaban al director dirigirse, con los ojos bajos y muy contritos, al altar de la comunión. No dejé de imaginar la que habría podido armar yo en aquel lugar: un revuelo como para troncharse; pero cambié de idea. Al fin y al cabo, la comunión era algo muy sagrado y, además, es que entre ellos estaba el hermano Feliciano, que habría podido lastimarse.

Juré que un día me vengaría de aquellas beatas. No es que pensara llamar Garrafinha de Biusa a la viejecita atravesada, ni mucho menos, pues sería un escándalo tremendo, pero había de presentarse alguna oportunidad. La vida se encargaba siempre de que las cosas sucedieran de algún modo.

Y, como todo lo que se desea llega sin falta, un día sucedió. No era de día exactamente, sino al atardecer, en la hora en la que su fervor rayaba más en el fanatismo.

Después de las clases, íbamos a jugar al fútbol en el nuevo terreno que los hermanos habían comprado y en el que pensaban construir el nuevo colegio marista.

Había ya dos campos de fútbol: uno para los mayores y otro para los menores. Lo mío no era —estaba escrito— el fútbol. Mi mundo se ampliaba con aquellos árboles enormes, con aquellos caobos majestuosos, con los pitombeiros, con aquella selva de mis sueños: todo ello muy del gusto de mi Tarzán particular. Iba descubriendo la forma de pasar de una rama a otra con una rara habilidad. Caminar por el suelo estaba prohibido. Muchos alumnos que tampoco jugaban intentaron acompañarme. En seguida desistieron, porque acompañar a Tarzán de los Monos no era pan comido precisamente.

A las cinco, el hermano Luiz daba la señal pitando como solo él sabía hacerlo. Volvíamos al colegio. Por un trecho de bajada del Alecrim podía pasar descalzo y aquello era sublime. Todo el mundo sucio, despeinado, sudado. Cuando llegábamos, íbamos derechos al dormitorio y ya nos poníamos el pantalón del pijama. Bajábamos al baño. Como solo había seis bañeras y con cada baño se tardaban cinco minutos, continuábamos con las peleas en broma. Siempre había algunos que preferían quedarse para el final.

Descubrieron —y esa vez no fui yo— la guerra de las toallas. No fui yo, pero me gustó muchísimo la idea.

Enrollábamos la toalla y dábamos un zurriagazo en la espalda desnuda a algún distraído, con lo que comenzaba una carrera para vengarse. En realidad, la broma no provocaba ninguna pelea, pero había algunos a los que no gustaba y uno de ellos era Arnóbio, un cachas mestizo y desconfiado que se había criado derribando bueyes por

la cola en el sertón; en una palabra, un hueso duro de roer. Nadie tenía valor para dar toalla a Arnóbio.

—¿Quién se anima?

—¡Tú estás loco, chico!

—Pero mira, que está a huevo, así, de espaldas. Sin camisa, le hará más daño. Basta con enrollar la toalla, ¡y paff!

Como tentación, era increíble. Adán aún me aconsejó medrosamente.

—No vayas, Zezé, que te mata.

—Lo dudo. Está tan seguro de que nadie se atrevería con él, que se quedará paralizado del asombro. Cuando venga tras mí, salgo jalando. Estoy seguro de que corro más que él.

—Aun así, yo no me arriesgaría.

—Va a ser divertido.

Me acerqué muy cauto, enrollé la toalla y la dejé bien durita y, ¡paff!, azoté a Arnóbio.

El monstruo dio un salto y creció. Parecía que tuviera cinco metros. La cara se le hinchó y el pecho también. Tiró la toalla al suelo y salió pitando hacia mí.

—Aguanta, Adán.

Corrí hacia el patio y el cacho cebú me persiguió bufando. Le hice un regate de espaldas y casi se estrelló contra la pared. Hubo una carcajada general. Sirvió para enfurecer más a Arnóbio. Cruzamos de nuevo el patio volando y él no desistía. Corrí hacia la enfermería. Atravesé los arcos y entré en la clase de cuarto, salté por la ventana, llegué al pasillo y él hacía todo como yo. Como me cogiera, me estrangularía, me haría papilla. Volví al patio e hice lo mismo que al principio: le hice otro regate y noté que estaba cansándose, pero no se desanimaba. Subí por la escalera del dormitorio de cuatro en cuatro peldaños y él, ya más distanciado, aún me perseguía. Corrí hacia el cuarto de las maletas, salté la rejilla, me agarré al techo y subí al muro. Él se paró. No podía hacer lo mismo que yo.

—Vas a ver como te voy a coger, desgraciado.

Dio media vuelta y fue a buscar una escalera. Yo salté al suelo, decidido a ganar más distancia. Él venía bufando de nuevo tras mí. Solo había un recurso y me arriesgué. Con mi desesperación, pensé en las beatas, iban a morirse del susto. No había otra opción. Entré en el gran corredor que daba a la iglesia. En cuanto llegué a la puerta, Arnóbio ya había entrado en el corredor. Iba a ser un escándalo, pero yo estaba dispuesto a vender cara mi vida. ¿Qué me importaba ir vestido solo con un pantalón de pijama? Metí el cuerpo y entré corriendo en la iglesia. Pensaba que, por ser mayor, él desistiría, pero ¡qué va! Cruzando por entre las filas de bancos, ya no me importaba nada más. Solo oí el griterío de las viejas.

—¡Dios santo!

—¡Qué inmoralidad!

—Dos hombres desnudos en la iglesia.

—Es un sacrilegio.

Si era sacrilegio pasar así por la iglesia, peor fue en la calle. Todo el mundo se paraba desconcertado a observar a aquellos dos hombres que corrían medio desnudos por la calle polvorienta.

Esperé a que se aproximara a mí controlando al máximo la respiración, con lo que oía su aliento entrecortado por el cansancio. No, no iba a poder atraparme. Corrí por una callejuela que daba a la tabernita del señor Artur, donde algunos de los compañeros mayores acostumbraban a tomar un trago de priva, escondidos, los días de salida. Entré como una ventolera en la tasca y había que ver el asombro que causó. De un salto atravesé su interior y salí por la otra puerta. Arnóbio acababa de entrar también en la taberna y ya había alcanzado la salida por la puerta del fondo. «Pies, para qué os quiero», que él ya acusaba el cansancio. Me interné de nuevo por la callejuela y él ya había quedado distanciado. Otra vez la gente de la calle se paraba a ver qué era aquello. Yo no medía las consecuencias de toda aquella locura. Urgía volver al colegio y en aquel momento la única entrada sería la iglesia. Ya se acercaba Arnóbio de nuevo. Di un salto y alcancé el interior del templo. Volvió a cundir el griterío que había estado calmándose.

—¡Qué indecencia, Dios mío!

—¡Otra vez los hombres desnudos!

Por el rabillo de un ojo, divisé lo que quería. Pegué el grito:

—¡Garrafinha de Biusa!

¡Lo que soltó la vieja por la boca! Cogió la sombrilla y se puso en el centro de los bancos para interceptar el paso de Arnóbio. Descargó la sombrilla sobre él, quien no podía entender por qué.

Que se las arreglara. Yo lo que había de hacer era esconderme. Volver al patio era muerte segura. Corrí más acompasadamente, respirando con calma. También yo acusaba el cansancio. Oí un ruido en el corredor. Era él, ¡Dios mío! Solo había una salvación, dirigirme al despacho de Fayolle. Seguí mi instinto, pero ¡qué va! Estaba vacío, vacío.

Volví al corredor y vi la escalera de los internos menores. A esa hora, todo el grupo estaba cenando. Tenía que arriesgarme. Subí por la escalera y me quedé pegado a la pared por dentro. El corazón casi se me salía por la boca.

—Para, Zezé, que, si no, vas a vomitarme.

—Solo un poquito. En seguida llegará el momento del baño de él y desistirá.

¿Y si por casualidad uno de los hermanos que dormían también en aquel dormitorio abandonaba las oraciones que decían colectivamente y venía a buscar algo que hubiera olvidado? Mejor no pensarlo. Seguro que Arnóbio me había perdido la pista. No me había visto entrar precipitadamente escalera arriba. En menos de cinco minutos, volvería al corredor y de allí al gran patio. Mi corazón dio un salto. El maldito no me había olvidado. Había seguido mis pasos y ahora muy despacito, muy sigiloso, estaba subiendo los peldaños para atraparme. ¿Qué hacer? No tenía otra

salida. Debía atontarlo de cualquier modo para poder huir. Enrollé la toalla que había traído conmigo, me enjuagué el sudor del rostro y del cuerpo y sentí miedo, con todas las letras. Dentro de un segundo él entraría en el dormitorio. Preparé la toalla lista para el golpe. Con solo que metiera la cabeza, le asestaría el toallazo. Me pegué más a la pared y, cuando metió la cabeza, le asesté el golpe sin piedad. Se oyó un berrido que alborotó el edificio. Se oyó una voz gruesa y tronitona. Tal vez hubiera sido mayor el susto que el golpetazo. Delante de mí, con la última luz de la tarde, se encontraba el hermano Estevam, que echaba chispas por los ojos. No era el hermano Estevam de nariz chorreante que comenzaba todas las clases de religión así: «En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos», sino el hermano Estevam enorme, de manos como las del Cristo del Corcovado, que, si te daba un guantazo, te descolocaba el espinazo, el hermano Estevam apodado Frankenstein. Sin hablar siquiera, me cogió del pescuezo y me suspendió en alto, como si fuese una hoja. En aquel momento descubrí que aún me faltaba mucho para ser Tarzán de los Monos y luchar contra el gorila Kerchak. Me quedé temblando, helado, con sudor frío, allí arriba, pegado al techo, sin poder mover las piernas siquiera, apretadas contra su inmenso pecho. Fue deslizándome hacia abajo, como si yo fuese una lagartija de cocotero de playa. Sin soltarme, preguntó:

—¿Qué significa esto, cacho idiota?

Me había quedado sin voz para contestar.

Soltó una de las manos y me amenazó con una bofetada. Me arrastró hasta el último peldaño de la escalera e hizo una seña hacia abajo.

—Lo que debería yo hacer es tirarte desde aquí arriba.

Sin soltarme, fue calmándose.

—A ver, ¿qué significa esto?

Con voz de gallo que ya no puede cantar y se ahoga, expliqué rápidamente la historia: que Arnóbio me perseguía, que me había escondido allí para escapar de él, que había confundido su cabeza con la de Arnóbio.

—Muy bien y ahora, ¿qué?

Me sentí bastante desanimado.

—Ahora me parece que debería usted matarme.

—¿Matarte? Eso es lo que tú te crees, muchacho. Matarte aún sería poco, comparado con lo que te espera.

—¿Y si yo le pidiese perdón realmente arrepentido?

—A ti eso no te serviría de nada. Vas a pagar por esa malísima fama que tienes de ser compañero del diablo.

Me miró aún muy irritado. Sus claros ojos parecían el fondo de una botella rota.

—Imagínate, para empezar, lo que dirá el hermano director. ¿Qué hacía un mayor en un dormitorio de menores? ¿Eh?

Me quedé sin habla otra vez y algo más impresionante me acusaba en la conciencia. Eso no era nada. ¿Y qué explicar cuando las beatas contaran la carrera,

semidesnudo, en plena iglesia, delante de Nuestra Señora, san José y el patrón san Antonio?

Pedí para mis adentros: «Nuestra Señora de Lourdes, ¡auxiliadme! Prometo que...». ¿Qué hacer, Dios mío? ¡Qué embrollo de mil diablos! ¿De qué serviría hacer una promesa a Nuestra Señora? Posiblemente ya no creía en lo que yo juraba, porque siempre, a la primera oportunidad, provocaba un embrollo. Con mi desesperación, pensé en evocar a un santo nuevo que nada supiese de mi pasado y el único que se me ocurrió fue san Gerardo y le imploré con la mayor humildad del mundo que me ayudara.

—Entonces, ¿no dices nada?

—Nada de lo que diga servirá, porque no tengo razón alguna. Soy culpable de todo.

—Menos mal que tienes un poco de sinceridad. Vamos.

Bajamos la escalera juntos. Después fui caminando por delante de él. El silencio amplificaba el crujir de nuestros pasos. Se oyó una vocecita allá, en el infinito.

—Zezé, ¿aún estás vivo?

—¿Y tú?

—Estoy resucitando.

—Menos mal. Aguanta firme, que el palizón va a ser de aúpa.



El hermano Luiz nos había llevado a los dos. Cerró el dormitorio para que no fuera objeto de curiosidad. Sentó a Arnóbio en una cama y a mí en otra. Antes de comenzar, estuvo caminando preocupado. Por fortuna, se apresuró.

—A fin de cuentas, ¿de quién fue la culpa? ¿Tuya, Arnóbio?

Este puso una voz tan atemorizada, que no parecía el tremendo buey que era, sino una criaturita de cinco años.

—Yo estaba quieto en mi rincón esperando mi turno para el baño.

—¿Es verdad eso, Zeca?

—Sí que lo es, hermano Luiz. Él no tiene culpa de nada. Fui yo el que provocó todo.

Ya que estaba perdido, era mejor seguir siendo sincero: entre otras cosas, porque, si no lo castigaban, después desistiría de pegarme.

—Entonces, ¿reconoces toda la culpa? ¿Toda la responsabilidad?

—Sí.

—Entonces, Arnóbio, quedas dispensado. Antes de marcharte, como no quiero enemigos en mi dormitorio, daos la mano.

Lo hicimos y miré muy dentro de sus ojos para ver si aún ajustaría las cuentas conmigo y lo que vi me emocionó incluso. Tenía una expresión tan suave, que me derrotó.



—Arnóbio, cuando salgas, cierra la puerta del dormitorio y mete la llave por debajo. No quiero que nadie me interrumpa.

Entonces el hermano Luiz estaba paseándose de aquí para allá y observándome, hasta que se detuvo.

—Zeca, ¿qué es lo que ocurre en esa cabeza tuya para que inventes tantas locuras?

Yo estaba conmovido. No iba a llorar ni nada, pero ya me faltaba poco.

—No sé, hermano. Se me ocurren inesperadamente y, cuando quiero darme cuenta, ya lo he hecho o estoy haciéndolo y entonces ya no puedo parar: solo cuando ya se ha complicado todo mucho.

—En efecto.

Miré al hermano Luiz con expresión bastante suplicante.

—Hermano Luiz, no va a perdonarme, ¿verdad?

Recurrió a nuestra expresión habitual.

—«Frankenstein» está furioso. Quiere verte sangrar. De nada serviría preguntar qué harán contigo. Están reunidos en el despacho del director. Ahora cuéntame todo tal como fue, sin omitir ningún detalle.

Se había sentado en una cama enfrente de mí y yo desembuché. A medida que yo iba contando todo, él empezó a reírse. Cuando llegué al momento de las beatas, se reía tanto, que movía la cama. Entonces yo también rompí a reír, porque, si al hermano Luiz le hacía gracia, podría también hacérsela a los otros. No cabía duda de que mi nuevo protector, san Gerardo, estaba echándome una mano.

Cuando acabé, él aún estaba meneando la cabeza con los ojos llorosos de tanto reír.

—Mira, Zeca, lo que has hecho es tan grave, tan disparatado, tan imposible de imaginar, que, si fuera por mí, hasta te perdonaba, es decir, que te reduciría la pena a la mitad.

—Y ahora, ¿qué, hermano Luiz?

Sacó el reloj de pulsera y dictó el comienzo de mi sentencia.

—Ahora vamos allí.

—¿No puedo tomar un baño? Estoy sucísimo, hermano Luiz.

—Ni pensarlo. Hoy vas a dormir así mismo y aun eso, si tienes mucha suerte, porque me parece que vas a pasar la noche castigado, con los brazos cruzados contra una columna.

Cuando aún caminábamos por el dormitorio, le pregunté:

—¿Cree usted que me expulsarán?

—No se si hay agravante para tanto, pero de lo que no me cabe duda es de que has estado muy cerca.

Y por segunda vez en mi vida afronté aquella funesta sala de mesas colocadas en círculo.

—¡Brazos cruzados!

Listo, brazos cruzados.

—Cuando le pregunte algo, míreme a mí. Cuando acabe de dar la respuesta, mire a la pizarra.

Listo, ya tenía la vista clavada en la mayor pizarra del colegio, mirando su negrura con algunos trazos de tiza. En ciertas partes, se veía una letra mal borrada.

Tuve que responder con todo lo que ya había contado al hermano Luiz. Solo, que aquella vez a nadie le estaba haciendo gracia.

Resultado final: no me expulsarían ni me suspenderían, pero...

—Tendrá que quedarse en clase durante todos los recreos.

—Se quedará con los brazos cruzados durante todos los estudios nocturnos.

—Acabada la clase, permanecerá dos horas más en la misma posición: de pie y con los brazos cruzados.

—Y, por último, tendrá que escribir mil renglones.

Tragué en seco. ¿Mil renglones? Mejor habría sido escribir incluso un libro: una novela. Yo qué sé: una porquería cualquiera, pero mil renglones, uno por uno, repitiendo la misma frase, sería ir más allá del Purgatorio. Y aún tendría que dar las gracias al Cielo por no haber sido expulsado. ¿Con qué cara afrontaría a mi familia?

Aun así, la escabechina no había terminado aún. Además, faltaba la maldita frase y decidieron que fuera de mi propia cosecha. Pensé rápido, pero la sentencia exigía que eligiese algo que no me gustara para que fuera un castigo mayor.

—Vamos, señor Vasconcelos, la frase.

Entonces pensé en una cosa que me gustaba mucho desde pequeño. Diría que lo detestaba y al menos estaría escribiendo una frase que me gustara.

—¡La frase!

—«Oyeron las plácidas riberas del Ipiranga».

Fue una decepción general. El hermano director levantó las cejas, que formaron aquel arco negro: un arco iris de luto y decepción.

—Este chico está completamente loco. ¿Detestar el propio himno nacional?

Con los dedos cruzados bajo los brazos, pedía perdón a mi himno predilecto.

—Muy bien. Usted ha elegido, pero no queda ahí la cosa. Hermano Joaquim, escriba, por favor, en la pizarra.

El hermano Joaquim se dirigió a ella y cogió la tiza.

—Escriba, por favor, hermano.

Puso expresión de mayor dignidad y habló pausadamente:

—Las plácidas riberas del Ipiranga oyeron que soy un alumno ingrato e irresponsable.

Entonces gemí. Adán gimió también. Me había salido el tiro por la culata. Si hubiese elegido cualquier otra frase, no habría tenido consecuencias. ¿Cuándo acabaría con aquel «Las plácidas riberas del Ipiranga oyeron que soy un alumno ingrato e irresponsable»? ¡Oh, mi santo Jesús del corderito en los hombros! Pensé en las pilas y pilas de hojas de papel de estraza y en los dedos callosos de escribir mi

desgraciada sentencia. Al fin y al cabo, pasaría. ¿Diez días? ¿Veinte días?

—Ánimo, Zezé. Ha sido mejor que si te hubieran expulsado.

—Ya lo sé y no voy a ablandarme ahora. Tarzán de los Monos acabará venciendo. Cuando notes que flaqueo, no olvides recordarme: calentar el sol.

Sin embargo, un gran desánimo me abatía. Tenía que calentar mucho sol de día y mucha luna de noche.

Acabada la sesión, el hermano Luiz me condujo en silencio al comedor. Pareció adivinar mi pensamiento.

—Nada de baño, Zeca. Vas a comer mucho de lo que vosotros llamáis JTD (judías todos los días) para aguantar el palizón, porque esta vez, Zeca, la cosa está muy negra. Más todavía por tus amadas beatas, que han organizado la mayor intriga de la ciudad.

Presenció mi angustia masticando la comida: todo ello en el mayor silencio. Bebí un enorme vaso de agua y pedí permiso para ir al cuarto de baño.

—Puedes ir. Haz todo lo que necesites, porque después ya no podrás hasta medianoche.

Me dio una palmada en el hombro, para infundirme ánimo.

—Pobre Zeca. Esta vez no hay santo que te salve. Ni siquiera el hermano Feliciano va a poder interceder ni hacer sus conocidos milagros.

Permanecí las dos horas y pico en la misma posición. Después la sala quedó casi apagada. Solo estaban encendidas las dos luces cerca de mí. El silencio adormeció el colegio y yo seguía allí. Los ojos querían cerrármese. El cuerpo se me iba hacia delante y volvía a la posición inicial. La noche avanzaba y yo recordaba el mutismo de «Moisés», la campana. Bien que podría haber dado una campanada para que se despertara todo el mundo. Entonces vería aquella gente sin corazón lo bien que se estaba sin dormir.

Las piernas me temblaban y las horas no pasaban.

Los ojos se me nublaban, cuando vi junto a la pizarra a Maurice, que me miraba con una sonrisa aprensiva.

—Ya ves, Maurice. No puedo abrir los brazos para abrazarte.

—No importa. ¿Qué te han hecho, *Monpti*?

—Cosas de las personas mayores sin corazón. Haces una nimiedad y te ganas un castigo tremendo.

—Ánimo, que pasará. La primera noche siempre es la peor. Después te acostumbrarás poco a poco.

—¿Has trabajado mucho?

—Bastante.

—¿Sabes que, si llegas a retrasarte más, me habría caído de cansancio?

Aguanta las consecuencias. Nunca te quejes de lo que tú mismo te has buscado: firme ahí.

Miró su precioso reloj de oro.

—Calienta tu sol. ¿No fue eso lo que me contaste? Pues calienta tu sol, que solo faltan dos minutos.

El hermano Feliciano vino a buscarme. Aún no había dormido, afligido, esperando el fin de mi castigo.

—Vamos, Chuch.

Descrucé los brazos y parecía que estaban enviciados y querían volver a la posición anterior.

Sonreí a la pizarra y hablé bajito a Maurice.

—Buenas noches.

—Toma, Chuch.

—¿Qué es, Fayolle?

—Un vaso de guaraná muy helado que te he traído. Debes de tener sed.

Casi no veía el vaso entre sus dedos. Me lo bebí todo casi de un trago.

—Vamos, Chuch, que ya estás soñando. Ya estabas soñando de pie.

—¿Sabes una cosa, Fayolle?

—¿El qué, hijo mío?

—En otra encarnación quiero nacer como un botón, uno cualquiera, aunque sea un botón de calzoncillo. Es mejor que ser una persona y sufrir con avaricia...

TERCERA PARTE  
Mi sapo cururú

## 1. La casa nueva, el garaje y doña Sevéruba

-¿Se te ha pasado la rabia, Zezé?  
—No sé, Adán.

—A mí no me mientas, que yo descubro la verdad, Zezé.

—Ya casi ha pasado. De aquí a poco, habré olvidado.

Sentí que Adán respiró aliviado.

—¡Vaya! Eres duro de roer. Al fin y al cabo, vivir en una señora casa como esta permite perdonar cualquier error de cualquier padre.

En realidad, me encontraba rebosante de alegría. Acababan de empezar las vacaciones y había salido del colegio para entrar en una nueva casa: una señora casa. Aquello sí que era una casa. Ni siquiera había visto la mudanza. No me dejaron despedirme de las gallinas blancas y rojas, que se habían quedado en la antigua residencia. No sé si las habían vendido o regalado. Lo cierto es que no eran dignas de la nueva casa.

Por delante tenía una terraza inmensa y que se prolongaba también por la parte de la izquierda. Había cristales por todos lados. Por delante, estaba la balaustrada de Petrópolis. Allá abajo, un mar tan grande, que cabían en él todos los océanos del mundo juntos. Desde arriba se podía ver su brutal tamaño.

Y, por si fuera poco, tenía también un gran patio, totalmente pavimentado, como para pasar toda la vida en él. Había conseguido también un cuarto nuevecito para mí: una cama mayor y sin cabezal, un armario que brillaba y olía a madera joven. Solo una cosa faltaba en aquel ambiente: mi viejo sillón Orozimba. Alguien lo había heredado. En su lugar, había otro con ramajes rojos, muy elegante. Había que probarlo todo: tumbarse en la cama y saltar al sillón, todo agradable y suave.

Comenté a Adán:

—¡Qué bueno ha sido no tener que volver a aquella casa!

Me refería al episodio de la gatita.

—A saber si tu padre no pensará lo mismo que tú.

Quedé algo confuso.

—No lo creo. Yo carezco de la menor importancia. No valgo lo que se dice nada. Nadie iba a preocuparse por mí.

—¡Quién sabe! El corazón humano siempre da sorpresas.

—No, Adán, no fue eso, pero, en todo caso, vivir aquí es una maravilla.

Y venga correr para verlo todo, describirlo todo, acostumbrarse a todo.

Lo que más me enloquecía era el lado derecho de la casa: un mango soberbio, lleno de ramas tarzánicas e invitantes. Estas habían crecido tanto, que invadían el muro de la vecina. Con el tiempo urgía descubrir cómo serían los vecinos. Era muy importante. Entre la casa y el mango, que tenía toda la pinta de llamarse doña Gustava, había un enorme cobertizo. Yo contemplaba encantado su techo: allí podría montar al menos dos trapecios.

Todo se transformaba en una fiesta y aún mayor fiesta era para el perrito Tulu, al que con el tiempo se le había arreglado la columna vertebral y podía correr como cualquier otro perrito jamás atropellado. Tulu se pegaba a mis talones, como si quisiera recuperar el tiempo perdido en mi internamiento. Dormía acostadito a la puerta de mi cuarto y, en cuanto clareaba el día, arañaba la puerta con mucha delicadeza.

Si no estaba a mi lado, bastaba con silbar y ahí venía moviendo su blanca colita.

—Vamos a ver el garaje, Tulu.

Corríamos hasta allí, él enredándose entre mis piernas.

—¡Qué bárbaro! ¿No? Cabrían diez coches o más. El que vivió antes en esta casa debía de ser un ricachón.

—¡Qué ventanal!

Lo abrí y me senté con las piernas fuera a observar el resto del patio, rodeado de un muro. Tulu ganó desesperado y se puso de pie para intentar alcanzarme con su patita. ¡Qué mundo se abría ante mis ojos! ¡Cuántos árboles! ¡Cuántos caobos! Tenía aún más cocoteros por aquel lado. No sabía adonde dirigirme en primer lugar. Tenía que coordinarlo todo, entre otras cosas porque habían comenzado las vacaciones y disponía al menos de tres meses para divertirme allí. La arena del gran jardín era blanca y blanda, como la de la playa. Se prestaba a imaginar allí un segundo desierto del Sahara, pero ¿habría caobos en el desierto? Creo que no. Entonces, el mío sería diferente: los tendría.

Bajé al interior del garaje y me quedé examinando unos estantes grandes, llenos de cosas viejas que aún podían servir. Así como nosotros habíamos dejado las gallinas, los antiguos habitantes de la casa habían abandonado toda aquella diversidad de cosas. Y lo que más me fascinaba era un montón de cámaras de aire de neumáticos en aquellos estantes y en un rincón una gran bomba para hincharlas. ¿Funcionaría? Quité el copioso polvo que la cubría y la puse de pie entre mis rodillas. Levanté su cabeza y se elevó. ¿Era cabeza o brazos? Debía de ser esto último. Estaba bien engrasada. Empujé hacia abajo y obedeció: hizo un ruido y sopló el polvo del suelo. Me entusiasmó.

—Funciona, Tulu. Ahora vamos a coger un neumático y ver si se infla.

Ajusté la cámara y empecé a levantar los brazos de la bomba. El neumático fue agrandándose y agrandándose y se puso tan duro, que me costó llenarlo del todo.

—¡Hay que ver qué ejercicio!

Me senté en el suelo para descansar y observar, satisfecho, la bomba apoyada en la pared.

—De ahora en adelante, voy a hinchar todos los días todos esos neumáticos viejos. No quiero salir más los domingos. Voy a quedarme inflando y desinflando todo esto. Voy a desarrollar unos músculos, que ni Tarzán va a creérselo.

Adán me preguntó.

—¿Has encontrado ya un nombre para el garaje y la bomba?

—Vamos a pensar un poco. Son gente muy importante para ponerles un nombre cualquiera.

—Para el garaje, no sé, Zezé, pero, si me dejas, yo bautizo la bomba.

Sentí curiosidad. Adán nunca me había pedido tal cosa.

—De acuerdo. Te doy permiso.

Adán habló muy avergonzado:

—Doña Celeste.

—¡Hombre, Adán! ¡Qué bonito! Si no lo era, ya lo es y nadie le quitará ya ese nombre.

Tulu se había tumbado a mis pies y escuchaba con naturalidad mi conversación con mi sapo. Contemplé el garaje un largo rato. Sabía que debía elegir un nombre muy bonito para él. No podía ser cualquier cosa. Tenía una inmensidad y una elegancia inconfundibles. ¡Mi cabeza hizo clic! Y no tardé en descubrirlo. Iba a someterlo a la aprobación de él.

—¿Verdad que parece una criada gorda y simpática?

—Sí, Zezé.

—¿Y verdad que sería propio de ella usar un delantal de cuadros rojos y blancos?

—Sí.

—Pues entonces se va a llamar doña Maneca.

—Muy bonito.

Nos felicitamos mutuamente.

—Mira, Adán. Me parece que nosotros somos los mejores bautizadores del mundo.

—A mí también.



En las primeras comidas, hubo bastante tensión. Yo seguía sin hablar a mi padre, pero ya nos mirábamos. Adán, nervioso, me llamaba la atención por dentro. «Bien, bien, Zezé. Así va bien».

Entonces dirigió la vista a la fuente del arroz y me miró. Yo miré a la fuente y lo miré. Entonces cogí la fuente del arroz y la levanté para él. Entonces él levantó la mano y la cogió.

Adán estaba muy contento. «Bien, bien, Zezé. Así va bien».

Yo sabía que al comienzo costaría un poco, que había aún muchas cosas por medio y mucho arroz entre nosotros, pero acabaría pasando.

Y pasó tanto, que el primer domingo llamó a la puerta de mi cuarto y encendió la luz.

—¿Quieres ir a la misa de la madrugada?

—Sí.

—Pues entonces date prisa, que tenemos quince minutos para llegar a la catedral.



Salí pitando, bajé y abrí la puerta de doña Maneca para que saliera el Market, el coche más bonito de Natal.

La ciudad estaba a oscuras. Las luces estaban aún encendidas.

Él me habló.

—No hace falta que comulgues, si no quieres.

Lo miré de soslayo y él seguía mirando al frente, como si no lo notara.

—Yo no puedo. No me he confesado.

—De acuerdo.

Siguió conduciendo en silencio. Adán me confesó:

—¿Sabes una cosa, Zezé? Hasta está empezando a gustarme. A fin de cuentas...

—Ya lo sé. A fin de cuentas, somos dos bobos.



En los primeros momentos fue lo más duro que podía suceder, pero tenía que aprender.

—Mira, Tulu. No tengas miedo.

El perrito encima del muro quería intentarlo y temblaba todo él. Yo procuraba calmarlo.

—No tengas miedo, que no vas a caerte. Es algo más propio de un gato, pero, cuando te acostumbres un poco, tú también lo harás.

Tulu sacaba y dejaba caer su roja lengua y dirigía la vista hacia mí, aterrado.

—No seas tonto. No ves que abajo solo hay arena blanda. Nadie se magullaría, si se cayera. Venga.

Me senté en el muro, pero a un metro de distancia.

—Venga, querido. Vamos.

Abrí el brazo para protegerlo. Él gimió bajito y se puso de pie.

—Ven despacio. No sirve de nada correr: así no aprendes. Uno, dos. Uno, dos.

Obedeció temblando tanto, que yo estaba preparado para sostenerlo, le fallaban las patitas. Vino despacio y yo lo recibí en mis brazos con amor.

—Eso, Tulu. Eres el perro más valiente del mundo. Hay que intentarlo otra vez. Vamos.

Arrastré dos metros más allá mi cuerpo sentado y Tulu lo observaba todo.

—Ahora. Repite lo que has hecho antes: despacio y con calma.

Solo el primer envite lo atemorizaba, pero bastaba con que irguiera el cuerpo para que aumentara su deseo de aproximarse a mí.

—Vamos a quedarnos más lejos uno de otro.

Me alejé otros tres metros.

—Uno, dos; uno, dos.

Aquella vez fue mucho más fácil. En menos de dos horas, el perrito ya me acompañaba. Ya no hacía falta que me quedara sentado y llamándolo. Caminaba de

pie delante de él, despacio. Me volvía y Tulu estaba oliéndome los talones.

Dadada había llegado en silencio y estaba observando mis enseñanzas.

—¿Dónde se ha visto una cosa así? Un cachorro andando por encima de un muro.

Solté una carcajada. Salté al suelo y cogí a Tulu en brazos.

—Ahora descansa un poco, que dentro de poco vamos a practicar más.

Corrió, aliviado, por el jardín y fue a regar una enramada de maracuyá que se enroscaba en torno a un caobo.

—Muy pronto va a correr incluso por el muro. Al principio, hasta me he desanimado, porque temblaba mucho. Como ya se rompió el espinazo, pensé que nunca tendría equilibrio.

Dadada me miraba sonriendo.

—Lo que tú tienes es el seso flojo precisamente. Solo a tu cabeza se le podía ocurrir hacer andar un perro por un muro por el que ni siquiera un gato lo lograría.

Me senté en un montón de tejas.

—Dadada, ¿quién es el vecino de la izquierda?

—Es solo un matrimonio. Según me han dicho, tienen una hija que estudia en Río y que va a llegar en las próximas vacaciones.

—¿Y esa mujer que vive al otro lado?

—¡Uf! Esa es una inglesa con un genio espantoso. Se llama doña Sevéruba.

—¿Cómo es?

—Es un nombre muy difícil. La criada no sabe llamarla correctamente y dice Sevéruba.

Lancé una carcajada.

—Eso no es un nombre de persona, pero ¡qué divertido es!

Dadada me avisó:

—No te acerques mucho por allí. No deja ni a una criada comer fruta de su jardín. Es una terrible roñosa.

Sonreí y le pregunté de sopetón:

—¿Te gustan las guayabas, Dadada? ¿Las rojas como sangre?

—Son las que más me gustan.

—Entonces, espera.

Levanté unas tejas y le mostré más de media docena de guayabas.

—Prueba, ya verás qué ricas están.

Ella dio un mordisco y le encantó.

—¿De dónde has sacado eso? Aquí, en el jardín, no hay guayabo.

—De la casa de doña Sevéruba.

Puso ojos como platos para preguntar:

—¿Te las ha dado?

—No me ha dado cosa alguna. Mira: todas tienen un agujerito.

Dadada examinó dos y puso cara de asco por los agujeros. Cada una de las guayabas tenía uno.

—¿Es el agujero de un bicho?

—¡Qué va! Es un agujero de clavo.

Cada vez entendía menos. Me apresuré a explicárselo.

—He cogido una vara muy larga de las que hay en el cuarto del pozo. He fijado un clavo bien firme en una de las puntas. He subido al muro de ahí y, cuando no había nadie a la vista, he derribado las guayabas con la vara. Después las he ensartado con el mismo clavo y las he subido con cuidado. No me falla ni una.

Isaura, con la boca llena, comentaba:

—¿No he dicho que tienes el seso flojo?

—Cuando quieras guayaba, basta con que me lo pidas o, si no, busca en este escondrijo, pero ya sabes: es secreto.

Era una recomendación innecesaria. Dadada se alejó, aún encantada con los frutos, y yo llamé a Tulu para seguir con las lecciones.

—Aprende rápido, so bobo. Vas a ser como un perro amaestrado de circo.

Circo, circo, circo. Los circos me fascinaban. Ya había preparado dos trapecios en el cobertizo. Lograba grandes hazañas en él. Tulu iba acompañándome en todo. Después de haberse convertido en equilibrista de muro, no sé si habría pasado por su cabecita la idea de ser trapecista también.

Subía a una mesa y me lanzaba por el aire. Me ponía cabeza abajo. Me colgaba de la punta de los pies. Con las rodillas sujetas, soltaba el cuerpo y lo paraba con la punta de los pies. La primera vez que lo hice, me quedé helado. Miraba las baldosas limpietas del suelo y temblaba. Si hubiera fallado, me habría reventado la cabeza contra ellas, pero tenía que intentarlo. Si en el circo todos los trapecistas lo hacían, ¿por qué había de fallar?

Después llegó a estar chupado. Solo me dolía un poco el empuje por el roce de las cuerdas. Hasta que me acostumbré, estuve cubierto de cardenales.

El trapecio se había convertido en un sueño. Me subía a la mesa con el cuerpo vestido con una malla muy ajustada y saludaba al público. Oía al domador abajo anunciando, con aquel cono en la boca, mi número.

—Ahora, señoras y señores, Caldeu, el hombre más fuerte del mundo, va a ejecutar su arriesgado número.

Lanzaba mi cuerpo al espacio y veía el techo del circo acercarse por un lado y por el otro, conforme al movimiento del trapecio. Los aplausos atronaban. Bajaba de mi número y encontraba de nuevo a Tulu, sentadito observándolo todo.

Lamía el sudor de mi cara y yo lo acariciaba.

—¡Qué pena que tú no lo hagas, Tulu! Pero, si es difícil para mí, mucho más lo sería para un perrito al que ya rompió el espinazo un automóvil, pero no importa. Cuando tú ya estés bien firme, vamos a recorrer todo el jardín por los muros. Andar por el suelo es para los que no son artistas.

Solo cuando descansaba oía las quejas de Adán.

—Se me ha revuelto el estómago.

—No exageres, Adán.

—Exagero porque no eres tú el que está metido en tu corazón. Cuando haces esas evoluciones, el recinto se pone caliente y se estrecha. Un día me vas a matar sin darte cuenta.

—Pero bueno, Adán. Tú siempre decías que querías verme valiente y ahora el miedoso eres tú.

—Claro que quiero que venzas todos los miedos, pero no hay que exagerar, ¿no?

Me entraba una pena inmensa y me abría la camisa para que entrara más aire y Adán se sintiera en seguida mejor.



Si algún día desistiese de viajar a la selva, de ganar todos los campeonatos mundiales de natación, como Johnny Weissmüller, de convertirme en Caldeu, el mejor trapequista del universo, bien que podría abrazar otra profesión: el espionaje. Me moría por hacerlo. En aquel momento mi víctima constante se había encarnado en doña Sevéruba: desde el momento en que recorría el jardín, regando las flores con la manguera, hasta que iba a contar los frutos que maduraban.

Yo me subía a una rama muy poblada de doña Gustava y me quedaba quietito sin hacer un solo movimiento. Con sus azulísimos ojos y la cara rayada como un mapa orográfico, doña Sevéruba fruncía las cejas y observaba un mamey que crecía fabulosamente. Debía de contar con los dedos los días que tardaría en madurar el fruto y yo también. Se marchaba satisfecha, siempre seguida por un perrazo policía, dejando ondear unas batas transparentes y amarillentas y a veces con un moño en lo alto de la cabeza en el que los cabellos estirados tanto podían ser rubios como rojizos. Decían que el perro era muy fiero y los ladridos que soltaba por la noche parecían confirmarlo, pero a mí me gustaba. Si me hubiera pertenecido, lo habría llamado Rin-Tin-Tin y no León. Muchas veces me había descubierto encaramado en el muro y yo lo llamaba bajito y le daba trozos de pan o de pastel. Hacíamos amistad.

Pasaron tres días y yo subido a las ramas de doña Gustava, León detrás de doña Sevéruba y esta sin quitar ojo al mamey, que empezaba a mostrar rayas amarillas en su gran dorso verde.

«Hoy va a arrancarlo».

Pero no fue así. Esperé otro día, impaciente.

«Hoy no puede pasar sin que ella lo arranque».

No lo hizo.

«Si se retrasa hasta mañana, se va a arrepentir».

Doña Sevéruba miró el precioso fruto. Calculó. Lo contempló y se convenció de que aguantaría un día más. ¡Qué poco sabía la pobre que dos ojos salvajes medían todos sus pasos! Que Tarzán de los Monos, implacable en la selva, observaba todos sus movimientos.

Después de cenar, no quise dar una vuelta por la balaustrada acompañando a los otros en el paseo que raras veces daban. Me excusé diciendo que iba a leer un poco y después a dormir.

Me encerré en mi cuarto y me quedé escuchando todos los movimientos de la casa. Tardaban en volver y, cuando lo hicieron, estuvieron una eternidad en el cuarto de baño. Yo contaba cada una de las veces que abrían y cerraban la puerta. Después me imaginaba las luces apagándose en cada una de las habitaciones. Ya solo faltaba oír el rechinar de la puerta del cuarto de Dadada, cerca del garaje. ¡Cuánto se retrasaba! Seguro que estaba conversando con la criada de doña Sevéruba. ¡Cielos! Mi excursión a la selva iba a retrasarse hasta las once. Me quedé dando vueltas en la cama, tan excitado, que no temía adormecerme. Aquel día, no. Urgía actuar, porque aquella iba a ser en cualquier caso la última noche del mamey en el árbol.

Hasta que todo el mundo se adormeció.

—¿Me acompañas hoy, Tarzán?

—No. Hoy la tarea es muy difícil y te cedo a ti mi lugar de Tarzán.

Se lo agradecí y busqué mi taparrabos en el fondo del cajón. Saqué el cinturón y ajusté mi hermoso taparrabos, blanquito y minúsculo. La diminuta tela cubría solo un poquito la parte delantera. La trasera iba toda ella expuesta al aire.

Podía hacer todo aquello sin encender una luz. Mi vista se había acostumbrado a la obscuridad.

—¿Y el cuchillo?

Hurgué en la mesilla de noche y lo encontré casi en el fondo. Me lo metí en el cinturón y comprobé si estaba firme.

«Ahora, Zezé, a contener la respiración y a abrir la ventana sin hacer ruido».

Ya iba a salir en mi expedición, cuando recordé una cosa. Volví hasta la puerta de mi cuarto, la entreabrí y acaricié a Tulu, que dormía en una alfombrilla.

—No armes jaleo por nada del mundo. Yo voy a salir.

Le acaricié el pelo y él, con sueño, movió apenas el rabo. De día estaba dispuesto a todo, pero de noche así, tan cómodo...

Tras haber tomado aquella precaución, volví a la ventana. El pestillo, bien engrasado, giró sin hacer el menor ruido.

Me escabullí hasta el patio y volví a pegarme a la ventana. La noche sin viento, tibia y agradable, no ofrecía peligro. Miré al cielo, tan negro, que se transformaba en un mango inmenso todas cuyas ramas contenían estrellas brillantes.

Me deslicé sigiloso hacia el cobertizo. Los trapecios estaban profundamente dormidos. Contuve la respiración y recomendé a Adán que no se sobresaltara, porque no existía el menor peligro.

Erguí el cuerpo en busca de la rama de doña Gustava que sobrepasaba el muro. Me quedé escuchando un rato y comprobando la seguridad. Tal vez León sintiera mi olor y apareciese. ¡Qué va! Solo había el silencio de la noche, que dormía. Bajé por el muro. Me senté y me deslicé hacia el jardín vecino. De allí al mamey fue cosa de un

segundo. ¡Qué desagradable era subir por un mamey! Peor que por el cocotero. Exigía un cuidado extremo, porque con cualquier arañazo soltaba una leche que quemaba. ¡Listo! Fui retorciendo el mamey con cuidado. Era mayor de lo que yo pensaba. Tendría que retorcerlo y retenerlo. Si caía al suelo, haría un ruido de mil demonios. Arranqué el fruto y tuve que bajar forzando más las piernas y sujetándome con una sola mano en el árbol.

Ya en terreno seguro, mi corazón se disparó: no de miedo, sino de alegría. Bastaba con colocar el mamey equilibrado en el muro, erguir el cuerpo y saltar al terreno de mi casa. Dicho y hecho. Sujeté el tierno mamey contra el pecho y bajé hacia la parte del garaje. Salté el muro del gran patio y busqué el lado que ofrecía más sombra. Muy al fondo, arrojé el mamey a la arena blanda, me agarré a una rama de un caobo y salté.

El viejo gallinero, lleno de cajas inútiles y de otras cosas que ya no se usaban, iba a albergar mi tesoro. Aquella era la mina de Mano de Hierro, más apartada y menos peligrosa. La mina de Winnetou estaba compuesta de aquellas tejas viejas. Allí podrían descubrirla.

Era mejor caminar por toda aquella selva y el desierto y tener una mayor seguridad.

Me senté en una caja grande y, tras sacarme el cuchillo de la cintura, sonreí. Había hurtado aquel cuchillo del pabellón en el que mi padre había instalado su biblioteca de libros de medicina. Era un cuchillo formidable que estaba orgulloso de haber abandonado la profesión de abrelibros. Cuando mi padre notó su falta, lo buscaron por todas partes.

—Debe de haberse perdido en la mudanza.

Desistieron de la búsqueda y ahora me pertenecía a mí. Aún no lo había afilado bastante, pero para cortar un mamey bastaba de sobra.

Acabada la operación, lo escondí dentro de unos cajones, que cubrí con hojas viejas de cocotero. Estaban allí para cualquier emergencia.

Antes de retirarme, conversé con él.

—No tengas miedo. Con el calor del día vas a madurar y todas las noches vendré a comer un pedazo. Bueno, hasta luego.

Rehíce la caminata, que resultó más breve, en vista de que había cumplido la misión con un éxito sorprendente. Volví a mi cuarto y al cobijo de mi cama. Tulu arañó la puerta con suavidad para mostrarme que se había enterado de mi llegada. Me quedé desnudo un rato para refrescarme el cuerpo. Necesitaba mucho ir al cuarto de baño y lavarme los pies, pero ni hablar. No quería dejar ninguna pista, ningún motivo de sospecha.

El día siguiente, a la hora del espionaje, ya me había encaramado a mi escondrijo. ¡Santo Jesús mío del corderito en los hombros! Doña Sevéruba parecía un grabado de Júpiter lanzando rayos. Estaba muy furiosa.

Rompió a gritar, llamó a las criadas y señalaba el mamey vacío. Me dieron ganas

de soltar una gran carcajada. Le estaba bien empleado por haber esperado tanto. ¿Cómo decía siempre el hermano Ambrósio? ¡Ah, sí! De la cuchara a la boca se pierde la sopa. El mamey estaba ahora en mi poder.

Por la noche, iba a ser una maravilla. Por la noche, vestido como Tarzán de los Monos, me puse a devorar el mamey: dulce como la miel. Quedé tan lleno, que Adán me regañó. No era solo por el gusto, sino también por lo desusado de la aventura, por el recuerdo de la cara trastornada de doña Sevéruba. Guardé más de la mitad para las noches siguientes. Iba a tirar fuera las cáscaras usadas, cuando una voz extraña me aconsejó:

—Si yo fuera tú, las guardaría.

—¿Para qué?

—Guárdalas y ya verás.

Me hizo gracia e iba a guardarlas, cuando Adán me aconsejó:

—Tíralas afuera, Zezé. No tienen utilidad alguna.

—Pero pueden tenerla.

Junté las cáscaras y las guardé también en el cajón.

Doña Sevéruba pasó los dos días siguientes rondando el árbol como para conseguir una pista, descubrir un indicio. Seguro que ella misma se había convencido de que unas manos delincuentes se habían llevado el mamey.

Las dos noches siguientes, fui a ponerme las botas con el mamey.

—Has sido el mamey más sabroso que he comido en mi vida.

No sabía qué hacer con las cáscaras vacías que tenía en las manos.

—Y ahora, Vocecita, ¿qué hago con las cáscaras?

Adán interceptó la respuesta:

—Tíralo todo afuera, Zezé.

Pero no obedecí. La Vocecita me insistía:

—Júntalas todas.

Obedecí.

—Y ahora, ¿qué?

—Ahora, ¿no quieres morirte de alegría?

—Sí.

—Entonces coge las cáscaras y llévalas allí. Deposítalas junto a los pies del mamey. Mañana verás qué pitote.

—Exacto. No se me había ocurrido. Gracias, Vocecita.

¡Qué idea más maravillosa! Era inútil que Adán se quejara. Nada en el mundo me haría cambiar.

Subí a las ramas de doña Gustava, con las cáscaras en la mano. Aquella vez había una brisita nocturna. Salté al muro y bajé al jardín de la vecina. Me arrodillé y monté una pirámide de cáscaras, todas muy bien dispuestas.

Entonces me llevé un susto tan grande, que hasta se me pusieron los pelos de punta. León había sentido mi olor con el viento y había ido acercándose con los pelos

del pescuezo erizados.

—Mi san Francisco de Asís, ¡ayúdame! Nuestra Señora de Lourdes, socorredme. Prometo rezar tres rosarios, si él no ladra. Almas mías del Purgatorio, rezaré por vosotras lo que deseáis, pero haced que el perro me reconozca.

León estaba petrificado, como si fuera a dar un salto. Yo estaba perdido. Bien había hecho Adán en avisarme. ¿Por qué aquella maldad? Ya había robado el mamey.

Ya lo había comido. ¿No? Me había avisado. Aquella Vocecita era la tentación del diablo.

El corazón me latía tanto, que aquella vez sí que comprendería que Adán sintiera náuseas.

Tenía el cuerpo empapado en sudor frío y pegajoso.

—Mi Nuestra Señora de Lourdes, ¡por favor! Válgame mi san Francisco de Asís.

Intentaba erguir el cuerpo y las piernas se negaban a obedecerme. Las rodillas castañeteaban una contra la otra.

Conseguí pegarme al muro. Tenía la vista clavada en el enorme perro policía cuyos pelos empezaban a bajar.

—¡León! ¡Leoncito!... ¡Tutututu!...

Mi voz había salido tan anémica como la de un viejo grillo jubilado.

—Soy yo, Leoncito. Yo. ¿No te acuerdas de mí?... Mañana te traeré un pastel. Ven aquí, Leoncito... Ven... Ven...

Entonces sacudió la cola en señal de reconocimiento. Fue acercándose y me lamió las manos. Le acaricié el pelo muy suavemente, porque, si cambiaba de idea y se abalanzaba contra mí, iba a ser un escándalo: el hijo del médico casi desnudo y robando los maméis ajenos.

Me calmé más. Mis santos me habían ayudado. Juré no volver a hacer otro robo así. El perrazo debía de haber entendido también lo del pastel.

Fingí más valor y le acaricié todo el dorso. Le gustó y movió el rabo. Como quien no quiere la cosa, me dirigí a la parte del muro por la que había saltado y el can vino tras mí.

—Ahora, León, voy a subir. En cualquier momento te daré lo prometido.

Rápidamente trepé por el muro. León dio un salto para atraparme, pero sentí que no quería agredirme: solo jugar.

Me senté en la mesa del cobertizo con el alma en pedazos. Parecía un picadillo de carne. Me costó recuperarme. Adán no decía nada. Debía de haberse llevado un susto mayor que el mío. Seguro que la maldita y malvada de doña Sevéruba había dejado el perro suelto a propósito.

—Pagaré el mamey que he comido todas estas noches rezando tercios y rosarios. No importa. El sábado iré a confesarme con el padre Monte y a pedirle que reduzca mi penitencia. ¿Y si la aumenta, en lugar de disminuirla?

Dudaba. El padre Monte era tan buenecito.

Un poco más calmado, volví a mi ventana y salté adentro del cuarto. Volví a



cerrarla y de nuevo se me erizaron los cabellos. En mi cama había un bulto tumbado. Solo podía ser mi padre, pero, cuando se encendió la luz del velador, me encontré con Maurice acostado en mi cama.

Se echó a reír al ver mi traje y yo temblaba de pies a cabeza, con mi cuchillo en la cintura.

—¡Qué ropa, *Monpti*!

Me corrieron lágrimas a borbotones por las mejillas. Sudado y sucio, me lancé a sus brazos. Solo poco a poco fui calmándome.

Eran muchas cosas para un solo Tarzán, dos sustos de esa magnitud.

—Cuéntame todo.

Pero cambió de idea.

—Primero ve al cuarto de baño y lávate y bebe un poco de agua con azúcar. Después vuelve y cuéntame.

Obedecí sin hacer ruido por miedo a despertar al personal.

Después le conté todo de un tirón.

Maurice se reía y se le estremecía todo el cuerpo.

—Cuidado, Maurice, que puedes despertar a alguien.

—No hay peligro. Hay que ver qué aventura, ¿eh, *Monpti*?

Casi no podía cesar de reír, pero a mí no me hacía la menor gracia. Cuando dejó de reír, me miró y observó detenidamente mi reacción.

—¿Y mañana vas a ir a ver qué ha sido de las cáscaras?

—Dios me libre.

Maurice me pasó la mano por la cabeza.

—¡Qué loquito mío! ¡Como una cabra!



Mi madre comentó a la hora de comer:

—Esa vecina está loca.

—¿Cuál? ¿La de la izquierda o la de la derecha?

—La de la derecha. La de la izquierda parece un cuco. Solo de hora en hora asoma la cabeza por la ventana. Me refiero a la guiri vieja. Ya estábamos mirándonos con cierta simpatía. Hoy cuando he ido a saludarla, ¿sabes lo que ha hecho?

Nos miró a todos antes de responder.

—Me ha sacado la lengua, como si estuviera enfadada, y me ha vuelto la espalda.

## 2. El bosque de Manuel Machado

Silbé y Tulu corrió presuroso, porque algo adivinaba.

—Vamos a dar un paseo. A esta hora resulta precioso ir hasta el fin de la balaustrada por la parte del hospital Juvino Barreto.

Bastaba hablar para que ya saliera corriendo a esperarme en el portal.

Cruzamos las vías del tranvía y fuimos andando sin prisa alguna, porque la tarde caía agradable trayendo todas las brisas del mar y el viento me azotaba el rostro y alborotaba mi rubia cabellera.

En la playa del medio se veía la llegada de las almadías, las velas que enrollaban y dejaban en la arena blanca. La gente se acercaba a comprar el pescado fresco.

En los arrecifes negros, los pescadores, aprovechando la bajada de la marea, empuñaban sus cañas y allí lejos se veía el Fuerte de los Reyes Magos, en el que se encontraban los calabozos donde habían estado presos los héroes nacionales. Los pobres quedaban casi enterrados allí y, cuando subía la marea, les llegaba hasta el cuello. Así decían y debía de ser verdad, porque la Historia nunca miente.

Me senté en el balaustre y Tulu se puso de pie sobre sus patitas, cosa que me hizo sonreír.

—Estás enviciado. No puedes ver un muro sin querer subir. ¿No te dije que te transformarías en el mayor escalador de muros del mundo?

Me agaché y lo subí al muro.

Por detrás del hospital era donde estaba más bonito. Al final de las dunas abandonadas aparecía el barrio de las Rocas. Allí se encontraba el Canto do Mangue, donde a aquella hora también estarían volviendo de la pesca. Los grandes barcos cuyas velas, aún mayores, estarían bajando sin prisa para pasar la noche también.

Dirigí la vista al frente. Allí comenzaba a descender la línea del tranvía amarillo de Petrópolis, pero lo que entonces me atraía no era el tranvía, sino el gran bosque verde: el bosque vallado de Manuel Machado, un bosque muy del gusto de Tarzán de los Monos.

La Vocecita me recomendó:

—Bien que podrías dar una vueltecita por allí.

—Se está haciendo tarde.

—Pero aún falta para que oscurezca. Al fin y al cabo, eres tú el que vives imaginándote como Tarzán.

Adán, preocupado, distrajo mi atención.

—¿Has visto, Zezé, lo importante que estás volviéndote?

—¿En qué sentido?

—Todo el mundo está preocupándose por ti.

Adán se refería a mi visita al hermano Feliciano, que había llegado de Recife y de las vacaciones en la playa. Estaba más colorado y con la piel despellejándosele.

Después del abrazo, ya lo veía con las arrugas de la preocupación en la frente

totalmente contraídas.

—¡Chuch! Chuch...

Ya tenía el dedo apuntado hacia mí para exigirme alguna cosa.

—Ya sabes lo que quiero hablar contigo.

—Lo adivino.

Fayolle estaba enterado de mi último entusiasmo: el circo. Ya no me gustaba ir al cine. Mi sueño estaba centrado en todas las carpas circulares y los palos de los circos. Era una pena que la sesión durara solo dos horas: Dino, el malabarista de la motocicleta que ponía muy nervioso al público; los tres hermanos trapevistas que no debían de ser —sospechaba yo— parientes, con el cuerpo vestido con mallas brillantes: la danza en el aire; el hombre que dominaba la ferocidad del león cansado, acostumbrado a fingir ferocidad; la jovencita que cruzaba la pista con una sombrilla y ejecutando pasos nerviosos de una danza balanceante sobre el alambre, por el que iba y venía. Y yo soñaba con dormir también en aquellas carretas y viajar despacio por las carreteras del mundo. El circo Stevanovitch, el circo Olimecha y tantos otros y yo, en los ratos libres, rondando y rondando por ellos. Podría demostrar que era también trapevista. Les mostraría mis habilidades. Si yo, en un recinto pequeño como mi cobertizo, hacía hazañas, ¿qué sería entonces en un lugar enorme lleno de espacios para que creciera, estudiase y mejorara?

Fayolle me devolvía a la realidad.

—Eso demuestra que tú significas algo para él. Si no, no vendría a visitarme y a pedir que hablara contigo.

—Desde luego, pero es que en la vida no puede uno ser nada que le guste.

—¿Por qué dices eso, Chuch?

—Porque le conté mi entusiasmo por la astronomía y lo que el padre Monte me había enseñado. Le indiqué mi deseo de estudiar eso, ¿y sabes lo que me dijo?

—Desiste. La de astronomía es una carrera para gente rica y tú debes formarte en cualquier cosa más práctica para comenzar en seguida a ayudar a tu familia. Ahora, que lo del circo...

—Pero ¿a ti te gustaría hacerte trapevista?

—Ya lo creo. Mira mis manos.

Le enseñé las palmas encallecidas con el ejercicio del trapecio.

—Sí. Están bastante magulladas, estropeadas.

Me dio una palmadita en ellas y sonrió.

—Ese es un entusiasmo que pasará pronto, Chuch. No hay futuro alguno en que tú sigas a esa gente. Habla con ellos y verás que cualquiera de ellos desearía abandonar esa peligrosa profesión para tener una casa y vida más tranquila. ¿Qué diría Maurice de eso?

—No diría, porque ya me lo dijo: que estaba volviéndome loco, que, si pensaba en un despropósito semejante, no volvería a hablar conmigo.

—¿Y Adán?

—Ese, peor aún, porque, si está a punto de vomitar cuando me balanceo en el mango, imagínate dando saltos mortales, volando hasta cerca del techo, pasando de un trapecio a otro para ocupar el lugar de otro trapecista. Él también, el muy tonto, me amenazó con marcharse de una vez.

—Pues entonces, Chuch, a todos tus mejores amigos y ahora a mí también les desagrada esa idea. Has notado que no lo apruebo, ¿verdad?

—¡Cómo iba a saberlo, si es la primera vez que estamos hablando de eso! Tú te fuiste a Recife y yo no tuve oportunidad de contarte mi descubrimiento.

—¿Vas a desistir?

—¡Qué remedio! ¿Cómo iba a poder viajar con ellos?

—Me alegro de oírte tomar esa decisión, sobre todo porque no creo que te gustara dejar de nadar.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Sí que tiene que ver. En el circo no tendrías tiempo para nada más. Durante el día, ensayan doce horas sin parar. Solo abandonan el ejercicio de la tarde, si hay espectáculo. Por la noche, tienen función. Muchas veces, en las ciudades grandes, se exhiben dos veces por la noche. Viven en esos carromatos inmundos. Para ducharse, usan una simple regadera.

Miré a Fayolle asombrado.

—¿Cómo es que sabes todo eso?

—Ya he hablado con mucha gente de circo en mi vida.

—Si de verdad no iba a poder nadar, desisto de una vez.

Fayolle respiró aliviado.

—Has hecho bien en desistir por tu propia voluntad. Es que sería lo que se dice imposible que huyeras con un circo. Además de no tener la edad...

—¿Qué más?

—Tu padre ha tomado las precauciones necesarias y, si estuvieras en su lugar, tú harías lo mismo...

—¿Qué precauciones necesarias?

—¿No conoces al señor Francisco Veras, que es jefe de policía?

—Sí.

—Tu padre y él son muy amigos, conque...

El viento me agitó de nuevo el pelo y volvía a ver la balastrada y el ruido del tranvía que se acercaba me ensordecía.

La Vocecita me incitó:

—Aún hay tiempo.

—Va a oscurecer en seguida.

—¿Qué importa la oscuridad? ¿Es que no andas tú de noche en tus aventuras?

—Eso es distinto.

—Porque no has visto lo maravilloso que es ese bosque, digno incluso de una selva amazónica, de una floresta virgen de África. Y no debes disculparte con la

excusa de que se hace tarde. Falta más de media hora para que se enciendan las luces.

—¿Vamos, Tulu?

Tampoco quise oír los sabios consejos de Adán. Intenté calmarlo garantizándole que a aquella hora, después de haberme bañado, no iba a ensuciarme subiendo a árbol alguno.

El bosque de Manuel Machado me atraía como un imán. Atravesé el arenal pasando cerca de varias chabolas. Aquella gente lavaba ropa y dejaba las prendas a secar al sereno durante toda la noche. Las prendas, balanceándose al viento, parecían —ya lo había visto yo— una banda de fantasmas en procesión. Incluso me dieron ganas de cortar la cuerda, como hice de pequeñito y me gané una zurra tremenda de mis hermanas. Ya, no. Solo sentí las ganas. Aquello era el ganapán de aquella gente paupérrima y no deseaba cometer tamaña maldad.

Ya se extendía el olor de la noche procedente del corazón de los árboles.

Tulu, nerviosillo, se había quedado parado, cuando yo me agaché y pasé por debajo de la alambrada.

—Venga, tontín, que no hay peligro alguno.

Obedeció cuando vio que yo me internaba incluso. Fui buscando senderos. Las hojas crujían bajo mis pies. Dentro ya casi había oscurecido. Primero fui traspasando una hilera de árboles leopardo muy delgados. Después vinieron unos árboles cuyo nombre desconocía, con grandes ramas y copa cerrada. Imaginé la delicia de subir por todas aquellas ramas y quedarme contemplando el agradable mundo de aquellas copas.

La Vocecita compartía mi entusiasmo.

—Eso, muchacho, sí que es lo que se llama una gran aventura.

Seguía las huellas en el suelo, largas, mucha gente tenía permiso para coger leña y las ramas secas durante el día.

La Vocecita me excitaba más.

—Por la noche vagan por aquí las almas solitarias, los duendes: los *sacis* y las *caaporas* e incluso *mapinguaris* y *urutaus*.

—Estás exagerando. Yo he estudiado todo eso y sé que solo se encuentran en el Amazonas o en otras selvas del Brasil.

Se quedó cortada y disimuló.

—Bueno, no quiero decir que existan en gran cantidad, pero alguno que otro siempre aparece. Llegan rodeados de luciérnagas para que los alumbren en la oscuridad.

Me sentía totalmente encantado con la belleza de la descripción.

—¿Eres escritora?

—No, pero me gusta ver la vida por ese lado.

—Entonces, ¿puedo poner en mis composiciones literarias lo que has contado? Al hermano Ambrósio le gustan quienes descubren cosas muy bonitas.

—Claro que puedes y aún no has visto nada. Cuando te decidas a conocer el

bosque de noche, en el momento en el que las estrellas se pegan en la red nocturna o la luna rasca cariñosamente el cabello de los árboles, entonces sí: descubrirás muchas cosas bonitas que poner en tus composiciones.

—Gracias. Voy a pensarlo. Ahora tengo que irme. En casa deben de estar ya poniendo la mesa para la cena.

Salí corriendo del bosque junto a Tulu, pero mi corazón rebotaba de alegría y belleza.



Un miedo de muerte: Tarzán tuvo que empujarme hacia delante las primeras veces. Habíamos jurado —y habíamos hecho un pacto de sangre— que nunca, nunca sabría nadie nada de nuestra expedición o expediciones, porque fueron varias.

Antes ya me había arriesgado a llegar hasta cerca de la casa de las lavanderas y otros parajes recónditos, pero penetrar en el bosque de noche fue una hazaña extraordinaria. Todas las noches tenía una cita con Tarzán al comienzo del bosque. Eso al principio, porque, cuando él se cerciorara de que yo estaba perfectamente preparado para mis caminatas, dejaría de acompañarme. Su mundo africano de gorilas, leones y panteras necesitaba mucho auxilio.

Nada más acabar la cena, tenía que esperar a que cada uno de mis familiares ejecutara sus rituales: *La hora del Brasil*, una vuelta por la balaustrada, un poco de conversación y cama. Después se apagaban las luces: la pausa en espera del silencio total, el taparrabos de gimnasia, el cuchillo en la cintura y la aventura de la noche. Ni siquiera me preocupaba que alguna vez mi padre necesitara hablar conmigo y encontrase mi cama vacía. No quería ni pensarlo, porque, por más que inventara, no habría mentira suficiente para poder explicar aquella ausencia.



—¿Es hoy, Zezé?

La voz de Adán daba saltos de angustia.

—Sí, hoy. Ya está decidido.

—Pero ¿tú crees que saldrá bien?

—Estoy preparadísimo. ¿Te parece que Tarzán me dejaría hacerlo solo, si no estuviera totalmente convencido?

Adán dio un vuelco a mi corazón.

—Quédate tranquilo, que no sucederá nada.

—Muchas veces dijiste lo mismo en el caso del mamey de doña Sevéruba.

—En el bosque es diferente. No habrá nadie. La gente tiene miedo de entrar en él. Nadie recoge leña o ramitas durante la noche.

—Yo que tú, desistiría de esa idea.

—Pero, como soy yo, no desisto. Iré tantas veces como sea necesario hasta que me acostumbre a andar por él como si fuera de día.

Adán soltó un gemido kilométrico y refunfuñó.

—Menos mal que se acerca mi hora.

—¿Hora de qué?

—De marcharme, ocuparme de mi vida, porque miedo es lo que tú no tienes precisamente.

Solté una risa de placer.

—Eso es estupendo. Tú viniste a enseñarme a perder el miedo y ahora estás temblando como una vara verde.

Me dio pena, porque nunca tendría un amigo mejor.

—Quédate tranquilo, que todo va a salir bien.

Pasé el día sin la menor preocupación, ni siquiera un vago síntoma de inquietud. Fui a darme un baño en el mar. Por la tarde, me quedé haciendo gimnasia con doña Celeste, endureciendo y aumentando los músculos para que Maurice no se burlara de mí. Más tarde, con Tulu a mi lado, hice un reconocimiento de todos los muros a los que debía recurrir aquella noche. Todo se encontraba perfecto. Pasaría por el muro de varios jardines, empezando por el de la vecina que no hablaba con nadie. En el tercer jardín bajaría y caminaría por el arenal, porque había un perrazo con muy mal humor. Buscaría siempre las sombras, evitando la aproximación a casa alguna de por allí: todo como lo habría hecho Tarzán y resguardándome cuando se oyera algún ruido sospechoso. Me escondería en una cepa de hierba alta para ver sin ser visto. Echaría una carrera como si fuese una flecha hasta el macizo de ricinos. Desde allí y con todos los sentidos alerta, examinaría los lados de la calle. No habría peligro de encontrarme con un tranvía, porque el último pasaba a las diez. Atravesaría la calle, rápido como el pensamiento, y me internaría en la sombra de otros macizos de ricinos. Alcanzar el bosque estaba chupado.



—¿Has visto como ha salido bien, Adán?

—Por ahora, sí.

—Y saldrá. Ahora podemos bajar para atravesar la alambrada. El bosque va a ser, todo él, nuestro y ya conocemos todos los caminos.

—¿Has pensado ya, Zezé?

—¿En qué?

—En dos cosas. Primero, en que estás a más de dos kilómetros de tu casa.

—¿Y qué?

—¿Y si te cogen con ese traje? ¿Qué dirán de ti con el culo al aire y un cuchillo en la cintura?

—¿Y por qué van a cogerme? No hay alma viva. Nadie va a pasar por ese bosque.

—Has hablado de alma, ¿verdad?

—Sí. El alma no existe y, si existe, no puede asustar a nadie, so bobo. Si la gente viva no hace daño, el alma no podría hacerlo. Vamos a aprovechar la noche. ¿Sientes el olor de la floresta? Llega de todas partes. ¡Qué delicia! Del suelo, de las cortezas, de las hojas. Dentro de poco treparemos por aquel árbol grande.

—Zezé, ¿prometes que no vas a esperar a la medianoche?

—Prometido. Nos quedaremos sentados ahí arriba solo unos quince minutos. Si tenemos suerte, veremos todo el bicherío de la noche: los *sacis*, los *mappinguaris*, los cometas de luciérnagas. Vamos.

Busqué el árbol que más me gustaba y fui subiendo sin hacer el menor ruido. Si de día subir a un árbol era una maravilla, de noche resultaba aún mejor. Íbamos acostumbrando la vista a la obscuridad y aguzábamos el oído para advertir cualquier ruido. Un sapo cantaba a lo lejos.

—¿Conoces esos sapos, Adán?

—No. Mi raza es especial y no es cantarina.

Adán hablaba tan bajito, que casi no podía distinguir lo que decía. Los grillos aserraban por todas partes. Debía de haber un batallón de ellos. Las ratas corrían bajo las hojas secas y amontonadas.

Ahí, en las alturas, descansé el cuerpo contra el tronco y estiré las piernas sobre una rama fuerte. Me sujetaba en una rama en forma de horquilla con la mano derecha. Aunque no iba a aparecer nadie, la sensación no podía ser más agradable, tanto como nadar en el mar cálido. Aquello debía de ser la libertad o algo muy parecido.

Adán lloriqueó.

—Zezé.

—Dime.

—¿No es ya cerca de la medianoche?

—Falta bastante, según mis cálculos.

—¿No has pensado en una cosa?

—¿En qué?

—¿Qué día es hoy?

—¡Qué sé yo! Cinco o seis.

—Digo de la semana.

—Viernes.

Sonreí.

—Ya sé en lo que estás pensando: que el viernes es el día de las almas del otro mundo, ¿verdad?

—Sí.

—Pero, Adán, eso es una tontería. Igual podría ser un miércoles o un jueves o un lunes. Fue la gente la que inventó eso de que el viernes es un día de almas en pena. Puras tonterías. No tengas miedo, que no existen almas del otro mundo.

—¡No existen porque tú no quieres!



Me sujeté en la horquilla con las dos manos.

—¿Has oído eso, Adán?

—Sí y estoy temblando en todo el cuerpo.

—¿No reconoces mi voz?

Sentí alivio. Casi me había asustado, la verdad. Era la Vocecita.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a traerte inspiraciones. ¿No quieres?

—Depende de lo que sea.

La Vocecita me habló totalmente al oído, para colmar mi cabeza de incitaciones.

—¿Por qué no te conviertes en un alma del otro mundo?

—¿Yo?

Adán dio un salto ahí dentro.

—Tápate los oídos, Zezé, no escuches.

Sin embargo, resultaba interesantísimo.

—¿Cómo puedo convertirme en un alma del otro mundo?

—Pero bueno, Zezé, tú que eres siempre tan sagaz...

—Sí, pero en el cine vi que a quien se convierte en lobo después le resulta difícil volver atrás. Tiene que desaparecer la luna llena.

—Pero tú no tienes que convertirte en cosa alguna. Basta con que imites.

Empezaba a comprender y a gustarme la propuesta.

—¿No es hoy viernes? ¿No tiene el pueblo un miedo cerval ese día?

—Creo que todo el mundo debe de tenerlo.

—Pues bien, tú das un alarido, unos gemidos que estremezcan el corazón y todo el mundo estará seguro de que hay aquí un alma del otro mundo.

—Pero ¡eso es una maravilla!

—Pues, ¿a qué estás esperando?

—Es que nunca he imitado...

—Prueba.

En aquel momento, Adán ya se había resignado. Ya no me aconsejaba nada más. Me puse de pie en la rama, me apoyé bien con la mano derecha y me llevé la izquierda a la boca. Solté un ¡ay!, entrecortado, que resonó en el bosque y fue a perderse en la lejanía.

—¿Qué tal?

—Para ser el primero, regular, pero debes poner más emoción, más dolor: como si estuvieran aserrándote por el medio.

—¿Como si estuviese aserrándome un cazón?

—Más o menos.

—Entonces ya sé.

Lancé el gemido más doloroso del mundo, un gemido mezclado con sollozos. Hacía pausitas y volvía a empezar.

—Ese ha estado bien. Necesitas hacerlo dos veces más. Las almas del otro mundo

no se quedan gimiendo toda la noche.

Obedecí. Estaba un poco cansado y me senté de nuevo en la rama.

—Ahora escucha.

Agucé los oídos. Un perro se había puesto a ladrar y había despertado a una infinidad de ellos.

—¿Has visto como hace efecto?

Siguieron ladrando unos minutos y al cabo de poco fueron calmándose.

—Ahora hazlo una sola vez más y por hoy basta.

Interrumpí la soledad de la noche con el gemido más torturado del mundo. La jauría ladró de nuevo y esa vez más excitada.

—Cuando callen, debes irte. Ya lo ha oído mucha gente.

—¿Cuándo debo repetir todo eso?

—De tres en tres días y después solo los viernes. Resulta más real.

La Vocecita bostezó.

—Tengo sueño, me voy a dormir. ¡Buenas noches!

Miré en derredor y la noche había vuelto a la calma anterior. Allí arriba, millares de estrellas hacían la expedición de la noche.

—Vamos de vuelta, Adán. Ya has visto qué formidable. Es el juego más maravilloso que he hecho. Voy a dormir como un ángel.



No hizo falta que esperara quince días y comenzó el asunto. Por todas partes se comentaba.

—Hay un alma gimiendo en el bosque de Manuel Machado.

—Ya lo he oído. Me horrorizó y recé tres avemarías por las almas de los ahorcados. ¡Santa Cruz y Dios Santo!

Cada uno de los comentarios aumentaba más mi orgullo y mi deseo de volver al bosque a cumplir con mi misión.

El rumor fue tal, que llegó hasta nuestra misma mesa de café.

—Isaura me lo ha contado. Las lavanderas se están muriendo de miedo. Hay un alma gimiendo en el bosque de Manuel Machado, un gemido tan triste que parte el corazón.

—Eso es una invención del pueblo. El pobre pueblo tiene la manía de que ve cosas.

Isaura, que servía el café en silencio, rompió su mutismo.

—Es verdad, doctor. Laurinda, que vive cerca, dice que hay noches en que casi se muere de angustia. Solo se sosiegan cuando pasa la medianoche y alguien enciende una vela.

Mi padre dejó de leer *A República* y se interesó más por nuestra conversación.

—Es el momento de encargar una misa por las almas del Purgatorio.

Se puso de nuevo las gafas y volvió a su periódico.

Aquella conversación me encantaba. Yo representaba tan bien el papel de alma del otro mundo, que todo el mundo empezaba a hablar de ello. Solo, que yo ponía cara de tonto, como si también me diera miedo.

Una tarde, Fayolle vino a buscarme en el recreo. Me dio una golosina y me abordó sin rodeos.

—Chuch, ¿has oído hablar del alma en pena del bosque de Manuel Machado?

Tragué saliva antes de responder, con la mayor calma del mundo:

—La criada de mi casa ha hablado de eso.

—¿Tú lo crees? ¿Que esa alma vino del Purgatorio para asustar a la gente pobre?

—Sí que lo creo. Incluso voy a rezar por ellas.

—Pues yo no lo creo.

Desvié la conversación:

—Pero ¿no enseña el catecismo que las personas tienen cuerpo y alma?

—Eso es otra cosa.

Se quedó mirándome a los ojos y yo haciendo un esfuerzo tremendo para no traicionarme.

—Yo tengo la impresión de que tú sabes algo más de ese asunto. No sé, no sé. Esas apariciones han surgido de un tiempo a esta parte. Justo después de que vosotros os mudarais a aquella zona.

—¿Piensas que yo tengo algo que ver con eso, Fayolle?

—¡Quién sabe! Es algo muy de tu estilo. A saber si no estarás colaborando con un grupo de niños traviesos.

Con la mayor calma y fingiendo también la mayor inocencia respondí:

—Pero ¡si yo me muero de miedo de las almas en pena! No quiero ni pensar en algo así.

Se convenciera o no, el caso es que me exculpó y volví bastante preocupado al recreo. ¡Caray con el Fayolle ese! Había dado en el blanco. No me gustaba mentirle, pero tampoco podía romper mi pacto de sangre con Tarzán.

Lo que no esperaba eran las dimensiones que estaba adquiriendo aquello. La noticia había invadido el barrio de las Rocas y se comentaba incluso en los puestos de la feria del Alecrim. Empecé a atemorizarme.

Los comentarios volvieron a la mesa de café.

—Están pensando incluso en traer el viernes a monseñor Ladim para que bendiga el bosque.

—Están pensando en hacer una procesión de velas por la noche en pleno viernes.

—Dicen que es el alma de un ahorcado, un viejo ciego que se ahorcó en una rama baja de un árbol leopardo.

Yo seguía sin decir nada. Si lo descubriesen en casa, hasta me meterían en el hospicio, del que mi padre era director.

Adán me regañaba.

—¿Ves la que has armado?

—En todo caso ha sido bueno para las almas. Hay mucha gente rezando por ellas.

—¿Vas a parar?

—Iré hoy y haré una pausa. Cuando lo hayan olvidado totalmente, volveré.

—Pero ¿para qué, Zezé?

—No lo sé, pero de todo lo que he hecho hasta hoy es la cosa que más me ha gustado. Te sientes como si fueras el dueño del mundo.



—Ya voy.

—Por amor de Dios, Zezé, desiste de eso.

—Solo hoy, Adán. Después lo dejaré durante un tiempo.

—Debes tener muchísimo cuidado. Puede haber gente esperando y armada con pistola o fusil.

—¡Qué va! La gente de por allí solo usa el cuchillo de cortar pescado.

Hicimos todo y, como todo lo que se hace por última vez, salió más perfecto. Gemí y sollocé como para partir el corazón: pausadamente, como me había aconsejado la dichosa Vocecita, que estaba allí.

La noche oscura ocultaba mi cara al volver por los muros. Faltaba poco para llegar al patio de mi casa. Di un salto y caí junto a la mina de Mano de Hierro.

Lo que vi me dio un gran vuelco al corazón y el sudor frío me empapó en cuestión de segundos todo el cuerpo. El susto fue tan grande, que casi me hice pipí en el taparrabos.

Un bulto agachado y embozado con una sábana se irguió delante de mí. Me apoyé en el muro para no caerme.

—¡Grandísimo diablo! ¿Qué estás haciendo?

Era Dadada. Mi pecho se calmó, pero casi no podía hablar.

—¡Huy, Dadada! He creído que eras un alma del otro mundo.

Ella estaba furiosa.

—Entonces eras tú, cacho desgraciado. No andaba yo descaminada al sospecharlo. Eras tú el alma que gemía en el bosque de Manuel Machado.

Empecé a temblar como una ramita verde. Poco faltó para que rompiera a llorar.

—Por favor, Dadada, no se lo cuentes a nadie.

—Debería llevarte tirándote de una oreja y despertar a toda la casa. ¡Qué escándalo!

—No hagas eso, Dadada. Te prometo que no lo haré más. Si lo haces, acabaré en el hospicio o en la cárcel.

—Y sería el menor castigo que merecerías.

—Si me guardas el secreto, te juro que nunca más lo haré.

—No debería hacerlo, pero, escúchame bien: si vuelve a suceder, si alguien oye

hablar de un alma en el bosque de Manuel Machado, voy corriendo a contarlo todo.

—No volveré allí jamás.

—¿Lo juras?

—Por lo que tú quieras.

Pensó un poco y comprendió que de nada serviría que jurara por mi padre o por algún otro de la casa.

—Jura por el hermano Feliciano que no volverás a hacerlo.

—LO JURO POR EL HERMANO FELICIANO.

Se calmó y le entró el miedo en el alma.

—¿Te imaginas que alguien te hubiera dado un tiro? ¿Que los tipos de por allí hubiesen montado una ronda y te hubieran rajado?

Entonces se echó a reír. Se reía como una loca, al descubrir que yo iba con el culo al aire. Se reía tanto, que sacudía el muro.

—Basta, Dadada, que pueden oírte.

Sin dejar de reír, me apuntó con el dedo.

—Vete a dormir, loco de remate, cabeza de chorlito, pero no olvides una cosa: si vuelves allí, ya sabes.

Salí corriendo para mi cuarto. Aún tenía el cuerpo empapado de sudor. Tenía que acostarme y rezar mucho, comenzar un nuevo rosario por las pobres almas del Purgatorio y, si por ventura se me aparecía de nuevo aquella Vocecita, le partiría la cara.

Y desde aquella noche en adelante no se volvió a oír hablar del alma del bosque de Manuel Machado.

### 3. Mi corazón se llamaba Adán

Aquella noche, algo muy extraño y muy triste me tenía abatido. Después de cenar, me puse a oír en la radio *La hora del Brasil*, a la que era muy aficionada mi familia. A pesar del execrable aviso a navegantes, en el que no había informaciones para ellos, aquel programa era muy apreciado, sobre todo las noticias procedentes de Río de Janeiro.

Me paseé por la terraza. Miré las estrellas del cielo, muy negro; no sentía deseos de dar una vuelta hasta el fin de la balaustrada ni tampoco contemplar algún barco todo iluminado, que esperara a la marea alta para entrar en el río Potengi. Solté un largo bostezo y me estiré con ganas. Todo indicaba que en una ocasión como aquella el mejor refugio sería la cama.

En cinco minutos, me lavé los dientes y me puse el pijama. Hacía un poco de calor. Empujé la ventana y la dejé medio abierta para sentir un vientecillo encajonado que venía de lejos, de por la parte del mar.

El comienzo del sueño se manifestó tan fuerte, que renuncié incluso a rezar: mejor apagar la luz antes de que se apoderara del todo de mí. Con un esfuerzo ingente, obedecí a mi voluntad: de nuevo la cama blanda y agradable.

El pensamiento agonizaba lentamente: pequeñas cosas, pequeños retazos de recuerdos.

Lejos, muy lejos, una mínima nostalgia de Maurice. Últimamente, había desaparecido un poco. Seguramente había descubierto que el tiempo pasaba y yo iba adquiriendo mayor confianza en mí mismo. Y también porque el pobre recibía contratos y más contratos, películas y más películas. Le quedaba tan poco tiempo para su vida particular, que no tenía yo seguridad alguna sobre cuándo volvería de nuevo. ¡Ah! Maurice era una persona realmente maravillosa. Maravillosas eran también las clases de literatura del hermano Ambrósio. Nos enseñaba y nos incitaba a hacer composiciones literarias, con aquel tic nervioso suyo de apretar los ojos cuando apreciaba un trabajo nuestro...

Bostecé más fuerte. El sueño no me dejaba perspectiva alguna para ser Tarzán aquella noche. Los muros dormirían en paz; los caobos, mi mundo de diversiones, se perdían en la distancia, allí, en el comienzo del infinito.

No podía asegurar que hubiera dormido mucho, pero la luz del cuarto despertó mis ojos. Me los restregué refunfuñando.

—¡Diablos! Estaba seguro de haber apagado la luz antes de acostarme.

Una Vocecita apareció debajo de la cama.

—Y yo estoy seguro de que acabo de encenderla.

Me volví hacia el extremo de la cama y busqué para ver de dónde procedía aquella voz. Recordaba un poco a la de Adán, pero en los últimos años había adquirido un tono más grave, más calmo y sobre todo velado.

Le pregunté a él.

—Adán, ¿has oído esa voz?

Y el pecho siguió mudo. No hubo respuesta del corazón. Me embargó la inquietud.

—¡Adán! ¡Adán! ¿Me oyes? ¿Estás ahí?

—Ahí, no. Me encuentro exactamente debajo de tu cama.

Desperté del todo. Una extraña sorpresa me embargaba.

—¿Por qué no estás en mi corazón? ¿Qué haces debajo de mi cama?

—Mira. Compruébalo tú mismo.

Estiré el cuerpo e incliné la cara hacia allí. Mi sapo cururú estaba empujando una maletita con un esfuerzo enorme para sacarla fuera de la cama.

—¿Quieres que te ayude?

—No es necesario. Puedo hacerlo yo solo.

Hacía tiempo que no sentía tanto asombro. Decidí observar un poco antes de hacer nuevas preguntas.

Adán sopló el polvo de la maletita y probó la cerradura, bastante oxidada, hasta que con un pequeño chasquido consiguió hacerla funcionar.

Todo estaba en orden en su interior. Al contrario que los cajones de mi armario, donde los calzoncillos se mezclaban con los calcetines y otras cosas.

Adán cogió un sombrero de alas cortas y se lo puso en la cabeza. Me miró sonriente.

—¿Me queda bien?

—Extraordinariamente bien.

Se encogió de hombros con cierta indiferencia.

—No soy un Maurice Chevalier precisamente, pero tengo derecho a usar mis sombreros.

Mi asombro aumentó. ¿Tendría Adán, después de tanto tiempo, pena o celos de Maurice? No podía ser. Siempre había manifestado una simpatía inmensa por Maurice. Lo admiraba y lo elogiaba. Entonces, ¿por qué aquella pregunta y aquella observación, bastante sarcástica?

Se quitó el sombrero y lo dejó junto a la maleta.

—No me gusta usar sombrero dentro de casa. Da mala suerte.

De inmediato desenrolló una bufanda y se la colocó con cuidado en el cuello.

—Puede que haga frío ahí. No quiero irritarme la garganta.

—Pero ¿dónde es «ahí», Adán?

—En breve te lo explicaré.

—Será mejor. Hay muchas cosas que deberías explicarme. Por ejemplo, ¿qué haces fuera de mi corazón?

—¿Es que no puedo?

—Poder, puedes; si no, no estarías ahí. ¿Qué estás preparándome, Adán?

—Poca cosa o, mejor dicho, algo de poca monta e importancia.

—¿Poca importancia? Pero si no me has pedido permiso para salir de mi corazón.

—¿Qué diferencia hay?

—Sí que la hay. Cuando viniste a vivir conmigo, hasta me adulaste para entrar en él.

—De eso ya hace tiempo. Todo ha cambiado.

—No sé en qué. Conmigo nada ha cambiado.

—Puede ser que eso me haya ocurrido a mí.

—Aunque así fuera, no tenías por qué hablarme así, de ese modo tan duro, tan áspero. Al fin y al cabo, siempre fuimos muy amigos.

—Y seguimos siéndolo.

Adopté una actitud bastante violenta. Lo atraje cerca de la cama, lo cogí con cuidado y lo senté en ella.

—Ahora vas a contarme lo que realmente sucede.

Bajó sus azulísimos ojos para no enfrentarse con los míos. Tragó su emoción con un esfuerzo tremendo, como si prefiriera morir a hablar.

—Vamos, dime.

La lagrimitas se deslizaron por su cara.

Y en mi interior empezó a agitarse aquella debilidad de bobo, aquella incapacidad para ver llorar a alguien sin sentirme afectado. Puse otro tono de voz.

—A ver, ¿qué ocurre, Adán? No debe haber nada malo entre nosotros. Cuéntame lo que te aflige. Al fin y al cabo, soy tu amigo número uno.

Levantó los ojos húmedos.

—Zezé, me voy.

—Tú estás loco. ¿Cómo vas a irte así, sin más ni más?

—Muchas veces te avisé de que un día tendría que irme.

Empecé a ser presa de la desesperación.

—Pero ¿por qué no me avisaste de que ibas a salir de mi corazón?

—Iba a ser difícil. ¿Crees que no me ha costado? Por eso te hice dormir profundamente para retirarme despacito.

—¿Y pretendías marcharte sin despedirte de mí?

—Casi. Por lo menos que me vieras así, ya decidido.

Me embargó una dulzura inmensa.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué todo esto, Adán?

—Es el tiempo, o nosotros mismos, porque el tiempo no existe, somos nosotros los que pasamos y, como pasamos, ha llegado la hora de partir. Mi misión está cumplida.

—¿Habré fallado en algo? Puedo intentar disculparme...

Él sonrió con tristeza.

—¡Vamos, Zezé! ¿Por qué todo esto? Ha llegado la hora. Debo partir. Tú ya no me necesitas. Te has vuelto un niño decidido y sin miedo. Has aprendido a defenderte: todo exactamente como yo deseaba, querido.

—¿No será por los temores que te he causado últimamente?



—En parte sí, pero carece de importancia. ¡Mírame bien! Acércate más a mí. ¿Distingues las arrugas que han aumentado en torno a mis ojos azules? Mira cómo se me han blanqueado las cejas. También se me han gastado los ojos. De ahora en adelante voy a necesitar gafas: en la nueva vida que me propongo llevar.

Sentí un intenso remordimiento. ¡Pobrecito Adán! El miedo que le había causado con la historia del cazón, con mis excursiones por el bosque de Manuel Machado. Le hablé de eso.

Se rio sin querer acusarme.

—Confieso que sentí mucho miedo a veces, pero, para mis adentros, me alegraba, porque estabas volviéndote un niño decidido y valeroso.

Lanzó un largo suspiro.

—Fue una época bellísima de mi vida. He sido feliz al poder ser útil a alguien y construir algo. Si sientes que he hecho algo para tu futuro, me henchirá de satisfacción.

—Has sido casi todo en mi vida, Adán. Si no existierais Fayolle, Maurice y tú...

—Y Tarzán.

—Sí y Tarzán... ¿Cómo habrían sido mis días pasados?

Guardó silencio.

—Mira, Adán. Me está sucediendo algo muy extraño. Incluso Maurice se va alejando poco a poco de mí. Sus visitas han empezado a escasear. Ya había hablado de que un día se alejaría de mí. ¿Y por qué tiene que ser así todo eso?

—Es sencillo, Zezé. Estás creciendo y entrando poco a poco en la realidad de los hechos.

Guardamos silencio, pero yo no me conformaba. ¿Cómo iba a poder sentir mi pecho vacío de Adán? ¿Cómo iba a poder vivir sin conversar con él? ¿Cómo iba a poder hablar solo conmigo, si me había acostumbrado a vivir con sus consejos, sus reproches y sus aplausos?

—¿De verdad te vas, Adán?

—No hay otra opción. Cuando un sapo cururú tiene el destino de entrar en un pecho amigo, solo lo hace una vez. Aunque decidiera volver a tu corazón, ya no tendría magia hacerlo. No es un deseo mío que se haga realidad, sino órdenes que vienen de lejos y que nos lo prohíben.

Soltó una tosecita de sapo emocionado y prosiguió:

—He pensado mucho, Zezé. Dondequiera que esté, lejos o cerca, nunca te olvidaré en mi nostalgia.

Solté un «¡yo tampoco!» desalentado. Me apoyé en la pared, devorado por una pequeña depresión. ¡A saber si no podría haber otro milagro y Adán se reconciliaría conmigo volviendo al interior de mi pecho!

—¿Y nuestros sueños?

—Estarán separados de ahora en adelante. Tus sueños serán solo tuyos y yo empezaré también a tener los míos solo.

Adán se me acercó más y me cogió la mano. El contacto de su palma era frío como un sudor de muerte. Sentí que el momento se volvía tan doloroso para él como para mí.

—Zezé amigo, Zezé querido, escucha, por favor, lo que voy a decirte.

Casi me imploraba.

—No tengo reproches sobre ninguno de los momentos en que he vivido a la sombra de tu corazón. Tanto en los buenos momentos como en los malos, que en realidad fueron muy pocos y fáciles de olvidar. ¿Entiendes? Pues bien, ya ha llegado la hora de realizarme como sapo exclusivamente; antes de que mi cuerpo se vuelva torpe y más gordo y mis ojos se vuelvan menos lúcidos y más opacos, quiero ver la belleza de la vida, vivir a la orilla de un río bonito, oír las historias de las aguas que corren, tener un sitio entre los follajes de la ribera para dormir, siestear, cazar mis mosquitos, huir del estruendo de las ciudades y oír el canto de la calma de Dios, mojar mi cuerpo con las suaves gotas de la lluvia y calentar al sol mis pequeños dolores y reuma, ver la luz del sol entrar en el agua y dorar los cantos rodados y los peces ensombrecidos, oír por la noche el silbar de la brisa que trae la música de la noche a mis oídos, escuchar el canto de los grillos aserrando las hojas de las trepadoras silvestres, acostarme en las noches de luna llena en su disco de plata en medio del río y cantar mis humildes canciones de sapo y, cuando el cielo esté muy negro, clavar mis viejos ojos en el brillante collar de las estrellas. Todo tan limpio y calmo, ¿no te parece, Zezé?

Yo no podía responder. Los ojos se me llenaban de lágrimas.

—Comprendo, Adán: un mundo mucho más bello que el interior de un corazón de niño.

—No, Zezé. No se trata de eso. No debemos culpar al destino de las cosas y los seres. Voy a echarte mucho de menos y tendré que sustituirte por la belleza de la vida, porque precisamente la belleza va a intentar colmar una laguna: una cosa sencilla llamada ternura, la ternura de tu corazón de niño. Eso nadie lo encuentra ni en la belleza de las estrellas ni en el brillo de la luz. Toda esa belleza va a mitigar poco a poco y calmar en la nostalgia de mi alma la falta que sentiré de tu ternura.

Lancé un suspiro casi eterno y murmuré:

—Acabas de demostrar una cosa: los seres animales son mucho mejores que los seres humanos.

Adán rompió el hielo de desaliento que me abrumaba.

—Además, Zezé, durante todos estos años que he vivido en tu pecho, nunca has demostrado ser un niño egoísta. Una de tus características siempre ha sido la generosidad y, pensándolo bien, he sido yo quien más ha abusado de tu bondad. He vivido dentro de ti sin pagar alquiler alguno. Has cargado conmigo siempre sin quejarte nunca de cansancio ni peso, ¿verdad?

—Tú nunca has pesado nada, Adán. Tampoco me habría importado que pesaras treinta kilos, con tal que volvieras a mí.

—Ahora es imposible. Por eso he vacilado muchas veces sobre si debería salir sin que me vieses. Tal vez tú lo habrías preferido incluso así, ¿no?

—No, nunca. Habría pensado que eras un ingrato o que me odiabas hasta el punto de partir sin decirme adiós.

—Gracias, querido, pero no pongas cara de llorar ni sueltes lágrimas en ese instante. Tengo que cumplir con la realidad de la vida de un sapo. Todo fue muy bonito mientras pude estar contigo, superior a mis sueños. No todos los sapos cururú tienen esa oportunidad de madurar en un corazón de niño, de vivir entre los sueños de la infancia.

—Puedes estar tranquilo. No voy a llorar. Tú, al marcharte, vas a dejar un agujero mayor en mi corazón y desde ahí voy a desearte todo lo más bonito para tu vida.

—Así, sí, Zezé. Yo sabía que podía contar con tu comprensión.

Se rio y saltó de nuevo al suelo. Mi corazón dio un vuelco de miedo y frío. Entonces se pondría las gafas, la bufanda y su encantador sombrerito.

Pero aún no se había decidido a hacerlo. Intentaba hablarme y sonreír.

—Me estoy volviendo un sapo muy viejo, ¿verdad?

—Nunca, Adán. Has sido el sapo de ojos azules más bonito que ha existido. Nunca habrá nadie como tú.

—Gracias, pero no me hago ilusiones. Estoy viejecillo. Ya no pienso en agenciarme un sapito cururú hembra de largas trenzas rubias y toquilla de encaje en la cabeza. Ese tiempo ya ha pasado o, mejor dicho, yo ya he pasado, porque el tiempo está detenido. Un día lo comprenderás. Cuando sepas que he encontrado mi río y estoy viviendo tranquilo... sé que tú te alegrarás, Zezé.

—¿Por qué no vas a la laguna de Bonfim? Es una inmensidad de agua y tan profunda, que su azul es casi rojo. Si yo fuera sapo, iría allí.

—Debo ir a un lugar que tú no conozcas, un lugar en el que nunca podrás encontrarme, un lugar hallado solo por tu nostalgia o la mía. Mira, Zezé, yo también he explorado mucho. Incluso pensé en la laguna de Bonfim. Ahora bien, está siempre muy llena de visitas y jiras campestres. Tengo miedo de que los niños me encuentren y se burlen de mí, que me tiren piedras o me golpeen con palos.

—¿Por qué habrían de hacer eso? Yo nunca te maltraté con piedras y palos.

—Tú eres tú y, si tu corazón no fuera bueno, nunca me habrían enviado hasta ti. Ahora me voy. Si quieres cerrar los ojos, no me importará.

No obedecí su deseo. Prefería verlo todo hasta el final.

Adán se aproximó a la maletita. Se colocó las gafas, la bufanda y el sombrerito encantador, como yo había imaginado. Dobló la espalda con esfuerzo para cerrar la maletita. La cerradura estaba bastante herrumbrosa y crujió.

Se fue dando saltitos, haciendo ruido solo en mi tristeza, en mi corazón, que ahora empezaba a sentir más el vacío inútil.

Se detuvo junto a la puerta y se volvió.

—¿Dejo la puerta entornada?

Dije que sí con la cabeza, porque la voz había desaparecido.

—¿Apago la luz?

—Puedes dejarla encendida.

Alzó su manita enguantada y el relojito brilló a la luz.

—Adiós, Zezé querido.

Y desapareció en la oscuridad del pasillo.

Entonces me di cuenta: tenía el cuerpo empapado de sudor y era presa de un malestar total. Todo había sido simplemente una pesadilla cruel, pero mis ojos se extrañaron al ver la luz encendida. Estaba seguro de haberla apagado al acostarme.

—¡Adán!

No hubo respuesta. Insistí.

—Adán, ¿me oyes?

En mi pecho había un silencio calmo y mudo.

Me incliné, angustiado, para mirar bajo la cama. Solo había ausencia en el lugar de su maletita y un rastro de polvo blanco.

Salté a la puerta entornada. Dios mío, podía asegurar que la había dejado cerrada antes de acostarme. Entonces sí que se había ido: en busca de su río y su paz.

Volví, desanimado, a la cama y me quedé con las manos colgando entre las piernas.

Apareció una voz amiga. La puerta se abrió de par en par y ahí estaba Maurice sonriéndome.

—¿No me esperabas, *Monpti*?

Quería sonreír y la sonrisa forzada apareció entre mis lágrimas. Apenas sentí la cara de Maurice pegada a la mía y que su pañuelo muy blanco de cambray aleteante me enjugaba el llanto.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha ocurrido?

Me abracé sollozando a su pecho.

—Maurice, ha habido una desgracia. Adán se ha marchado.

—Cálmate, cálmate y cuéntamelo todo exactamente.

Me tragué la emoción y le conté todos los detalles.

—Es triste, *Monpti*, pero yo estoy aquí. Maurice está aún junto a ti.

Imploré desesperadamente.

—Tú no habrás venido a despedirte también, ¿verdad? Por favor, Maurice.

—No, yo aún me quedaré bastante tiempo. Solo me marcharé cuando tú hayas descubierto el amor: el amor, que es lo más hermoso que existe en la vida. Eso va a tardar aún algún tiempo, querido mío.

Estábamos mirándonos.

No me resignaba a la marcha de Adán.

—Maurice, se ha marchado de mi corazón.

Maurice sonrió.

—¿O has sido tú quien se ha marchado de su corazón? Resoplé y comenté

desanimado:

—Me parece que han sido las dos cosas.

## 4. Amor

Rondaba por la cocina y Dadada me lo reprochó.  
—¿Es que no sabes que la cocina no es un lugar para un hombre?  
—Solo quería saber unas cosillas, Dadada.

Me señaló la dirección de la puerta.

—A la calle ahora mismo. No quiero más complicaciones en mi vida. ¿Ya te has olvidado de la historia de la gatita?

—No hay nadie en casa y tú sabes mucho de todo.

Dadada se sentó en el taburete y se echó a reír. Me miraba de pies a cabeza como si estudiara mi persona.

—Jolines, Dadada, pensé que eras amiga mía.

Dejó de estudiarme.

—¿Qué edad tienes ahora?

—Casi quince años. Este año terminé el bachillerato y me voy a Río.

Dadada silbó.

—¡Cómo ha pasado el condenado tiempo! Te estás haciendo un hombre de verdad. Parece que fue ayer: un muchacho flaco y medroso. Ahora ya llevas pantalón largo. Dentro de poco te vemos con bigote y barba.

—Y me caso.

—Ya estás tú. Ni siquiera te ha desaparecido esa voz de gallito enano y ya estás diciendo tonterías.

—¿Cómo ha aparecido esa jovencita?

—Me parece mejor que me dejes, que estoy muy ocupada.

—Es guapa, ¿verdad, Dadada?

—No me he fijado bien.

—¿No te has fijado y has estado hablando con ella un rato largo ahí, junto al muro?

—Pues el muro no me ha dejado ver bien.

—Dolores. ¿No se llama Dolores?

—¿Cómo lo sabes?

—No soy sordo y he oído a su madre llamarla: ¡Dolores! Es guapa.

—No tanto.

—Ya lo creo: guapa, muy clara, ojos castaños muy claros, una cara que parece una rosa, una diosa, divina, la mujer más hermosa del mundo.

—Basta de exagerar. Es una chica mona, nada más.

—Tú no entiendes de eso. ¿Cómo es que ha aparecido? Yo no la había visto nunca.

—Es que no podías verla. Es la hija única de esa familia que no quiere relaciones con nadie.

—¿Y dónde ha estado escondida todo este tiempo?

—Acabando los estudios, interna en un colegio de Río. Ha llegado por las vacaciones. Ya hablamos de eso una vez.

—¿Sabes si va a quedarse mucho tiempo?

—Parece que algunos días más: el padre de ella trabaja en el Banco del Brasil y ya ha pedido el traslado a Fortaleza.

Sentí una punzada dolorosa en el corazón.

—¡Vaya, qué injusticia de la vida! ¡Precisamente ahora que estoy locamente enamorado!

—¡Cómo que enamorado, niño! ¿Acaso sabes tú lo que es eso? ¿Qué estás diciendo? Ni siquiera has hablado con ella. Ni siquiera sabes si le gustas...

—No le gusto, pero va a amarme. ¡Ya lo creo que sí! Huiremos a la selva y antes nos casaremos en la misión de fray Damião, en Currais Novos.

—Para de decir tonterías y desaparece. Como la «Piraña» oiga esta conversación, se va derecha a encizañar a tu madre y acabas interno de nuevo en los Maristas. Ahora desaparece. Déjame en paz. Tengo mucha ropa que planchar.

—¿Por qué no planchas la ropa en el garaje? Allí tienes más espacio y sopla más viento.

Dadada me miró asombrada.

—¿Por qué este interés de última hora?

—Lo digo por tu bien, Dadada, y, además, cuando estés planchando la ropa en el garaje, podrás ver si viene mi madre y avisarme.

—¿Qué diablos estás tramando?

—Es sencillo. Cuando yo esté «cortejando» a mi divina Dolores, será en el rincón del muro. Desde la ventana puedes avisarme.

Dadada cogió la escoba y me amenazó.

—Lárgate de aquí ya; si no, el palo que vas a recibir va a ser menudo.

Solté una carcajada, porque sabía que Dadada nunca haría nada contra mí. Sin embargo, una vez satisfecha una parte de mi curiosidad, escapé de la cocina.



Era la cosa más absurda del mundo, pero mi corazón daba saltos de seiscientos metros de amor. Quería mirar bien dentro de sus ojos y me faltaba el valor. Me ponía colorado como la cara del padre Calasans. Cuando cruzábamos las miradas, las bajábamos deprisa hacia el muro, completamente avergonzados. Quería demostrar todo mi afecto y lo que salía era eso.

—¿Te gusta la playa?

—Sí, pero mi papá no me deja ir. El sol de aquí es muy fuerte y yo soy muy blanca.

Yo miraba con disimulo sus manos, delicadas y bien formadas. ¡Ah! Si pudiera llevármelas a los labios y...

—¿Tocas el piano?

—No tengo ni he tenido nunca talento para la música. Siempre he sido negada para ella.

—Pues yo, no. Estudié un montón de años.

¡Qué lástima no saber actuar como Maurice en sus películas! Es decir, mirar a la niña, sonreír y...

—Te he visto patinando en la acera de la balaustrada. Lo haces muy bien.

—En el colegio podíamos patinar en los recreos. Es solo cuestión de práctica.

Guardamos silencio y yo tenía el oído atento a la ventana del garaje, donde Dadada planchaba la ropa. Si empezaba a cantar una copla, yo tenía que dejar de cortejar y desaparecer. Nada llegaba por aquel lado; todo era paz y armonía.

Miraba como quien no quiere la cosa sus cabellos ensortijados y tan rubios, casi blancos incluso: divina. Seguro que Maurice ya habría metido los dedos entre ellos y los habría acariciado. Cuando apareciera Maurice, tendría que enseñarme un montón de cosas. Seguro que me diría: «Esas cosas no se enseñan. Se aprenden solas». O, si no: «*Monpti*, no creas lo que me has visto hacer. Eso es cosa de cine».

—¿Te gusta Tarzán? Mi apodo en el colegio es Tarzán.

—Ni me gusta ni me disgusta. No creo tener mucha vocación de Jane. Mi tipo de verdad es Clark Gable. ¿Te gusta a ti?

—Mucho: un buen artista.

Aquello me desanimaba. Al fin y al cabo, Clark Gable era moreno, un monstruo de fuerza, y yo un chaval, poco desarrollado aún, que se esforzaba por fortalecer el pecho de tanto nadar y hacer ejercicio en doña Celeste con la bomba de inflar cámaras de neumáticos. Lo que más me dolía era que mi pelo fuese también rubio, porque ella no debía de apreciarlo, en vista de que el de Clark era negro y liso y le colgaba siempre sobre la frente. Decidí vengarme. Busqué una artista muy morena y de pelo muy negro.

—Yo adoro a Kay Francis.

—¡Qué horror! Una vieja así. Un caballote de palo, una mujerona, aunque de cara no está mal y también es elegante, pero muy vieja, muy vieja.

Desviamos la conversación, que estaba volviéndose desagradable.

Dolores se sentó del todo en el muro y estiró las piernas. Sus medias eran muy blancas y sus zapatos de charol brillaban exageradamente. Debían de ser los zapatos del uniforme del colegio. Me imaginé que en traje de baño Dolores debía de tener un cuerpo muy bonito. Su cintura era fina y delgada: preciosa, divina, una diosa. Con su indiferencia, parecía desconocer todo el amor que me consumía.

—Dentro de poco tengo que marcharme, antes de que Mamá sospeche algo.

¡Uf! Mi corazón ya sentía la partida, la ausencia, el enfrentamiento de mis anhelos amorosos. ¡Oh, vida cruel!

—¿Ya?

—Es necesario.



Nos despedimos. Las manos se rozaron apenas con un tenue adiós. Dolores bajó de nuevo al jardín. Ni siquiera se volvió para despedirse. Mis ojos la acompañaron y hasta la punta de mi corazón le ofrecía una seña. Es increíble lo mucho que se parecen todas las mujeres.



Justo después de cenar, después también de *La hora del Brasil*, después de que la santa calma reinara en la familia, nos dirigíamos a la terraza de delante. Cada cual tomaba su rosario y en la penumbra de la gran terraza acristalada, mirando al mar perdido en la negrura de la noche, rezábamos en comunidad, sin que aquel momento se volviera desagradable. A veces un barco pasaba, todo iluminado, a lo lejos o se encaminaba hacia la entrada del puerto en el río Potengi.

Lo desagradable era la conversación antes de empezar a rezar. Siempre trataba de asuntos de la Iglesia, el tema de meditaciones.

Mi corazón estaba encendido de amor, porque, al bajar y subir la ladera, Dolores llenaba la noche de música, la de las ruedas de sus patines.

¡Qué hermosa, divina, elegante era! Parecía incluso el retrato de la bailarina Ana Pavlova como cisne agonizante en la revista llegada de Río.

Pero no pensaba así la piraña de mi hermana.

—Ahí está esa presumida exhibiéndose de nuevo: todas las noches lo mismo.

Mi padre la contradijo, ¡y cómo lo amé en aquel momento!

—Pero bueno, ¡si esa chica no está haciendo nada malo! Y, además, patina con mucha elegancia y, desde luego, no molesta a nadie.

El veneno agitó su alma de piraña.

—No, en realidad, no se está exhibiendo, en mi opinión, porque es un pato de piernas finas y cara de cucaracha pelada.

Grité para mis adentros:

«¡Burra vieja! ¡Anémica! ¡Miss Borrasca! ¡Sifilítica! ¡Peste de vela de iglesia agonizante! ¡Imagen descolorida de jabón Eucalol! ¡Bruja!».

¡Qué más habría querido ella que ser una belleza como Dolores! Envidia pura, con su físico de tabla de planchar puesta de pie.

Mi padre se sentó en su silla habitual. Mi madre y nosotros estábamos de pie mirando la noche allí fuera. Antes de que entrara en función el rosario, se abordó algún asunto religioso, pero mis ojos estaban en otro punto. Mi corazón patinaba con Dolores, que iba y venía con una danza vaporosa y sutil. ¡Oh! ¡Mi hermoso amor! ¡Diosa de mis sueños!

Y en seguida, en medio de mi arrobamiento, surgió aquella conversación sin que yo hubiera advertido cómo había empezado. Me despertó una pregunta imprevista.

—Y tú, ¿qué harías?

¡Diablos! ¿Qué haría de qué? ¿De qué estaban hablando?

—Del martirio de los cristianos.

¡Dios mío del Cielo! ¡Qué ocurrencia! ¿Qué tenía yo que ver con el martirio de los cristianos, ocurrido tanto tiempo atrás? Pero mi padre insistió:

—¿Darías la vida por la causa? ¿Aceptarías el martirio?

Me quedé un momento sin responder.

—Aquí todos aceptan la corona del martirio y se dejarían matar por amor a la religión. ¿Y tú? Di lo que harías.

—Yo... yo...

Vacilaba, pero no podía mentir.

—¿Qué? ¡A ver!

—Creo que me pasaría al otro bando.

Fue una decepción total. Un «hum» al unísono resonó por la terraza acristalada.

Nadie comentó nada más. Solo mi padre, resignado, tuvo un momento de dolor incontenible.

—Estamos creando una víbora. Vamos a rezar y pedir perdón a Dios por tanta herejía. Creo en Dios Padre...

Y Dolores seguía girando con su danza y nosotros con el rosario deslizándonos por entre los dedos. Cuando venía el tranvía que pasaba cada veinte minutos e iluminaba a la familia en la terraza, sonaba el aviso de la piraña.

—¡Que viene el tranvía!

Escondíamos el rosario bajando las manos para no hacer ostentación de aquel momento de recogimiento y paz. El tranvía volvía con su gemido reumático sobre los viejos raíles y nosotros suspendíamos el rosario. El tranvía desaparecía y Dolores volvía con sus zigzags por la acera. Cada uno de sus gestos era una belleza completa. Cucaracha pelada, cucaracha pelada: pura envidia. Ave María, llena eres de gracia. ¿Cómo iba a poder yo ser mártir? ¿Con quince años? Con ganas de nadar y vivir, de vivir y amar. Maurice me había prometido eso en el futuro y creía que el amor me salvaría para toda la vida. Solo un bobo, sintiendo un amor tan intenso por Dolores, iría a lanzarse de balde a las fauces de un león brillante o de un tigre con rayas. ¿Pensar yo con quince años en quedar crucificado y boca abajo? ¿Ofrecer mi pescuezo joven para que un esclavo lo flagelara y me decapitase?... Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Así no podía acabar. El asunto del martirio era para los mayores, los que habían vivido mucho y en otro tiempo, un tiempo en el que ser santo resultaba más fácil. Ahí venía el tranvía. Pasó el tranvía. En su lugar, Dolores seguía con sus maravillosas piruetas. Ni siquiera se podía llamarlas piruetas, porque lo único que hacía en realidad era subir y bajar por la acera de la ladera. ¡Hermosa! ¡Divina! Maurice, tienes que visitarme para enterarte de la novedad. Maurice, tu *Monpti* está enamorado, locamente enamorado: una pasión que va a durar siglos.

—Que vuelve el tranvía.

La terraza iluminada y nosotros suspendiendo las plegarias. ¿Qué dirían el conductor y el cobrador al ver a aquella gente con expresión hierática como estatuas

en una terraza?

Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores: los otros, porque no veo pecado alguno en que mi corazón de quince años estuviese enamorado de esa forma placentera y también dolorosa incluso. La noche es tan larga y no voy a vivir ninguna aventura de Tarzán hoy. Voy a dormir, a abrazar mi almohada como si estuviera con Dolores reclinada en mi pecho. ¡Qué lástima que no le guste mucho Tarzán ni la selva! Pero, con el tiempo, le gustaría. Iría acostumbrándose. Sería cuando yo estaría luchando con gorilas y cocodrilos o, mejor dicho, caimanes y panteras, porque en el Brasil no había especímenes de aquellos.

El rosario tocaba a su fin. Tal vez ya no pasara ningún tranvía más. ¿Una herejía querer vivir una vida que Dios nos concedió? Es que, si hubiera querido que yo muriese en las fauces de los tigres y los leones, habría dejado que el cazón me comiera entero en el río Potengi. Aquella idea seguía dándome pavor. Si cerraba los ojos, veía la plateada aleta pasar junto a mi cara. Y no quería nada de aquello. Lo que quería era ver a Dolores, esperar a que la noche pasara rápidamente, que saliese el sol, que pudiera pasar la mañana en la playa y que al atardecer ella volviese al muro con sus zapatos de charol y su ensortijado pelo rubio que, con cualquier ventolera, se agitaba como una cascada dorada. *Salve Regina*. Estábamos terminando y seguro que mi padre ni siquiera me daría la bendición aquella noche. Se iría a dormir acongojado: un ser de su casa con el corazón lleno de apostasía. Y yo, loco por vivir. Dolores se detuvo. Parecía haber calculado la duración del rosario. La criada llegó al portal y le dijo que su madre la llamaba. La noche de la acera murió sin el sonido de sus preciosos patines. ¡Oh, vida cruel! Amén. Voy a lavarme los dientes. Mi corazón deseaba tanto volver a ver a Maurice, quien cada vez distanciaba más sus visitas... Nunca lo habría apretado tanto entre mis brazos. Besaría su rostro como no lo había hecho en mucho tiempo. Oiría de sus labios aquella observación:

—¿Qué es esto, *Monpti*? ¿Has perdido la vergüenza de estar haciéndote un hombre? ¿Besándome tanto así?

Entonces yo miraría sus claros ojos y él contaría toda la verdad.

—¡Maurice! ¡Maurice! Tenías razón. El amor es la cosa más bella del mundo y estoy enamorado, locamente enamorado. ¿Sabes cómo se llama?

—Dime, *Monpti*.

—Simplemente Dolores.

## 5. Piraña del amor divino

— ¡Cuch!

Fayolle abrió los brazos para estrecharme en ellos.

—Baja un poco. Para de crecer, muchacho; si no, no podré abrazarte más.

Había ido a misa en el colegio. No había ningún alumno. Resultaba impresionante con los pasillos desiertos, las aulas mudas; el olor del silencio hacía parecer mucho mayor, mucho más triste, el colegio. No había ruido alguno de pies ni desorden ni gritos. Parecía que el viejo colegio estuviera dormitando, deseoso de que se acabaran las vacaciones. La propia iglesia parecía dividida en dos. La parte de delante del padre Monte y de los hermanos, el vacío en el medio, correspondiente a los alumnos, y después los feligreses: todo triste y abandonado. Los santos debían de sentir la falta también.

—Pensaba que ya te habías ido para Recife.

—Este año vamos a hacer el retiro más tarde. Bueno, ¿qué tal?

Me hizo darme la vuelta para examinarme mejor.

—¿Traje nuevo?

—Lo he estrenado hoy.

—¿Has ido a la playa? Estás muy moreno.

—Y con la nariz pelada. Ahora tengo permiso para quedarme más tiempo en la playa. ¿Qué? ¿Te gusta mi ropa nueva? He querido que la vieras antes incluso que Dolores.

Puso cara de asombro.

—¿Dolores? ¿Es una novedad?

—¡Ah! Fayolle, tengo que contártelo. Creo que ha aparecido el gran amor de mi vida.

Se echó a reír.

—¿A los quince años?

—Ahora es distinto, completamente distinto.

—Entonces después me lo cuentas. Ahora te convidó a tomar un café en el refectorio de los hermanos.

—Está bien. Acepto.

Recorrimos los largos pasillos. Las aulas tenían algunas ventanas abiertas para que entrara el aire y mostraban los pupitres desnudos y brillantes. El gran comedor de los alumnos internos con los bancos pegados a las mesas parecía haber crecido mucho.

Me senté junto al hermano Ambrósio y Fayolle. Mi presencia parecía alegrar a todos. Se repetían los mismos comentarios sobre mi crecimiento.

El hermano Luiz me preguntó:

—¿No notas la falta de nadie, Zeca?

Miré a los hermanos uno por uno. Faltaban tres caras conocidas, pero podían

haberse ido más temprano al gran retiro espiritual.

—¿El hermano Gonçalo?

—Ya se ha ido.

—¿A Recife?

El hermano Ambrósio mostró cierta tristeza.

—No. Para siempre.

—¿El hermano Antonio?

—Ha seguido el camino del hermano Gonçalo. Es que, Zeca, no todos terminan el camino emprendido. ¿No falta ninguno más?

Claro que había una ausencia y yo me esforzaba por recordar. Un hermano imitó la risa de gallina. Entonces mi corazón tembló de dolor.

—El hermano Manuel. No se habrá...

—Pues sí: trasladado a Maceio.

—Pero ¿él precisamente?

—Amigo mío, nosotros hacemos votos de obediencia, pobreza y castidad.

Por fortuna, estaba allí Fayolle. Yo iba a terminar mi quinto curso de secundaria y no lo habían trasladado. Era una gracia de Dios.

El hermano Ambrósio preguntó:

—¿Y el ambiente en tu casa?

—Sí que ha mejorado. No sé si es porque he crecido o porque había de ser así, pero mi casa ha cambiado.

—¡Tú, chico, eres el que has cambiado! Es que había allí un diablillo de aúpa. Si en el colegio hacías lo que hacías, ¡lo que sería en la casa!

—Estoy de acuerdo.

El hermano Ambrósio acercó la mano al bolsillo exterior de mi chaqueta.

—¿Y esto, jovencito?

Me puse colorado como un tomate.

—¿Lo saben en tu casa?

—No. De ningún modo. Creo que ni siquiera lo sospechan.

Saqué la cajetilla en la palma de la mano.

—Lo acabo de comprar en la taberna del señor Artur.

—Muy bien. Entonces estamos haciéndonos un hombrecito.

Hubo una risa general. Escondí de nuevo el tabaco y acabé riendo yo también.

Salimos y acompañé a Fayolle hasta la secretaría.

Nos sentamos como en tiempos. Solo, que el silencio del colegio adormecido me incomodaba.

—Bueno, a ver. Quiero saberlo todo.

—Simplemente Dolores: una chica hermosa. Estoy loco por ella, Fayolle.

—¿Y aquella María de Lourdes?

—Aquello fue una tontería de niño. Solo intercambiábamos notitas y ella era tan flaca, que daba pena.

—¿Y aquella otra? ¿Cómo se llamaba?

—Valdivia, pero no tiene comparación. Una gordita que solo sabía decir «no me toques» y apartar la vista todo el tiempo. Y, encima, su madre la obligaba a ir a la sesión de la tarde con lazada de cintas.

—Eso lo dices ahora, Chuch, pero «en aquel tiempo» no había cosa más bonita en el mundo para ti.

—Ahora, no, Fayolle. Dolores es maravillosa.

Se lo conté todo. No le oculté nada. Es que, en realidad, no había nada que ocultar de nuestro galanteo.

Se rio.

—Chuch, vas a cumplir quince años, pero tienes el mismo corazón de niño, gracias a Dios, y vas a ser así toda la vida. Ahora cuéntame el resto.

—¿Qué resto, Fayolle?

—¿Admite todo ese galanteo tu sapo cururú?

Sentí un arañazo por dentro. ¿Por qué había de crecer la gente?

—Adán se marchó. Dijo que me había vuelto un muchacho fuerte y valiente y que debía ocuparse de su vida. Cogió su maletita y sus gafas, se puso el sombrerito y la bufanda y desapareció de mi ternura. La verdad es que siempre me ayudó mucho.

—¿Y Maurice, Chuch?

Fayolle me miraba con un cariño tan acogedor... Se interesaba por todo lo que atañía a mi vida y mis sueños.

—Vas a pensar que estoy loco, pero aún se me aparece.

—Me decepcionaría que no fuera así.

—Una vez Maurice me dijo que, cuando yo descubriese el amor, se marcharía. Parece que él también se está yendo. Se presenta pocas veces: muy de tarde en tarde.

Como había notado que estaba poniéndome triste, Fayolle cambió de conversación.

—Ahora, Chuch, cuéntame una historia, pero sin mentir ni disimular. ¿Lo prometes?

—Claro que sí.

—¿Y aquella historia de las almas en pena del bosque de Manuel Machado?

Sonreí divertido.

—Se acabó, ¿no? Nadie más oyó hablar de eso.

—Lo sé, Chuch, la gente acabó olvidándolo, pero tú tuviste algo que ver.

—¿Cómo lo sospechaste?

—Porque era algo exactamente de tu estilo y también porque todo comenzó cuando tu familia se mudó a Petrópolis.

—Yo no podía contarte la verdad, Fayolle, cuando me lo preguntaste la primera vez. Había hecho un juramento de sangre con Tarzán... Ya sabes: cosas de niño soñador.

—¡Chuch! ¡Chuch!... ¡Qué peligro corriste! ¿Y si te hubieran pegado un tiro en

aquellas noches? Menos mal que todo acabó bien.

Me levanté.

—Tengo que irme, Fayolle. Están esperándome en casa.

Mi corazón se aligeró cuando me habló alegre.

—Aprovecha la vida, Chuch. Mientras tengas sueños en el corazón, procura conservarlos. Yo volveré de Recife y te veré acabar el curso. ¿Y sabes una cosa? Después del retiro, los hermanos van a pasar un mes en la playa.

—Hasta pronto, Fayolle.

Me dio una palmadita en el hombro.

—Cuídate mucho, hijo mío.



Dadada planchando en la paz del garaje y yo galanteando.

—¿Qué hiciste el domingo?

—Muy poca cosa. ¿Y tú?

—Fui a misa en los Maristas. Tomé café con ellos. ¿Qué más? Déjame pensar. Bueno, tres hermanos se han marchado ya. Me dio mucha pena por uno de ellos. Ahora, cuando llega el comienzo de las clases, aparecen caras nuevas y es bueno que empiece a hacer amistad con ellos.

—¿Te gustan los padres de tu colegio?

—No son padres. Son hermanos. Me gustan mucho.

—Pues yo, cuando salga del colegio, no quiero ver la cara ni de una sola monja. Lo he pasado demasiado mal con ellas.

—¿No se salva ninguna de ellas?

—Ninguna. No cambio ninguna por otra.

Guardamos silencio un instante y yo no sabía si el «noviazgo» de los otros sería diferente del nuestro, si hablarían de otras cosas. Solo sé que yo me sentía el hombre más feliz del mundo junto a Dolores. Eso debía de ser la felicidad: charlar de tonterías agradables. Además, el asunto del noviazgo resultaba muy extraño, porque el único novio era yo. Cuando podía, Dolores me hacía sufrir recordando que muy pronto partiría para Ceará.

—¿Solo faltan catorce días?

—Solo.

—¿Y vas a escribirme?

—¿Cómo?

—Es verdad, estás muy vigilada por tus padres.

Estaba invadiéndome una oleada de ternura.

—De noche mira las estrellas, que yo estaré mandándote recuerdos por ellas.

—¿Y si llueve?

Me quedaba sin responder, porque seguro que la lluvia mojaba las nostalgias y las

volvía pesadas y retrasaba su viaje.

—¿Fuiste a la playa el domingo?

—Sí.

—¿Muchas chicas?

—Fui a tomar el sol y nadar. No pienso en ninguna otra chica, solo en ti.

Dolores colocó mi mano bajo la suya, lo que me embargó de felicidad. Nunca lo había hecho. Su mano estaba perfumada con agua de colonia. Por la noche, dormiría con la mano colgando fuera de la cama para soñar con que la rozaba el perfume de la mano de Dolores.

Dadada cantó la copla. Dolores se escabulló muro abajo y yo corrí hacia la parte de las tejas viejas. Fingí que estaba amontonando las mejores.

Mi hermana asomó su avinagrada cara por la ventana. Fingí no verla.

—Hace una eternidad que andas ordenando esas tejas de ahí.

Levanté la vista con desprecio.

—Eso no es asunto tuyo, so...

Como un cuco, apartó la cabeza. Aquel diablo de bruja sospechaba algo. Seguro que, cuando lo descubriera, armaría un lío de mil demonios. El corazón me avisaba para que fuese preparándome.



—Dadada, ¿a ti te parece horrible Dolores?

—Claro que no. Es muy bonita y muy educada.

—¿Tiene piernas de cigüeña?

—¡Qué ocurrencia!

—¿Y es un pato de piernas finas?

—No.

—¿Ni cara de cucaracha pelada?

—Ninguna de esas cosas. ¿Por qué tantas preguntas?

—Es porque la piraña se pasa todo el día atribuyendo defectos a Dolores. Dice que es calva y granujienta.

—No le hagas caso, bobo. Es envidia, que, cuando no mata, ciega. Dolores tiene algún grano en la cara, porque todas las chicas de su edad los tienen.

—Pero ¿te parece que es calva?

—Al contrario: su frente es ancha, pero su pelo es un sueño. A mucha gente le gustaría tener un pelo así de bonito.

Entonces sentí la rabia que estaba corroyéndome.

—Piraña, piraña, piraña del amor divino. Solo sirve para darse golpes en el pecho, tan seco, vomitando jaculatorias, colgada del rosario y convirtiendo en un infierno la vida de la gente. ¿Crees tú que se casará algún día?

—Casamiento o mortaja en el Cielo se talla. ¡Quién sabe!



Dadada se puso a imitar la voz de mi hermana.

—Con el doctor Fulano yo no me caso, porque es un juerguista. Con el doctor Mengano tampoco, porque es espiritista. Con el doctor Zutano no puedo, porque no es católico. Solo me casaría con un hombre que tenga la misma religión que yo...

Solté una sonora carcajada.

—La imitas clavada, Dadada.

—Es que, con el tiempo que llevo en esta casa, sería muy burra, si no lo aprendiera todo.

Dio una pasada cuidadosa por la camisa que estaba planchando. Detuvo la plancha y concluyó:

—Conozco a muchas en esa situación. No acaban de decidirse y el tiempo pasa. Cuando descubren que se han quedado solteras, les entra la desesperación y, si no se casan con un hombre rechoncho, es porque no saben quién es el macho.

Reanudó su tarea y me dio una orden sin levantar la vista:

—Ahora lárgate y ocúpate de tu vidita. Ve a buscar a tu novia o ponte a hacer algo y ten cuidado, que la cosa se está poniendo fea. El caimán ya sospecha. Cualquiera día de estos acabas de interno en los Maristas.

—Ahora es imposible. El colegio está cerrado y los hermanos se han ido todos a Recife.

—Pues entonces no sé. Solo sé que me entra un «frenesí» terrible, cuando quiero pensar en mi trabajo y una persona se pone a importunarme la paciencia.

Miré el mestizo rostro de Isaura.

—¿Tú nunca quisiste casarte, Dadada?

—Los pobres no tienen tiempo para esas cosas.

—Tu prima Rosa dijo que fuiste novia de Lampeño, cuando atacó Mossoró.

Levantó la plancha hacia mí y me amenazó:

—Desaparece ya o te caliento el culo.

Desaparecí del garaje lo más deprisa posible.

## 6. La estrella, el barco y la nostalgia

Faltaban tres días para la partida de Dolores, cuando estalló la tragedia. Yo vivía contando los días que pasaban con una congoja tremenda. No sabía si mi corazón podría resistir tanto dolor. Por eso, aprovechábamos todos los instantes para el galanteo y casi siempre el asunto desaparecía. Guardábamos silencio y nos consolábamos con la presencia mutua. Entonces era yo quien tomaba sus manos en las mías y pasaba una eternidad acariciando sus largos dedos. ¿Para qué hablar? Éramos demasiado jóvenes para hacer plan alguno para el futuro. Nuestra juventud vetaba cualquier sueño, cualquier posibilidad.

—¿Y si huyéramos?

Dolores, más realista, rechazaba esa hipótesis.

—Huir, ¿adónde? No iríamos muy lejos. La policía nos atraparía antes de que llegáramos a Paraíba. Sin dinero, nada se puede hacer. Mejor es dar tiempo al tiempo. Y más adelante volveremos a encontrarnos.

—¿Y tú me esperarás?

—Toda la vida. ¿Y tú a mí?

—Toda una eternidad.

En los últimos días, había podido comprobar que ella había aceptado ser mi «novia», que había llegado a abrigar los mismos sentimientos que yo.

Rascando con una uña, dibujó dos corazones entrelazados por una flecha encendida de amor. No estaban muy bien hechos, porque Dolores había confesado ser negada para el dibujo, pero ¿qué importaba que los corazones fueran torpes y rechonchitos? Lo que contaba era la sublime intención.

De repente, Isaura cantó una copla a voz en grito. Se debía de oír hasta en la playa de Areia Preta.

Dolores se escabulló hacia abajo y yo corrí a ordenar aquellas tejas viejas.

Dadada estaba enredada en una discusión feroz con la Piraña del amor divino.

Subí hasta la ventana del garaje a tiempo para ver a mi hermana retirarse indignada y exclamando: «Es una inmoralidad».

Me quedé helado. ¿Nos habría descubierto? ¿Habría presenciado algo?

—¿Qué ha ocurrido, Dadada?

Dadada estaba furiosísima y descargó todo en mí.

—¿Ves lo que pasa por hacer de niñera del galanteo de un niño? He oído lo que nunca me habían dicho en mi vida.

—Calma, Dadada. Cuéntame cómo ha sido.

Ella respiró hondo para intentar concentrarse. Su mestiza cara se había puesto roja de rabia.

—Como se acercaba, he empezado a cantar bajito para que os fuerais. Cuando he visto que ella iba derecha a la ventana, he cantado una copla «fuerte» para desviar la atención de ella.

Repitió la endecha que había cantado y casi rompí a reír.

Se lo monta el padre, se lo monta la madre,  
Se lo monta la hija, se lo monta toda la familia,  
Y yo también me lo quiero montar...  
Doña Chiquinha, ¿por qué llora ese niño?  
Llora porque tiene la barriga llena.  
Y ganas de cagar...

—Cuando ha oído el final, ha empezado a insultarme y ponerme verde: que si aquella era una casa de familia y lo que yo cantaba era una indecencia, una inmoralidad, que si ella iba a contarle todo allí dentro. Peor aún es que dijera que yo ahora vivía escondida en el garaje, que estaba encubriendo alguna cosa muy sucia y cargada de pecado.

—Bueno, pero eso no significa nada. Si va a contarle a mi padre o a mi madre, hasta se reirán.

—Espera, espera. Me parece que ha visto algo de vosotros durante ese galanteo.

—Pues, si ha visto algo, no se trataba de nada malo. No hemos hecho nada que faltara a la moralidad.

Dadada no se resignaba.

—Me parece que ya he pasado demasiado tiempo en esta casa. Cualquier día de estos recojo mis cosas y me voy a buscar un rumbo nuevo.

—Tonterías, Dadada. Ya se te pasará.

Salí de allí bastante receloso.



En la cama, revivía la escena indignado. ¿Qué maldad habíamos cometido? ¿Qué gran pecado podía ser ese de gustarnos?

¿Y qué me dijeron? Que yo no sabía respetar la honra de las hijas ajenas. Todo muy feo. ¿Haciendo manitas? ¿Las caras juntitas? ¿Dónde estaban mis principios de moral? Aquella idea de huir era una locura, ¿es que no lo veía? Avisarían a la policía. Estarían todos alertas. ¿Qué idea tenía yo de la vida? ¿Casarme con menos de quince años? No podía haber locura mayor...

Me devanaba los sesos para imaginar cómo habían deducido todo aquello, porque ni siquiera Isaura sabía el contenido completo de nuestras conversaciones y, si lo hubiese sabido, no habría dicho nada de nada. ¡Qué gente más repugnante! ¡Qué gente más cargada de prejuicios y condenas! ¿Y el resultado de todo ello? Pues que no podría ir al jardín hasta que la chica se hubiera marchado. Me dejarían ir a la playa, porque allí estaría más lejos de las tentaciones. Al atardecer, tendría que dar

una vuelta hasta la hora de cenar. Después de la cena, no sacaría los pies de casa ni para dar una vuelta por la acera de la balaustrada. Eso por lo que se refería a mí. ¿Y Dolores? A ella la castigaron con dureza. Dadada me había contado que le habían dado capones y otras cosas más duras, que hasta que partiera quedaría recluida en su cuarto y solo podría salir para las comidas y para ir supuestamente al cuarto de baño. Hasta prohibieron a nuestras criadas que hablaran entre sí.

Y lo que más me dolía: lo que más me dolía era saber que, dos horas antes de dormir, Dolores debía arrodillarse con un sillón en la cabeza.

¿Cómo se había enterado Isaura de todo eso, si tenía prohibido conversar con la criada de la otra casa? Un misterio.

En cuanto acababa de cenar, me metía en mi cuarto sin saber lo que pasaba en el mundo, sin desear conversar con nadie, solo con mi dolor insoportable, con los ojos llenos de lágrimas pensando en Dolores que a aquella hora estaría cumpliendo su castigo. Si al menos hubiese podido compartir su dolor, si hubiera estado a su lado con un sillón en la cabeza... Me habría dado igual que hubiese sido una silla, un sofá o todo un mobiliario. Lo que hacía sangrar mi corazón era no poder verla y compartir su desventura, porque, si teníamos alguna culpa, debíamos pagarla del mismo modo, compartir nuestro gran pecado conjuntamente.

Daba vueltas y vueltas con el cuerpo empapado en sudor y congoja. El corazón se me había encogido tanto, que, si hubiese tenido que albergar a Adán, ya no habría cabido. Ya no cabía nada, ni siquiera una ranita de charco.

Lejos de mí la idea de ponerme el taparrabos y la camisa de gimnasia y coger el cuchillo de abrir cartas. Tampoco sentía el deseo de ser Tarzán. Era mejor dejar de lado a Tarzán, porque en aquel momento estaba entre desanimado y furioso. Que Tarzán se quedara en su selva con sus monas pulgosas y piojosas.

Con el único con el que no estaba irritado era con Maurice; con ese, no, pero, extrañamente, no sentía deseos de verlo y contarle la magnitud de mi infortunio. Y tal vez fuese la primera vez que me ocurría.

No volví a ver a Dolores. Su castigo fue feroz. Creo que, pensando que yo podría verlo, había dirigido una vez su lámpara hacia la cocina. Con aquel rápido destello quería decir que me amaba y que en la vida me olvidaría.



Todo acabado, todo muerto. ¿Corazón para qué? ¿De qué servía decir nada? Dolores había partido y yo ni siquiera la había visto cuando montó en el automóvil y se fue para el muelle. No habían revelado la fecha de su partida ni el barco que iba a tomar. ¿Y yo? Estaba allí, solo como cuando nací, vacío por dentro, esperando que un viento enorme soplara sobre mi cuerpo y me llevase para un punto del mar desde el que viese pasar el barco de Dolores. Era el sino de su propio nombre: Dolor, Dolores...

Desde la playa vi que la subida de la marea se produciría hacia las ocho horas y

con la marea alta el barco de Dolores saldría del puerto y entraría en alta mar rumbo al norte.

Ahora me dejaban salir, pasear por la acera entre las luces de la balaustrada. Sabían incluso que yo bajaría a la playa para sentarme en el malecón a ver el barco desaparecer al cabo de poco.

Eso fue lo que hice. Sentado sobre mi soledad, me quedé esperando el barco iluminado que atravesaría las aguas del río Potengi. Sin pensar en las consecuencias, saqué un cigarrillo del bolsillo. Lanzaba las bocanadas al aire y tenía la sensación de que algo me acompañaba en aquella partida.

Comencé a cantar una canción mía y de Dolores.

Mira el cielo  
Y la belleza y claridad de la luna.  
Parece que las estrellas están bailando  
En torno a la luna, que se refleja  
Ahí, en el mar.

No había luna. El cielo era todo él un avispero de estrellas, que formaban toda clase de dibujos. Hasta la constelación del Barco parecía querer recordar mi dolor. Sirio estaba allí y Canopus también. El buen padre Monte me había enseñado a mirar un poco del cielo. Continué mi canción, con los ojos casi cubiertos de lágrimas.

También en el cielo de mi vida  
Tú fuiste la estrella que mucho brilló  
Y en una noche preciosa te marchaste  
Y nunca más volviste...

¿Volverás, Dolores? Tan difícil, todo tan imposible y lejos. Y me asaltaba la nostalgia tremenda que me corroía los recuerdos: sus manos de dedos largos. Al final había renunciado a Clark Gable para quererme a mí. ¿Podía haber mayor prueba de amor? Ni siquiera iba a poder escribirle. Partió sin dejarme una dirección y, si me escribiera, seguro que la carta sería interceptada y no llegaría a mis manos.

A veces me quedo pensando  
Al ver la luna en el cielo,  
que se pone a brillar...  
Y la luna viene a decirme  
Bajito y con cariño  
Que tú has de volver...

Tenía los ojos fijos en la entrada del puerto. Las lucecitas de las casas de los pescadores brillaban pequeñas como estrellas menores. Un ruido me estremeció fibra por fibra. El barco pitaba en la entrada del puerto. Venía majestuoso con todas sus luces encendidas. Debía de pitar para despedirse del práctico o decir adiós a las aguas del río.

Se me hizo un nudo en la garganta al seguir su trayectoria indiferente. Se llevaba la mitad de mi vida; la mitad, no: toda mi vida, todo mi corazón, toda mi angustia helada.

El vapor siguió un rato en línea recta hasta alcanzar alta mar. Después puso rumbo al norte. ¿Y Dolores? ¿La habrían dejado quedarse en cubierta contemplando la ciudad perderse a lo lejos? ¿Contemplando el collarcito de luces que formaban la balaustrada de Petrópolis, pensando en la acera en la que tantas evoluciones había hecho con sus patines?

«Es un pato de piernas finas, una cucaracha pelada...».

¿Por qué existía gente tan mala? Todo podía haber acabado sin maldad. Solo faltaban tres días. ¿Era necesaria semejante ruindad?

El barco desaparecía entre las estrellas del mar.

Aquella vez mis ojos estaban cubiertos de lágrimas. Lloraba por mi desesperación y abandono, por ser tan pequeño y frágil y nada poder hacer.

Y la luna viene a decirme  
Bajito y con cariño  
Que tú has de volver...

No me hacía ilusiones. Dolores no volvería. El corazón me indicaba esa realidad. En el lugar del barco solo existía la noche oscura llena de estrellas y el mar negro y mudo. Sirio era dueña del cielo y Canopus también. ¿Y la luna? No había nada de luna, solo nostalgia y, si la hubiera habido, no habría venido a decírmelo. Hablar de cariño, ¿para qué? Cariño, algo que yo había conocido muy poco en mi vida.

## 7. Partir

**M**i quinto curso de secundaria coincidió casi con mis quince años y con esa edad ya me sentía casi un hombre: la libertad de salir por las noches hasta las nueve, quedarme en la playa el tiempo que quisiera, exhibir un cigarrillo en los atrevidos dedos del comienzo de la adolescencia, recibir de regalo una maquinilla de afeitar para usarla, orgulloso, con las primeras barbas, hablar alto para demostrar que la voz se había vuelto más gruesa, frecuentar los salones de billar y jugar una partida en una hora en la que debía estar en clase, galantear con elegancia a las chicas del colegio de la Concepción. En fin, un mundo inmenso que me abría las puertas no solo a la curiosidad, sino también a la búsqueda de una afirmación.

¿Dolores? ¡Ah, Dolores! Fue muy bonito mientras duró. A fin de cuentas, una pequeña ilusión del resto de mi infancia. En aquel momento lo importante era frecuentar las sesiones de cine de los miércoles, sesiones para jóvenes, en las que proliferaban las mujeres más hermosas. Todos iban en busca de galanteo, para experimentar nuevas sensaciones románticas, y yo entre ellos para seguir el movimiento de moda. Lo máximo era quedarse en la puerta del cine con un cigarrillo en los labios y sonreír con indiferencia a las colegialas, casi siempre acompañadas de una tía solterona o una madre inoportuna.

Y con todo aquello mis estudios se relajaron un poco. Dejé de ser el primero de la clase para conseguir a duras penas el segundo puesto.

Los libros que leía desarrollaron mucho mi gusto. Cascudinho seguía prestando libros a mi padre, pero, como quien no quiere la cosa, dejaba que eligiese yo los que me gustaran. Así fue como llegué a ser íntimo de un monstruo maravilloso llamado Dostoievski. Las cosas serias fueron ocupando el lugar antes correspondiente a las aventuras o a mis héroes queridos como Tarzán o el Hombre-león.

El deporte pasó a ser mi segunda pasión: nadar, hinchar el pecho en distancias enormes y sentir el cuerpo ligero deslizándose y los brazos fuertes que nunca se cansaban, broncear el cuerpo todo el tiempo, aspirar el aire marino y descansar en las blancas arenas con bañadores minúsculos.

Por la noche llegaba la ronda para buscar chicas bonitas, pero todo ello sin tener conocimiento de la maldad.

Fayolle me observaba y seguía siendo dueño de todas mis confidencias. Sin embargo, algo le preocupaba mucho: mi indiferencia por mi futuro. Tarcísio ya había optado por la abogacía. Todos mis compañeros preparaban algo, pero yo nada.

—¿Tampoco medicina, Chuch?

—¡Qué va, Fayolle!

—¿Y por qué no? Seguirías la carrera de tu padre.

Me rascaba la cabeza.

—¡Quién sabe! Tal vez algún día...

—¿Has pensado en la abogacía? Seguirías junto a Tarcísio, tan amigo tuyo.

—Estaría bien.

—¿Y la carrera militar? Con tu físico te quedaría bien el uniforme.

Me veía de oficial del ejército o con el uniforme de Marina, pero sin entusiasmo alguno. Si hubiese habido carrera de nadador profesional, tal vez, pero ni siquiera eso me entusiasmaba demasiado. Lo que quería era andar, andar, sin pensar en nada, sin comprometerme. Como si la vida fuese bajar de un tren, ir por las calles, montar en barcos y no parar nunca. No sabía explicarme. Seguí teniendo solo aquel deseo de llegar cada vez más lejos, pero hasta una distancia de la que no regresara nunca y siguiese andando...

Y la vida pasó. Pasó tan ligera, que yo ni lo notaba. La vida también caminaba sin parar sobre mi cuerpo.

Entonces fue cuando empecé a descubrir una cosa: una cosa que, según me había dicho siempre Maurice, un día sucedería. Comencé a ser amigo de mi padre y a gustar de mi casa. Me ponía a analizar fríamente lo difícil que era criar a un niño que no fuese tu hijo y tuviese una precocidad desconcertante, a pesar de que seguía habiendo un muro entre nosotros, creado, naturalmente, por mí.

Con el correr de los días, ese pensamiento angustioso me perseguía. Ya había pasado medio año y pronto vendrían los exámenes del tercer trimestre y, por último, los del cuarto y último. Estaría formado. Necesitaba corresponder al esfuerzo que habían hecho por mí. ¿Y el miedo? Un miedo que ni siquiera aliviaría una decena de sapos cururúes. Al terminar el curso, tendría que partir. Volvería a Río. ¿Y cómo sería mi vida con mis hermanos? Nos habíamos separado bastante. ¿Y cómo me verían? Naturalmente, con alegría, pero yo era otro. Un niño con educación y estudios, un niño o un muchacho con maletas llenas de ropa y buenos zapatos, un muchacho con los dientes bien cuidados. ¿Y ellos? La vida de las fábricas, los agotadores viajes en tren para trabajar en la ciudad, levantarse de madrugada y volver de noche, lluvia y calor en aquellos trenes, ora sofocados ora helados, a veces sin almorzar, porque las marmitas a veces agriaban la comida, sin oportunidades en la vida o pocas por falta de estudios y preparación mejores... Todo aquello se me presentaría de golpe en el momento en que desembarcase en Río: un mundo tan cruel y adverso como aquel en el que había vivido en la época de mi planta de naranja lima. Me entraba un sudor frío al pensar en todo aquello e intentaba consolarme. Buscaría una forma: una forma de no ver las cosas malvadas de la vida y adaptarme a cualquier medio. Lo peor sería cuando descubriesen que yo no quería ser nada o que al menos no había encontrado aún mi camino en la vida: una decepción. Tal vez cualquiera de mis hermanos mereciese más la oportunidad que me habían dado a mí y que desperdiciaba con indiferencia. Mejor olvidar, olvidar y nadar, nadar y romper el mar en trocitos agradables contra mi fuerte cuerpo, como si nadar fuera una forma diferente de caminar.

Me gustaba apreciar a Tarcísio jugando al fútbol. Era lateral derecho del primer equipo. Jugaba con una elegancia impresionante. Desmontaba cualquier jugada. Era



un *crack*. Parecía que la pelota se veía atraída por sus pies. Tarcísio, sí, un amigo. Siempre con aquella actitud callada, pues solo le gustaba conversar conmigo: comprendía con paciencia todas las locuras que me venían a la cabeza y cimentaba con sus ideales la ingrata carrera de la abogacía. ¿Y yo? Me hablaba el corazón sin el consuelo del sapo cururú: «¿Y tú, Zezé? Vamos, déjate de historias, algo aparecerá, no es posible. Entretanto, vamos a andar y a esperar, pero, Zezé, ¿esperar andando?». Claro, ¿qué otra cosa se podía hacer conmigo?



Me encontraba en el cuarto, reclinado en la cama, con un libro de trigonometría y una tabla de logaritmos. No es que estuviera en cierto modo estudiando, sino que estaba analizando conmigo mismo la inutilidad de ciertos estudios. ¿De qué iban a servirme en el futuro las declinaciones latinas, *rosa-rosae*? ¿Por qué atracarme con aquellos antipáticos logaritmos, si no veía ninguna correspondencia con carrera alguna en la que pensara ingresar? ¿Acaso no era una necedad haberme reventado la cabeza bajo los gritos del hermano José (que no había muerto y al que no había asesinado yo allí arriba, desde el campanario, para que el colegio tuviera tres días sin clase. Adiós, Legión Extranjera) con los cálculos de la raíz cúbica?

Estaba tan absorto en mi decepción, que no oí abrirse la puerta y una cara aparecérseme delante.

—*Monpti*.

Me llevé tal susto, que tiré los libros al suelo.

Maurice se rio con ganas.

—¿Qué ocurre? Parece que estuvieras viendo un fantasma.

Me quedé callado, temblando y sin responder. Hacía mucho que me había acostumbrado a la idea de que Maurice había sido uno de los sueños más hermosos de mi vida: un cofre secreto de toda mi ternura derramada.

—¡Levántate, *Monpti*!

Obedecí despacio.

—Vuélvete.

Maurice hizo sonar los dedos en el aire y comentó:

—Dios mío, ¡cómo has crecido! ¡Qué fuerte estás, *Monpti*! Y tan bronceado.

Yo me limitaba a mirarlo, fascinado, a los ojos, sin saber si lloraba o sonreía o si estaba haciendo incluso las dos cosas a la vez.

—¿No has olvidado alguna cosa, *Monpti*?

Claro que no lo había olvidado. Sus propias palabras recordadas en mis oídos: «Aunque seas ya un hombre, tendrás que besarme siempre como a un padre».

¿Y por qué no? ¿Acaso no había sido él quien me había acunado en la soledad de mi cuarto? ¿Acaso no me había consolado siempre con sus suaves palabras cariñosas? ¿Es que no había arrullado mi sueño?

Abrió los brazos.

—¿Qué estás esperando?

—Nada.

Me lancé a sus brazos y lo besé en la cara. Lo estreché con fuerza contra mi corazón.

—¡Ah, Maurice! Hacía tanto tiempo que no aparecías.

Buscó dónde sentarse y echó en falta una cosa.

—¿Qué ha sido de Orozimba Chevalier?

—Les pareció que yo ya estaba haciéndome un muchacho y merecía algo mejor y más nuevo en mi cuarto.

Le ofrecí un sillón sin significado ni nombre.

—Siéntate en este. No fue bautizado, pero es muy cómodo.

Se quedó mirándome un instante, pero muy penetrantemente, y después tomó la decisión de sentarse.

—¡Cuánto tiempo! ¿Eh, Maurice?

—Sí. Es verdad, pero es que he estado muy ocupado con tantos contratos de casino, cine, espectáculos. Ha sido un año sin descanso... y como sabía una cosa...

—¿Qué cosa?

—Que tú avanzabas y descubrías la vida solo, que no ibas a sentir tanto mi ausencia... ¿no es verdad?

—Tal vez, tal vez mis días estuvieran demasiado llenos. Tal vez y lamentablemente, cuando llegaba la hora de dormir, me encontraba tan cansado, que, en cuanto reclinaba la cabeza en la almohada, ya estaba dormido. Había veces en que ni a rezar llegaba.

—Ya lo sabía yo. Ahora cuéntame, cuéntame todo.

—¿Sobre qué?

—Es que tenemos tanto de lo que hablar... Tú ya conoces mi vida, no ha divergido demasiado de las otras veces, pero ¿la tuya?

—No sé cómo comenzar. Confieso que me he deshabituado un poco de ti, mi querido Maurice.

—Entonces yo te ayudo. ¿Cómo va tu vida aquí, en esta casa?

—Pues, mira, muy bien. Empecé a descubrir cosas nuevas, hechos nuevos, que me convencieron de que aquí nadie es enemigo mío.

—¿No te lo dije yo?

—¡Mi padre está resultando encantador conmigo, cosa que antes no me había demostrado!

—Tal vez porque nunca le diste la oportunidad.

—Hasta sería capaz de confesar una cosa.

—Pues hazlo.

—Son excelentes, muy buenos. La de educarme fue una misión difícil y espinosa. La verdad es que yo no sirvo para nada.

—Convengo con la primera parte; con la segunda, no. Confío mucho en ti y en la bondad de ese corazón. Quien siempre ha tenido la capacidad de soñar cosas tan hermosas solo puede tener por delante una vida maravillosa. ¿Recuerdas a Adán?

—Claro, Maurice. Fue tan real, que parece que estoy viéndolo ahora.

—Me alegro, *Monpti*, porque en la vida vas a ser siempre un niño grande.

—Estás repitiendo las mismas palabras amistosas de Fayolle.

—Y él, ¿cómo está?

—No cambia, es el mismo de siempre. Nunca tuvo una palabra áspera conmigo, siempre esperando de mí lo mejor.

Maurice se arrellanó en el sillón.

—Mira, he venido muy cansado hoy, pero no podía dejar de hacerlo, hoy en particular.

—¿Por qué en particular?

—Después te lo digo.

Observó detenidamente el techo y después sus ojos, sus claros ojos, buscaron los míos. Siempre me gustaba hablar con las personas que no desviaban los ojos. Me proporcionaba una señal de seguridad y fe.

—¿Y el corazón, *Monpti*?

—Lo descubrí, Maurice. Descubrí lo que tú me enseñaste hace tiempo: que el amor es la cosa más importante del mundo.

Le conté en detalle mi amor por Dolores y después otras pequeñas conquistas sin mayor importancia. Cuando acabé, él sonreía.

—Sí. Eso es el embrión, el comienzo, porque, el día en que ames de verdad, puedes estar seguro de que no habrá cosa ni felicidad más hermosa en este mundo.

Fue un gesto que no había hecho nunca.

—¿Te molesta que fume?

—No, ¿por qué?

—Porque hay gente que detesta fumar en su cuarto o que se fume en él.

—Aunque no me gustara, yo sería el primero en ofrecerte cigarrillos.

Me lo agradeció y sonrió.

—Quiere decir que tú ya...

—Media cajetilla diaria y a escondidas.

—Me alegro, *Monpti*. Estoy muy satisfecho de ti, pero que muy satisfecho, porque en realidad te estás volviendo un hombrecito: ahora sí, un hombrecito. Y por eso te he dicho al principio que hoy era un día especial.

De repente mi corazón tuvo una sensación de tristeza. ¿Sería lo que estaba pensando?

—Exactamente, *Monpti*. Ya te dije una vez que, cuando descubrieras el amor, dejarías de necesitarme.

—¿Quieres decir que vas a dejarme, como lo hizo Adán?

—Vas a descubrir que lo haré de la misma manera.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Pero Adán era un sapo, un sueño.

—¿Y no soy yo la misma cosa?

—La misma cosa, no. Puedo tocarte y ver que eres real como siempre lo fuiste.

Para probarlo, le apreté la mano un buen rato.

—*Monpti*, la vida es así. La gente está siempre partiendo. No es que el corazón olvide o la nostalgia muera. Esas cosas siempre permanecen en nuestra ternura, pero la gente necesita partir en el momento exacto.

Mis ojos estaban llenándose de lágrimas.

—No quiero eso, *Monpti*.

Y, para mayor asombro mío, Maurice sacó de su bolsillo un pañuelo finísimo de cambrey, con cuadros blancos y negros. Dios mío, ¡él también!

Me enjugó la cara con delicadeza.

—No quiero partir viendo tus lágrimas.

Intenté controlarme tragando la emoción poco a poco.

—Lo único que me correspondía era abrir en tu corazón un mundo de esperanzas y sobre todo de amor. Ahora, *Monpti*, voy a partir.

Me dio un largo abrazo y me ofreció la cara para que se la besase.

—¿Nunca más nos encontraremos, Maurice?

—Claro que sí. Un día, cuando seamos más hombres y maduros.

Por última vez me miró a los ojos con toda su franqueza.

—Y una cosa más: cuando quiera que nos encontremos, aunque seas un hombre hecho y derecho, no olvides lo que me prometiste un día.

Sabía a qué se refería: que yo debía besarlo como a un padre, sin recelo ni resquicio alguno de vergüenza.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—Entonces adiós, *Monpti*.

—Adiós, Maurice.

Mi voz enronqueció intentando substituir lo que estaba vedado a mis ojos.

El ruido de los libros al caer en el suelo me despertó. Estaba solo, reclinado en la cama y con el cuerpo bastante dolorido por la posición. Tenía los ojos humedecidos y con la presencia de la luz encendida dolían más.

Conque Maurice había partido de mi vida. Había recurrido al mismo expediente que Adán. Había venido con un sueño y partió con otro sueño. ¿Por qué debía todo partir en la vida? Simplemente, porque nacer es partir, Zezé, desde la primera hora comenzada, desde el primer momento respirado. Y tú no puedes luchar contra la dura realidad de la vida.

La puerta de mi cuarto se abrió despacio. Volví a asustarme. ¿Habría olvidado Maurice decirme algo? En vez de él, apareció el moreno rostro de mi padre, que me miraba preocupado.

—¿Te pasa algo? He ido al cuarto de baño y he visto la luz de tu habitación encendida.

—No es nada. He tenido que estudiar hasta más tarde.

—Pues ya es hora de dejarlo. Es más de la una de la mañana.

Me miró atentamente.

—Tienes los ojos muy rojos, congestionados. En el cuarto de baño hay colirio, en mi armarito.

—Sí, voy a usarlo.

Me sonrió.

—Duérmete. Buenas noches.

Era extraño que fuese la primera vez que venía a mi cuarto a darme las buenas noches y aquel gesto hizo nacer un solecito de agradecimiento.

## 8. El viaje

Todo corría a borbotones. En un santiamén había terminado los últimos exámenes del quinto curso de bachillerato. Me costó mantenerme en el segundo lugar, con lo que se interrumpió la serie de primeros puestos obtenidos en los cursos anteriores. En un abrir y cerrar de ojos me encontré en la sastrería probándome el traje de cachemira azul para la ceremonia de graduación. Había perdido vergonzosamente en la elección de orador de la clase. Solo obtuve dos votos, el mío y el de otro colega: un fracaso total.

La fiesta iba a celebrarse el 23 de noviembre en el teatro Carlos Gomes. La solemnidad era un rasgo constante en Natal. El gobernador, Raphael Fernandes, asistiría a la entrega de los diplomas: un fiestón. El hermano Luiz ensayaba una obra de indios con plumas de plumero, todo un encanto hasta el momento de comenzar. En plena representación, sonó la «melodía». Estalló la revolución de 1935: un pitote de mucho cuidado. El propio teatro fue un blanco con el gobernador dentro: ametralladoras por todas partes que acribillaban la pared del edificio. Todo el mundo parecía una cucaracha atontada. ¿Qué fue de la ceremonia? ¿Qué fue de la fiesta? La representación quedó interrumpida. *El triunfo de la Cruz* corrió aguas abajo. La gente sentada en las sillitas en filas de la sala inició una desbandada. Los hermanos corrían pidiendo calma y orden. Indios con pluma de plumero empujaban a empleados del teatro, que, a su vez, tropezaban con los graduados, cuyas familias asomadas a los palcos hacían señales para que saliéramos todos de la sala. Fue la cosa más divertida que mis ojos de quince años habían visto hasta aquel momento.

El gobernador desapareció como por milagro. Nadie pudo imaginar cómo lo había hecho con todo el teatro cercado y las balas silbando horriblemente.

Fueron cinco días de pánico. Los revolucionarios empezaron a batirse en retirada y hasta fueron a casa a buscar a mi padre para llevarlo a fin de que tratara a los heridos. No sabían que también él había asistido a la ceremonia.

Por las noches llovían balas. El cuartel de la Policía Militar quedó destrozado. Nosotros nos refugiamos en una casa vecina del teatro y nadie sacaba la nariz afuera: cinco días en una casa incomunicada, con el absurdo traje de cachemira azul y asándome de calor en la casa sofocante.

Hasta que llegó la noticia de que los rebeldes estaban huyendo hacia el interior del estado. Me ordenaron salir y buscar las calles más abrigadas y menos peligrosas. Querían averiguar lo que había ocurrido a nuestra casa. Me pareció excelente, porque ya no soportaba más seguir encogido en aquel refugio que caritativamente nos había salvado la vida.

Al llegar a casa, comprobé que una cerradura estaba rota y un cristal de la terraza también y, además, que hacía un precioso día soleado y que invitaba a salir. No vacilé. Me puse el bañador y me fui a nadar para quitarme el calor de aquellos días sofocantes y con muchas preocupaciones para todos. Sí, nadar. La marea estaba alta y

me lancé a cabalgar aquellas olas inmensas y verdes y el mar parecía ser mío exclusivamente: ni sombra de alma viva. Me olvidé de la vida. Era estupendo poder aprovechar el mar, aquel señor mar que en breve iba a abandonar. Me quité el pantalón y me lo metí por la cabeza. Nadaba libremente. Avanzaba mar adentro y volvía hasta la playa montado en aquella infinidad de olas.

Cuando me di cuenta, me llevé un susto. El sol estaba ahí en calma en lo alto, lo que indicaba la proximidad del mediodía. Tenía que apresurarme, subir la ladera echando el bofe. Una ducha fría y, tras pasarme la toalla por el cuerpo, salir sin siquiera peinarme. En la calle, iba caminando como si los pies fuesen alas, porque ni los tranvías funcionaban. Llegué cuando ya era la una pasada. Cuando todo el mundo descubrió que estaba vivito y coleando, que no me habían ametrallado y mi cuerpo no presentaba orificio alguno... cuando descubrieron mi pelo despeinado y mi cara dorada por el sol, el mundo se vino abajo. Me dieron tal reprimenda, que mejor habría sido que antes hubiera muerto fusilado.



Entonces la ciudad recuperó su calmo ritmo de siempre, porque una ciudad como Natal nunca se había apresurado para nada: tal vez solo en el día de las regatas o en las competiciones náuticas. Claro, que todo el mundo se paraba más a hablar de lo sucedido. Había habido muertos. La conversación se teñía de tristeza, pero tenía que ser así. Una revolución sin muertos no es tal: carece de sus características.

Y todo pasó. En la faz de la ciudad quedó solo el recuerdo de paredes y casas agujereadas. En el cementerio había algunas cruces nuevas y el ruido de los tranvías amarillos llenó de vida las calles que habían estado desiertas muchos días. Cuando encontraba a algún conocido, en seguida cambiaba de conversación. Aquello yaapestaba.

Entonces había de dirigir mis pasos al colegio. Tenía que encontrar a Fayolle antes de que partiera para el retiro anual en Recife.

Mis pasos adquirirían un nuevo significado: el peso de la nueva responsabilidad que estaba por venir, la meta de mi vida que en breve quedaría modificada. En mis próximos días iba a haber una transformación, cosa que me embargaba de inquietud y miedo. ¿Por qué no decirlo?

Observaba, preocupado, el paisaje con los ojos de la despedida. Parecía querer decorarlo todo para recordarlo más adelante. Pisaba los ficus benjamins, aquellas bolitas del camino que siempre me había dado un placer inmenso aplastar, pero ahora me daba dolor. Allí arriba, por encima de la torre de la iglesia, las banderitas que señalaban los barcos temblaban con el aire. Después, la calle del colegio, el camino de la iglesia, por el que una tarde había yo corrido con la toalla y vestido con un simple pantalón de pijama, la taberna del señor Artur, quien comprobaba nuestro machotismo en las compras de cigarrillos o de un batido de aguardiente tomado sin

maña, la ventana que soltaba aquellos estallidos divinos de mi tercer curso de bachillerato. Parecía que la ventana cerrada estaba ofreciéndome una risa de gallina al ver mi sufrimiento interior. La torre blanca y manchada de la iglesia. Moisés, allí arriba, sumido en el silencio: todo triste, todo oscuro, Moisés, que nunca tocó de noche para asustar a los demás en la calma nocturna.

Luego, las escaleras de la entrada, donde hicimos nuestra última fotografía del instituto.

La puerta con resortes. La secretaría, FAYOLLE.

—Temía no encontrarte.

—Por eso telefoneé a tu casa para avisar de mi partida.

Nos sentamos como en tiempos. Toda mi vida de niño estaba sentada allí, frente a Fayolle. Sabía que estábamos pensando lo mismo. Yo había crecido y en la cabeza de Fayolle, recién tonsurada, entre la corona medio rojiza, crecían algunos cabellos plateados.

No sabíamos cómo romper el silencio. Dolía referirse a aquello para lo que buscábamos palabras.

—Entonces, ¿qué, Chuch?

Tragué espinas antes de responder.

—Estamos preparando mis papeles y dentro de menos de quince días viajaré al sur, en el *Itahité*.

Fayolle se removió, inquieto, en la silla. Se quedó un poco pálido incluso, cosa difícil en una cara tan sanguínea como la suya.

—Entonces yo voy a hacer una cosa.

Tardó en decirlo.

—Voy a pedir permiso para llegar más tarde al retiro y aplazaré mi viaje. Quiero ir a despedirte al barco. Quiero verlo todo, Chuch.

La verdad es que la vida era cruel y estaría bien que nos libráramos de ciertos momentos.

Disimuló.

—Tu vida comenzó de una forma muy complicada.

Se refería a la ceremonia de la graduación. Me reí sin ganas.

—Tal vez sea un aviso de que todo vaya a ser muy complicado.

Fayolle me miró a los ojos largamente, como hacía siempre cuando quería obtener una confesión sin preguntar.

—Di la verdad, Chuch.

—Ya sabes la verdad.

—No has decidido nada, ¿verdad? Todavía no sabes por qué inclinarte, ¿no?

Moví la cabeza para confirmarlo.

—No sé, no sé, la verdad es que no sé, Fayolle.

—Entonces lo que contaste a tu padre no significaba nada.

—Nada. Tan solo necesitaba inventar algo para no decepcionar más a mi familia.



—Entonces, ¿no vas a seguir la carrera de aviador?

—No y es algo que duele, porque ya están preparándome unas cartas para la Escuela Militar de Realengo, pero yo no quiero volar. Nunca lo he querido. Tal vez solo en mis sueños.

Guardamos silencio, pero yo rompí el hielo.

—No debo de servir para nada, Fayolle: precisamente yo, que tengo una familia tan grande y podría ayudarla: mi tribu Pinagé, como digo en la intimidad. No debo ocultarte una cosa. Siempre he deseado desaparecer de aquí y ahora siento miedo. Siento remordimiento de no haber sido mejor, de haberme comportado como un pequeño salvaje cruel y malvado, que no aceptaba nada, rechazaba cualquier aproximación y no correspondía con un mínimo de buena voluntad a lo que hicieron por él. Sí, no sirvo. A ti puedo decírtelo. Solo veía enemigos delante de mí. Consideraba que todo lo que me hacían eran cosas erróneas y sin sentido. Ahora...

—No, Chuch. No es así. Tú tienes buen corazón y vas a encontrar tu camino en la vida. Eso, seguro: aunque yo tenga que desgastarme las rodillas y derretir las cuentas de mi rosario. Lo que pasa es que siempre fuiste un niño difícil y precoz, pero yo sé que superarás todos los obstáculos. Acabarás descubriéndote. Dios no daría tanta creatividad a una cabeza como la tuya para que no llegara a nada, tan solo para desperdiciarla, ¿no crees?

Sus crédulos y bondadosos ojos me proporcionaban una pequeña dosis de esperanzas. De no haber sido por él, ¿cómo habría sido la soledad de mis primeros años? Él nunca habría podido ser el padre con el que yo había soñado, entre otras cosas porque había renunciado a las «vanas glorias del mundo». Una vez Maurice me preguntó eso, sí. Hace tal vez dos mil años.

—Has crecido mucho, Chuch. Eres casi el más alto de tus compañeros, y estás fuerte, cada vez más, con esos hombros anchos. Todo eso va a ayudarte mucho en la vida, Chuch.

—Crecí porque tú me convenciste para que me operara de las amígdalas: tú y Maurice.

Sonreí y moví la cabeza. Fayolle también me correspondió con una sonrisa.

—¿Y qué es de él?

Estábamos jugando a soñar de nuevo.

—Maurice se marchó. Partió después de haber cumplido todo lo que había prometido, el día en que yo descubrí el amor...

—¿Y después?

—Un día, más adelante, nos encontraríamos y sus últimas palabras fueron las de que lo besara como hijo, tuviera la edad que tuviese.

¿Por qué sentaba tan bien soñar cosas bonitas?

—Me escribirás, ¿verdad, Chuch?

—Siempre que pueda.

—Si tuvieras dificultades económicas... todo puede suceder, tal vez yo pueda una

vez u otra echarte una manita.

Le toqué la mano, agradecido.

—Gracias, Fayolle, pero, si Dios quiere, no será necesario.

Me levanté armándome de valor y estimulando mi corazón: «Vamos, vida, ya que debemos vivir».

Él me abrazó y dijo solo pocas palabras. Me hizo una cruz en el pecho.

—Paz, Chuch. Ama y sé feliz.



Mis últimos días se resumieron en poca cosa. Seguía frecuentando la playa y por la tarde, inmediatamente después del almuerzo, salía. Me paseaba por las calles, por las plazas, mirando el paisaje, sintiendo el tamaño o la longitud de las calles. Quería grabarme cada rincón en la memoria. Dos veces me detuve en lo alto de la iglesia del Rosario a contemplar mi río Potengi. Allí se quedaría un gran período de mi vida: el río de plata, que se agrandaba allí lejos, al alcanzar el puerto, los barcos de vela llevando gente a la playa de la Redinha y trayéndola, las orillas llenas de mangos verdes cuando la marea estaba creciente y aquel lodazal burbujeante de cangrejos y otros crustáceos, cuando se secaba. Las dos veces había sentido los ojos húmedos.

Faltaban dos días para partir, cuando me encontré con una triste novedad en casa. Después de una riña muy fuerte, Isaura había pedido la cuenta y se había marchado. Dadada también había hecho su viaje. Sentí no haber podido despedirme de ella. Era una mestiza trabajadora y honrada. Como brava mujer del sertón, te amenazaba con el cuchillo por cualquier cosa y por dentro era mantequilla derretida de ternura.

La víspera de mi partida, cuando mi maleta estaba ya lista, fui a despedirme del jardín: de todos los caobos, del mango desde el que observaba, espiaba, la vida de doña Sevéruba, de los trapecios, cuyas cuerdas envejecían, abandonados. Al cabo de poco, se pudrirían y los arrancarían: trapecios irrealizados que dejarían en el olvido todos mis sueños de huir con un circo y recorrer el mundo exhibiendo la destreza y elegancia de Caldeu, el hombre más fuerte —o, mejor dicho, uno de los más fuertes— del mundo.

Visité el viejo gallinero, en el que guardaba las frutas robadas de la vecindad para comerlas en la obscuridad de la noche. Me reí con tristeza, porque allí fue bautizada un día la mina de Winnetou.

Después ya solo quedaba esperar: esperar a que llegara la noche, a que pasasen la cena, *La hora del Brasil* y el rosario. Una vuelta melancólica por la acera que había sido el reino de Dolores, sentarme en el fondo de la balaustrada y ver la playa del Medio iluminada con luces tenues allá abajo y, cerca de sus humildes luces, el mar batiendo contra las rocas negras, llenas de ostras y mariscos. En aquellas piedras jugábamos a correr, a buscar los lugares seguros en los que apoyar los pies sin peligro de cortarnos. Desde aquellas piedras nos zambullíamos y asustábamos a los bañistas

cuando la marea estaba alta. Desde la playa del Medio, mis dos compañeros — Armando Viana y Geraldo— y yo cruzábamos hasta Areia Preta e infundíamos inquietud a los habitantes de la playa. El miedo que nos metían los pescadores de las almadías: «Niños, cuidado con los tiburones, cuidado con los cazones». Nos daba igual; siempre pensábamos que, si llegaba el bicho, atraparía primero a otro. Quince años y mucha energía, quince años y mucha pereza para ir a pie hasta Areia Preta. ¿Cuántos kilómetros de agua, de olas? ¡Qué sabíamos! Solo que era una distancia bestial. Descansábamos en la playa tan blanca y tan apacible y regresábamos del mismo modo. Era pesado y desagradable caminar tanto.

Después, dormir el último sueño de la mocedad y esperar a la hora del embarque: un embarque diferente, porque, cuando había venido desde el sur, había pasado todo el viaje mareado y solo había mejorado cuando el barco paraba en los puertos. Al llegar, era un niño barrigudo y flaco y, al regresar, era un muchacho fuerte, pero muerto, la verdad, de miedo.

Al subir a bordo, el olor a barco por dondequiera que pasases, la búsqueda del camarote y mi padre diciéndome:

—Después será fácil. Te orientarás por las escaleras.

Fuimos a ver cómo era el comedor. Hacía calor.

—Cuando el barco se ponga en marcha, será una maravilla. Hasta hará frío.

Todo con sofoco.

—Ahora vamos a tomar un refresco al bar.

Tomamos todo sin prisa.

—Vamos, que ya están tocando la sirena de aviso a los visitantes.

Corrimos a la escalera de cubierta. Tuve que bajar corriendo, porque Fayolle había llegado con retraso y estaba aún más rojo por el esfuerzo. No cesaba de abanicarse con el sombrero negro.

El barco dio la primera señal. Mi corazón sintió pavor. Nadie como Adán para decirme: «Calma, Zezé, todo va a salir bien...».

Me despedí de todos y abracé a Fayolle temblando. Era el último al que quería decir adiós.

Subí la escalera como si tuviese el corazón entre las rodillas.

Nuevo pitido. El muelle lleno de gente que se despedía. Levantaron las escaleras y soltaron las amarras. El bote del práctico ya estaba listo para dirigir, el *Itahité* se separaba del muelle.

Me apretujé en un rinconcito para decir adiós. ¿Llorar? No podía. Si daba un salto, aún alcanzaría la tierra. Con todo, necesitaba partir para entrar en el mundo que se abría ante mis ojos casi inocentes.

Nada más apartarse el barco cien metros, mi padre, sofocado, me dijo adiós con la mano. Con el pañuelo se limpiaba el calor de la cara y tiraba de la familia con el brazo, como si ya le pareciera suficiente el tiempo que había permanecido allí.

El muelle estaba ya vaciándose, a medida que el *Itahité* se internaba por el gran

canal del río.

Cuando se vació del todo, quedó una figura de negro que me decía adiós: una figura que se abanicaba con su sombrero y se enjugaba el sudor con aquel pañuelo de cuadros que me perseguía por todos los lados de mi nostalgia. Después se volvió un punto minúsculo perdido en la sombra de los grandes guindastes. Posiblemente permanecería pegado al muelle hasta que el barco saliera del puerto. Sería entonces la última visión grabada de mi nostalgia.

Yo también me quedé donde estaba, sin poder distinguirlo ya. Seguro que se iría sin prisa, se pondría el sombrero y esbozaría una sonrisa de resignación. Esperaría al tranvía amarillo para volver al centro de la ciudad y al viejo caserón del colegio.

Fuera del puerto, el barco se despidió del práctico y soltó un último pitido. La ciudad iba quedando lejos, se veía bien la balastrada de Petrópolis, como si fuera un juguetito de enano, la catedral con su alto campanario, la iglesia de mi colegio Santo Antonio, su torre redondeada con un gallo en espera de un rayo que nunca apareció, con una campana llamada Moisés, inmóvil, muda y demasiado juiciosa para dar aquella campanada que mis travesuras de niño siempre desearon.

## Último capítulo. Mi sapo cururú

**E**staba sentado a la mesa del bar del Museo de Arte Moderno. Me servía el *whisky* lentamente sin atender a la conversación, al asunto que ocupaba a los demás. Casi siempre las personas, los artistas, se reunían allí para charlar sin solemnidad, analizar las cosas sin consecuencias, sin compromisos: una forma de acabar la noche, de olvidar el día, los problemas apresurados y galopantes que se presentaban en una ciudad como Sao Paulo, que crecía pavorosa y desordenadamente.

Dos manos se apoyaron en mis hombros y un beso amigo sonó en mi mejilla. Al instante una voz simpática me reprendía.

—¿Dónde has estado? ¿Desapareciste?

Era María, la hija del prefecto Arruda Pereira. Acerqué una silla para que se sentara. En seguida el camarero se aproximó y ella pidió su *whisky* preferido. Me miró a los ojos y sonrió.

—Entonces, ¿qué? ¿Escribiendo?

—Como siempre.

Se quitó las gafas y las dejó displicentemente sobre la mesa.

—No puedes parar.

—Por eso no lo hago precisamente.

Después de haber oído las novedades del personal de la mesa, anunció la suya.

—¿Sabéis lo que voy a hacer a las nueve? Dudo que lo adivinéis.

—Entonces abandona el suspense y dilo ya.

—Voy a Radio Tupi.

Se oyó una carcajada al unísono. También María, ¡qué cosas imaginaba!

—¿Te has vuelto hinchado de espectáculos?

—Nada de eso. Vamos a asistir a la única actuación o, mejor dicho, la última en Sao Paulo de Maurice Chevalier.

Pronunció aquel Maurice Chevalier como si todas las letras fueran mayúsculas y en mi corazón aquellas letras resonaron mucho mayores aún. Hacía tiempo que no me sentía presa de una incomodidad tan grande. Nadie lo notaba, pero fui encogiéndome, encogiéndome, y volví a verme pequeñito y conversando con él. ¡Qué diablos! Después de haber llegado a ser un hombre hecho y derecho, ¡menudo encuentro con la infancia!

Disimulé echando un trago prolongado de mi *whisky*. Nadie notó cuánto me temblaba la mano.

—Dicen que es una actuación notable.

—Por eso voy. Me lo perdí en el teatro, pero aprovecho la oportunidad en la radio.

—¿Vamos, Zé? Tengo una entrada de sobra.

—¿Qué?

Sin querer, di un salto en la silla y me puse colorado como un tomate.

María se rio.

—No tienes por qué asustarte tanto. Todo el mundo va a asistir a un espectáculo en una emisora de radio, para lo que basta con que haya un auditorio.

—No es eso. Es que...

—Pero bueno, ¿no irás a decirme que tienes un compromiso hoy?

Me rasqué la cabeza avergonzado.

—¿Vamos?

No habría podido resistirme a su invitación, pero el corazón parecía pedir, atemorizado, que no fuera.

—No es posible que no te guste Chevalier. ¿No has visto sus películas?

—Muchas.

—¿Y no te gustaron?

—Mucho más de lo que puedes imaginar.

—¿Entonces?

Cuando acepté, sentía el alma aplanada.



La verdad es que el auditorio no estaba totalmente lleno. Antes presentaron un espectáculo con artistas brasileños. Había una morenita de pelo negro y ondulado y muy graciosa que cantó una *samba de breque*: la que se alterna con declamaciones.

—¿Quién es?

—Hebe Camargo.

—Es estupenda, ¿verdad?

Mi áspera voz ardía en las paredes de mi garganta. Quería decir algo para disimular mi expectación, mi ansia.

Cuando lo anunciaron, me dolió —pero lo que se dice doler— el corazón. Mienten quienes dicen que el corazón no duele. Tenía miedo de mirarme a mí mismo y verme con mi pijamita de rayas, de mover las manos para no notar que habían disminuido, encogido.

Los otros aplaudían, pero yo me negaba a acompañar su entusiasmo. Solo Dios podía acompañar la tremenda tristeza que se extendía por el interior de mi pecho. Era él, Maurice, igual, igualito a mis sueños de niño, tal vez un poco más alto, tal vez con el pelo más blanco en las sienes: la misma sonrisa contagiosa, el mismo encanto, la misma elegancia. ¿Por qué había tenido que ir yo? ¿Por qué afrontar una magia antigua? Y, sobre todo, ¿para qué?

Cuando acabó el espectáculo, los aplausos fueron tantos, que se vio obligado a cantar dos números más. Después dio las gracias y se retiró.

Todo el mundo estaba levantándose y dirigiéndose a la salida. A mí me temblaban las piernas. No conseguía acopiar ánimo para levantarme. María me dio la mano.

—¿Vamos?

Con el auditorio totalmente iluminado otra vez, vio la palidez de mi rostro.

—Mirad, amigos, Zé tiene los ojos llenos de lágrimas.

Disimulé y me levanté totalmente descompuesto.

—¿Tanto te has emocionado?

—No sé por qué, pero me ha emocionado mucho.

—Pues entonces vas a emocionarte aún más, porque tengo que ir a felicitarlo.

—Yo no voy, no.

—Sí que vas.

No me soltaba la mano y tiraba de mí como si fuera un niño pequeño.

Atravesamos unos pasillos y ya estábamos delante del camerino. Habían pedido que aguardáramos un poco y la puerta no tardó mucho en abrirse. Era él, Maurice: más alto, sí; los mismos ojos claros. La luz del camerino no permitía distinguir bien si eran azules o castaños muy claros. También tenía todo el pelo blanquecido y en su rostro, muy rosado, había como una cicatriz: tal vez un eczema. Mostraba cierto cansancio, pero no dejaba de sonreír con aquella sonrisa que me elevó la vida.

Primero lo felicitaron las mujeres. Después, medio muerto, medio niño, yo extendí mi mano fría para recibir la suya.

—*Bonsoir, monsieur Chevalier.*

No sé cómo saldría la voz.

—*Enchanté, monsieur.*

Intenté mantener mi mano en la suya atolondradamente. Miré muy dentro de sus ojos esperando que su boca se abriera y me llamase como en tiempos *Monpti*, pero me soltó la mano sonriendo como lo hacía a cualquier persona que lo felicitara. Aquel hombre ni siquiera sabía que había sido «mi padre».

Salí apresuradamente del camerino para poder limpiarme los ojos humedecidos.

A fin de cuentas, Adán querido, ¿cómo me decías en tiempos? «Vamos a calentar el sol». Sí, tenemos que calentar el sol.



—¿Podéis dejarme en la avenida Paulista?

—¿Por qué? ¿No vienes a cenar con nosotros?

—Para mí, es demasiado tarde para cenar.

María me habló sin enfado:

—¡Qué hombre más extraño eres! Asistes a un espectáculo tan alegre y sales así de deprimido.

Disimulé.

—No ha sido el espectáculo. Ya me encontraba muy deprimido antes. Andando un poco, pasará.

—¿Con esta neblina?

—Me gusta y hoy, con esos edificios que agujerean el cielo de Sao Paulo, es tan raro ver a la gente con una neblina... Tenemos que aprovecharla un poco.

Pararon para que me apeara. Besé a María en la cara.

—¿Me telefonarás?

—Sí. Claro.

El coche desapareció entre los demás y yo empecé a caminar por la avenida. Todo se transformaba. Los bellos caserones tradicionales disminuían en el paisaje. Estaban derribándolos a fin de hacer sitio para nuevos rascacielos, que vendrían, a su vez, a ahuyentar las últimas neblinas.

Las aceras estaban casi libres de transeúntes. Estaba bien, porque se prestaba para hablar a solas con mi decepción, dialogar con mi pequeño dolor.

—Pues sí, Adán. ¿Cuántos años hace? Veintiuno o veintidós, tal vez un poquito más.

Ni siquiera necesitaba cerrar los ojos para ver a Adán partiendo con su maletita. Iba a un destino lejano: a la patria de la nostalgia. ¿Habrás sido feliz, querido? ¿Qué es ser feliz? ¡Quién sabe! La felicidad es como el tiempo: se queda parada y nosotros pasamos. Vamos pasando. Vamos pasando. Tú querías, Adán, una noche llena de estrellas, dormir en el disco de luz reflejado en el río. Mi noche no tiene nada de eso, ¿verdad? Solo esa neblina fina que hiere la nariz y empapa el pelo.

¡A saber si no hallarías tú una hembra sapo de tu edad, de trencitas rubias y toquilla blanca en la cabeza!

Caminé solo por la acera. Si oía algunos pasos, escasos pasos que cruzaban apresurados a mi lado, mi corazón se sobresaltaba. A saber si no aparecería también Maurice y, tras cogermelo del brazo, me diría:

—Mira, *Monpti*, no podía reconocerte delante de otras personas...

Tonterías, ¿verdad, Adán? Somos dos hombres sin sueños: él, más viejo; yo, con mis casi cuarenta años. ¡Qué tontería! Fue el propio Maurice quien dijo que partiría inmediatamente después de que yo descubriera el amor. ¿Qué es el amor, Adán? Amor, muchos amores que pasaron. El amor de Paula, que envejece y no se resigna...

—Vamos a caminar un poco más, Zezé.

Soy yo el que se llama Zezé. Tú también me anunciaste que no volverías nunca más: solo en la nostalgia. Sin embargo, yo sé que no te enfadarás, si intento conversar contigo en mi soledad.

—*Bonsoir, monsieur Chevalier.*

—*Enchanté, monsieur.*

Vuelvo a ser niño, niño de sueños, niño solo. ¿Por qué crecer? Yo no quiero. Nunca quise, pero es que el tiempo se detuvo y yo continué. La verdad es que nadie puede saber la magnitud de nuestro dolor en nuestro interior: solo el corazón propio. ¿Y de qué sirve?

Llegó una voz no sé de dónde para intentar calmar mi angustia.

—Chuch... Chuch...



—¡Ah! Ya sé. Eres tú. Paul Louis Fayolle.

Paso la mano por el rostro para no ver de nuevo la silueta, que desaparece, todo de negro con su sotana, pero haciendo señas con su pañuelo de cuadros blancos y negros, y el barco alejándose, buscando la salida del puerto para alcanzar el mar.

Pero no es el barco el que pita, Adán. Me he vuelto aún más pequeño. Es un tren, un tren asesino que mató a mi Portugués, que interrumpió las ilusiones de *Mi planta de naranja lima*. Después, de mayor, viajé muchas veces en ese tren, Adán. Nadie sabía que sus ruedas siempre masticaban mi tristeza y la falta de los ausentes. No contaba a mis hermanos mis secretos, como no los cuento nunca. Debo engullirlos para mi desesperación.

—Chuch... Chuch...

Hace poco tiempo, Adán, estuve en el norte, en Natal. Fui a visitar a mi familia. Desde allí escribí una carta a Fayolle. Me respondió en cuatro líneas que estaba muy enfermo, en Fortaleza. No vacilé, Adán. Hice un viaje horrible en autobús. Lo encontré aún rojo. Su pelo había perdido aquel color de fuego y estaba casi blanco. Hablaba con dificultad, siempre entrecortadamente. ¿Sabes cómo, Adán? Como una vela al final, desviando la llama para aquí y para allá con el menor soplo de la brisa.

—¡Qué carta más corta, Fayolle!

—¡Ah, Chuch! Si supieras cómo me cansé escribiéndola.

Solo me miraba y yo no había crecido. Aún era Chuch. ¿Por qué no dejarlo con su ilusión?

En cualquier día de estos, Adán, recibo la noticia de que partió. Hoy, después de hacerme mayor, creo plenamente que voló al cielo con sus alas de ángel: un ángel volador batiendo las alas como los pájaros, como las mariposas.

¿De qué sirve, Adán? ¿Estás escuchándome? Habla, Adán. Enséñame de nuevo a calentar el sol, a confirmarme que debo proseguir, caminar, pasar. Es difícil caminar y calentar el sol, ¿verdad, querido?

Por favor, por última vez te pido, respóndeme cómo puede la gente mayor calentar el sol. Solo esta vez.

Como no oí la respuesta, fui silbando y después empecé a cantar para la niebla:

Sapo cururú  
A la orilla del río.  
Cuando el sapo canta, hermanita,  
Dice que tiene frío...

—Está bien, Adán. La gente mayor no sabe, pero es que nada, calentar el sol. Entonces puede ser que la bondad de Dios, mañana, haga que el sol se caliente por sí solo, como lo ha hecho durante toda la eternidad detenida.

No tiene importancia y voy a continuar cantando para ti, porque, por fortuna, aún sé lo que significa la nostalgia.

Sapo cururú  
A la orilla del río.  
Cuando el sapo canta, hermanita,  
Dice que tiene frío...  
Dice que tiene frío...  
Dice que tiene frío...  
Dice que tiene frío...

«La infancia tiene sus propias maneras de ver, pensar y sentir;  
nada hay más insensato que pretender sustituirlas  
por las nuestras».

JEAN-JACQUES ROUSSEAU



JOSÉ MAURO DE VASCONCELOS (Río de Janeiro, Brasil, 1920 - São Paulo, Brasil, 1984) nació en de madre indígena y padre portugués. Debido a la pobreza de su familia, de niño se trasladó a vivir con unos tíos en Natal, capital de Río Grande del Norte. En esa misma ciudad, cursó dos años de la carrera de Medicina, pero abandonó los estudios para volver a Río de Janeiro.

Ejerció diversos empleos, que por lo general solo le permitían subsistir. Fue entrenador de boxeo, cargador de bananas en una fazenda del litoral fluminense, modelo de escultores en la Escuela Nacional de Bellas Artes de Río, camarero en un local nocturno de São Paulo, entre otras ocupaciones.

Dotado de una memoria prodigiosa, viajó por el país, viviendo entre los indígenas y recopilando su tradición, lo que le convertiría en un extraordinario cuentista oral. En sus novelas refleja una gran experiencia de vida, sensibilidad hacia los desposeídos y un profundo amor y respeto por la naturaleza.

Con *Mi planta de naranja lima* (1968) se proyectó internacionalmente, logrando que esta obra sea una de las más difundidas de la literatura brasileña en todo el mundo.